LOS ENCLAVES DORADOS



Tercera lección de Escolomancia

NAOMI NOVIK

AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TI

Lo único que nadie menciona nunca dentro de la Escolomancia es lo que hará cuando salga. Ni siquiera el alumno de enclave más rico tentaría al destino de esa forma. Pero no soñamos con nada más que con la exigua posibilidad de cruzar las puertas y toparnos, contra todo pronóstico, con una vida por delante, a una vida alejada de los pasillos de la Escolomancia.

Ahora, ese sueño inalcanzable se ha convertido en realidad. He salido del colegio —todos hemos salido— y ni siquiera me ha hecho falta convertirme en una monstruosa bruja oscura para lograrlo. ¡Vaya con la profecía de muerte y destrucción de mi bisabuela! No mate a los miembros del enclave, sino que los salve. Yo, junto con Orion y todos nuestros aliados. Nuestro plan para la graduación salió de maravilla: los salvamos a todos, convertimos el mundo en un lugar más seguro para los magos y devolvimos la paz y la armonía a todos los enclaves.

¡Ja, ni de broma! En realidad, todo se ha ido al traste. Otra persona se ha agenciado en mi lugar el proyecto de destrucción de enclaves y es probable que todos aquellos a quienes hemos salvado estén a punto de morir por culpa de la guerra de enclaves que se avecina. Y lo primero que debo hacer ahora, tras haber escapado milagrosamente de la Escolomancia, es dar media vuelta y hallar el modo de volver a entrar.

Naomi Novik

Los enclaves dorados

Escolomancia: 3

ePub r1.0
Titivillus 12.06.2023

Título original: *The Golden Enclaves*
Naomi Novik, 2022
Traducción: Patricia Sebastián

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


LOS ENCLAVES DORADOS



Tercera lección de Escolomancia

NAOMI NOVIK

A Lim, quien ilumina los lugares oscuros.



Lo último que me dijo el puto cabrón de Orion fue: *Te quiero un montón, El.*

Acto seguido, me dio un empujón y yo atravesé las puertas de la Escolomancia y aterricé de espaldas en el paraíso; en aquel claro de Gales cubierto de hierba esponjosa que llevaba cuatro años sin ver, con los fresnos repletos de hojas verdes, la luz del sol filtrándose a través de estas y mamá, mamá allí plantada, esperándome. Iba cargada de flores: amapolas, que proporcionan descanso; anémonas, que alivian las penas; lunarias, que brindan olvido; y campanillas moradas, que simbolizan el nacimiento de una nueva era. Un ramo de bienvenida para alguien que ha sufrido lo indecible, pensado para apartar de mi mente todo el horror que había experimentado y dejar que la curación y el reposo se abrieran paso. En cuanto se acercó para ayudarme a levantarme, yo me incorporé con un berrido: «¡Orion!» y las flores acabaron desparramadas frente a mí.

Hacía unos meses —eones—, mientras seguíamos entrenando como locos en los circuitos, un alumno del enclave de Milán me había regalado un hechizo de desplazamiento en latín, uno de los escasos conjuros que puedes lanzarte a ti mismo sin acabar convertido en pedacitos. La idea era que lo usara para ir saltando de aquí para allá en el salón de grados, ya que me

vendría genial para salvarles el pellejo a alumnos como los del enclave de Milán, razón por la cual me había regalado un hechizo que costaba el equivalente a cinco años de maná acumulado. Normalmente no podía emplearse para recorrer largas distancias, pero el tiempo y el espacio son más o menos lo mismo y yo había estado en la Escolomancia hacía diez segundos. La imagen del salón de grados se alzaba en mi mente tan nítida y clara como un diseño arquitectónico, incluyendo la horrible masa informe de Paciencia y la horda de maleficaria que había tras él y se abalanzaba hacia nosotros con furia. Me situé mentalmente en las puertas, justo donde me encontraba cuando Orion me había dado ese último empujón.

Pero el hechizo ofrecía resistencia, se negaba a ser lanzado a modo de advertencia, igual que una señal de tráfico: callejón sin salida, camino bloqueado. Yo me empeciné en ejecutarlo de todas formas, inyectándole maná, y el hechizo me rebotó en la cara y me noqueó como si me hubiese dado de bruces contra un muro de hormigón. Así que me puse en pie e intenté lanzarlo de nuevo, pero acabé espachurrada en el suelo por segunda vez.

Los oídos me pitaban. Me puse en pie con dificultad. Mamá me ayudó a levantarme, aunque también me refrenó y me dijo algo, intentando detenerme, pero le espeté: «¡Paciencia iba derecho a él!», y las manos se le aflojaron y me soltó, sumida en sus propios recuerdos horribles.

Habían pasado ya dos minutos desde que había salido; dos minutos equivalían a una eternidad en el salón de grados, incluso antes de haber metido dentro a todos los monstruos del mundo. Pero la interrupción hizo que dejara de golpearme la cabeza contra las puertas una y otra vez. Reflexioné un instante, e intenté, en cambio, llevar a cabo una invocación para sacar a Orion.

La mayoría de la gente es incapaz de invocar nada que sea más grande o posea más fuerza de voluntad que un mechón de pelo. Pero los numerosos hechizos de invocación que he recopilado de forma involuntaria a lo largo de los años tienen por objeto suministrarme una o más víctimas histéricas, según parece, para que las lance al pozo de sacrificio que incomprensiblemente se me ha olvidado construir. Tenía un porrón donde escoger, y uno de ellos me permitía contemplar a la persona a través de una superficie reflectante y sacarla de donde estuviera.

Resulta particularmente efectivo si cuentas con un espejo maldito gigantesco. Por desgracia, yo me había dejado el mío colgado en la pared de mi habitación. Pero me pateé el claro a toda prisa y encontré un charquito de agua entre dos raíces de árbol. En condiciones normales, no habría

funcionado, pero disponía de un torrente infinito de maná, ya que el vínculo de suministro de la graduación seguía activo. Empleé una buena dosis de poder para lanzar el hechizo y conseguí que el charco de barro quedara tan liso como el cristal; bajé la mirada hacia el agua y exclamé:

—¡Orion! *¡Orion Lake!* Te invoco en…

Eché un rápido vistazo a los primeros rayos de sol y al primer fragmento de cielo que veía tras pasarme cuatro años anhelándolos, y lo único que sentí fue una desesperada oleada de frustración porque no estuviera amaneciendo, ni fuera mediodía ni medianoche ni ningún otro momento más significativo.

—… en la luz creciente del día para que vengas a mí desde los pasillos sumidos en sombra, atendiendo solo a mi llamada. —Lo que seguramente significaría que cuando llegara se encontraría bajo el influjo de un hechizo de obediencia, pero ya me preocuparía por eso *luego*, cundo lo tuviera *delante*…

El hechizo funcionó en esta ocasión y el agua se convirtió en una nube de color negro plateado que mostró, poco a poco y a regañadientes, una imagen espectral que podía ser Orion de espaldas; apenas una silueta recortada contra un fondo de absoluta negrura. Introduje el brazo de todas formas en la oscuridad, intentando alcanzarlo, y durante un momento pensé —estaba *convencida*— que lo había agarrado. Una trepidante sensación de alivio me recorrió: lo había logrado, había podido agarrarlo… y entonces proferí un grito, pues había hundido los dedos en la superficie de un milfauces, que volvía hacia mí su implacable apetito.

Cada fibra de mi ser aullaba por alejarse. Y entonces la situación empeoró aún más, como si eso fuera posible, porque no solo se trataba de un milfauces, sino de dos, que me agarraban desde ambos lados; era como si Paciencia todavía no hubiera terminado de digerir a Fortaleza: todo un siglo de alumnos, una comida tan abundante que iba a tardar una eternidad en engullirla, y mientras tanto, Fortaleza seguía palpando su entorno a tientas, intentando aplacar su propio apetito al tiempo que era engullido.

Había tenido clarísimo en el salón de grados que no seríamos capaces de eliminar a ese amasijo monstruoso y terrorífico, ni siquiera con el maná que me suministraban los cuatro mil alumnos del colegio. La única forma de librarse de Paciencia era hacer lo mismo que se había hecho con la Escolomancia: lanzarlo al vacío y esperar que desapareciese para siempre. Aunque al parecer Orion no estaba de acuerdo, ya que se había dado la vuelta para seguir luchando, incluso cuando el colegio se tambaleaba al borde del abismo a su espalda.

Como si hubiera creído que Paciencia iba a salir del colegio y algún rincón de su cerebro de alcornoque hubiera llegado a la conclusión de que podía detenerlo y que, por lo tanto, debía quedarse atrás y ponerse la capa de héroe una vez más: un chico plantándose frente a un maremoto. Era la única razón que se me ocurría, y ya era una idea bastante estúpida antes de que *me empujara* por las puertas, pues yo era la única que se había enfrentado anteriormente a un milfauces. Era una idea tan absolutamente absurda que tenía que sacarlo de allí, tenía que traerlo *aquí*, para poder cantarle las cuarenta y hacerle entender lo idiota que había sido.

Me aferré a ese sentimiento de rabia. La rabia me permitía seguir adelante, a pesar de notar la horrible putrefacción de los milfauces intentando envolverme los dedos, succionándome la piel y el escudo como un crío que se abre paso a través de la parte dura de un caramelo para saborear la dulzura del interior, intentando llegar hasta mí, a cada rincón de mi ser, y devorarme hasta dejar únicamente unos ojos vacíos y una boca aterrorizada.

Me aferré a la rabia y el horror, pues la criatura iba a hacerle eso mismo a Orion, que seguía en el salón de grados. De modo que no retiré la mano. Clavé la mirada en el charco escudriñador y lancé, por encima del hombro borroso de Orion, mi hechizo más rápido y letal, una y otra vez. Notaba un barrizal de podredumbre desprendiéndose de mis manos cada vez que lo llevaba a cabo, y tuve que reprimir las náuseas con cada bocanada de aire que tomaba, mientras el hechizo *À la mort*! abandonaba mis labios con cada exhalación, diluyéndose hasta que el sonido de mi respiración se tornó muerte. Yo seguí aguantando, intentando sacar a Orion. Incluso si eso significaba sacar también al monstruo devorador de Paciencia y arrojarlo sobre los verdes árboles de Gales, justo a los pies de mamá, en el remanso de paz particular con el que había soñado cada instante que había pasado en la Escolomancia. Al fin y al cabo, lo único que tendría que hacer era matarlo.

Algo que me había parecido absolutamente imposible hacía cinco minutos, tan imposible que la idea me había hecho reír; sin embargo, ahora se me antojaba un bache sin importancia, ya que la alternativa era dejar que se zampase a Orion. Matar criaturas se me daba muy bien. Encontraría el modo. Ya estaba dándole forma a un plan, incluso; los engranajes de mis habilidades estratégicas giraban fríamente en el fondo de mi mente, pues tras cuatro años de estancia en la Escolomancia, estos nunca se detenían. Nos enfrentaríamos juntos a Paciencia. Yo le arrebataría varias decenas de vidas con cada ataque, él extraería el maná y me lo suministraría de nuevo, y ambos crearíamos un

interminable ciclo de muerte hasta que la criatura desapareciese por fin. Saldría bien, seguro. Me convencí de ello. Y seguí sin soltarme.

No me solté. Me empujaron. De nuevo.

Orion me había empujado. Debía de haber sido él, porque los milfauces no te sueltan nunca. El maná que estaba inyectándole al hechizo de invocación seguía sin agotarse, como si todo el colegio siguiera abasteciéndome de magia. Pero eso no tenía ningún sentido. Ya no quedaba nadie más. Todos habían abandonado la Escolomancia y se encontraban abrazando a sus padres, contándoles lo que habíamos hecho, llorando y curándose las heridas recibidas, llamando a sus amigos. No seguían suministrándome maná. No *tenían* que estar suministrándome maná. El objetivo del plan era cortar todo vínculo con el colegio: la idea había sido atestarlo de mals, cercenar sus lazos con el mundo y dejarlo flotando en el vacío como un globo pútrido plagado de criaturas maléficas, mientras se desvanecía en la oscuridad, donde debía estar. Aquello era lo que había ocurrido mientras Orion y yo echábamos a correr hacia el portal.

Por lo que sabía, lo único que ahora lo mantenía anclado a la realidad era *yo*, que todavía me aferraba al torrente de maná que emergía del colegio. Y la única persona que quedaba en la Escolomancia para suministrarme ese maná era Orion. Orion, quien era capaz de absorber el maná de los mals al matarlos. Así que, al menos en ese momento, debía de seguir vivo, debía de seguir luchando; Paciencia aún no lo había devorado. Y debía de haberse dado cuenta de que yo intentaba sacarlo de allí, pero en lugar de darse la vuelta y facilitarme la tarea, se había alejado de mí, resistiéndose a la invocación. Tampoco notaba ya el horrible y pegajoso sobeteo sobre mi mano. Era como si hubiera hecho lo mismo que había hecho mi padre hacía tantos años: como si hubiera agarrado al milfauces y lo hubiera alejado de mí, para que lo engullese a él en vez de a la chica que amaba.

Sin embargo, la chica que Orion amaba no era una sanadora dulce y gentil, sino una hechicera implacable que ya había logrado aniquilar a dos milfauces anteriormente, por lo que el muy capullo podría haberme dejado la tarea a mí una vez más. Pero no le había dado la gana. Se había resistido, y cuando intenté *obligarlo* a salir de allí, el océano infinito de maná que tenía a mi disposición se evaporó de pronto, como si Orion le hubiese quitado el tapón a la bañera.

Al cabo de un instante, noté el prestamagia de mi muñeca frío, pesado y totalmente agotado. Y un instante después, a mi descomunal hechizo se le acabó el combustible y Orion se me escabulló entre los dedos, como si

estuviera intentando aferrarme a un puñado de aceite. Vi cómo su silueta se desvanecía en la oscuridad del charco escudriñador. Seguí intentando aferrarme a él de forma desesperada, incluso cuando el contorno de la imagen empezó a desvanecerse, pero mamá se encontraba agachada junto a mí, con el rostro invadido por la preocupación y el miedo; me agarró por los hombros y utilizó todo el peso de su cuerpo para alejarme del charco, impidiendo que acabase, casi seguro, con la mano amputada cuando el hechizo se vino abajo y el pozo escudriñador volvió a ser un charco de dos centímetros de agua situado entre las raíces de dos árboles.

Rodé y me incorporé hasta quedar de rodillas con un único movimiento, que me salió de forma natural: había entrenado durante meses para la graduación. Volví a abalanzarme sobre el charco y hundí los dedos en el barro. Mamá intentó abrazarme, rogándome desesperada que me detuviera. Pero no fueron sus súplicas lo que me detuvieron. Me detuve porque no podía hacer otra cosa. No me quedaba ni una pizca de maná. Mamá volvió a agarrarme de los hombros, y yo me giré y me aferré al cuarzo que le colgaba del cuello, diciéndole entre jadeos: «Por favor, *por favor*». La expresión de mamá era de absoluta desesperación; notaba las ganas que tenía de alejarme de allí, pero entonces cerró los ojos un momento, se desabrochó la cadena con las manos temblorosas y me tendió el cuarzo: estaba medio lleno, no tenía el maná suficiente como para resucitar a los muertos ni asolar ciudades, pero sí lo bastante como para enviarle a Orion un hechizo mensajero y decirle entre berridos que volviera a dejarme acceso al suministro de maná y me dejara ayudarlo, salvarlo. Solo que no funcionó.

Lo intenté una y otra vez; llamé a Orion desesperada hasta que el cuarzo se agotó y yo me quedé afónica. Era como gritarle al vacío. Que era el lugar donde supuestamente se encontraba la Escolomancia ahora. Tal y como tan hábilmente habíamos planeado.

Cuando me quedé sin maná para gritarle, gasté los últimos vestigios en un hechizo buscalatidos para saber si seguía vivo. Es un conjuro que sale muy a cuenta, ya que es horriblemente complicado y se tarda en lanzar diez minutos, de modo que el proceso genera casi todo el maná necesario para llevarlo a cabo. Lo lancé siete veces seguidas, sin molestarme en incorporarme, con las rodillas empapadas de barro, mientras oía el viento que soplaba entre las copas de los árboles, los gorjeos de los pájaros, las ovejas balándose unas a otras y, a lo lejos, el tenue sonido de un arroyo. No percibí el eco de ningún latido.

Y cuando por fin se me agotó el maná del todo, dejé que mamá me llevase de vuelta a la yurta y me metiera en la cama como si volviera a tener seis años.



La primera vez que me desperté, la sensación de estar soñando fue tan intensa que me dolió. Habíamos abierto la puerta de la yurta para que entrase el aire fresco de la noche y la voz de mamá me llegó tenuemente desde fuera, donde se encontraba cantando, como en los sueños más atroces de los últimos cuatro años; estos terminaban siempre con una sacudida cuando intentaba permanecer en ellos unos minutos más. Lo más horrible de todo es que esta vez no quería permanecer en dicho sueño. Así que me di la vuelta y volví a dormirme.

Y cuando ya no fui capaz de dormir más, me quedé tumbada de espaldas en la cama, contemplando la curva ondulada del techo durante mucho tiempo. Si hubiera podido hacer otra cosa, no me habría puesto a dormir. Ni siquiera podía cabrearme. La única persona con la que podía enfadarme era Orion, y no soportaba estar cabreada con él. Lo intenté: estando tumbada en la cama traté de pensar en todas las borderías que le habría soltado si hubiera estado conmigo. Pero cuando formulaba la pregunta: *¿En qué estabas pensando?*, no conseguía sonar cabreada, ni siquiera en mi mente. Lo único que sentía era dolor.

Aunque tampoco podía llorarlo porque *no estaba muerto*. Sino aullando mientras un milfauces lo devoraba, igual que a papá. La gente prefiere fingir que las víctimas de los milfauces están muertas, pero eso es porque resulta insoportable pensar que siguen vivas. No puedes *hacer* nada al respecto, de manera que si uno de tus seres queridos acaba devorado por una de esas criaturas, es como si estuviera muerto, así que es mejor fingir que todo ha acabado. Pero yo sabía *por experiencia* que cuando un milfauces te devora, no mueres, sino que te pasas la eternidad siendo devorado; mientras la criatura siga con vida. Pero saberlo no era ningún consuelo. No podía ponerle remedio. Porque la Escolomancia había *desaparecido*.

Seguía en la misma posición cuando mamá entró al cabo de un rato. Dejó unas cuantas cosas en un cuenco, produciendo un tintineo, y le dijo con suavidad a Tesoro: «Para ti»; Tesoro profirió un chillido de gratitud y se puso

a comer semillas. Era incapaz de sentirme culpable por haberme olvidado de ella, pequeñita y hambrienta. Aquello parecía estar ocurriendo en otro lugar, muy lejos de mí. Mamá se sentó junto a mi cama plegable y me puso la mano, cálida y suave, en la frente. No dijo nada.

Me resistí un poco: no quería sentirme mejor. Me negaba a levantarme y seguir adelante, pues eso sería como considerar tolerable el hecho de que el mundo siguiera su curso. Pero estando ahí tumbada, increíblemente cómoda y a salvo, mientras mi madre me acariciaba, no pude evitar sentirme estúpida. El mundo iba a seguir su curso, al margen de que a mí me pareciera bien o mal, así que finalmente me incorporé y dejé que mamá me diera agua en un vaso torcido de arcilla que había confeccionado ella misma. Mamá se sentó junto a mí en la cama, me rodeó los hombros con el brazo y me acarició el pelo. Era tan menudita… La yurta en sí resultaba diminuta. Aun estando sentada en la cama, rozaba el techo con la cabeza. Podría plantarme en el exterior de un salto, si fuera lo bastante estúpida como para saltar de cabeza a lo desconocido, donde cualquier criatura podía estar esperando para abalanzarse sobre mí.

Aunque, claro, hacer eso ya no sería ninguna estupidez. Ya no estaba en la Escolomancia. Había sacado a los alumnos y encerrado a todos los mals para que ocupasen nuestro lugar, y luego había cercenado los vínculos del colegio con el resto del mundo, por lo que ahora era un lugar hacinado de monstruos hambrientos que se devorarían los unos a los otros hasta el fin de los tiempos. Y yo podía dormir veinte horas seguidas sin preocuparme de nada; podía abandonar la yurta de un salto y quedarme tan pancha; podía hacer lo que quisiera e ir a donde me diera la gana. Al igual que todos los demás, todos los niños a los que había sacado de la Escolomancia y todos los que ya no tendrían que acudir.

Salvo por Orion, que había desaparecido en la oscuridad.

Si me hubiera quedado maná, habría barajado diferentes posibilidades durante el tiempo suficiente como para seguir intentando ayudarlo. Pero como no era así, lo único que se me ocurría era acudir a otra persona —a su madre, tal vez, que estaba camino de convertirse en la Domina del enclave de Nueva York— y pedirle que me prestara maná para seguir intentando rescatarlo. Ahí fue donde mi idea se fue a la porra: al imaginarme mirándola a los ojos, a una mujer que quería a Orion y deseaba que volviera a casa, antes de pedirle maná para llevar a cabo cualquiera de los planes que acababan siendo obviamente ridículos e inútiles en cuanto tenía que convencer a alguien de que creyera en

ellos. Así que que hice lo único que me quedaba por hacer: enterré la cara entre las manos y me puse a llorar.

Mamá se quedó sentada a mi lado mientras estuve llorando, se sentó *conmigo*, consolándome sin fingir estar sintiendo la misma desdicha que yo ni ocultar su propia alegría: había vuelto a casa, estaba viva, estaba a salvo. Cada fibra de su ser irradiaba alegría, pero no intentó que mi actitud fuese la misma ni tampoco sofocar mi dolor; sabía que estaba sufriendo mucho y lo lamentaba, y en cuanto yo se lo pidiera, haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarme. Si quieres saber cómo me comunicó todo eso sin pronunciar ni una palabra, ya somos dos. Jamás habría sabido cómo hacer algo así.

Cuando dejé de llorar, se puso en pie y me preparó una taza de té con hojas que tomó de siete tarros diferentes de sus abarrotadas estanterías. Hirvió el agua con magia, algo que en condiciones normales jamás habría hecho, para no tener que irse a la hoguera y dejarme sola. Un dulce aroma impregnó toda la yurta en cuanto vertió el agua. Me tendió el té, volvió a sentarse a mi lado y me agarró la mano que tenía libre. No me había preguntado nada, sabía que jamás me presionaría, pero un amable silencio se posaba entre ambas, a la espera de que yo empezase a hablar del tema. De que compartiera con ella mi duelo por algo que ya no tenía remedio. Y no podía soportar hacer eso.

Así que tras beberme el té, dejé la taza a un lado y le pregunté:

—¿Por qué me advertiste sobre Orion? —La voz me brotó ronca y áspera, como si le hubiera pasado al interior de mi garganta un papel de lija—. ¿Por esto? ¿Acaso viste…?

Se encogió, como si le hubiera clavado con fuerza una aguja, y un estremecimiento la recorrió de arriba abajo. Cerró los ojos un momento y tomó una profunda bocanada de aire antes de volverse hacia mí y mirarme de un modo que ella llamaba *contemplar de verdad*, algo que hacía cuando quería comprender algo. El rostro se le llenó de pliegues a lo largo de las tenues líneas de expresión que empezaban a formársele alrededor de los ojos.

—Estás a salvo —dijo, medio susurrando. Bajó la mirada hasta mi mano y volvió a acariciármela, y unas cuantas lágrimas le resbalaron por las mejillas —. Estás a *salvo*. Cariño mío, estás a salvo. —Tragó saliva con fuerza y se echó a llorar; cuatro años de lágrimas acumuladas le surcaron el rostro.

No me pidió que llorase con ella; lo cierto es que apartó la mirada, intentando ocultarme sus lágrimas. Yo deseaba hacer lo mismo, deseaba con todas mis fuerzas acurrucarme en sus brazos y dejar que ese sentimiento me inundara: la certeza de saber que estaba viva y a salvo. Ella lloraba de alegría

y de amor, lloraba por mí, y yo también deseaba llorar por todas esas cosas: porque había vuelto a casa, porque ya no tendría que volver más a la Escolomancia, porque iba a vivir en un mundo que yo misma había cambiado para mejor, un mundo donde no habría que arrojar a los niños a un foso repleto de cuchillos con la esperanza de que lograsen volver a salir. Pero no era capaz. El foso seguía existiendo. Y Orion estaba metido dentro.

En su lugar, retiré la mano. Mamá no intentó aferrarse a mí. Tomó aire varias veces y se secó las lágrimas, encerrando su alegría a cal y canto, para poder seguir consolándome; acto seguido se volvió, me acarició la mejilla y me dijo:

—Lo siento mucho, cariño.

No me contó por qué me había pedido que me alejase de Orion. Y yo comprendí de inmediato por qué: no pensaba mentirme, pero tampoco quería herirme. Mi madre era consciente de que lo quería, de que había perdido a una persona que quería del mismo modo horrible que ella había perdido a papá, y mi dolor era lo único que ahora le importaba. No le interesaba contarme por qué ni convencerme de que había tenido razón.

Pero a mí sí me interesaba saberlo.

—Dímelo —le dije entre dientes—. *Cuéntamelo*. Fuiste a Cardiff y le pediste a ese chico que me llevara una *nota*…

El rostro se le arrugó un poco, invadido por la tristeza —estaba pidiéndole que me hiciera daño, que me contara algo que sabía que no quería oír—, pero cedió. Inclinó la cabeza y dijo con suavidad:

—Intenté soñar contigo todas las noches. Sabía que no sería capaz de ponerme en contacto contigo, pero lo intenté de todos modos. Unas cuantas veces me pareció que tú también soñabas conmigo, y estuvimos a punto de tocarnos… pero no era más que un sueño.

Tragué saliva con fuerza. Yo también me acordaba de esos sueños, de las pocas veces que habíamos estado a punto de conectar con la otra, del amor que casi había logrado alcanzarme a pesar de la capa asfixiante y espesa de guardas que recubrían la Escolomancia; las guardas bloqueaban cada una de las posibles vías de entrada y evitaban que nada atravesase el colegio… pues de lo contrario los mals también podrían colarse.

—Pero el año pasado… te vi. La noche que usaste el parche de lino.

Su voz era apenas un susurro y yo me encogí, volviendo a aquel momento y contemplándolo a través de sus ojos: mi habitación diminuta, yo tirada en el suelo sobre un charco de mi propia sangre y con un orificio en el vientre, obsequio del encantador compañero de clase que me había clavado un

cuchillo. La única razón de que hubiese sobrevivido había sido el parche curativo que ella misma había confeccionado; cada hilo de lino que había cultivado, hilado y tejido se encontraba imbuido con años de amor y magia.

—Orion me ayudó —le dije—. Me lo puso él. —Y me detuve, porque ella dejó escapar un aliento entrecortado; el rostro se le contorsionó al recordar algo peor que la imagen de mi cuerpo tirado en el suelo desangrándose.

—Cuando lo tocó lo sentí —dijo con dificultad, y yo supe que iba a lamentar haberle preguntado—. Lo vi junto a ti, tocándote. Lo vi y todo su ser destilaba… *hambre*… —Parecía asqueada, como si hubiera visto a un mal devorarme viva, en lugar de a Orion arrodillándose en el suelo y colocándome un parche curativo en mi cuerpo maltrecho.

—Era mi amigo —dije con un aullido, pues debía impedir que siguiera hablando, y me puse en pie tan rápido que me golpeé la cabeza con fuerza contra un travesaño; me senté con un chillido, agarrándome la cabeza con las manos, y volví a echarme a llorar debido a la oleada de dolor que me sacudió. Mamá intentó abrazarme, pero le aparté los brazos, enfadada, y volví a levantarme de la cama.

»Me salvó la vida —le grité—. Me salvó la vida *trece veces*. —Y dejé escapar una exhalación de agonía: ahora ya no tendría la oportunidad de empatar.

Mamá no dijo nada, no discutió conmigo, sino que se quedó sentada con los ojos cerrados, envolviéndose a sí misma con los brazos, tomando aire entre estremecimientos. Se limitó a susurrar:

—Lo siento mucho, cariño. —Y supe que lo lamentaba de verdad, se sentía tan culpable por haberme disgustado al contarme lo que supuestamente le había transmitido Orion que quise gritar.

Pero en vez de eso me eché a reír; proferí una horrible carcajada que me sobrecogió incluso a mí.

—Tranquila, ya es historia —dije, burlona—. Gracias a mi brillante plan.

Y abandoné la yurta.



Paseé un rato por la comuna; permanecí entre los árboles que estaban junto a los márgenes de las parcelas. Me dolía la cabeza de tanto llorar, me dolía por habérmela golpeado contra el techo, por haber sometido a mi cuerpo a un

océano de maná y por haber tenido que soportar cuatro años de reclusión. No tenía ningún pañuelo ni nada con lo que secarme. Todavía llevaba puestas mis mallas sucias y sudadas y la camiseta de Nueva York que Orion me había regalado; estaba raída y tenía cuatro agujeros, pero había sido la única camiseta más o menos decente que había llegado a final de curso. Me agarré el dobladillo y me limpié la nariz con él.

Tenía ganas de volver con mamá, pero no podía, porque quería pedirle que me abrazara durante un mes y también quería chillarle y decirle que no sabía nada de Orion. En realidad lo que quería era no haberle preguntado nada en primer lugar. Era peor que si me hubiera dicho que había tenido una premonición y que si le hubiera hecho caso en vez de hacerlo partícipe de mi magnífico plan para salvar a todo el colegio, habría salido sin problemas.

Sospechaba lo que mamá había visto: la habilidad de Orion para extraer maná de los mals y el pozo vacío de su interior, pues cuando absorbía el poder, no se lo quedaba para sí. Una habilidad tan aterradoramente poderosa que se había visto obligado a convertirse en un héroe estúpido e imprudente que se enfrentaba solo a una horda de maleficaria, ya que durante toda su vida, los demás lo habían hecho sentirse como un bicho raro a no ser que estuviera arriesgando el pellejo por ellos.

Había sido el chico más popular de la Escolomancia, pero yo era su única amiga, porque cuando los demás lo contemplaban, lo único que veían era su poderosa habilidad. Fingían ver a un noble héroe; él se había esforzado mucho por amoldarse a esa imagen y a todos les encantaba: eso hacía que la finalidad de su poder fuera ayudarlos, servirlos a *ellos*. Del mismo modo que cuando me contemplaban a mí y descubrían lo que era capaz de hacer veían un monstruo, ya que yo me negaba a bailar a su son. Pero habían querido a Orion de la misma manera que me habían odiado a mí. Nunca nos consideraron personas a ninguno de los dos. Él simplemente se había convertido en alguien de utilidad y yo me había negado a ello.

Sin embargo, nunca hubiera imaginado que mamá precisamente —que jamás había permitido que yo me considerase un monstruo, aun cuando el resto del mundo intentaba convencerme de que eso era lo único que era— contemplaría a Orion, descubriría su poder y llegaría a la conclusión de que era un monstruo. No soportaba el hecho de que no hubiese sido capaz de mirarlo y ver a una persona. Me hacía sentir como si me hubiera mentido y a mí tampoco me considerase una persona de verdad.

Así que podría haber vuelto a la yurta para gritarle, para decirle que la única razón de que yo estuviera viva y ella pudiera soñar conmigo era que

Orion se había cargado al maléfice que me había apuñalado y luego había arriesgado la vida al pasarse toda la noche en mi habitación aniquilando al interminable flujo de mals que habían acudido a rematar la faena. Pero quería demostrarle que se equivocaba de otra forma: quería que Orion apareciera por el camino que conducía hasta nuestra yurta dentro de una semana, tal y como me había prometido, para que viera por sí misma que Orion no era ni la criatura con un terrible poder que ella había vislumbrado ni el héroe perfecto que todos querían que fuera. Quería que viera que sí que era una persona, nada más que una persona.

Había sido una persona. Antes de que lo mataran frente a las mismísimas puertas de la Escolomancia por culpa de su complejo de héroe; un héroe cuyo cometido era sacar a todo el mundo del colegio menos a él.

Seguí caminando todo lo que pude. No quería albergar sensaciones tan nimias como el cansancio, el hambre y la suciedad, pero las sentí de todos modos. El mundo insistía en seguir su curso y yo no disponía del maná necesario para detenerlo. Finalmente, Tesoro vino a buscarme; salió de debajo de un arbusto y se abalanzó sobre mi pie cuando volví a acercarme a la yurta. Se negó a que la agarrase. Se alejó de mí un poco en dirección a la yurta, se sentó sobre sus patas traseras y me regañó. Su pelaje blanco casi brillaba a modo de invitación para el enorme número de gatos y perros que vagaban a sus anchas por la comuna. Ser familiar no te proporciona invulnerabilidad.

De manera que la seguí hasta la yurta y dejé que mamá me sirviera un cuenco de sopa de verduras que sabía como si se hubiera preparado con verduras de verdad, lo cual puede que a ti no te parezca nada del otro mundo, pero qué sabrás tú. No pude evitar repetir cinco veces, aún invadida por la agonía y un amargo resentimiento, y zamparme casi toda una barra de pan con mantequilla; después dejé que mamá me llevase hasta los baños. Una vez allí me pasé una hora en la ducha, algo que iba muy en contra de las normas de la comuna, intentando disolverme con la cantidad ingente de agua caliente que estaba gastando. Ni siquiera me preocupaba un poquito que una anfisbena saliera de la alcachofa de la ducha.

En su lugar apareció Claire Brown. Me encontraba con los ojos cerrados bajo el chorro del agua cuando oí que una voz sorprendentemente familiar decía: «Así que la hija de Gwen ha vuelto». Lo dijo sin demasiado entusiasmo y en voz lo bastante alta para que lo escuchase.

No me cabreé, lo cual me resultaba extraño y me incomodaba: mi reserva de furia jamás se me había agotado. Cerré el grifo y salí de la ducha con la esperanza de que despertase en mí algo de mala leche, pero no funcionó. Las

duchas daban a un enorme vestuario redondo, pero este también había encogido durante mi ausencia. La comuna lo había construido cuando yo tenía cinco años y los dedos de mis pies reconocían hasta el último abultamiento del suelo, así que era consciente de que aquel cuartucho estrecho con un único banco estaba igual que siempre, por muy inverosímil que me pareciera. Y en el banco no solo se encontraba Claire, sino también Ruth Marsters y Philippa Wax, que esperaban, envueltas en una toalla, a que yo acabase, a pesar de que había otros dos cubículos.

Se me quedaron mirando como si no me conociesen de nada. Y a mí también me parecían desconocidas, aunque su aspecto y su voz fueran casi idénticos a los de aquellas mujeres que me habían repetido un millón de veces más o menos que era una carga para la santa de mi madre. Todos los que vivían en la comuna tenían un motivo que los había llevado a aislarse del mundo. Mamá se había ido a vivir allí porque no estaba dispuesta a adoptar actitudes egoístas; sin embargo, aquellas tres mujeres y muchos otros vecinos no habían acudido a la comuna para ayudar a los demás y hacer del mundo un lugar mejor, sino para que su propia situación mejorase. Y al contemplarme, habían visto a una niña perfectamente sana, junto a un ser de luz que la colmaba de amor y atenciones; y todos eran conscientes de lo que habría supuesto para ellos recibir ese mismo trato, pero allí estaba yo, con mi aparente actitud hosca y desagradecida, acaparando su benevolencia y desperdiciándola, según ellos.

Lo cual no era excusa para ser borde con una chiquilla triste y sola, y el hecho de que yo entendiera sus motivos no significaba que estuviese dispuesta a perdonarlos. Debería haberme regodeado, debería haberles respondido con desprecio: *Así es, he vuelto y he crecido. ¿Acaso alguna de vosotras ha hecho algo en los últimos cuatro años que no sea cotillear?* Mamá habría proferido un suspiro al oír la historia y a mí no me habría importado. Habría salido de las duchas envuelta en una nube de placer cruel y egoísta.

Pero no fui capaz. Al parecer, si no iba a poder enfadarme con Orion, no podía enfadarme con nadie más.

No les dirigí la palabra y ellas no me la dirigieron a mí ni se pusieron a conversar. Me volví, me sequé, acompañada por su silencio, y me puse la ropa que mamá me había dejado colgada en el gancho junto a la cabina de ducha: unas bragas de algodón nuevas de verdad, recién salidas del envoltorio de celofán, y una camisola de lino con un cordón en el cuello que uno de los vecinos de la comuna confeccionaba para simulaciones medievales, lo

bastante grande y holgada para que me quedara bien. Y, además, un par de sandalias hechas a mano por otro de nuestros vecinos: una suela plana de madera con un cordón de cuero. Llevaba cuatro años sin ponerme nada que estuviera tan limpio, salvo el día que me puse por primera vez la camiseta de Orion. La última prenda que me había visto obligada a comprar fue un par de bragas ligeramente usadas cuando estaba en tercero; se las compré a una alumna de cuarto, ya que a mi último par de ropa interior no le quedaba la tela suficiente para usar un hechizo reparador. La ropa interior sin estrenar era carísima en el colegio: podías comprar un antídoto multicurativo a cambio de un par de bragas sin usar y ahora aquí me tenías a mí, desbordada de riquezas.

Sin embargo, era incapaz de disfrutarlas, como tampoco podía disfrutar de mis contestaciones bordes a las mujeres de la comuna. Me las puse, porque habría sido una estupidez no hacerlo y, naturalmente, me sentí mejor, me sentí de maravilla, pero le eché un vistazo a la camiseta de Orion, que estaba andrajosa y cuyo único lugar apropiado era el cubo de basura, y me sentí fatal por sentirme mejor. Intenté deshacerme de ella, junto con el resto de mis prendas del colegio, pero no fui capaz. La doblé y me la metí en un bolsillo: estaba tan desgastada (a estas alturas seguía de una pieza en gran parte gracias a la magia) que pude reducir su grosor hasta el de un pañuelo. Me lavé los dientes con un cepillo nuevo y pasta de dientes de menta, y abandoné el vestuario. Para entonces había anochecido. Mamá había encendido una pequeña hoguera frente a la yurta. Me senté en uno de los troncos junto a la hoguera y, al cabo de un rato, volví a echarme a llorar. Soy consciente de que la originalidad brillaba por su ausencia. Mamá se acercó y volvió a rodearme los hombros con el brazo, y Tesoro se me encaramó al regazo.



Me pasé el día siguiente sentada junto a la hoguera extinguida, mirando al vacío. Limpia y con la barriga llena, disfrutando del sol, de una breve lluvia —no me moví—, y otra vez del sol. Mamá revoloteó a mi alrededor en silencio, me proporcionó comida y té, y dejó que asimilara a solas la situación. No estaba asimilando nada. Intentaba con todas mis fuerzas no asimilar nada ya que no había nada que asimilar aparte de la horrible certeza de que Orion estaba desgañitándose en algún lugar del vacío. Si me esforzaba, casi podía oírlo. Casi podía oírlo decir: *El, El, ayúdame, por favor. El.*

Entonces alcé la mirada, pues las voces ya no solo estaban en mi cabeza. Vi un pajarito extraño posado en el tronco que había junto al mío, de color negro y púrpura, con el pico anaranjado y unas marcas de un amarillo intenso alrededor de la cabeza; volvió hacia mí un enorme ojo negro y redondo.

—¿El? —me repitió. Me lo quedé mirando. Estiró mucho la cabeza, emitió un sonido parecido a una tos y volvió a enderezarse de nuevo—. ¿El? —me dijo otra vez—. El, ¿estás bien?

Era la voz de Liu: puede que el sonido no fuera exactamente el mismo, pero el acento y su forma de hablar eran idénticos; si hubiera hablado a mis espaldas, habría pensado que estaba conmigo.

—No —le dije al pájaro con sinceridad.

Este ladeó la cabeza y dijo: *Nǐ hǎo*, y acto seguido repitió: *¿El?*, y luego dijo con mi voz: *No. No. No*. Después, levantó el vuelo de pronto y desapareció entre los árboles.

Aadhya, Liu y yo habíamos llegado a un acuerdo: yo debía hacerme con un móvil en cuanto saliera y mandarles un mensaje a ambas. Me habían obligado a aprenderme sus números de memoria. Pero eso había formado parte del *plan*, y yo fui incapaz de cumplir mi parte.

Era un plan muy bueno. Me había llevado los sutras de la Piedra Dorada: los había guardado junto a todas mis notas y traducciones en una bolsa que había tejido con la última manta raída que me quedaba y que hacía las veces de relleno protector. La bolsa se encontraba en el interior de mi cofre para libros, que a su vez se hallaba metido en mi neceser impermeable. Me lo había colgado a la espalda cuando los engranajes se pusieron en marcha. Era lo único que llevaba encima, mi premio, lo único verdaderamente maravilloso que había sacado de la Escolomancia. Habría renunciado a ellos por Orion si algún poder superior se hubiera ofrecido a hacer un trato, aunque habría tardado dos segundos en vez de uno en aceptar.

El plan había sido, si salía con vida, abrazar a mi madre medio millón de veces, rodar en la hierba, abrazar a mi madre un poco más, y luego agarrar los sutras y dirigirme a Cardiff, donde había una agrupación de magos de tamaño considerable cerca del estadio. No eran lo bastante poderosos ni ricos como para construirse un enclave propio, pero estaban trabajando en ello. En vez de eso, yo les habría ofrecido construirles un enclave de Piedra Dorada a las afueras de la ciudad con el maná que habían acumulado. Nada demasiado grandioso, pero sería un espacio lo bastante digno donde meter a sus hijos por la noche y protegerlos de los mals que hubieran escapado a la purga.

Orion no formaba parte del plan. Sí, se me había pasado por la cabeza que viniera a buscarme a Cardiff si le apetecía. Pero iba a estar ocupado recibiendo achuchones de sus propios padres, por no mencionar que el enclave de Nueva York se habría volcado en él. Todos habrían procurado que no se marchase, apelando a todo el sentimentalismo y sentido de la lealtad que pudieran despertar en él. Así que en realidad no había esperado que Orion viniera a buscarme: el pesimismo es lo mío. Y tampoco *había necesitado* que viniese. Estaba preparada para seguir con mi vida.

Tal vez ni siquiera había necesitado que saliera con vida.

Antes de que pusiéramos en práctica nuestro disparatado plan de huida, había estado convencida de que yo misma acabaría palmando, al igual que, por lo menos, la mitad de mis amigos, y Orion encabezaba la lista de posibles fiambres. Si el plan se hubiese ido al traste, si los maleficaria hubiesen conseguido liberarse del hechizo ratonera, si hubiesen empezado a masacrarnos y él no hubiese logrado salir, creo que lo habría llorado, habría pasado el duelo y seguido adelante.

Pero no podía soportar esta situación. No soportaba que él fuera el único que hubiese muerto mientras sacaba a los demás del colegio. Mientras me sacaba *a mí*. A pesar de que había sido él mismo el que había tomado la estúpida decisión de darse la vuelta y enfrentarse a Paciencia, a pesar de que había decidido darme un empujón y ser el héroe que creía que debía ser para que se lo considerase digno. No soportaba que su historia acabase de esa manera.

De modo que no estaba bien. No me compré un móvil ni intenté llamar a Aadhya ni a Liu. No fui a Cardiff. Me limité a quedarme sentada, tanto dentro como fuera de la yurta, daba lo mismo, e intenté cambiar el desenlace en mi mente; reproduje la escena una y otra vez, como si al reexaminar mi actuación en busca de una solución mejor pudiese cambiar lo sucedido.

Te aseguro, por experiencia, que era muy parecido a cuando se meten contigo en la cafetería o en el baño, delante de un porrón de personas: en ese momento eres incapaz de pensar en una réplica ingeniosa, pero más tarde te pones a darle vueltas a la cabeza y se te ocurren todas las crueldades ingeniosas que podrías haber soltado. Tal y como mamá me había señalado en varias ocasiones cuando era pequeña, en realidad lo que haces es revivir de nuevo la humillación una y otra vez, mientras el capullo que se ha metido contigo sigue su vida como si nada. Tenía razón, e incluso entonces era consciente de ello, pero el hecho de saberlo nunca me había detenido. Y no iba a detenerme ahora. Me quedé atascada, avanzando y reculando una y otra

vez, intentando encontrar el modo de hacer virar a un tren que ya había descarrilado.

Tras pasar unos cuantos días más intentando reescribir la historia en el interior de mi cabeza, se me ocurrió la magnífica y muy original idea de intentarlo en la vida real. Entré en la yurta y desenterré uno de mis antiguos cuadernos de primaria que mamá había guardado en una caja. Encontré una página en blanco hacia el final del cuaderno y garabateé unas cuantas frases, no sé qué no sé cuántos *l'esprit de l'escalier*. La idea me resultaba muy francesa, igual que mi más letal y elegante hechizo, y si eso no te convence, no sé qué quieres que te diga.

Soy incapaz de explicarte qué se me pasó por la cabeza al empezar a crear un hechizo que me permitiera alterar la realidad. Por muy poderoso que seas, esa clase de conjuros no funcionan a largo plazo. La realidad es mucho más poderosa; el tiro acabará saliéndote por la culata y, generalmente, tú acabarás muerto. Aunque, desde luego, en tu mundo particular de fantasía te puede ir muy bien durante una larga temporada —al menos desde tu punto de vista—; cuanto más te empeñes y más poderoso seas para seguir adelante, más mierda os salpicará a ti y a los demás cuando el hechizo implosione finalmente. Y si me hubiese parado a pensarlo el tiempo suficiente, me habría dado cuenta de que, en última instancia, no serviría de nada, de que tan solo causaría daños. Pero no lo hice. Solo intentaba ponerle fin a la agonía, como si me encontrase en el interior del milfauces junto a Orion, sin atender a razones y desesperada por escapar.

Mamá me pilló dándole vueltas al siguiente verso del hechizo, que estaba casi segura de que no iba a tardar en ocurrírseme. Crear mis propios hechizos se me da fatal a menos que contengan cantidades ingentes de destrucción y terror, en cuyo caso no tengo parangón. Su tolerancia a mi proceso de duelo no incluía presenciar cómo dejaba el mundo patas arriba y de paso me inmolaba. Le echó un vistazo a lo que estaba escribiendo antes de quitármelo de las manos y echarlo al fuego; acto seguido, se arrodilló frente a mí, me agarró las manos con fuerza y se las llevó al pecho.

—Cariño mío —dijo, antes de colocarme la palma en la frente y apretarme la zona entre las cejas—. Respira. Deja marchar las palabras. Deja marchar los pensamientos. Deja que desaparezcan. Se alejan ya con la siguiente exhalación. Inspira y espira conmigo.

Me vi obligada a obedecerle. Mamá casi nunca había utilizado la magia conmigo, a pesar de que yo era la típica niña terremoto llena de rabia a la que cualquier otro progenitor habría hechizado día sí y día también para que se

calmase. La mayoría de los niños magos son capaces de bloquear los hechizos de obligación de sus padres a los diez años, pero cuando yo tenía cuatro y berreaba porque no quería irme a dormir, en vez de hechizarme para que me fuera a la cama sin chistar, mamá me cantaba nanas durante tres horas. A los siete, cuando me ponía echa un basilisco y empezaba a dar patadas, lo que mamá me ofrecía era comprensión, espacio y paciencia, incluso si yo hubiera preferido una discusión a gritos y un buen lingotazo de poción calmante. En realidad, no es un enfoque que me entusiasme —echando la vista atrás, sigo pensando que no me habría venido mal de vez en cuando alguna una poción calmante—, pero ponía de manifiesto que no se me daba nada bien bloquear la magia de mamá, al menos, de forma instintiva, y yo me guiaba sobre todo por instinto.

En fin, la magia de mamá resulta agradable porque sus intenciones siempre son buenas, y yo me sumergí de cabeza en la sensación de alivio que me ofrecía. Para cuando conseguí zafarme, mamá me había borrado de la mente el principio del hechizo y me había hecho sentir lo bastante bien como para reconocer que había intentado algo increíblemente estúpido.

No es que agradeciera su ayuda. Ser consciente de que había tenido toda la razón solo me hacía sentir peor. Después de que me soltase, me encontraba, muy a mi pesar, demasiado calmada como para salir de la yurta echa una furia y plantarme bajo la lluvia, pero tampoco tenía ganas de hacer algo insoportablemente horrible como ponerme a hablar de mis sentimientos ni darle las gracias por evitar que acabase hecha pedacitos y haciendo saltar por los aires la comuna y, muy probablemente, medio Gales. Debía hallar otra forma de escapar, así que tomé la bolsa de libros y saqué los sutras.

Mamá se había dirigido al otro lado de la yurta para lavar los platos y se había puesto de espaldas para dejarme espacio. No obstante, al cabo de un rato echó la vista atrás, vio que estaba leyendo y me dijo con ese tono conciliador suyo que yo detestaba y adoraba a partes iguales:

—¿Qué lees, cariño?

Lo cierto es que tenía ganas de jactarme y presumir de ellos, pero en lugar de eso me limité a murmurar hoscamente:

—Los sutras de la Piedra Dorada. Los encontré en el colegio… —Pero no terminé la frase porque mamá profirió un ruido como si alguien la hubiese apuñalado varias veces y dejó caer al suelo el plato que estaba fregando. La miré y ella me devolvió la mirada. Se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos y una expresión de horror, y entonces cayó de rodillas, enterró el rostro en las manos y se puso, literalmente, a aullar como un animal.

El pánico se apoderó de mí por completo. Se encontraba prácticamente en el mismo estado de histeria que me había encontrado yo misma media hora antes, aunque yo había podido apoyarme en ella, y ella tenía que apoyarse en mí, que no soy de mucha ayuda a menos que una horda de maleficaria se abalance sobre alguien. No tenía ni idea de qué hacer. Recorrí la yurta de arriba abajo dos veces, mirando a mi alrededor desesperada, antes de llevarle un vaso de agua. Le supliqué que se lo bebiera y me contase qué le pasaba. Pero ella siguió llorando. Entonces pensé que tal vez se había intoxicado con el detergente e intenté comprobar si este tenía toxinas, pero no encontré nada, por lo que decidí que tenía que lanzarle un hechizo de curación total; como no me quedaba magia suficiente me puse a dar saltos de tijera para generar maná mientras ella lloraba. Debía de parecer una imbécil redomada.

Mamá recuperó la compostura sin ayuda. Tragó saliva unas cuantas veces y me dijo:

—No, no.

Yo me detuve, sin aliento, me arrodillé frente a ella y la agarré de los hombros.

—Mamá, ¿qué pasa? Dime qué quieres que haga. Perdona. Lo siento. —Se lo perdonaba todo, la perdonaba por no querer a Orion, la perdonaba por decirme que me alejara de él, la perdonaba por hacerme sentir mejor. Nada de eso importaba a la vista de aquel follón; era como si mi horrible hechizo a medio escribir hubiera empezado ya a mandar el mundo a la porra.

Exhaló lentamente, emitiendo un gemido, y luego dijo:

—No, cariño. No tienes que disculparte tú, sino yo. Yo soy la que tiene que disculparse. —Cerró los ojos y me apretó el hombro al darse cuenta de que yo iba a contestar algo trivial como: «No pasa nada», y entonces dijo—: Te lo contaré. Te lo tengo que contar. Pero antes debo ir al bosque. Perdóname, cielo. Perdóname.

Acto seguido se levantó del suelo lentamente, igual que una anciana, y se adentró en la lluvia torrencial.

Me senté en la cama y me abracé a los sutras como si fueran un osito de peluche, invadida, todavía, por una sensación de pánico contenido que solo permanecía contenido porque mamá se iba al bosque cada dos por tres y volvía siempre tranquila y recuperada, así que una parte de mí se aferraba a la esperanza de que esta vez no fuera una excepción; sin embargo, jamás había ocurrido nada parecido, y todas las cosas horribles que me pasaban eran siempre culpa mía. Estuve a punto de echarme a llorar cuando mamá volvió al cabo de apenas una hora, empapada y con el vestido pegado a las piernas, con

la parte delantera cubierta de barro y la cara manchada, como si se hubiera tumbado un rato en el suelo. Sentí tanto alivio al verla que lo único que quise fue darle un abrazo.

Pero ella me dijo:

—Tengo que contártelo ya.

Y empleó su tono de voz más profundo y lejano, el que usa únicamente cuando lleva a cabo arcanos mayores: por ejemplo, cuando un mago acude a ella debido a alguna dolencia realmente horrible, como una maldición o alguna enfermedad mágica, y mamá le dice lo que tiene que hacer; solo que esta vez estaba diciéndoselo *a sí misma*. Me tomó un momento de las manos, antes de atraer mi rostro hacia ella y besarme la frente como si fuera a marcharme; casi estaba convencida de que iba a decirme que había estado equivocada durante todos estos años, que mi destino era en realidad cumplir la profecía de muerte y desolación que lleva acechándome desde que era una cría y que tenía que marcharme para siempre.

Y entonces dijo:

—La familia de tu padre procedía de uno de los enclaves de Piedra Dorada.

—¿Los que se construyeron con los sutras?

Pronuncié las palabras con un susurro entrecortado, en realidad no se trataba de una pregunta. Sabía que la familia de mi padre, los Sharma, habían vivido en un enclave —un antiguo enclave de algún lugar del norte de la India en el que se usaba maná exclusivamente— que había quedado destruido hacía un par de siglos, durante la ocupación británica. Los sutras de la Piedra Dorada eran antiquísimos, se trataba de hechizos en sánscrito antiguo, y se habían utilizado hacía eones para construir todo un conjunto de enclaves en aquella parte del mundo. Era una casualidad, pero no parecía algo problemático. Yo seguía acojonada: sentía que se avecinaba algo horrible.

—Los enclaves se construyen con malia —dijo mamá—. Desconozco el proceso exacto, pero al entrar en ellos se nota. Todos se han creado con malia, salvo los de la Piedra Dorada. Tu padre me habló de ellos.

—Pero entonces no pasa nada —dije, con la voz aguda y teñida de súplica; le tendí los sutras a modo de ofrenda—. No hace falta utilizar malia para construirlos, mamá. Me los he leído, aún no soy capaz de lanzar todos los hechizos, pero estoy segura… —El rostro se le arrugó al contemplar el precioso libro. Extendió una mano temblorosa sobre este; sus dedos permanecieron un instante en el aire, como si no soportara la idea de tocarlo, pero los retiró antes de rozar siquiera la cubierta.

—Arjun y yo queríamos construir un nuevo enclave dorado —explicó—. Pensamos que si les enseñábamos a los demás un modo mejor de… —Se interrumpió y volvió a empezar, de un modo que me resultó familiar: ella siempre les recuerda a los demás que no deben dar explicaciones cuando intentan pedir perdón, que no deben poner excusas a menos que se las pidan —. Queríamos construir un enclave dorado. Queríamos hallar los sutras —dijo, y creo que entonces yo empecé a entender la situación, pero tenía la mente en blanco, plagada de ruido—. Pensamos que donde más oportunidades teníamos de encontrarlos era en el colegio, en la biblioteca. Lo siento mucho, cariño mío. Lanzamos un conjuro de invocación. Invocamos los sutras y nos comprometimos a pagar el precio que fuera necesario.



—Creíamos que el hechizo no había funcionado —dijo mamá—. Pensamos que los sutras habían quedado extraviados o habían sido destruidos.

Yo me había vuelto a sentar en la cama. Seguía abrazada a los sutras. Tal vez la reacción adecuada debería haber sido prenderles fuego, pero en ese momento me pareció que eran la única cosa del universo de la que dependía.

No sabía si lo que mamá acababa de contarme era mejor o peor que el hecho de que me hubiera dicho que su opinión sobre mí había cambiado y que estaba convencida de que iba a convertirme en un ser malvado y letal. Llevaba toda la vida preparándome para que me soltara algo así. Me habría hecho pedazos, pero no me habría pillado desprevenida. Sin embargo, no estaba preparada para que me dijera que ella había… que papá y ella habían… ni siquiera sabía cómo describirlo.

Las invocaciones funcionan igual que un hechizo reparador. Todos los idiomas cuentan con una versión básica que puedes modificar y ampliar, dependiendo de lo que pidas y lo que estés dispuesto a ofrecer a cambio. Puedes invocar casi cualquier cosa que quieras —incluso víctimas involuntarias para un sacrificio— siempre y cuando esta exista. Pero tiene un coste… que es mucho más alto de lo que cualquier mago normal y corriente

consideraría justo. Si llevas a cabo una invocación y te puede la tacañería, es decir, sino empleas el maná suficiente o tu sacrificio no está a la altura, pierdes aquello que habías ofrecido a cambio y, además, la invocación no sale bien.

Aunque hay otra manera de lanzar una invocación. Con la que no te hace falta emplear ni una gota de maná ni presentar una ofrenda. Si lo haces así, si te comprometes a pagar el precio que sea necesario, lo que estás haciendo es ofrecer cualquier cosa, todo lo que tengas, incluida tu vida. O, en este caso, te comprometes a que uno de los dos pase una eternidad agónica en la panza de un milfauces, y a que la otra parte abandone la Escolomancia entre lágrimas y sola para dar a luz y criar a vuestra hija.

Y ofreces también la vida de dicha hija. Un puñado de células que dependen tantísimo de tu cuerpo que la ofreces sin siquiera darte cuenta de que lo estás haciendo. La conviertes en —utilizando las coloridas palabras que mi tatarabuela empleó en su profecía— un *alma oscura*, ligada a la hipoteca familiar desde su nacimiento, un recipiente donde depositar un terrible poder destructivo y un horrible destino de muerte y desolación para equilibrar tu idealismo rampante. Todos pagaréis el precio para que un día esa niña tenga la oportunidad, la improbable oportunidad, de tomar de un salto una copia del libro de hechizos que ansías y poner en práctica tu generosa fantasía de libertad.

Seguía envolviendo los sutras con los brazos, trazando, absorta, el relieve del cuero. Había sido consciente de que se trataba de un golpe de suerte, de que me los había encontrado como caídos del cielo, sin habérmelos ganado; me había aferrado a ellos con todas mis fuerzas y no había hecho preguntas. Y ahora resultaba que, en realidad, llevaba pagándolos toda la vida, sin que nadie me hubiese preguntado si estaba o no de acuerdo. Estaba pagándolos durante el peor momento de mi vida: cuando tuve que enfrentarme al milfauces de la biblioteca, el mismo que acechaba entre las estanterías y con el que me topé después de sacar los sutras del estante. La última letra de la deuda de mis padres.

Supongo que en aquella ocasión sí tuve opción. No tenía por qué enfrentarme al milfauces. Podría haber dejado que se cargase a unas cuantas decenas de alumnos de primero. Podría haber pagado el coraje de mis padres con una actitud cobarde, condenando a un montón de niños a diez mil años de agonía y gritos para equilibrar así la balanza. En lugar de eso, pagué el precio con mis propios gritos. No quería rememorar aquel infierno, pero no pude evitarlo; permanecí en la cama, mareada e invadida por los temblores, con la

piel pegajosa a causa de los recuerdos. Una parte de mi mente iba a seguir gritando en el interior de ese milfauces durante el resto de mi vida.

Y por eso le había dicho a Orion que no podíamos enfrentarnos a Paciencia, por eso no había sido capaz de imaginarme intentándolo. Quizá por eso me había dado un empujón. Porque le dije que no podíamos, que yo no podía hacerlo, así que él había pensado que también debía salvarme de la criatura. Del terror al que era incapaz de enfrentarme. Tal vez eso significaba que él también formaba parte del precio.

Bajé la mirada hacia los sutras, cuyo precio había sido abonado del todo. Había estado inmensamente apegada a ellos. Había estado dispuesta a dedicarles mi vida. Ahora, incluso aquello —mis planes para el futuro, mi sueño de construir enclaves dorados— parecía de pronto una idea heredada en lugar de una elección propia. Quería enfadarme; sentía que tenía derecho a enfadarme.

Mamá sentía lo mismo. Se encontraba plantada frente a mí, como a la espera de un veredicto. Cuando hieres de verdad a alguien, decía siempre, tus intenciones son irrelevantes. Si pretendes arreglar las cosas, debes aceptar su dolor y su rabia. Pero yo no hallaba ningún atisbo de rabia que echarle en cara. Papá y ella no me habían ofrecido como sacrificio en su lugar; ambos habían pagado un precio aún mayor que el mío y ni siquiera habían sabido entonces que yo existía y que estaban perjudicándome.

Pero si no podía enfadarme, no sabía qué hacer. En el fondo, aún no me lo creía. No me refiero a que pensara que me estaba mintiendo o que se lo estaba inventando; simplemente era incapaz de creerme que mamá hubiese hecho aquello. Podía herirme, podía hacerme enfadar. Le había insistido innumerables veces durante mi infancia para que nos uniésemos a un enclave y ella siempre se había negado: no había estado dispuesta a hacer esa concesión, ni siquiera para salvarme la vida, aunque habría muerto protegiéndome. Pero jamás habría hecho *aquello*. No habría comerciado con mi vida sin mi consentimiento pleno. Antes se habría arrancado el corazón.

Lo cual, desde luego, seguía siendo cierto, y más o menos lo había hecho, pero eso no me ayudaba a organizar mis propios sentimientos. El hecho de que hayan fallado los frenos y el conductor no tenga la culpa de nada no significa que el camión no te haya atropellado, aunque en este caso parecía más como si una estrella se hubiese saltado a la torera las leyes de la física y hubiese mandado a la porra el planeta tras chocar contra nosotros.

—Debo pensar —repuse. Lo decía literalmente. Era incapaz de pensar. Era incapaz de encontrarle un sentido que me permitiese lidiar con la

situación de algún modo. Tesoro salió del nidito que se había hecho junto a mi almohada, trepó por mi brazo y se acurrucó en mi hombro para consolarme, aunque no sirvió de nada. No necesitaba que me consolasen. No era infeliz. Me había extraviado en las montañas y no llevaba brújula.

Mamá se tomó mis palabras como una orden. Dijo:

—Iré a las duchas.

Y se marchó de inmediato. No sabía si quería que se marchara, pero tampoco me salía llamarla para que se quedase. Así que se fue y me dejó a solas en la yurta.

Seguía lloviendo. Había que arreglar la cubierta del agujero del techo; una de las costuras goteaba un poco. Mamá solía mantenerlo todo en buen estado, pero a fin de cuentas, se había pasado los últimos cuatro años esperando a averiguar si su única hija iba a salir con vida del colegio. Contemplé cómo el agua se acumulaba lentamente en cada gota hasta precipitarse, por fin, con suavidad. Mamá se había pasado casi la mitad de mi infancia intentando enseñarme a meditar, a encontrar el sosiego. Nunca se me había dado demasiado bien. Ahora había conseguido quedarme media hora con la mente en blanco, contemplando las gotas que se colaban en la yurta, aunque no me había provocado ningún sosiego; el ruido de fondo invadía mi mente, no la calma.

La inercia me habría llevado seguramente a pasarme otro mes ahí sentada, intentando encontrar el modo de sentir algo. Solo que alguien le puso trabas a la inercia.

—Así que es verdad que estás ahí sentada en medio de la nada —dijo una voz—. Apenas podía creérmelo cuando me lo contó.

Tardé un momento en darme cuenta de que alguien se había dirigido a mí. Nadie venía nunca a la yurta a hablar conmigo; si alguien aparecía y veía que mamá no estaba, volvía a marcharse sin decirme nada, a no ser que necesitase urgentemente hablar con ella, y en ese caso, a veces la persona me preguntaba dónde estaba y yo la ignoraba agresivamente hasta que se largaba. Tardé otro momento en percatarme de que reconocía la voz, que se trataba de la de Liesel, y otro más en volver la cabeza y quedarme mirándola con cara de póquer.

Estaba en la entrada de la yurta, mirándome. La había visto por última vez hacía menos de una semana, frente a las puertas de la Escolomancia, ataviada con los mismos andrajos que habíamos llevado todos durante la graduación. Ahora llevaba un vestido ajustado hasta las rodillas que le daba el aspecto de alguien que está de camino a una fiesta, con unas zonas curvadas en los

costados elaboradas con lentejuelas que brillaban como perlas: escamas de anfisbena, advertí con indiferencia; las mismas que Orion le había dado por haberle hecho los deberes de recuperación. Estaban ribeteadas con una fina capa de cuentas de plata y malaquita: se trataba, casi con toda seguridad, de algún artificio protector. El pelo rubio, que brillaba como el metal pulido, le había crecido un palmo y se encontraba esculpido en bucles antinaturalmente perfectos que le caían por los hombros y le brindaban la glamurosa apariencia de una mujer de los años cuarenta. Había conseguido una plaza en el enclave de Londres —gracias a que había sido la mejor estudiante de su promoción— y era obvio que le habían proporcionado el poder suficiente como para equiparse debidamente.

Hizo una mueca mientras se sacudía el barro que intentaba reptar por sus impolutos zapatos blancos y entró en la yurta. Miró a su alrededor con una expresión ligeramente incrédula que perdió toda sutileza al llegar a la gotera del techo.

—¿Vives aquí? —exigió saber.

—¿A qué has venido? —le dije, en lugar de responder a su pregunta. Durante la última semana, aún sumida en las profundidades de la pena y la confusión, apenas había tardado en recordar las muchas razones por las que odiaba la yurta. Sin embargo, no me apetecía confiárselas a Liesel. No es que me cayera mal exactamente. Una apisonadora no puede caerte mal, y lo cierto es que resulta increíblemente útil en muchas situaciones, como cuando intentas organizar el éxodo colectivo de cinco mil críos frente a una horda de maleficaria, cosa de la que se había encargado. Simplemente no te apetece mantener una conversación íntima y sincera con la apisonadora, sobre todo si tienes la sospecha de que tal vez vaya a darse la vuelta y pasarte por encima.

—¿Tú qué crees? —Parecía irritada—. Hay problemas en Londres. Te necesitamos.

No respondí nada, pero sospecho que mi expresión dejaba entrever algunos de mis pensamientos, en particular mis enormes ganas de mandarla a la mierda, aunque también me preguntaba qué tipo de problemas estaría sufriendo Londres para que me necesitasen *a mí* —soy poderosa, pero no más que uno de los enclaves más poderosos del mundo— y por qué creía ella que me importaba lo más mínimo.

Liesel frunció un poco el ceño y se dignó a explicarse.

—Quienquiera que eliminase a Bangkok, no se ha quedado de brazos cruzados. Atacaron a Salta y a Londres durante la graduación, mientras nosotros salíamos del colegio. El enclave de Salta ha acabado totalmente

destruido: han muerto 200 magos. Y la mitad de las guardas de Londres han sido derribadas. Y aquí estás tú, sentada bajo la lluvia —añadió, con profundo desagrado.

No sé cómo consiguió que el hecho de que yo estuviese tranquila en mi casa en lugar de estar pendiente de lo que se cocía en los círculos mágicos internacionales pareciera absolutamente ridículo. En caso de que estés preguntándote si te has perdido algún acontecimiento importante, a las ciudades de Bangkok y Salta no les había pasado nada, y si yo hubiese tenido tele, no habría visto en el telediario ninguna noticia referente a un desastre en Londres. Normalmente, los enclaves se crean y desaparecen sin que los mundanos se den cuenta. La construcción de los enclaves tiene como objetivo separarse del mundo mundano: establecer un espacio agradable y seguro en el vacío hace que la realidad sea más tolerable, lo que significa que resulta más sencillo crear artificios tales como indumentarias blindadas espectaculares y evitar situaciones desagradables como que los mals quieran merendarse a tus hijos.

Aun así, para ser justa con Liesel, que se produjesen ataques a enclaves cada dos por tres era una noticia que a casi todos los magos les parecería significativa, incluso a mí. Yo no estaba para nada de acuerdo con el sistema de enclaves existente, pero eso no quería decir que me pareciese bien que algún maléfice chalado fuese por todo el mundo arrasándolos y arrojando a un montón de gente inocente al vacío o, en su defecto, dejándolos en la más absoluta ruina.

Sin embargo, una cosa era que no me pareciese bien y otra muy distinta que fuera a hacer algo al respecto. Permanecer en una agradable y tranquila yurta en medio del bosque se me antojaba una mejor idea que involucrarme en aquello, incluso a pesar de las goteras.

—Lo siento, pero Londres tendrá que apañárselas solo —dije.

—¿Y eso? ¿Pretendes que acabe creciéndote musgo como a tu casa? —dijo Liesel cortante—. Este no es lugar para ti.

—¿Y quién te ha pedido que vengas? —dije.

—Pues Liu, naturalmente —respondió Liesel, tomándose la pregunta al pie de la letra, y acto seguido movió la mano frente a mí y mi patética existencia—. ¿Cómo iba a saber si no que estabas aquí? Todos creíamos que habías muerto junto a Lake.

Me la quedé mirando, sintiéndome ligeramente traicionada; aunque a decir verdad, si el objetivo de Liu era pedirle a alguien que no estuviese a un

continente de distancia que viniese a sacarme a la fuerza, Liesel no era mala elección.

—Ella no te ha pedido que vengas a buscarme para que vaya a ayudar a *Londres*.

—No —respondió ella—. Me dijo que estabas viva y que te encontrabas en una comuna sin electricidad ni agua corriente. No me hizo falta que nadie me dijese que era una estupidez.

—¿Esta estrategia suele funcionarte? ¿La de insultar a alguien a quien le estás pidiendo un favor? —espeté, aunque de forma no demasiado acalorada; se trataba más bien de una pregunta plagada de fascinación. Tenía suerte de haberse presentado justo en aquel momento: seguía sin ser capaz de generar ira, así que su descaro me produjo, sobre todo, asombro. Ni siquiera podía imaginarme qué quería que hiciese yo, a no ser que Liesel fuera de las que pensara aquello de que no había nadie mejor que un ladrón para atrapar a otro ladrón.

—No te estoy pidiendo un *favor* —dijo Liesel—. Un milfauces se ha colado entre las guardas esta mañana. Uno grande. Están intentando evitar que irrumpa en la sala del consejo, pero no aguantarán mucho más. En cuanto entre, Londres será historia. Nadie está dispuesto a echarnos una mano; están demasiado asustados. Bueno, ¿qué? —Terminó con un deje agresivo, mientras el estómago se me revolvía y quedaba reducido a un bultito, como la masa del pan tras amasarla.

Que el enclave de Londres, uno de los más grandes y más poderosos del mundo, junto con su vasta reserva de maná, fuera engullido por un milfauces, sería una absoluta calamidad, al margen de mi opinión sobre los enclaves. La criatura podría acabar siendo del tamaño de Paciencia tras darse aquel festín. Y mientras tanto, el maléfice que estaba saboteando las guardas de los enclaves, se encontraría también por allí, preparándose, seguramente, para un segundo asalto. Ambos podrían llegar a formar un equipo sensacional. El hecho de que me negase a cumplir el destino de muerte y destrucción que había vaticinado mi tatarabuela carecería de importancia si me quedaba de brazos cruzados y dejaba que los dos hiciesen el trabajo sucio.

La idea seguía careciendo de todo aliciente, desde luego. No me apetecía nada enfrentarme a un milfauces. Lo habría hecho para salvar a Orion, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a hacer de ello mi ocupación. A todo el mundo le da miedo que un milfauces lo devore, pero a mí me da miedo a un nivel mucho más íntimo y específico. Por lo que sé, soy la

segunda persona que ha vivido para contarlo, y la otra es el Dominus de Shanghái.

Pero… lo cierto es que *sí* había sobrevivido, y el milfauces no. Soy la única que goza de la distinción de haber acabado con uno sola. Incluso el célebre episodio de dudosa veracidad de Cracovia contó con la participación de un círculo de siete magos, y para la purga de Shanghái hicieron falta más de cuarenta magos generando maná. Y es más, yo había matado a *dos* milfauces. El segundo, que era bastante pequeño, se había colado en el colegio durante la graduación, atraído por nuestro hechizo ratonera, y Liesel me había visto cargármelo. Y por eso quería que los ayudase.

Seguía sin verle el aliciente a la situación, aunque sí que noté una *sacudida*: un empujón para salir del foso en el que me encontraba.

—Bueno, es una oferta cojonuda —dije, intentando quitármela de encima —. El sueño de mi vida: arriesgar el pellejo enfrentándome a un milfauces por el enclave de Londres. ¿Por qué ha pensado el consejo que estaría de acuerdo?

—No les hemos dicho nada. ¿Te crees que había tiempo para discutir el asunto? —dijo Liesel—. Hemos venido a por ti solos.

—¿Quiénes?

—Alfie y Sarah están ahí abajo. Les dije que me esperasen. —Liesel gesticuló irritada en dirección al resto de la comuna—. ¿Qué más da? ¿Acaso quieres firmar un contrato de antemano? Jamás has aceptado nada a cambio. ¿Piensas ser una ermitaña toda tu vida solo porque Lake ha muerto? A ver si maduras. Alguien está destruyendo los enclaves de todo el mundo y un milfauces está a punto de zamparse al de Londres. No es momento de que te quedes aquí sentada haciendo pucheros. *Él* no haría eso.

Me puse en pie indignada —no volví a golpearme con los soportes del techo, aunque a punto estuve—, pero Liesel se limitó a cruzarse de brazos y a mirarme a los ojos sin ceder ni un ápice. Cruel y astuta, como siempre, porque ni siquiera podía discutírselo. De haberlo contado, Orion hubiera accedido a ayudar de inmediato. Y podría haberlo contado… si yo hubiese actuado de forma diferente, si el pánico no se hubiera apoderado de mí y no lo hubiera obligado a salir corriendo al ver que un milfauces aparecía.

No le dije nada a Liesel. Tenía razón, pero aun así la hubiese abofeteado con mucho gusto. De todas formas, se dio cuenta de que había ganado: me dirigió una breve inclinación de cabeza, se dio la vuelta y salió de la yurta para esperarme fuera.

Me quedé ahí plantada un instante, con el irregular goteo de fondo. Me di la vuelta y contemplé los sutras, que estaban sobre la cama; la cubierta desprendía un brillo satinado en la penumbra. Los recogí y los guardé con cuidado en el cofre portalibros; permanecí de pie un momento, aferrándome a ellos. Me habían traído hasta aquí, de vuelta con la invocadora, solo que a mamá no le iban a ser de ninguna utilidad. No eran hechizos curativos. El encantamiento final requería de una capacidad de procesamiento de maná tan elevada que no creía que nadie excepto yo pudiera lanzarlo.

¿Iba a utilizarlos? Ya no estaba segura, pero era evidente que no tenía ningún sentido que me los llevase a Londres para la batalla. Lo cierto es que aquello era un aliciente egoísta para marcharme. Al menos me ahorraba tener que tomar una decisión enseguida.

—Os quedáis con mamá —dije. Me había acostumbrado a hablar con ellos—. Os cuidará hasta que yo vuelva.

Normalmente habría dicho muchas más cosas: me habría puesto de los nervios y les habría dicho lo mucho que detestaba separarme de ellos aunque fuera solo un instante, les habría contado los planes que tenía, cualquier cosa que los animara a quedarse. Esta vez no fui capaz. Si desaparecían, me ahorraría el inconveniente de tener que decidir. No quería que eso ocurriera, pero el asunto no me producía el suficiente desasosiego como para hacer más de lo que estaba haciendo. Toqué la cubierta una vez más, luego cerré la tapa del cofre y lo dejé sobre la mesa, a salvo de la lluvia.

Acto seguido, le escribí a mamá una nota en un trozo de papel: *El enclave de Londres está en peligro, me marcho a ayudarlos*. A punto estuve de no añadir nada más. No pude evitar pensar que así se la habría devuelto por lo de: «Ni se te ocurra acercarte a Orion Lake». Todavía me dolía una barbaridad pensar que nadie, excepto yo, lo echaba de menos a él, a la persona, en lugar de al increíble poder que representaba. Me daban ganas de escribirle una perorata infantil echándole la bronca por haber juzgado a Orion después de lo que ella misma había hecho: podía agrupar todas mis miserias y vomitárselas a la vez sobre el trozo de papel.

Pero no soportaba la idea de hacerle eso, a pesar de que casi tuviera la sensación de que se lo debía a Orion. Permanecí un instante contemplando las palabras garabateadas, invadida por un resentimiento agrio y sumida en aquella cruel fantasía, y entonces añadí: *No tardaré en volver. Un beso, El.*

Al volverme hacia la entrada, vi a Tesoro plantada en medio; su brillo blanco contrastaba con el cielo nublado del exterior, y me miraba de forma significativa.

—Tampoco tiene sentido que *tú* me acompañes —le dije, pero ella echó a correr hacia mí, se me encaramó a la pierna y se agarró del dobladillo de mi vestido de un salto; a continuación, trepó hasta mi bolsillo y se deslizó dentro. Metí la mano y ella se acurrucó, cálida, diminuta y llena de determinación—. Vale —dije. Me supo mal sacarla y depositarla en el suelo, de modo que la dejé en el bolsillo.

Liesel me esperaba, impaciente, en el sendero lleno de barro; se encontraba bajo lo que a un mundano le habría parecido un paraguas pero que en realidad era una especie de artificio que la mantenía seca.

Alfie y Sarah estaban al final del camino, junto a las instalaciones principales de la comuna, haciendo lo posible por cautivar a los vecinos. Resultaba muy extraño verlos ataviados con sus glamurosos aunque poco prácticos atuendos, los cuales deberían haber quedado cubiertos de barro solo con el recorrido desde la parcela de las caravanas. Incluso su postura era extraña; se encontraban inusualmente erguidos, esbozando una sonrisa tensa. Al principio creí que simplemente estaban exagerando un poco, intentando causar la mejor impresión posible a los mundanos; lo más probable es que Alfie y Sarah apenas hubieran pisado el mundo real durante su infancia. Lanzar hechizos y utilizar artificios resultaba más complicado si había mundanos delante, y supongo que a los magos de enclave les costaba todavía más, ya que contaban con tantísimo maná que empleaban la magia para repeler la lluvia, a pesar de que un paraguas podía hacerles el apaño perfectamente.

Pero cuando Liesel y yo aparecimos, Alfie volvió la cabeza hacia mí con tanta brusquedad que me di cuenta de que intentaba desesperadamente mantener la compostura y que prácticamente vibraba de tensión.

—Me alegro de verte, El —dijo con un tono que podía antojarse de sorpresa ligeramente agradable, a no ser que lo conocieras bien, en cuyo caso parecía que estaba a un tris de perder los papeles; su voz sonaba demasiado estridente y con un deje de nerviosismo—. ¿Te ha contado Liesel lo ocurrido? Disculpe que tengamos que llevárnosla de improviso —le dijo con una sonrisa a Philippa, que era una de las mundanas frente a las que estaba desplegando sus encantos: exactamente igual que si me hubiera abordado en una de las mesas llenas de donnadies de la cafetería de la Escolomancia para llevarme a la suya. Cosa que en el pasado había tratado de hacer, aunque en vano; no obstante, es un método que a los miembros de enclave suele funcionarles y él no había perdido la costumbre de intentarlo.

Y en este caso, Philippa estaba más que dispuesta a perderme de vista. Me lanzó una mirada ligeramente incrédula —¿Por qué aquellas personas ridículamente elegantes venían a buscarme *a mí*?— y se limitó a decir:

—Seguro que podremos soportar la pérdida. —Su tono desprendía cierto desdén, como si pensara que Alfie no tenía criterio alguno. Imagino que le parecería estupendísimo que me dejara tirada en alguna zanja cuando hubiésemos acabado.

A Alfie no le hizo falta que se lo dijeran dos veces y supuso, acertadamente, que yo no tendría demasiadas ganas de permanecer en presencia de Philippa mucho más. Se volvió hacia mí de inmediato y extendió el brazo. Le dirigí una mirada malhumorada, pero la inercia estaba ahora de su parte. Al fin y al cabo, había descendido la colina. ¿Por qué me había molestado en bajar si no pensaba irme con ellos? Así que me marché.

Su vehículo, que se encontraba en la explanada, tenía un aspecto tan extraño como ellos. Cualquier ricachón mundano de los de verdad —los cuales nos visitan bastante a menudo— se habría presentado con un Land Rover o una caravana enorme, con prendas vaqueras nuevas y deportivas sin mácula. Su coche tenía pinta de ser una mezcla entre un coche de carreras eduardiano y uno de esos automóviles que llevaban los gánsteres de Estados Unidos en los años 30, con un morro ridículamente largo y una cabina que parecía lo bastante grande como para que una persona se sentara a sus anchas.

Pero cuando la puerta del coche se abrió y entramos, comprobé que todos cabíamos perfectamente, a pesar de que nos habíamos montado cuatro personas. No quiero dar a entender que de pronto estuviéramos en Narnia o en la TARDIS ni nada parecido. Por mucho maná que poseas, es imposible crear espacio real, y aunque tuvieras acceso al vacío —que, hasta donde sabemos, es infinito—, este no es un lugar donde a una persona le resulte demasiado agradable estar. Lo que hacen los enclaves normalmente cuando quieren expandirse es comprar enormes apartamentos de lujo en los alrededores y tomar prestado el espacio de dichos apartamentos para utilizarlo de forma interna; sin embargo, cuanto más lejos se encuentra el espacio real, más caro sale el préstamo. Ni siquiera el enclave de Londres desperdiciaría las cantidades ingentes de maná que harían falta para fabricar y utilizar un coche que te abriera las puertas a un espacio físico inmenso independientemente de la distancia a la que te encuentres.

El coche tenía que conformarse con tomar prestado el espacio de su descomunal capó, que en realidad no albergaba ningún motor, y jugar al despiste con nuestra percepción. Al entrar, seguía estando en un coche,

aunque se tratara de uno especialmente limpio, con accesorios de latón pulido y asientos de cuero blanco anormalmente impolutos. Uno de esos asientos se encontraba totalmente a mi disposición y tenía la vaga impresión de que los demás estaban bastante apretujados. Lo más seguro es que *todos* estuviésemos apelotonados y se nos brindase el espacio extra de forma alterna, cada vez que nuestro cerebro empezase a percatarse de ello.

Alfie, que fue el último en subirse, cerró la puerta tras él, y el vehículo se puso en marcha de inmediato, emitiendo el rugido de un desfile de aviones. El equivalente, sin duda, a que el coche le gritara «Vaya pedazo de *motor*, se nota que es *de verdad*» a cualquiera que prestara la suficiente atención como para darse cuenta. En cuanto desaparecimos entre los árboles, el sonido se extinguió por completo, y seguimos nuestro camino en perfecto silencio, mientras veía pasar de largo la campiña por el rabillo del ojo. Cuando miré por la ventanilla, menos de un minuto después de ponernos en marcha, vi que estábamos ya en una carretera que no me sonaba de nada; era evidente que el coche se desplazaba a una velocidad de vértigo. Aquel era seguramente el motivo de que tuviera un diseño antiguo: las ventanillas eran minúsculas; apenas se veía el interior y los pasajeros tampoco podíamos contemplar el exterior fácilmente.

—¿Hay tiempo para que me contéis qué es lo que ocurre? —dije, apartando la mirada, para dejar que el coche siguiera avanzando.

—Ojalá lo supiéramos —murmuró Sarah. También tenía mejor aspecto que en el colegio: llevaba el pelo recogido en un montón de trenzas de cordón entrelazadas con una cadena dorada y un vestido de tirantes dorados y gasa de color verde bordada con unas runas doradas sutilmente disimuladas. En ningún momento se le había enredado entre las piernas ni se le había embarrado ni mojado lo más mínimo. Estaba casi tan tensa como Alfie, aunque su forma de mirarme dejaba entrever que le daba la impresión de que habían salido de Guatemala para meterse en *Guatepeor*.

Sin embargo, Alfie no había perdido ni un instante y estaba ya sacando uno de los artilugios que menos me gustaban, o mejor dicho, mi favorito: un prestamagia. Era mucho más bonito que los que había visto en el colegio; la correa era de seda y se hallaba entretejida cada pocos centímetros con unas finas tiras de platino recubiertas con algún tipo de capa iridiscente y unos trocitos de ópalo en bruto incrustados en el centro. Como la mayoría de los prestamagia, estaba diseñado para parecer un reloj; este tenía incluso una placa redonda de vidrio oscuro haciendo las veces de esfera, como si se tratara de un elegante dispositivo digital insertado en un elaborado marco

antiguo, aunque Apple aún no había descubierto el modo de acceder al vacío, que era lo que había bajo el cristal. No sabía muy bien qué opinar de lo de llevar conmigo un orificio chiquitín que desgarraba la realidad, pero lo tomé de todas formas, intentando reprimir las ganas de ponérmelo. Sin demasiado éxito. En cuanto Alfie me lo tendió, enrosqué los dedos como garras en torno al artilugio. Sentía la energía que fluía al otro lado: todo el poder del antiguo y vasto depósito de maná de Londres a mi alcance, sin ningún tipo de obstáculo.

—¿Ahora a los recién graduados se les da acceso ilimitado al depósito? —dije con una fachada de indiferencia mientras me lo colocaba alrededor de la muñeca y dejaba que él mismo se abrochase. El torrente de energía que había tenido a mi alcance en la Escolomancia parecía en comparación un riachuelo de nada.

Alfie no le quitó el ojo de encima mientras me lo ponía.

—Me lo ha regalado mi padre —dijo en voz baja y tensa. Normalmente lo primero que hace uno al salir del colegio es ponerse a comer como un hipopótamo, pero aún no había pasado el tiempo suficiente como para que su rostro tuviese un aspecto más lleno; sus pómulos eran dos líneas finas y afiladas bajo la piel—. Es una reliquia familiar… —Se interrumpió y me miró desesperado—. ¿Te ha contado Liesel que hay un milfauces?

—Lo que no me queda claro es por qué los miembros del consejo no se han ocupado ellos mismos del asunto —respondí—. No sería la primera vez que un círculo acaba con un milfauces. Si otros han podido, Londres debería ser capaz de quitarlo de en medio.

Vale, el único caso del que se tiene constancia es del de Shanghái, donde varios magos acabaron muertos, pero teniendo en cuenta las alternativas, cualquiera pensaría que valía la pena intentarlo.

—¡Eso intentan hacer! ¿Te crees que somos imbéciles? —me dijo Sarah, enfadada—. No hemos venido a que nos cuentes algo que aparece detallado en la *Revista de estudios sobre maleficaria*.

Me da que le habría encantado pelearse conmigo, y a mí me habría encantado complacerla, pero Liesel se apresuró a soltarme un sermón en su lugar:

—Este milfauces no ha aparecido porque sí. ¿Piensas que los milfauces van a por enclaves poderosos, repletos de magos y guardas? Jamás se les ocurriría. Ya te lo he dicho, el enclave ha sufrido antes *otro* ataque. Si Londres no fuera tan antiguo y poderoso, se habría derrumbado, igual que los enclaves de Salta y Bangkok. Salta no solo se quedó sin sus guardas, sino que

acabó completamente destruido. El enclave de Londres es más poderoso, no se ha venido abajo, pero los daños son enormes. Todos los canales taumatúrgicos utilizados para la circulación del maná se han visto afectados. ¿Acaso no entiendes lo que eso significa?

Resulta que no lo entendía, y a juzgar por las caras de Alfie y Sarah, ellos tampoco lo tenían del todo claro. No es que fuéramos idiotas ni nada parecido, lo que ocurría era que los alumnos que aspiraban al título de mejor estudiante de la promoción se encontraban a otro nivel. Tengo la firme sospecha de que conozco al menos una decena de conjuros que desbaratarían del todo esos mismos canales taumatúrgicos, pero procuro no pensar demasiado en esa clase de hechizos.

—Bueno, no pinta bien —dije secamente—. ¿Por qué no nos das algún detalle?

—No, y ni siquiera tendría que hacer falta que os cuente nada —dijo Liesel—. Se nota en todo el enclave. ¡Tienes que estar notándolo ahí! —Señaló el prestamagia que me había puesto en la muñeca. Lo único que había captado mi atención era la horrible promesa de un poder infinito al alcance de mi mano, pero apoyé las yemas de los dedos en la esfera y cerré los ojos; intenté absorber una pequeña cantidad de maná (me habría encantado absorber una cantidad *descomunal*) y lo noté de inmediato. El poder se encontraba allí, un océano interminable de maná, pero el océano estaba revuelto, y unas olas de treinta metros se alzaban antes de volver a estrellarse con fuerza y arremolinarse en espiral.

»¿Lo ves? —dijo Liesel cuando abrí los ojos—. No lo he comprobado, pero los daños deben de estar localizados en algún lugar de los cimientos del enclave. El maléfice ha hallado la forma de dañarlos para acceder al depósito de maná.

Lo cual tenía todo el sentido del mundo. Ni siquiera el maléfice más infame y ruin se enfrentaría a un enclave sin una buena razón. Pero si dicho maléfice había encontrado el modo de llegar al depósito de maná… la cosa cambiaba. Y cuanto más poderoso fuera el enclave, mejor.

—Lo más probable es que planee atacar el punto fundacional: el área del vacío donde se encuentra fijado el enclave. Un ataque de este tipo repercutiría en todo el lugar, afectaría tanto a los magos como a los artificios, y todas las guardas se vendrían abajo. —Liesel movió las manos de un lado a otro, como si estuviera agitando un cubo—. De este modo, el maléfice sería capaz de saquear el depósito y llevarse un buen pellizco de maná mientras el enclave se sume en el caos. Londres sigue en pie porque es lo bastante grande y antiguo

como para contar con más de un punto fundacional, pero todavía tardaremos meses en volver a la normalidad. Y mientras tanto…

—Os ha atacado un milfauces —terminé la frase.

Sarah había conseguido calmarse un poco durante la intervención de Liesel.

—Ya han intentado enfrentarse a él tres magos, uno tras otro, con el respaldo de un círculo —me explicó, más comedida—. Y todos han muerto. Los tres, al igual que muchos de los integrantes de los círculos. Creemos que más de una decena de magos veteranos.

—*¿Creéis?*

—¡No es que estén celebrándose precisamente sesiones ordinarias del consejo en medio de este follón! —exclamó Alfie—. Lo único que sabemos con seguridad es que los tres primeros intentos no salieron bien y… y que solo hay tiempo para uno más. —Su voz sonó temblorosa—. Esta noche. Con la ayuda de tres círculos fortaleciéndose entre sí. Intentarán extraer de antemano todo el maná que su cuerpo sea capaz de soportar para evitar cualquier interrupción. Pero… pero Liesel cree…

—Que no va a funcionar —dijo Liesel crudamente—. Ya os digo yo que no. Lo han intentado ya tres veces, y cada uno de los intentos se ha ido al traste en menos de un día. En Shangái tardaron semanas hasta llegar al núcleo del milfauces, y solo hace falta un traspiés para que todo se vaya a la mierda. Si el escudo falla aunque sea un instante, el milfauces engullirá al mago y dejará secos a los círculos. Con tres círculos, aguantará un poco más, pero aun así, no será capaz de llegar al núcleo a tiempo.

Alfie tragó saliva con fuerza y me dijo sin mirarme:

—Es… Mi padre se… Llevará a cabo el tercer intento. Se ha presentado voluntario.

—Es un sacrificio absurdo —dijo Liesel.

—Pero no pasa nada si soy yo la que se enfrenta a la criatura, ¿no? —dije con amargura. No me apetecía compadecerme de Alfie ni de su padre.

Liesel resopló.

—¡Tardaste cinco minutos en aniquilar al milfauces de la graduación con el maná que te proporcionó un puñado de críos cagados de miedo!

—¡Porque tenía el tamaño de un poni miniatura! No sé por qué, pero me da la sensación de que el milfauces que se ha cepillado a una decena de magos veteranos en el enclave de Londres es un pelín más grande.

—¿Y qué? —dijo Liesel con desprecio—. Aun así, tienes más posibilidades. ¿Es que no vas a intentarlo?

La miré ceñuda con toda la violencia que fui capaz de reunir, porque claro que tenía que intentarlo, pero mi expresión se prestaba, cómo no, a ser malinterpretada; Alfie se inclinó hacia delante, me agarró la mano y dijo totalmente desesperado:

—El… No sé lo que quieres, no sé qué podría ofrecerte yo, qué podría ofrecerte cualquiera, para devolverte el favor, pero… encontraré el modo de compensártelo. Cualquier cosa que me pidas. Si el consejo no está a la altura, yo me encargaré. Te doy mi palabra de honor y mi maná.

Aquella frase podría parecer tonta y anticuada, pero no lo era en absoluto. Cuando se dice de corazón, *Te doy mi palabra de honor y mi maná* constituye un encantamiento perfectamente válido. Tanto como, por ejemplo, una invocación a la que no has puesto límite de pago, donde arriesgas todo lo que tienes a cambio de aquello que quieres, solo que en este caso lo que Alfie quería era que lo ayudase y, para conseguirlo, acababa de comprometerse a pagar el precio de matar a un milfauces, independientemente de cuál fuera dicho precio.

Le lancé una mirada de enorme irritación. Si el enclave de Londres *no* me lo compensaba debidamente —algo que iba a resultar muy difícil, ya que, aparte de cosas que eran imposibles, como devolverle la vida a Orion, no se me ocurría una compensación que fuera a dejar la balanza equilibrada—, era muy posible que Alfie tuviera que seguirme, literalmente, durante el resto de su vida para intentar devolverme el favor. Prometerle a una bruja malvada *cualquier cosa* a cambio de su ayuda es una idea pésima: así es como algunos maléfices acaban con fieles esbirros al más puro estilo Igor que les bailan el agua. Menudo panorama: Alfie, del enclave de Londres, siguiéndome a todos lados como un perrito faldero. Tanto si quería como si no.

—No hagas promesas ridículas —le dije cortante—. Veré qué se me ocurre cuando le haya echado un vistazo a la situación. No debe de quedar mucho para llegar, ¿no? —Me crucé de brazos y me apoyé en el asiento de mal humor, invadida por la furiosa determinación de acabar con aquello de una vez.

—Faltan… —comenzó Sarah, pero mi intención se impuso: el coche se detuvo con brusquedad en la amplia y circular entrada de una casa descomunal en ruinas. Nos apeamos. Se trataba de una mansión cuadrada feísima que podría haber pasado perfectamente por un supermercado si alguno de los constructores implicados no le hubiera endosado en la parte delantera un pórtico con columnas griegas de pega creyéndose que lo que estaban haciendo era reconstruir el Partenón.

A otro constructor diferente, que obviamente no había cruzado ni media palabra con el primero, le habían hecho creer, erróneamente, que allí había una casa bonita y decente, y había construido un imponente muro exterior alrededor de la propiedad para protegerla, adornado con espigas y rematado con una encantadora amalgama de alambre de púas y cámaras de seguridad. Había una fuente estropeada y el camino de la entrada se encontraba cubierto de musgo y maleza y salpicado de botellas rotas y plásticos arrugados; un denso hedor a podredumbre y orina lo impregnaba todo, como si un ejército de ratas habitara el lugar.

Absolutamente magnífico, según los estándares propios de un enclave. Seguro que el enclave de Londres poseía seis o siete viviendas como esa solo en aquel código postal, además de los cientos de pisos enormes que tendría esparcidos por toda la ciudad; puede que dispusiera de edificios enteros hechos cisco y almacenes ruinosos, todos sepultados bajo capas y capas de burocracia y papeleo. Nadie se acercaría jamás a estos, salvo los típicos individuos a los que acaba espantando la poli mundana en cuanto los vecinos llaman a comisaría.

Lo que significaba que podían hacer uso de todo aquel espacio, de aquel erial de habitaciones vacías y terrenos abandonados. Podían embutirlo en el enclave y, gracias a la flexibilidad que les proporcionaba el vacío que los rodeaba, reorganizarlo a su gusto; como si, tras echarle un vistazo a tu piso, pudieras cambiar de lugar esos treinta metros cuadrados de la sala de estar que preferirías que estuvieran en la cocina mientras preparas la cena.

Si algún mundano llegara a asomar la nariz en uno de esos tugurios cochambrosos, el hechizo devolvería un pedacito de espacio, el necesario para que no notaran nada raro, y si por alguna casualidad el mundano estaba lo bastante chiflado como para querer permanecer allí algún tiempo, acompañado por los crujidos y chirridos de una casa en descomposición y las misteriosas corrientes de aire que se levantaban cada vez que el espacio aparecía y desaparecía de la realidad que los rodeaba, era bastante probable que uno de los hambrientos mals que merodeaba por la periferia del enclave se las arreglara para echarle el guante a altas horas de la noche, cuando los mundanos creen, durante un breve lapso, en la magia.

Alfie nos condujo rodeando la casa hasta la parte trasera, y luego atravesamos el jardín por un camino de piedras hexagonales. No me molesté en inspeccionarlas al detalle, pero tenían una especie de runas grabadas. Un pequeño edificio de piedra, parecido a un mausoleo individual, se encontraba al fondo de la propiedad, envuelto en sombras. A medida que nos acercamos,

los adoquines empezaron a ceder un poco bajo los pies, como si el suelo de debajo se hubiera ablandado y empantanado: sentí la misma sensación de malestar que había notado al intentar utilizar el prestamagia, la sensación de que algo iba mal. Alfie vaciló un instante al apoyar el pie en el siguiente adoquín, advirtiendo también aquella sensación, pero siguió adelante, obstinado.

La entrada del edificio de piedra carecía de puerta; tenía las bisagras colgando y dejaba ver al otro lado una habitación estrecha y vacía, con una única ventana rota y el suelo cubierto de más botellas destrozadas: una invitación a dejarse los pies hechos picadillo.

—Mirad hacia otro lado —dijo, y tras apartar la mirada y volverla a posar en la entrada, vimos una puerta esperándonos: estaba hecha de unos gruesos tablones de madera antigua, oscura y repleta de manchas; tenía una aldaba con forma de rostro de jabalí de cuyo hocico colgaba un anillo con un pomo enorme en el centro, ambos de bronce macizo.

Distinguí unas runas talladas sobre la vieja madera, ocultas entre las demás cicatrices y líneas: conjuros de protección en inglés antiguo. Me pasé tres años seguidos leyendo inglés antiguo en el colegio; casi nunca me topaba con conjuros que fueran a serme de verdadera utilidad, pero sí reconocí el hechizo sumamente *inútil* que recibí en segundo: una guarda protectora contra las tormentas en el mar. Seguro que habían sacado los tablones de algún decrépito barco encantado. Los artificios, como todo lo demás, se desgastan con el tiempo, pero si echas mano de algún objeto increíblemente robusto que se encuentre en buenas condiciones, lo restauras con mimo y, aprovechando la magia original, colocas nuevos encantamientos cuya función sea más o menos la misma, es posible que acabes con un artefacto mucho más poderoso que si lo construyeras desde cero. Estoy convencida de que nadie que albergara intenciones hostiles hacia el enclave sería capaz de atravesar aquella puerta.

La cerradura emitió un chasquido en cuanto Alfie la tocó con los dedos, pero la puerta se negó a abrirse; tuvo que darle un empujón con el hombro, y entonces esta cedió de golpe —con demasiada rapidez, lo que significaba que algo había tirado de ella también desde el otro lado—; él se tambaleó hacia delante, pero Liesel no perdió ni un instante en lanzar uno de sus ágiles hechizos jabalina por encima de la cabeza del chico y partir horizontalmente en dos al grom que acechaba al otro lado.

—Vuestras guardas se han ido al traste —dije, contemplando el cuerpo rebanado del grom. La criatura se había merendado ya a alguien. Había restos,

por desgracia identificables, todavía en proceso de digestión, entre los que se encontraban unos cuantos dedos que aún conservaban las uñas. A Sarah le dieron arcadas. Me encantaría decir que mi paso por la Escolomancia me había insensibilizado, pero era un rasgo que me venía así de serie, al menos cuando se trataba de niveles normales de muerte y masacre.

A continuación, levanté la vista del cuerpo de la criatura, que seguía retorciéndose. Mientras todos estábamos distraídos, el artificio de la puerta había aprovechado la oportunidad para ponerse en marcha sin que nos diéramos cuenta. Sin previo aviso y sin haber cruzado del todo el umbral, me encontré de pronto *dentro* del enclave de Londres, y aquello sí que era algo a lo que no estaba habituada.

He leído sobre el enclave de Londres, incluso he visto algunas fotos en unos cuantos libros de la biblioteca de la Escolomancia a lo largo de los años. Pero es lo mismo que ver una foto de un árbol y después subirse a uno de verdad, donde las ramas se extienden en todas las direcciones y oyes el susurro de las hojas y notas el olor, la rasposa corteza bajo los dedos y el soplido del viento, mientras un millar de árboles se despliegan alrededor de tu árbol, y ninguno de ellos destaca por encima del resto, sino que son simplemente árboles, al igual que el tuyo; tal vez la foto que contemplaste era perfectamente decente desde un punto de vista plano, tal vez fuera interesante, bonita y tuviera una composición estupenda, pero palidecía en comparación con un árbol de verdad.

Estábamos —nosotros y los restos del grom— en un peñón que sobresalía de la ladera de un acantilado igual que una terraza y daba a un vasto jardín repleto de ondulaciones. Nos encontrábamos en el interior de una especie de invernadero enorme, pero apenas me fijé en la estructura. No tenía la sensación de estar en un invernadero ni en un jardín, pero tampoco en un bosque. Era como una de esas antiguas ilustraciones de los jardines que salían en los cuentos de hadas, en las que las flores, las enredaderas y los árboles se amontonaban, sorprendentemente, unos encima de otros, y absolutamente toda la vegetación se encontraba perpetuamente en flor, exhibiendo un despreocupado desprecio por las leyes de la naturaleza.

Una pequeña y espumosa cascada descendía por la pared rocosa que había a nuestra espalda, seguía su camino por debajo del peñón y salía por el otro lado para precipitarse hacia otra plataforma, algo más grande y apenas visible a través de las nudosas ramas. Allí atisbé una mesa con una jarra vacía de plata, unos vasos estrechos y una bandeja para servir con forma de cúpula: una imagen que sugería que podías torcer una esquina y plantarte allí, donde

cualquier cosa que quisieras comer o beber estaría esperándote. Podríamos haber estado completamente solos o metidos en un rinconcito, con una fiesta en pleno apogeo a la vuelta de la esquina; y si uno prestaba atención, se escuchaba una leve música por encima de la cascada.

Nuestro saliente contaba con un dosel de hierro pintado de blanco y estaba cubierto de enredaderas de las que colgaban flores amarillas; unas lámparas de estilo Tiffany con forma de gramófono brotaban de las columnas situadas en las esquinas. Había dos escaleras descendentes que tomaban distintas direcciones: una de ellas, estrecha y de piedra caliza desgastada, se desplegaba entre dos grandes rocas; la otra, que era de hierro y tenía forma de espiral, bajaba desde el centro de la plataforma, junto con dos senderos que se curvaban cada uno a un lado y constituían una promesa de otros lugares ocultos tras una cortina de sauces y enredaderas y la ondulante pendiente. En lo alto se asomaba el acantilado, donde las vides y los árboles se desplegaban verdes, y más allá de estos se vislumbraba el tejado del invernadero, que claramente había sido diseñado por alguien que había visitado los jardines de Kew y había pensado: *qué pequeños*; millones de vitrales triangulares engastados en hierro y ligeramente esmerilados creaban la ilusión de un cielo abierto al otro lado.

Un cielo que empezaba a oscurecerse, a pesar de que en el exterior era de día. En lo alto, debía de haber instaladas enormes lámparas solares para que las plantas crecieran, pero todas se encontraban atenuadas o completamente apagadas. Un par de farolitos que teníamos alrededor se habían encendido por nosotros, pero incluso la luz que proyectaban resultaba tenue e insuficiente. Daba la sensación de que habíamos llegado tarde. Y no solo por la luz atenuada: cuanto más tiempo permanecía allí, más me parecía, de forma palpable y certera, que el lugar empezaba a venirse abajo. Liesel tenía razón; se notaba. Algo no iba bien en el núcleo del enclave. Fuera lo que fuera lo que anclaba aquel lugar al vacío, estaba desmoronándose igual que la mansión en ruinas que había al otro lado.

Y yo quería salvarlo. No podía evitarlo, a pesar de contemplar toda aquella maravillosa exuberancia y darme cuenta al instante de que mamá tenía razón. Ahora era incapaz de percibir la malia que, según me había contado ella, formaba parte de todos los enclaves; la sensación de malestar, de derrumbamiento, era demasiado intensa y sofocaba todo lo demás. Pero no me hacía falta percibirla para saber que estaba allí. Tenía los sutras y más o menos sabía lo que podía construir con ellos, una puerta mágica particular a un lugar que me proporcionara cobijo. No se parecería nada a este enclave.

Podían hacerse muchas cosas con la ayuda de un resuelto grupo de magos trabajando en equipo y el incomparable poder de la producción en cadena, pero resultaba imposible construir una ciudad de cuento de hadas en el vacío, ordenar la existencia de una burbuja paradisíaca y prender un nuevo sol únicamente para ti y para los tuyos. El enclave de Londres estaba compuesto por unos cuantos miles de magos, pero habrían hecho falta un número diez veces mayor para construir aquel lugar y mantenerlo. Pues claro que habían tenido que usar la malia.

Y fijo que también lo mantenían en pie con malia; la clase de malia que no lo parece. Probablemente la mayoría de los magos que trabajaban en el enclave vivían a una hora de la entrada más cercana para evitar a los maleficaria que de seguro rondaban por los alrededores para hacerse con todo aquel festín de maná. Dedicaban los días y todos sus esfuerzos a generar maná y proporcionar belleza al enclave y, al acabar, volvían a casa hechos polvo, a cambio de un mísero sueldo compuesto por dinero mundano, suministros mágicos y la tentadora esperanza de que, un día, se les permitiría quedarse. De que a sus hijos se les permitiría quedarse. Aquel no era el tipo de malia que te enfermaba físicamente: los miembros del enclave no extraían el maná a la fuerza de aquellos magos, ni estos se resistían violentamente. Habían hallado una forma mucho más segura de conseguir lo que querían. Igual que hacían sus hijos en la Escolomancia, aprovechándose del esfuerzo de los pobres desgraciados que no pertenecían a ningún enclave para poder salir con vida y volver a casa.

Me daban ganas de arrearle a Alfie un puñetazo en la cara, la misma que tanta ansiedad y tristeza reflejaba ahora, por ser parte de aquello. Igual que Sarah y Liesel, que en el pasado había sido una donnadie y aun así había decidido subirse al carro de todos modos, como si aquella forma de tratarnos a los demás estuviera bien solo porque ella había sido capaz de abrirse paso hasta el interior.

Pero también me daban ganas de vagar por aquellos jardines mágicos durante un mes, o un año; quería recorrer cada uno de los senderos y descubrir cada rincón oculto. Quería probar lo que fuera que hubiera en esa jarra de plata, pues estaba convencida de que se trataría de algo indescriptiblemente maravilloso. Quería subir a lo alto de aquel acantilado recubierto de vegetación y contemplar el recorrido de la cascada por todo aquel mundo oculto.

No se parecía en nada a estar dentro del gimnasio de la Escolomancia. Aquel lugar había sido una mentira, una imitación del mundo real al que no

podíamos acceder y que muy difícilmente volveríamos a ver. Este lugar no tenía nada de engañoso. Era una *fantasía*, un cuento de hadas: no pretendía ser real, solo era un lugar imposible, dotado de una belleza inmaculada. Y sabía que si las olas lo engullían, me tumbaría junto a las aguas de Babilonia y lloraría tanto como cualquiera de los residentes del enclave. Nunca sería capaz de recordarlo bien. Permanecería para siempre en mi cabeza como una imagen borrosa, intentando, en vano, volverla más nítida.

Me cabreaba todo lo que habían hecho para construirlo, y aun así no podía soportar la idea de darles la espalda y dejar que todo aquello se derrumbara. No compensaría el daño infligido. Sino que el desperdicio de todo ello sería aún mayor. O tal vez aquella era la excusa que me ponía a mí misma por querer salvar el enclave; tal vez fuera mi propia avaricia la que hablaba.

Al fin y al cabo, no se les ocurriría negarme la oportunidad de darme alguna que otra vuelta por allí después de haberlo salvado. Les daría miedo.

Alfie, Sarah y Liesel me miraban esperanzados, según me pareció. Como si se hubiesen dado cuenta de lo mucho que el lugar me había cautivado. Debía de tratarse de una de sus armas de reclutamiento más poderosas, después de todo. Y lo que más me molestaba es que había funcionado.

—¿Por dónde? —dije brevemente.

—El milfauces está frente a la sala del consejo —dijo Alfie.



Alfie nos guio por la estrecha escalera que se adentraba entre las rocas. Conducía a una pequeña y extraña hondonada pedregosa, rodeada de rocas más altas que nosotros, y un muro de piedra y mármol con una entrada de aspecto similar al de un antiguo templo romano. Dos estatuas con forma de figura encapuchada sostenían el frontón; tenían la cabeza inclinada para ocultar el rostro: un hombre, que sujetaba un libro abierto en las manos, y una mujer con un cáliz. Era otro artificio de seguridad, igual que la puerta encantada por la que habíamos entrado. Al pasar junto a ellos, me dio la sensación de que el hombre levantaba la vista del libro y me miraba. Pero con Alfie a la cabeza del grupo, nos permitieron el paso y todos nos adentramos en un atrio vacío con escasa luz.

Supongo que normalmente era una estancia grandiosa e impresionante. Un suelo de mosaico se desplegaba bajo nuestros pies y unas estatuas dispuestas en fila se extendían a lo largo de la piscina que atravesaba la sala; con una fuente en un extremo y una claraboya en lo alto. Esta debería habernos devuelto la imagen ilusoria del cielo, que habría resultado aún más real al contemplarlo en las ondulaciones del agua, pero en su lugar se encontraba únicamente el vacío, y la piscina permanecía inmóvil y envuelta en la oscuridad más absoluta, sin nada que reflejar. El caño de la fuente

apenas dejaba caer unas cuantas gotas de tanto en tanto, igual que un grifo estropeado, y cada una de las imprevisibles gotas retumbaba y resultaba demasiado ruidosa. Esta tenía que ser la parte más antigua del enclave, la que se había construido mientras el propio Londres se afanaba por convertirse en una ciudad; su propósito era claramente el de evocar la gloria de la antigua Roma. En cambio, parecía Pompeya justo antes de las llamas, envuelta ya en un fino manto de ceniza que no tardaría en engrosarse.

No sabía si lo que mamá acababa de contarme era mejor o peor que el hecho de que me hubiera dicho que su opinión sobre mí había cambiado y que estaba convencida de que iba a convertirme en un ser malvado y letal. Llevaba toda la vida preparándome para que me soltara algo así. Me habría hecho pedazos, pero no me habría pillado desprevenida. Sin embargo, no estaba preparada para que me dijera que ella había… que papá y ella habían… ni siquiera sabía cómo describirlo.

Al fondo, había una única plataforma con una mesa y unas sillas que recordaban al banquillo de un juzgado: estaba clarísimo que servía para que los peces gordos del enclave otorgasen su condescendencia a aquellos a los que se les concedía audiencia. Seguro que allí recibían a los mindundis, a aquellos que estaban desesperados y acudían a solicitar la oportunidad de conseguir un puesto en el enclave. Fulminé el estrado vacío con la mirada; no tenía ningún problema en cabrearme con ellos a pesar de que mi intención fuera ayudarlos. Si el jardín de la zona superior parecía sacado de un cuento de hadas, este se antojaba un lugar propio de otro tipo de historias, una donde los niños nunca volvían a casa y los risueños magos se bebían sus huesos triturados.

Todas las salidas de la sala se hallaban envueltas en sombras y apenas conseguían transmitir la más mínima sensación de que había algo al otro lado. Alfie permaneció inmóvil un momento, invadido por la incertidumbre, antes de tragar saliva y salir por uno de los umbrales de la izquierda, con lo que esperaba que fuera plena confianza y no solo esperanza ciega. Fui tras él, aún hecha una furia, hasta llegar a un interminable pasillo con columnas del que se ramificaban más pasillos oscuros a ambos lados y alguna que otra habitación diminuta con forma de celda: seguro que antaño habían sido considerados aposentos de lo más lujosos, pero en la actualidad eran más pequeños que nuestras habitaciones de la Escolomancia. Había llovido mucho desde el año 200 y los estándares habían cambiado.

Apenas veía a dónde nos dirigíamos. La pared estaba cubierta de apliques, pero casi todos se encontraban a oscuras y solo un puñado de ellos titilaba con

la tenue luz de las velas, que resultaba suficiente para ver dónde apoyábamos los pies y para que nuestras sombras danzaran como locas en las paredes, amenazadoras y vacilantes. El pasillo se extendía mucho más de lo que debería haber sido posible, a pesar de que el edificio tenía el tamaño de un campo de rugby, y se prolongaba con nuestra inquietud. Nos llegó el sonido de unas voces lejanas desde los pasillos laterales, demasiado amortiguadas como para distinguir las palabras, aunque lo bastante nítidas para transmitir una sensación de ansiedad y miedo. Seguía notando las nauseabundas sacudidas del océano de maná bajo los pies, y la ira fue filtrándose poco a poco de mi interior hasta desaparecer, dejando a su paso un temor frío y pesado.

Mi instinto, agudizado por los años que había pasado en la Escolomancia, me decía que había maleficaria acechando detrás de cada puerta oscura. La sensación fue incrementándose a medida que avanzábamos sin que ninguna criatura se abalanzase sobre nosotros, ya que eso significaba solo una cosa: que más adelante había algo peor, uno de esos mals que se come a los demás mals, y que era hora de saltarse las clases e irse a estudiar a la biblioteca. En este caso había dado en el clavo, ya que todos sabíamos exactamente lo que nos esperaba más adelante. La peor de las criaturas, y nos dirigíamos derechitos a ella, acercándonos con cada instante que pasaba. Los demás también eran conscientes: oía su respiración acelerada en el estrecho pasillo. Pero entonces advertí que no solo era nuestra respiración la que oía.

Todos se dieron cuenta un instante después. Alfie se detuvo en seco. Los murmullos que se oían a través de los pasillos se tornaron sonidos más nítidos: gritos ahogados, gimoteos y sollozos. Una mujer gritó: *Auxilio, Dios mío, ayúdame*; un chillido agudo y exhausto que duró apenas un instante, pero que resonó horriblemente en nuestra dirección a través de un puñado de puertas. Alguien a quien se habrían zampado no hacía mucho, pues aún le quedaba energía para gritar. Probablemente era alguien a quien Sarah conocía: había dejado escapar un aliento entrecortado a mis espaldas y, al echar la vista atrás, vi en la penumbra que se había llevado el dorso de la mano a la boca y que las lágrimas cubrían, como un barniz, sus ojos oscuros.

Me devolvió la mirada.

—En la graduación sacaste a ese chico del milfauces —dijo; su voz, que apenas era más fuerte que un susurro, desprendía un tono miserable de súplica. Prefería la hostilidad.

—Aún no lo había engullido del todo.

—Pero…

—No —dije de forma categórica, pero Sarah siguió mirándome fijamente, con el rostro tan tembloroso como la gelatina, como si fuera incapaz de aceptar mis palabras—. Sería como intentar recomponer una vaca después de que el carnicero la haya hecho picadillo.

Volvió la cabeza, como si deseara no haber oído aquello, pero, entonces ¿por qué había insistido?

—Vamos —le dije a Alfie. Este se había quedado blanco y tenía una expresión asqueada, pero al cabo de un instante, recuperó la compostura, se irguió de hombros y siguió avanzando por el pasillo.

Las voces eran cada vez más fuertes. Alfie siguió adelante con decisión, aunque a mí no me hubiera importado aminorar un poco la marcha llegados a ese punto. Había acertado de pleno al decir que aquel milfauces sería más grande que el que me había cargado durante la graduación; no me alegraba ni un poquito de tener razón. Y también iba a ser más grande que el milfauces de la biblioteca. Recordaba demasiado bien los sonidos de aquel, la respiración suave y pesada entre los enmudecidos libros de las oscuras estanterías. Aquel milfauces había sido lo bastante pequeño como para apretujarse y colarse por las rejillas de ventilación de la Escolomancia, y aun así era insoportable, horriblemente grande.

No debí de permanecer demasiado tiempo en su interior. Solo tuve que echar mano de nueve cuarzos de maná, algo que para mí era una fortuna, pero incluso dentro de la Escolomancia, Alfie habría echado un vistazo a mi cofre repleto de cuarzos, habría sonreído con amabilidad y me habría dicho: «Qué bien, El. ¿Los has llenado todos tú sola?». Aquí fuera, Sarah habría llevado puestos un puñado de esos cuarzos como si fuera bisutería barata. Les había dado tanta caña que cada uno de ellos se me había agotado en apenas un minuto. No me había parecido que pasaran nueve minutos, la sensación había sido distinta a cualquier otra cosa. El tiempo había desaparecido. Solo había existido el milfauces, que era eterno, y el único modo de salir había sido matarlo una y otra y otra vez, una ejecución por cada vida que había arrebatado, tan rápido como me fue posible. Y solo había sobrevivido porque, ciertamente, era capaz de matar con mucha mucha rapidez.

Llegamos de golpe al final del pasillo. En el extremo había una escalera que se dividía en dos y se retorcía sobre sí misma como una doble hélice, aunque el sentido de ambos lados era descendente. Las voces del milfauces provenían de abajo. Las estatuas de piedra encapuchadas de la entrada se encontraban también allí, en lo alto de las escaleras. Alfie se dirigió a la que llevaba el cáliz, se sacó un alfiler del bolsillo y dejó caer unas gotas de sangre

en el interior; acto seguido, se dio la vuelta y pasó el dedo ensangrentado por las páginas del libro abierto. La mancha de sangre, que parecía negra en la penumbra, desapareció, filtrándose en la piedra. Alfie apartó la mirada un instante para facilitarle el trabajo a la magia, y todos seguimos su ejemplo. Aunque no ocurrió nada. Nos lanzó una mirada preocupada, pero al volverse por segunda vez, la estatua de la izquierda, la de la mujer, se había girado y se hallaba orientada hacia el pasillo que había a su lado.

Dejó escapar un suspiro estremecido y nos condujo de nuevo hacia abajo, aunque esta vez con cautela, paso a paso, recorriendo lentamente la estrecha estructura en forma de sacacorchos hasta llegar, abruptamente, a una cámara inmensa, lo bastante ancha como para que pasase un camión, repleta de agua y con una pasarela de piedra en medio que llevaba hasta una enorme entrada al fondo. Las mismas dos estatuas se alzaban en lo alto de una escalera, cada una con una lámpara de maná, flanqueando a ambos lados una puerta gigantesca pintada de rojo.

El milfauces cubría la totalidad de la entrada, incluidas las estatuas. Había reptado por las escaleras, y las dos lámparas, que proporcionaban la única iluminación de la estancia, brillaban, a duras penas, a través de su cuerpo, casi como si estuvieran sumergidas bajo el agua, dejando ver sus entrañas con demasiada claridad: una mezcla de líquido, gelatina y nubosidad, y un amasijo de horribles partes desmembradas bullendo por todas partes.

La inercia me habría llevado seguramente a pasarme otro mes ahí sentada, intentando encontrar el modo de sentir algo. Solo que alguien le puso trabas a la inercia.

Palpaba los bordes de la puerta de forma lastimera, como un gato que pide entrar en casa; los gruñidos y los quejidos se entremezclaban con los gemidos y llantos que brotaban de sus múltiples bocas. Intentaba colar sus tentáculos por debajo de la puerta, tanteando los bordes, hurgando en las capuchas de las estatuas: buscando cualquier punto vulnerable por donde introducirse y abrir el tarro de las galletas. Igual que el otro milfauces había intentado abrirme *a mí*.

Todos habíamos frenado de golpe en la estrecha abertura de la escalera. El milfauces deslizó media docena de ojos a lo largo de su superficie para mirarnos. Algunos eran lo bastante recientes como para estar llorando o contemplándonos con una expresión de desesperado reconocimiento. De cualquier modo, la criatura podía hacer uso de ellos. Me dieron ganas de vomitar; de chillar y salir corriendo. Sarah jadeaba detrás de mí de forma

entrecortada y acelerada, aterrorizada, y Alfie se había quedado totalmente rígido, reprimiendo los temblores.

—Quedarnos aquí no sirve de nada —dijo Liesel con brusquedad y en voz demasiado alta—. ¿Qué hacemos?

Hizo una mueca mientras se sacudía el barro que intentaba reptar por sus impolutos zapatos blancos y entró en la yurta. Miró a su alrededor con una expresión ligeramente incrédula que perdió toda sutileza al llegar a la gotera del techo.

Aquella era una pregunta encantadoramente inclusiva, pero como ninguno de ellos podía hacer nada, lo que en realidad estaba diciendo era: *Espabila, El,* lo cual me habría repateado de una forma más útil si no estuviera totalmente cagada. Lo único útil que estaba haciendo Liesel era bloquear la salida, así que no podía salir corriendo escopetada.

—Formaremos un círculo y evitaremos que se acerque a ti mientras podamos —dijo Alfie sin mirarme: para eso habría tenido que apartar la vista del milfauces—. Ya conoces el hechizo, Liesel.

Ambos habían formado alianza antes de que revolucionáramos por completo la graduación, y estoy segura de que los dos habían trabajado mano a mano y se habían esforzado por perfeccionar el mejor conjuro defensivo de Alfie: un hechizo de rechazo que podía usarse para mantener alejada cualquier cosa que te hiciera torcer el morro, lo que ciertamente incluía todas y cada una de las partes de un milfauces.

Me lo había enseñado también a mí, aunque no era un hechizo escudo normal y corriente que pudieras lanzar y olvidarte del asunto: se trataba de una evocación y era incapaz de mantenerla mientras ejecutaba como una loca una ristra de conjuros letales. Sin embargo, si me enfrentaba al milfauces bajo la protección de su hechizo y este acababa fallando, la criatura sería capaz de llegar a ellos a través de él. Aunque se deshicieran del conjuro de inmediato, tan rápido como pudieran, el milfauces podría utilizar el vínculo para echar mano de su maná y ellos acabarían muertos. Según la *Revista de Estudios sobre Maleficaria*, así fue como murieron los tres magos del círculo de Shanghái y, seguramente, también las víctimas de los dos últimos intentos de Londres. Y ninguno de ellos acababa de graduarse.

De modo que era una oferta de apoyo genuina, y ni siquiera me había hecho falta pedírselo. Aquella no era la forma habitual de proceder de los miembros de un enclave. Sarah contuvo la respiración un instante, no muy conforme con la generosidad de Alfie, pero ni siquiera ella se negó, y debo admitir que Liesel respondió de inmediato:

—Sí. Yo me encargaré de anclar el círculo. Y tú, de dirigirnos.

Se lo agradecía, salvo por el hecho significativo de que en cuanto lanzaran el conjuro, yo tendría que ponerme en marcha e ir a enfrentarme a ese monstruo. Aunque, como de costumbre, Liesel tenía razón. Quedarme ahí plantada no iba a hacer que la situación mejorase y puede que empeorase considerablemente si, por ejemplo, el milfauces se las ingeniaba para colarse en el depósito de maná de Londres o conseguía zamparse a unas cuantas decenas de magos veteranos.

—Preparaos para lanzarlo —dije con dureza. Tomé una profunda bocanada de aire, avancé hacia la pasarela, dejando a Alfie atrás, y el milfauces… se lanzó hacia nosotros.

Ya los había visto desplazarse en el pasado. Normalmente son todo parsimonia: les gusta arrellanarse en una buena zona de pesca y quedarse allí. Pero cuando deciden ponerse en marcha, se mueven a una velocidad sorprendente. Apartó los tentáculos de la puerta y rodó hacia nosotros como una horrible ola letal; las voces estallaron en un nuevo y angustioso despliegue de sollozos y lamentos, como si estuviera desgarrando a las víctimas de nuevo, provocando una nueva avalancha de agonía en unas personas que ya estaban hechas pedazos, con los ojos fijos y las bocas desencajadas. Sarah profirió un grito y Alfie retrocedió medio paso, pero todos nos habíamos graduado de la Escolomancia: aunque se estremeció, el chico alzó las manos para llevar a cabo el conjuro.

La evocación nos envolvió medio segundo antes de que el milfauces nos diera alcance. Este se estrelló contra nosotros y un horrible cúmulo de carne envolvió por completo la pequeña cúpula de Alfie. La superficie del hechizo quedó tan ceñida a nuestro alrededor que vi pasar los asquerosos pliegues intestinales de la criatura a escasos centímetros de mi rostro. No pude evitar lanzar un grito, mientras la bilis me trepaba por la garganta, pero también puse el cerebro en marcha, desplegando en mi mente una serie de fríos y precisos datos tácticos. No había habido tiempo para formar un círculo; Alfie había llevado a cabo la evocación solo. Era incapaz de mantenerla durante más de cuarenta y nueve segundos, y cada uno de estos se nos escurrían de los dedos como si de arena se tratase, aunque si yo tomaba el relevo, no podría matar al milfauces. Y tarde o temprano, conseguiría abrirse paso.

Así que tenía dos opciones: permitir que dejara secos a Alfie, Liesel y Sarah, o dejar que nos matase a todos, pero como ninguna de las dos era aceptable, no me quedaba más remedio que liquidar, de algún modo, a aquella colosal y monstruosa criatura en ese preciso instante, antes de que los

cuarenta y nueve segundos de Alfie se agotaran. No era tiempo suficiente, pero me daba igual: no pensaba dejar que se los zampase. Y si eso significaba que tenía que acabar con él de forma irracionalmente rápida, sería así y punto. Me aferré a esa idea y tomé aire para dejárselo clarito…, y entonces aquel amasijo aullador rodó sobre nosotros y salió disparado; desapareció escaleras arriba, sin detenerse siquiera a darnos un tiento.

Me quedé ahí plantada, consternada y temblando todavía por la descarga de adrenalina. La cúpula estalló y se desmoronó, dejando a su paso una breve y brillante neblina, y Alfie dijo con voz trémula:

—¿Qué…? ¿Por qué se ha…? —Pero no terminó la frase, porque tanto yo como los demás nos dimos cuenta a la vez: el milfauces había *huido*. De *mí*.

—Joder —dije escuetamente, y salí corriendo tras él.

El milfauces siguió alejándose a toda velocidad. Para cuando llegué a lo alto de la estrecha espiral, no vi ni rastro de él, pues había desaparecido en aquel interminable pasillo. Las columnas se desvanecían en la oscuridad en una ilusión de infinitud, como si alguien hubiese colocado dos espejos enfrentados. Permanecí allí inmóvil un momento, jadeando. Ninguno de los demás me había seguido —no podía culparlos— y durante un instante me pregunté qué narices estaba haciendo, pero entonces alguien volvió a gritar desde el interior del milfauces; fue un grito desgarrador, el de una persona atrapada, al igual que mi padre, al igual que Orion, y no pude soportar la idea de que se llevase a esa persona también. Eché a correr tras él.

La única razón por la que el milfauces no consiguió darme esquinazo fue por los gritos, aunque en el pasillo era incapaz de distinguir de qué puerta procedía el sonido y los llantos empezaban ya a desvanecerse. Estos se transformaron en una respiración fatigosa que, de algún modo, resultaba aún peor; el resuello espeso y desesperado me envolvió por completo, como si se tratara del propio milfauces, filtrándose con dificultad desde los pasillos y resonando débilmente contra las paredes de piedra.

Seguí avanzando, adentrándome, uno tras otro, en los pasillos laterales y volviendo sobre mis pasos. Todos parecían ser callejones sin salida, aunque estaba segura de que si uno conocía el entorno, estos llevarían a alguna parte. Era posible que el milfauces conociera el entorno —se había zampado a unos cuantos magos de Londres— y hubiera atravesado alguno de ellos, pero no podía detenerme el tiempo suficiente para ir a buscar a Alfie y que me ayudase. Si me detenía, empezaría a pensar en lo que estaba haciendo. En cambio, me empeciné en seguir intentándolo, una y otra vez.

Lo único que me resultó de ayuda fue que la situación empezó a recordarme a cuando de pequeña jugaba al escondite en la comuna: ninguno de los demás niños quería que jugase con ellos, pero como sus padres le tenían cariño a mamá o habían venido expresamente a verla, los obligaban a que me dejasen participar. De modo que convertían el escondite en una partida de *Escóndete de El*. Todos salían escopetados, se agazapaban en grupitos y cuchicheaban mientras yo correteaba desesperada de un lado a otro intentando dar con alguien, con cualquiera, y era consciente de lo que hacían, pero fingía no saberlo y seguía adelante de todas formas, ya que era el único rato de juego al que podía aspirar. Si alguna vez intentaba esconderme yo, nadie venía a buscarme, sino que se iban a jugar a otra cosa sin decírmelo.

Me sentía exactamente igual que entonces; las voces del milfauces, convertidas en susurros y murmullos y respiraciones entrecortadas, se alejaban cada vez más y más, pero era incapaz de sacármelas de la cabeza. La furia se acumulaba en mi interior y se acrecentaba con cada paso que daba; la irritante y miserable sensación de cabreo era cada vez mayor, igual que en aquel entonces, cuando mamá tenía que venir a buscarme porque percibía cómo mi rabia alcanzaba niveles estratosféricos desde la otra punta de la comuna. Sin embargo, mamá no estaba aquí. No había nadie. Me encontraba yo sola, siguiendo el rastro de los astutos susurros a través de los interminables y tenebrosos pasillos de aquel lugar; huían de mí deliberadamente, sin permitir que los encontrara, riéndose de mí, de lo patética que era por someterme a aquello, divirtiéndose a mi costa.

Y entonces torcí una esquina y los vi, lo vi, a aquel amasijo horrible que era el milfauces, ocupando por completo uno de esos callejones sin salida, palpitando, hirviendo y gimiendo, y durante un instante, me *alegré* de haberlo encontrado.

En ese mismo instante, la criatura, acorralada, se abalanzó sobre mí y me atacó sin tapujos, algo que jamás habían hecho los demás niños, pues todos habían sabido, igual que el milfauces, que si alguna vez me daban la oportunidad, si alguna vez me proporcionaban una *excusa*, los lastimaría de forma terriblemente inhumana. Que había algo en mí a lo que no se atrevían a enfrentarse directamente. Sin embargo, el milfauces me dio la excusa porque sabía que no me hacía falta ninguna, y durante aquel único instante, durante aquel segundo, demasiado invadida por la rabia como para que el miedo volviera a apoderarse de mí, le grité: *¡Venga, ven a por mí! ¡Estás muerto, saco putrefacto, ya estás muerto!*, viniéndome arriba como un borracho en un bar. Iba a hacer putos pedazos a aquella monstruosidad abotargada

La criatura se desintegró por completo. Ni siquiera había utilizado maná, pero se desmoronó antes incluso de llegar a mí; su piel cedió como una camisa llena de agujeros a la que han estado remendando con magia durante demasiado tiempo y está demasiado desgastada para seguir de una pieza, deshilachándose por completo en un instante. Una infinidad de ojos, bocas, extremidades y órganos se desparramaron horriblemente por todas partes, y un torrente de carne podrida se derramó por el suelo del pasillo, se deslizó sobre mis pies y mis piernas como una ola mientras yo profería otro grito, sumida, esta vez, en una sensación de puro y auténtico horror. En el centro, un cuerpo grotesco y desfigurado emergió un instante; se encontraba en posición fetal, igual que el que había visto en el milfauces que había matado en la biblioteca. Pero incluso el cuerpo se deshizo también entonces, desintegrándose y hundiéndose en el amasijo de materia cadavérica.

Un ojo inyectado en sangre y una boca maltrecha, unidos a duras penas por un fino trozo de piel —suficiente para hacerse una vaga idea del rostro del que habían formado parte en el pasado— pasaron flotando a la altura de las rodillas, me miraron y me dijeron: *Te lo suplico, déjame salir, por favor*, rogando de forma frenética, igual que haría cualquiera que creyera de pronto que existía una posibilidad de escapar, de abandonar aquel infierno, pues había un carcelero en la puerta con una llave al que suplicar clemencia.

Me cubrí la cara con las manos, dejé escapar un sollozo asqueado y repetí estrangulada:

—Estás muerto, ya estás muerto.

La boca se abrió, formando una mueca de protesta, pero luego se quedó inerte; la mirada del ojo quedó desenfocada y vacía, y ambos se alejaron flotando: ya muertos, tal y como les había dicho. Las palabras eran un hechizo; impregnadas por mi rabia, se habían convertido en un hechizo al abandonar mis labios, y ahora me acompañarían siempre; aquel brutal y letal conjuro que yo misma había creado resultaba, en realidad, mucho más adecuado para mí que *La Main de la Mort*, con su soberbia elegancia. Seguro que ese se le había ocurrido a algún maléfice mucho más refinado que yo, a algún hombre de perilla negra y labios finos, ataviado con un jubón de terciopelo negro bordado en plata, que contemplaba con desprecio a sus enemigos. Alguien que jamás había estado en un pasillo sin salida, ni empapado en cantidades ingentes de vísceras, teniendo que limpiar el desastre y acabar con las últimas víctimas torturadas a las que no había logrado matar la primera vez.



Salí del pasillo aún empapada y con náuseas. Había vomitado tres veces mientras me abría paso entre los horribles restos. Siempre había detestado los desagües de la Escolomancia, los pulverizadores, el estruendo que hacían los aspiradores al encenderse: toda la maquinaria diseñada para limpiar los restos que los maleficaria dejaban atrás al matarnos. Ahora los echaba de menos. Puede que el océano de podredumbre en el que había acabado convertido el milfauces permaneciera en aquel pasillo vacío para siempre. No había ningún hueco por el que escurrirse. Los regueros de sangre llegaban hasta el pasillo principal, conformando finos y pegajosos senderos que se extendían a lo largo de este.

Los seguí durante un buen rato, exhausta y embotada, antes de que la pobre Tesoro, que se había visto arrastrada conmigo a aquella aventura y temblaba en mi bolsillo, asomase la naricita y profiriese un chillido; fue entonces cuando caí en la cuenta de que no estaba yendo a ninguna parte: llevaba caminando por lo menos el doble de tiempo de lo que había tardado en recorrer el pasillo la primera vez con Alfie.

Me detuve e intenté pensar qué hacer. Seguía teniendo el prestamagia. Aún no había tenido que utilizar ni una pizca de maná. Mi nuevo hechizo letal era de lo más eficaz. ¡Podría haberme cargado a todos los milfauces que

quisiera! Lo que no conseguía era recordar ningún hechizo buscarruta, al menos ninguno que fuera mejor que el que me enseñó mamá cuando tenía cinco años: *Sal del abismo, escapa ya mismo, cruzando el jardín, te espera un festín*. Aquella refinada obra poética me había ayudado a encontrar el camino de vuelta a la yurta a tiempo para la cena, pero por desgracia no me servía para librarme de un conjuro desorientador de primera categoría. Probablemente, una parte del encantamiento me hacía aún más difícil pensar en algo que pudiera serme de ayuda.

Por suerte, disponía de una opción lo bastante sencilla como para recordarla: había matado al milfauces y era la hora del cobro.

—Alfie, me he perdido, sácame de aquí —dije en voz alta, dándole un tirón al vínculo de deuda que nos unía. Menos de un minuto después oí su voz, procedente de algún lugar por delante de mí.

—¿El? —me llamó dubitativo.

Emergió de la oscuridad apenas unos cuantos apliques por delante, abriéndose paso con cautela por el pasillo, por encima de los senderos de efluvios que seguían discurriendo por el suelo. Liesel iba con él; ambos se me quedaron mirando fijamente en cuanto me localizaron, y el rostro de él adoptó una expresión de consternación casi cómica. No tenía ni idea de la pinta que tenía, y no quería saberlo; solo quería *dejar* de tener ese aspecto, fuera el que fuera. Por suerte, Liesel ni siquiera se molestó en pedirme permiso: se limitó a lanzarme un hechizo, unas palabras sumamente imperiosas en alemán que debían de significar algo así como: *por dios, límpiate toda esa mugre*. El hechizo me sacudió enérgicamente de pies a cabeza. Al acabar, me sentí un poco como si me hubiera pasado un camión por encima, pero no me importó en absoluto: volvía a estar limpia. Al menos por fuera.

—¿Qué has…? —empezó a preguntar Alfie de forma automática, antes de darse cuenta a mitad de la frase de que prefería no saberlo, por lo que dijo simplemente—: ¿Está…? ¿Lo has…?

—Está muerto —dije brevemente, lo cual fueron palabras más que suficientes para comentar el asunto; para todos, incluida yo—. Os toca a vosotros limpiar el desastre.

Se me quedó mirando un instante más y luego comprendió que el milfauces había desaparecido, que podía seguir formando parte de un enclave y, sí, que su padre iba a seguir viviendo en lugar de habitar para siempre las entrañas de la criatura; entonces dejó escapar una profunda y asombrada exhalación de alivio, se tapó la boca con la mano y apartó la mirada, intentando con todas sus fuerzas no echarse a llorar, a pesar de las ganas que,

como era obvio, tenía. No pudo evitar que algunas lágrimas se le escapasen y le rodasen por las mejillas.

Liesel reprimió el impulso evidente de decirle que recobrara la compostura, un esfuerzo tremendo por su parte. No entendía por qué Alfie había sucumbido ante alguien que, sin ningún atisbo de duda, lo consideraba un trozo de metal en bruto apenas apto para ser moldeado a martillazos, y menos aún por qué Liesel se había empeñado en ir tras él. Era *la mejor estudiante de la promoción*; no le hacía falta acostarse con él para conseguir plaza en el enclave, y de no haberlo sido, acostarse con él no le habría servido de nada, de modo que se trataba de algo totalmente opcional. Liesel se dirigió a mí:

—Vamos. El consejo querrá recibirte y darte las gracias.

Lo que quería decir es que se moría de ganas por llevarme hasta allí y exhibirme triunfalmente ante el consejo, casi como si los últimos acontecimientos hubieran sido mérito suyo. Por suerte para mí, yo no tenía por qué someterme a ella.

—Gracias, pero no. No quiero permanecer en este lugar ni un momento más. Sacadme de aquí.

Alfie se sacudió un poco: mi actitud insistente era idéntica a un tirón de correa, y dijo de inmediato:

—Por supuesto, El… Vamos a los jardines, seguro que te hace falta tomar un poco el aire.

Parecía sincero, pero no tardaría en arrepentirse de su promesa de devolverme el favor a toda costa. Por la mirada ceñuda de Liesel, ella ya se estaba arrepintiendo. Supongo que se sentía como un halcón que ha pescado un pez pero que acaba quedándose a dos velas porque un águila monstruosa se lo ha birlado de las garras. Mala suerte. No me dio ninguna lástima. Lo lamentaría dentro de unos días si no era capaz de quitarme a Alfie de encima, pero no ahora.

Liesel no perdía el tiempo con batallas perdidas; se volvió hacia Alfie y le dijo, aunque un poco borde:

—Ve con ella. Iré a decírselo a los demás —sacándole el máximo provecho a la situación, y se alejó por el pasillo.

Alfie me condujo en dirección opuesta, torció por el pasillo lateral más cercano —por suerte no capté ni un atisbo del pasillo en el que, presumiblemente, seguían pudriéndose los restos del milfauces— y entonces abrió casi de inmediato una puerta que daba a los jardines, como si fuera la

encantadora Beatriz guiando a Dante hacia el Paraíso, dejando atrás al pobre Virgilio.

Alfie tampoco se mostró rencoroso, a pesar de que lo que yo acababa de hacer era el equivalente a clavarle las espuelas en el costado. Me llevó hasta un lugar en el que la cascada se precipitaba sobre un arroyo plateado junto al borde de otra terraza, por lo que pude meter las manos en el agua, enjugarme la cara y refrescarme las mejillas y la nuca hasta que las náuseas remitieron. Saqué a Tesoro del bolsillo, la dejé en el borde de un pequeño hueco que había en las rocas repleto de agua limpia, y ella se remojó el cuerpo en su interior. A mí me habría gustado hacer lo mismo.

Acabar con el milfauces no había reparado el daño que había sufrido el enclave: aún notaba las sacudidas de los torrentes de maná por debajo y a través del prestamagia que llevaba en la muñeca. Pero al deshacerme de la criatura, el poder volvía a fluir libremente, y los magos que habían estado intentando desesperadamente mantener a raya al monstruo podían volver al trabajo. En ese mismo instante, las lámparas solares empezaron a iluminarse —un poco a trompicones, como si alguien hubiera girado el regulador de intensidad unas cuantas veces hasta encenderlas del todo— y la propia plataforma pareció, de algún modo, hacerse más *sólida*. Ya no daba la impresión de que los jardines estuvieran a punto de venirse abajo; ahora la sensación era más parecida a la de estar sentada a una mesa con una pata algo más corta: no podías ponerle peso encima, ya que se inclinaría, pero al menos seguía en pie y había todo un tropel de personas afanándose por volver a apuntalarla.

Al darme la vuelta, advertí que Alfie me había servido una bebida de una jarra de plata idéntica a la que había visto hacía un rato a través de la vegetación, de modo que estas volvían a estar también en funcionamiento. Aunque no quería llevarme nada a la boca, el simple y dulce aroma de la bebida me hizo sentir mejor. De modo que di un sorbo con cautela, y este me quitó la agria sensación de náuseas de la parte posterior de la garganta y me permitió tomar una limpia y profunda bocanada de aire, algo que hasta aquel momento no sabía que necesitaba.

Me bebí el resto a poco a poco, dejando que cada sorbo me empapara la lengua, y le di a Tesoro alguna que otra gotita con la yema del dedo; cuando ya me quedaba poco para acabármela, empecé a sentirme más calmada. No me refiero a que simplemente me hubiese tranquilizado, sino a que notaba una sensación de *parsimonia*. De un modo ligeramente ebrio, pero ¿y qué? Llevaba cuatro años sin sentirme así. Ni siquiera el hechizo de mamá me

había serenado tanto. Por supuesto, mamá habría dicho que para alcanzar aquel grado de sosiego era mejor pasarse un mes en el bosque, pero como en cambio me encontraba aquí, cazando milfauces, agradecí la sensación, plácida y refrescante, recorriéndome de arriba abajo.

Alfie se había sentado frente a mí, en uno de los lustrosos taburetes de aspecto normal y corriente que resultaban, no sé cómo, tan cómodos como un sillón, y me contemplaba con una expresión ansiosa y ceñuda en el rostro. Supuse que lo que le preocupaba era saber qué iba a hacer yo ahora que lo tenía atado en corto, así que cuando me susurró:

—El… lo siento tanto. Han sido unos días de locos, al salir nos encontramos con todo… esto. —Con un gesto de la mano, me limité a aguardar, de forma algo escéptica, a que me pidiera que pasara por alto su promesa, por lo que lo que dijo a continuación me pilló totalmente desprevenida—: Ni siquiera te he preguntado por Orion.

Fue como darme de bruces contra una puerta que alguien hubiera abierto de repente.

—Sé que estabais muy unidos —continuó diciendo, mientras yo intentaba aferrarme a la maravillosa sensación de serenidad en vez de ponerme a llorar como una loca o a gritarle, hecha una furia; ¿cómo se atrevía a sentir lo de Orion? ¿Cómo se atrevía a ser la primera y única persona que me había dirigido unas palabras agradables o incluso ordinariamente corteses sobre Orion?—. Es una pérdida enorme. Es muy injusto que la cosa haya acabado así después de todo lo que hizo, de todo lo que ambos hicisteis.

Y era todo una tontería y transparentemente obvio, y oírlo pronunciar aquellas palabras no debería haberme afectado lo más mínimo, pero le dirigí un torpe y breve movimiento de cabeza, entre enfadada y agradecida. No significaba nada, pero al mismo tiempo lo significaba todo. Sabía que en realidad Orion le era indiferente, no había sido amigo suyo y no le suponía ningún esfuerzo decir algo agradable. Pero aun así lo había hecho; aquel era el nivel de decencia normal que uno se sentía obligado a ofrecerle a otro ser humano cuando la muerte llamaba a la puerta, y él me lo había concedido, a mí y a Orion, como si nos considerase personas. Tal vez no fuéramos sus seres más allegados y queridos, pero éramos dos personas por las que estaba dispuesto a sentir un poco de pena. Y lo que es más, *no siguió* hablando, sino que guardó silencio y permaneció allí sentado conmigo, envueltos en aquel sosiego y belleza infinitos mientras el agua borboteaba a nuestro lado.

Unas delicadas flores con forma de campana empezaron a florecer lentamente en las enredaderas; los pétalos volvieron a abrirse y, al cabo de un

rato, unas abejitas mecánicas se pusieron a revolotear entre estos. Capté el sonido de gente acercándose mucho antes de verlos aparecer: otro mecanismo de cortesía cuidadosamente diseñado, ya que estaba claro que el pasadizo no iba a dejar que los altos cargos tuvieran que dar un largo rodeo a través de los jardines. Supongo que contaban con algún artificio que ralentizaba la manera en que experimentábamos el tiempo, por lo que a nosotros se nos hacía más largo que a ellos. Agarré a Tesoro y me la metí de nuevo en el bolsillo. La propia terraza se había expandido con disimulo para dar cabida a las personas que se acercaban, y una serie de mesas y sillas aparecieron por todas partes con actitud despreocupada, fingiendo que llevaban allí desde el principio.

Alfie se fue enderezando progresivamente casi al mismo tiempo y se puso en pie en cuanto los demás aparecieron. No me hizo falta que me señalara a su padre, ya que se parecían bastante, aunque este último era más mayor, sombrío y serio, y me resultaba extrañamente familiar, como si lo hubiese visto en alguna parte. Me pregunté si alguna vez se habría pasado por la comuna cuando yo era pequeña. Algunos miembros de enclave lo hacen; mamá no le da la espalda a nadie que llegue en busca de curación, pero no se corta a la hora de echarles la bronca por su estilo de vida, así que la mayoría prefiere mantener las distancias. Llevaba un traje de lo más bonito, de color crema claro y con los pliegues tan marcados como la hoja de un cuchillo, una camisa de color verde intenso y un pañuelo prendido con un enorme trozo de ópalo del tamaño de un huevo de petirrojo: vestido para su propio funeral.

Liesel iba con él, junto con otros individuos muy emperifollados, entre los que se encontraba el mismísimo Dominus de Londres, Christopher Martel: un hombre de pelo blanco que se apoyaba pesadamente en un bastón de bronce. Tenía el ojo izquierdo y una parte del rostro hasta el pómulo cubiertos con un artificio parecido a un monóculo. Estaba bastante segura de que el ojo de debajo, aun estando extremadamente bien elaborado, era también un artificio o una ilusión; lo más seguro es que hubiera perdido el real de algún modo, ya fuera debido a algún accidente o por haberlo intercambiado. Cuanto más mayor es un mago, más le cuesta curarse, pero, por lo general, en la vejez es posible evitar la aparición incluso de los tipos más agresivos de cáncer y demencia durante una década o dos si renuncias a algún que otro miembro importante, como un ojo, y si además dispones de toneladas de maná para ello.

Puede que hubiera perdido el tobillo por el mismo motivo; llevaba ostentando el cargo al menos sesenta años. Los enclaves no suelen regirse por un sistema democrático: son como una mezcla entre una despiadada

multinacional y un pueblo repleto de bichos raros. A la mayoría de los residentes les da igual lo que haga el consejo mientras todo siga funcionando a la perfección, y los únicos que cortan el bacalao de todas formas son aquellos que se han ganado un puesto en el consejo, ya sea por haber llevado a cabo algo espectacular o por haber sido lo bastante previsores como para descender de un miembro fundador. Por lo general, un Dominus permanece en el puesto hasta que se jubila o fallece o el enclave sufre alguna catástrofe de gran magnitud.

Como la que ahora nos ocupaba, así que estaba convencida de que Martel tenía ya las horas contadas al frente del enclave. Este acabaría, de hecho, en manos del padre de Alfie, dado que había sido él quien se había ofrecido a enfrentarse al milfauces; es uno de esos actos que todo el mundo sabe que tienen un precio. Aun así, la nueva situación tardaría algún tiempo en hacerse oficial —sobre todo porque el enclave seguía todavía patas arriba— y mientras tanto todos tratarían el asunto de forma insoportablemente cortés, como era obvio. El padre de Alfie hizo el paripé de llevarle a Martel la silla más grande y situarla frente a mí antes de tomar asiento en la que el jardín le había acercado disimuladamente.

Martel se acomodó con un suspiro y me dirigió una sonrisa tenue y ligeramente apenada, como disculpándose por estar en tan baja forma; a continuación levantó la mirada hacia Alfie, que se inclinó un poco y dijo:

—Señor, le presento a Galadriel Higgins, una amiga del colegio. El, este es el Dominus Martel… —Hizo una pausa, dirigiéndole una rápida mirada a su padre, quien, de algún modo demasiado sutil como para que yo me diera cuenta, le transmitió sin palabras un: *Sí, venga, ahora me tienes que presentar también a mí*, y luego añadió—: Y este de aquí es mi padre, Sir Richard Cooper Browning.

—Mi querida Galadriel, me parece que debemos estarte extremadamente agradecidos —dijo con un tono paternalista que me habría sacado de mis casillas de no ser porque me encontraba demasiado ocupada estando molesta con Alfie. Ya me había extrañado en el colegio que los demás lo llamaran *Alfie*, como a un niño de primaria, ya que lo normal es que se hubiesen dirigido a él utilizando su apellido. Pero no había caído en la cuenta de que debía de haber sido algo deliberado por parte del chico. Y su padre me resultaba familiar porque ya había visto ese rostro, con alguna que otra modificación, en todos los artículos sobre la creación de la Escolomancia que había colgados en las paredes del colegio.

No culpaba a Alfie por no querer que se lo considerase la enésima versión de Sir Alfred Cooper Browning, tal y como habrían esperado los demás; yo misma me había esforzado sobremanera para evitar que en clase se me conociera por ser la hija incongruente de una increíble sanadora. Lo culpaba, aún más, por haberme hecho aquella estúpida promesa. Lo de tener que seguirme por todas partes como si fuera mi mayordomo después de que yo hubiera, literalmente, hecho trizas la Escolomancia, la institución que había construido su tocayo, iba a ser la bomba. No obstante, estaba claro que lo de llevar a cabo demostraciones dramáticas y potencialmente fatales al servicio de su enclave le venía de familia.

—Ha sido un placer —dije de manera algo escueta. Vale, aún era capaz de albergar cierto cabreo por el tono paternalista.

—Huelga decir que si alguna vez decidieras hacer de este enclave tu hogar, te recibiríamos con los brazos abiertos —repuso Martel, sin apartar de mi rostro ese ojo artificial suyo, como si albergase la esperanza de poder echar un vistazo a mi interior para descifrar mis intenciones y mis más profundos deseos. A mí tampoco me habría importado echar una ojeada, ya que tras acabar con el milfauces, volvía a no tener ni idea de lo que iba a hacer con mi vida. Aunque lo que sí sabía es que no tenía ningunas ganas de irme a vivir al enclave de Londres.

—Gracias, pero no —dije, y algunos de los magos que estaban detrás de él intercambiaron una mirada, como si mi respuesta les resultara impensable. Después de todo, ¿por qué si no me había molestado en solucionarles la papeleta con el milfauces?

—Según me ha contado Alfred, te tomas muy en serio tu independencia —dijo Sir Richard—. Espero que nos permitas devolverte el favor de algún otro modo. —Lo que quería decir es que esperaba que le permitiera pagar un rescate para recuperar a su hijo, cosa que, por suerte para él, me parecía bien; además, ya se me había ocurrido qué pedirles, y era algo lo bastante extraordinario como para equilibrar la balanza por haber quitado de en medio al milfauces.

—Sí —dije—. Los jardines. —Sir Richard me miró algo ceñudo; los demás contemplaron su alrededor confundidos, como si pensaran que lo que quería yo era llevarme los jardines metidos en el bolsillo—. Quiero que permanezcan abiertos para que cualquier mago que así lo desee pueda venir a pasar el día. Y que hagan lo mismo con la biblioteca —añadí, ya puestos. El milfauces no habría dejado nada en pie de no ser por mí—. No me refiero a las partes del enclave donde viven; pueden quedarse con su depósito de maná,

las cámaras del consejo y toda esa zona. —Moví la mano en dirección a aquellas horribles instalaciones subterráneas—. Pero el resto… compártanlo con los demás. Si insisten en devolverme el favor, ese es el precio.

Todos se me quedaron mirando con una extraña mezcla de expresiones. Liesel parecía sobre todo molesta, como si no esperara otra cosa de una idiota como yo; Alfie desprendía cierto aire ansioso, aunque teniendo en cuenta que su padre no tardaría en convertirse en el Dominus del enclave, sus probabilidades de deshacerse de su deuda para conmigo eran considerablemente más altas de lo esperado. Los demás, en su mayor parte, fruncían el ceño, absortos, igual que cualquiera que intentara entender la situación, que intentara comprender los motivos por los que alguien pediría algo tan extraño e inesperado, ya que no le encontraban ningún sentido, y unos pocos alternaban la mirada entre los presentes para ver si alguien había desentrañado el misterio.

Martel seguía dirigiéndome una sonrisa amable aunque evasiva.

—Eso… sería toda una tarea —dijo con cautela, aunque en realidad lo que quería decir era: *Por favor, explícanos mejor tu extraña petición*.

—La Fundación Nacional para los Lugares de Interés Histórico gestiona el asunto de maravilla —dije—. No tengo nada en contra de que echen a la gente que se mee en la cascada.

Una mujer profirió una risotada, la cual sonó como un auténtico graznido de ganso y sobresaltó a todos los presentes. No me había fijado en ella hasta entonces. Estaba de pie a un lado, apartada de los demás y apoyada en la barandilla, pero no era por eso por lo que no la había visto: llevaba un abrigo compuesto por retazos de tela diferentes cosidos entre sí y con algún que otro extremo desgarrado revoloteando aquí y allá. Cada uno de los retazos portaba un ligero artificio que transmitía de forma obstinada que eran absolutamente fascinantes y la cosa más maravillosa que jamás se había visto: un baratísimo encantamiento de glamur de lo más típico, salvo que al usarlo sobre un porrón de andrajos apelotonados, el conjunto producía un fantástico efecto distractivo y conseguía que la mujer pasara del todo inadvertida. Incluso ahora que había llamado la atención sobre sí misma de forma deliberada me costaba mirarla.

Se apartó de la barandilla.

—Qué mayor está la pequeña El —dijo—. ¿Te acuerdas de mí? Me da a mí que no. La última vez que te vi, Gwen te llevaba cargada al hombro mientras tú aullabas, después de intentar lanzarme un hechizo de obligación.

Dijiste que no dejaba de bambolearme y que debía parar de una vez. Me parece que tenías cuatro años.

No me acordaba de ella para nada, pero desde luego parecía perfectamente plausible. Lo cierto es que más o menos a esa edad creé un hechizo de obligación por mi cuenta; a mamá le costó años conseguir que se me quitara la costumbre de lanzárselo a la gente.

Y entonces caí en la cuenta de quién era. Se hacía llamar Yancy, a secas, y casi todos los magos de aspecto desaliñado que aparecían por la comuna en busca de ayuda decían venir de su parte y le daban recuerdos de ella a mamá. En una ocasión le pregunté el motivo y mamá me dijo que la había ayudado a solucionar una contaminación de la percepción que se había apoderado de su imaginación. Si no acabas de captar el significado de esto último, evita consumir demasiadas sustancias alquímicas en espacios irreales y no te pasará nada.

Sin embargo, no tenía ni idea de qué hacía Yancy *aquí*; no pertenecía al enclave de Londres. Si acaso, todo lo contrario. El enclave de Londres se las había arreglado para sobrevivir al Blitz instalando un montón de entradas por toda la ciudad; de ese modo, aunque bombardearan más de una por la noche, el enclave no se iría a la porra. Tras la guerra, volvieron a cerrar la mayoría de las entradas, pero a Yancy y los suyos se les ocurrieron unas cuantas maneras ingeniosas de forzarlas y abrirlas un poco para poder acceder a esos espacios irreales que he mencionado antes: una especie de rincones ambiguos e indefinidos situados entre el mundo real y el enclave. Acampaban en uno de esos rincones durante meses e incluso años, aprovechándose de la protección que les ofrecía contra los maleficaria y la comodidad de acceso al vacío, hasta que los miembros del enclave daban con ellos y los echaban a la calle; entonces ellos se escabullían y buscaban otro lugar por el que colarse.

Así que supongo que tenía un aliciente para salvar al enclave, aunque lo que no me cuadraba era que hubiesen sido ellos los que hubieran acudido a *ella* precisamente. Pero era evidente que así era. Le dijo a Sir Richard:

—Nuestro asunto queda también resuelto, pues. Según tu maravilloso plan, supongo que se nos permitirá celebrar alguna que otra fiesta en los jardines, ¿no? —me preguntó, muy complacida, y no se molestó en esperar mi respuesta antes de soltar otro rebuzno—. Un placer conocerte, *Galadriel Higgins*. —Hizo que sus palabras parecieran una broma socarrona entre ambas—. A ver si hablamos un día de estos.

Y tras aquello, efectuó una sacudida que agitó todos los jirones de su atuendo. Para cuando pude volver a enfocar la vista, había desaparecido por

uno de los senderos, aunque cantando en voz tan alta —un trozo sin mucho sentido de una antigua canción pop, *ro ma ro ma ma, gaga oh la la*, una y otra vez— que la cascada tuvo que precipitarse de forma más enérgica para amortiguar el sonido.

Hubo una oleada de evidente irritación tras su paso, y muchos dirigieron miradas agrias a Sir Richard. Supuse que, por algún motivo, había sido él el que le había dado vela en aquel entierro. Este consiguió dominar mejor la expresión de su rostro, o tal vez la presencia de Yancy le fuera completamente indiferente. Se limitó a lanzar un leve suspiro y me dijo de forma irónica:

—Espero que no te opongas a que establezcamos un horario de visita razonable o la gente se quedará de fiesta por aquí hasta las siete de la mañana.

No había intercambiado ninguna mirada con nadie; simplemente le había dirigido a Alfie un vistazo interrogante y, por lo visto, la respuesta le había satisfecho lo suficiente como para llegar a la sorprendente conclusión de que lo que yo quería era ni más ni menos lo que había pedido.

A Martel parecía costarle más hacerse a la idea. Había pasado de contemplarme con educación a quedárseme mirando fijamente sin ningún disimulo, y su sonrisa había desaparecido. Me daba igual. No pensaba ponerme a regatear ni a discutir los detalles con ellos; el juramento de Alfie constituiría una mejor baza para las negociaciones que cualquier cosa que yo pudiera decirles.

—Me han preguntado y yo he respondido —dije de forma escueta—. La decisión de hacerlo o no es suya.

Me quité el prestamagia —me encantaría decir que devolverlo fue pan comido, pero estaría mintiendo— y se lo tendí a Alfie. Él lo tomó, lanzándole a su padre otra significativa mirada que fue lo bastante expresiva como para que yo la entendiera también: *¿Ves? Te lo dije*. Sir Richard observó la entrega con el ceño algo fruncido. Supongo que su abuelo llegó a un acuerdo con el consejo del enclave de Londres para conseguirlo, allá por la década de 1890, a cambio de las llaves de la Escolomancia. Y probablemente también un puesto fijo en el consejo para el cabeza de familia. El enclave de Manchester había destinado la mayor parte de sus recursos a construir el colegio; para Londres fue una ganga.

Y esta vez el negocio les había salido también redondo. Tenían su enclave, sus inmensos océanos de poder, estuvieran o no agitados por la tormenta; incluso aquel jardín secreto seguía siendo suyo. Solo tenían que tolerar que otras personas se dieran algún que otro paseo de vez en cuando;

incluso les ayudaría a asentar al principio sus espumosos depósitos de maná: el hecho de que un montón de magos contemplara aquel lugar y creyera en todos sus maravillosos artificios ayudaría seguramente a estabilizar el enclave. Me puse en pie.

—Supongo que no le importará que me dé un paseo antes de marcharme.

—En absoluto —respondió Martel. Por fin había recuperado la sonrisa, aunque una muy leve—. Como si estuvieras en tu casa.



No me alejé demasiado. Lo único que quería era estar sola un rato, de manera que los jardines me condujeron, solícitamente, a un rinconcito verde y apacible cubierto de enredaderas y medio escondido del exterior, con el repiqueteo de una cascada adyacente filtrándose a través de las hojas. Era exactamente lo que buscaba, solo que en cuanto llegué, ya no quise permanecer más allí. En aquel rincón no podía hacerse otra cosa más que pensar, sentir o estar, y yo no quería hacer nada de eso. No podía descansar, pues no estaba cansada. Me hubiera gustado estarlo, pero no lo estaba. Matar a un milfauces en un instante, un milfauces lo bastante grande para zamparse el enclave de Londres, era coser y cantar. Siempre que me pusiera manos a la obra en lugar de insistir en que era imposible, motivo por el cual Orion había decidido enfrentarse a uno sin mí.

Aquel era un pensamiento muy oscuro. No quería que asaltase mi mente. No quería permanecer allí sentada pensando aquello, en el jardín que había salvado en lugar de a Orion, pero era lo único que me ocupaba la mente. Tesoro salió de mi bolsillo y se paseó por las preciosas barandillas de hierro y las ramas; intenté seguirla con la mirada, respirando con calma, tomando profundas bocanadas de aire y exhalando de forma pausada, pero no sirvió de nada. El suave y apaciguador sosiego que me había proporcionado la bebida de Alfie había quedado completamente enterrado bajo mi irritación y mi furia, y cuanto más intentaba centrarme en mí misma, más consciente era de la corriente de maná que se agitaba bajo mis pies y que se parecía horriblemente a la grotesca oleada en la que se había convertido el milfauces al deshacerse alrededor de mi piernas. Se me revolvió el estómago y me rendí.

Lo único que me habría ayudado hubiera sido ponerme a *trabajar*, pero no tenía nada que hacer, y aunque se hubiera tratado de una labor que se me

diera bien, no habría podido llevarla a cabo de todas formas. Había devuelto el prestamagia y estaba seca. Así que me levanté y me puse a hacer flexiones para generar maná. Seguía estando en plena forma, ya que había entrenado para los 500 metros lisos de la graduación como si la vida me fuera en ello, cosa que había sido así, y mi condición física no había hecho más que mejorar tras pasar en Gales casi una semana bien alimentada, hidratada y cuidada. Hice las flexiones como correspondía, llegando hasta abajo del todo y volviendo a elevarme.

El pobre y confundido jardín abrió lentamente el rincón a ambos lados para dejarme más espacio y, al hacer la flexión número diecisiete, me plantó tímidamente en una esquina un carrito muy apañado con esterillas de yoga. Aquella habría sido una situación de lo más normal: seguro que ocho o nueve magos del enclave de Londres ataviados con ropa deportiva pija se reunía todas las mañanas para una maravillosa sesión de yoga con vistas a la cascada. Sin embargo, dichos magos no se dedicaban a acumular maná, sino que simplemente disfrutaban del placer de estirarse y mover el cuerpo. Deberían salir del enclave y pasarse un fin de semana en un retiro de Gales. Hice caso omiso al carrito, cerré los puños y seguí a lo mío sobre el suelo de piedra, contando cada gota de maná dolorosamente generada a medida que se acumulaban en el cuarzo que llevaba alrededor del cuello; un tenue resplandor asomó en cuanto llegué a treinta.

Entonces me di cuenta de que Liesel estaba ahí plantada observándome, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Odio hacer flexiones; estaba deseando que alguien viniera y me diera otra cosa que hacer o, al menos, un buen empujón, y Liesel era, sin lugar a dudas, la indicada para ello. Pero llegué hasta cincuenta flexiones antes de permitirme volver a incorporarme, regando desafiantemente con mi sudor los altísimos e iridiscentes gladiolos del macetero más cercano. Supuse que venía a decirme lo idiota que era: a decir verdad, yo misma me sentía así. La situación era demasiado parecida a llenar una jarra en un arroyo exiguo y fangoso y cargarla a lo largo de quince kilómetros para acabar regando una planta que se encontraba junto a un enorme lago.

Pero no me dijo nada, sino que se limitó a seguir estudiándome de forma extraña. Me daba la sensación de estar en el lado equivocado de una pared de cristal unidireccional; al otro lado, escudriñándome, había un enorme mecanismo repleto de lentes que vibraban con la potencia de treinta mil engranajes sacudiéndose. No me hacía ninguna gracia.

—¿Querías algo *más*? —dije con frialdad—. ¿Que localice a algún otro milfauces?

Sorbió por la nariz en plan borde y dijo:

—No te pongas a llorar. —Le lancé una mirada indignada y tomé aire, pero entonces añadió—: Lo demás funcionó. Solo quedabais Lake y tú. ¿Qué salió mal?

No tenía ganas de llorar precisamente, aunque sí que me hubiera gustado arrearle un puñetazo.

—¿Por qué preguntas? ¿Es que vas a tomar notas para la próxima vez que tengamos que encerrar a todos los maleficaria del mundo? —le gruñí.

—¿Está *muerto*? —preguntó Liesel como si hablara con una niña pequeña, aunque, por lo visto, una cuyos sentimientos se la traían al pairo.

—Eso espero —dije tajantemente. Que pensara lo que quisiera de mi respuesta. Casi quería que creyera que había asesinado a Orion y lo había dejado tirado en el suelo de la Escolomancia antes de abandonarla triunfante.

Salvo que la persona que tenía delante era Liesel, así que no se lo tragó.

—Porque apareció otro milfauces —dijo, una afirmación más que una pregunta. Me había pasado la vida asustando a los demás cuando en realidad hubiera preferido hacerme su amiga o, al menos, intercambiar con ellos un martillo o un bolígrafo, así que, naturalmente, ahora, cuando quería intimidar un poco a la persona que tenía delante, esta era, en cambio, inmune a mí.

Y también implacable. Me rendí; no quería seguir enfrentándome a ella, esquivando sus preguntas una tras otra mientras ella continuaba dándome donde más me dolía:

—Fue Paciencia —repuse—. Se había comido a Fortaleza y estaba escondido en algún lugar del colegio. Nos dio alcance en las puertas justo antes de que el colegio se precipitase al vacío. Y antes de que preguntes —añadí ferozmente—. *Intenté* marcharme sin más. Él no quiso venir. Me sacó de un empujón, la criatura lo agarró y después no quiso que lo rescatara. Esa es toda la historia, así que espero que te quedes contenta. Yo me voy ya.

Liesel abrió los brazos ampliamente.

—¿En serio? ¿Adónde? ¿A sentarte en una tienda para que te llueva más encima?

—Imagino que se te ocurre algo mejor.

—Sí —respondió—. Ven a cenar.

En cuanto dijo aquello, tuve que reconocer que irme a cenar era, incuestionablemente, una idea mucho mejor que salir pitando del enclave y adentrarme en algún lugar desconocido de Londres, sin modo alguno de

volver a casa y con los bolsillos vacíos a excepción de una ratoncita. Mamá jamás tiene problemas con ese tipo de cosas. Si tiene que irse a algún sitio, se pone a hacer autostop y alguien se detiene y la lleva a su destino. Si le entra hambre, se limita a preguntarle al universo si hay alguna sobra que pueda llevarse a la boca y, la mayoría de las veces, alguien que pasa por allí le ofrece algo de comer o la invita a cenar a su casa. En mi caso, es más probable que tenga que aflojar hasta el último céntimo antes de que el universo me permita, aunque de mala gana, comprar un billete de autobús y un bollo rancio. Y nunca sé hasta qué punto es culpa mía, que no hago más que fruncir el ceño con resentimiento, o es cosa de los *demás*, que ven a una chica de piel oscura en lugar de a mi risueña madre, rubia y de piel rosada, y el no poder distinguirlo solo me hace fruncir el ceño aún más.

Y hablando de eso, lo más seguro es que me hubiese largado del enclave a toda prisa solo para fastidiar a Liesel y de paso a mí misma, pero esta añadió:

—No seas tonta. Alfie te llevará a casa después.

Y señaló una escalerita de caracol que conducía desde un rincón hasta la terraza que se encontraba en lo alto. Me llegó el aroma de algo indescriptiblemente delicioso. Lo máximo que puedo decirte es que era como un arroz con leche que me moría por probar. La verdad es que no olía para nada a arroz con leche: la cuestión es que el arroz con leche nunca me ha gustado demasiado, pero en el colegio lo comía siempre que tenía la oportunidad porque era una de las mejores cosas que podían comerse allí. Y ahora me pasaría de buena gana el resto de mi vida sin volver a catarlo, pero ansiaba desesperadamente comerme aquello que olía tan bien, aunque se tratara de arroz con leche.

De modo que seguí a regañadientes a Liesel escaleras arriba. Parecían interminables, lo bastante como para que las piernas empezaran a cansárseme y, al llegar a lo alto, salimos a una terracita que se encontraba frente a una habitación con aspecto de madriguera hobbit situada en la parte superior de los muros del enclave. El escenario no llegaba al nivel de los jardines de abajo. La arcada debería haber tenido una puerta, pero en su lugar contaba únicamente con una cortina, y la habitación que estaba al otro lado no era mucho más grande que la cama que albergaba. El único otro mueble que había era un pequeño soporte en forma de medialuna que sobresalía de la pared y era apenas lo bastante amplio como para depositar un vaso de agua para beber por la noche. No había ni siquiera una lámpara. La terraza en sí contaba con una esfera tenuemente iluminada que colgaba sobre una mesita y dos sillas. La cascada principal del arroyo y los demás saltos de agua se

encontraban abajo, a mucha distancia, al otro lado de la baja barandilla de hierro; estábamos tan cerca del techo que podía verse un leve resplandor lateral a través del cristal esmerilado que delataba los hechizos solares del artificio.

Para todas las pullas que me había lanzado Liesel por vivir en una yurta llena de goteras, sus propios aposentos tenían una pinta de lo más cutre. Ni siquiera estaban a la altura de su atuendo. Pero, naturalmente, incluso aunque seas la mejor alumna de la promoción y tengas una plaza asegurada en el enclave —la ganadora del *grand prix* de la Escolomancia, por llamarlo de algún modo—, en cuanto sales del colegio no eres más que una recién graduada que no conoce a nadie de su nuevo enclave salvo a una o dos personas: otros recién graduados que consiguieron, en gran medida, salir con vida gracias a ti y que, por lo general, prefieren olvidar ese hecho. Y te encuentras en el nivel más bajo de la jerarquía del enclave.

Supongo que debía de haberles parecido desalentador a todos esos críos que se habían pasado cuatro años dejándose la piel para llevarse el único trofeo palpable de nuestra existencia compartida, y que, al salir, se habían dado cuenta de que lo único que habían conseguido era una entrada para el gallinero mientras todos los alumnos de enclave que habían estado rondándoles se acomodaban en el palco u ocupaban su lugar en el escenario. Se oían historias de personas que habían sido las primeras de su promoción que al dejar el colegio se apagaban por completo, como si hubieran consumido todas sus energías en ese único estallido; gente que se quedaba en el cuartucho de lo alto de las escaleras y nunca llegaba a nada más.

Estaba claro que Liesel no pensaba ser una de esas personas. Había instalado ya un toldo para atenuar el resplandor excesivo de las lámparas solares, y su cama estaba cubierta con un dosel de ramitas blancas entrelazadas del que colgaba una reluciente malla. Había colocado, seguramente a la fuerza, algunas de las brillantes flores en torno a la barandilla para disfrutar de una mayor iluminación. Me hizo un gesto para que me sentara a su mesita, donde había una de esas jarras de plata junto a un cuenco de cuscús y un pequeño tajín azul que desprendía un olor fantástico al levantar la tapa. Por suerte, no vi ni rastro de arroz con leche.

Cada bocado era perfecto: si uno picaba, el siguiente era dulce y el siguiente después de ese, salado, o lo que más le apeteciera a mi boca; los frutos secos resplandecían como joyas translúcidas y las almendras eran crujientes; las diferentes verduras rebosaban sabor y estaban perfectamente preparadas, tiernas aunque sin llegar a deshacerse, y la suavidad de cada una

era tal que parecía que se hubieran cocinado de una en una, con sumo cuidado, antes de retirarlas en el momento preciso, a pesar de tratarse de un único plato. Aun cuando notaba la leve y nauseabunda sensación del inestable maná que fluía por debajo, repetí tres veces y me bebí dos vasos de lo que fuera que hubiera en la jarra; Liesel se ventiló también una buena ración y, al cabo de un rato, los platos sucios desaparecieron sin más, seguramente gracias a algún conjunto de eficientes hechizos de limpieza.

Para cuando terminamos, en los jardines de debajo reinaba el bullicio: unos cuantos senderos acaracolados estaban siendo rediseñados y ampliados, incorporando faroles más brillantes y zonas para sentarse a lo largo de toda su extensión. Al parecer, Sir Richard no pensaba perder ni un instante en saldar la deuda de Alfie. Los primeros invitados aparecieron ya al anochecer: un puñado de magos del exterior ligeramente recelosos y a los que se reconocía de inmediato incluso desde lo alto del enclave, pues tenían el mismo aspecto que los mundanos, ya fueran ataviados con trajes caros y vestidos o con vaqueros. Eran trabajadores a sueldo del enclave: incluso a lo lejos veía las cintas grises que les rodeaban los brazos y que, sin duda, hasta entonces solo les habían servido para poder atravesar la entrada de servicio y llegar hasta los talleres y laboratorios, donde se partían el lomo con la exigua y lejana esperanza de que algún día se les permitiera acceder a este santuario interior. Al ver sus rostros vueltos hacia la cascada, mientras en su mirada deslumbrada se reflejaba la luz de las esferas, me pregunté, con un mal sabor de boca, si les había hecho un favor en realidad o si solo había conseguido que su anhelo fuera aún más fuerte.

—¿Cuántas ganas tienes de seguir actuando como una idiota? —dijo Liesel con brusquedad.

—Y supongo que tú te crees muy lista —dije con un gesto vago de la mano. No sabía si lo de la jarra era realmente vino, pero en cuanto lo tuve en la barriga, me provocó los mismos efectos—. Has hipotecado tu vida para poder acceder a este lugar y recuperar con intereses, gracias al esfuerzo de un centenar de magos, la sangre y el maná que perdiste.

—Muchas ganas, por lo que veo —repuso Liesel—. No lamento haber conseguido una plaza en el enclave, ya que no soy idiota. Mi madre se pasó toda la vida dedicándoles sonrisas a los miembros de enclave para mantenerme con vida.

—¿Y entonces qué haces con Alfie? —dije, cruel, además de injusta: por lo que había visto, no podía acusarla de andar *sonriéndole*—. Es imposible que te guste.

—Claro que me gusta. Quiere labrarse un futuro, convertirse en alguien importante.

—Y tú piensas trabajártelo a él, ¿me equivoco?

Liesel se encogió de hombros, pragmática; así que *no* me equivocaba.

—Él tiene lo que yo necesito y yo tengo lo que él necesita. ¿Sería mejor que me emperrara en estar con alguien que no tiene nada que ofrecer?

—Lo mejor sería que te buscaras a alguien con quien quisieras estar de verdad, tanto si encaja en los planes que te has montado como si no —dije con acritud.

Liesel desestimó mi disparatada sugerencia con un gesto de la mano.

—La mayoría de la gente es imbécil o cansina o no sabe hacer una a derechas. ¿Por qué querría estar con alguien así? Perdería la paciencia. Pero con Alfie no la pierdo porque, a pesar de todo, merece la pena estar con él. —Cerré la boca ante aquello, algo contrariada; tenía mucho sentido según la filosofía de mamá, ya que ella siempre anda diciéndome que lo más importante es que una persona descubra qué es lo que más le conviene, aunque no sea lo mismo que le conviene a la mayoría—. No es ningún inútil, y aunque lo fuera, seguiría saliendo ganando, ya que él lo tiene todo y yo solo me tengo a mí misma.

—¿Y tu madre? —la interrumpí.

Liesel hizo una pausa y dijo con un tono que desprendía cierta rigidez.

—Murió durante mi incorporación.

Aquello claramente no fue ninguna coincidencia: significaba que la muerte de su madre se había programado. No todo el mundo era capaz de llevar a cabo un intercambio para conseguir una inmerecida década más de vida, sobre todo si no pertenecías a un enclave con cantidades ingentes de maná. Pero siempre puedes hacer otro trato: si, por ejemplo, sabes que tienes solo un cincuenta por ciento de posibilidades de llegar viva al día de la incorporación de tu hija y de sobrevivir después, hay algunos sanadores de dudosa reputación que te ayudarán a intercambiar dicha probabilidad de sobrevivir por la de morir, pero así, al menos, te aseguras de que vas a saber cuándo sucederá.

Dije, algo incrédula:

—¿Y tu padre también ha muerto?

Seguía lo bastante achispada como para no tener tacto alguno, o puede que, a la hora de tratar con Liesel, hubiese renunciado del todo al tacto. En mi defensa, si su padre había muerto también, se trataba de una racha horrible de mala suerte. Yo fui una niña maga con mala suerte. Si tus padres han vivido

lo bastante como para engendrarte, son, por lo general, magos adultos en la flor de la vida, y no hay demasiadas cosas que puedan quitar de en medio a un mago adulto. No hay monstruos peores que nosotros. Incluso su madre debió de ser muy gafe para irse al otro barrio siendo lo bastante joven como para tener una hija en edad escolar: al margen de lo que sucediera, seguramente estuviera relacionado con algún hechizo que salió mal o con alguna maldición que salió bien. Perder a ambos padres es bastante improbable.

Y lo cierto es que no había sido así. Liesel dijo de forma aún más seca:

—Es miembro del consejo de Múnich.

—¿Qué? —Me la quedé mirando—. Pero…

—¿Es que te lo tengo que dar todo mascado? —dijo Liesel con frialdad—. Su mujer es hija de la Domina. Por eso pertenece él al consejo. Le dijo a mi madre que si quería que yo entrase en la Escolomancia, más le valía cerrar el pico y no volver a ponerse en contacto con él. No lo conozco. Aunque a veces nos enviaba dinero.

Sus palabras rezumaban desprecio, como era lógico. A un miembro de enclave no le cuesta nada fabricar dinero. Incluso la mayoría de los magos independientes son capaces de crear con magia un billete de cincuenta libras; el único límite que existe es que el enclave local se te echará encima si empiezas a falsificar dinero a una escala lo bastante grande como para meterlos en líos. Pero no hay ningún enclave en el mundo que no tenga un suministro de pasta más o menos ilimitado.

Hice una mueca: no me apetecía nada sentir compasión por Liesel. Pero dejar tirada a tu hija para que se las apañe con los mals mientras tú vives a cuerpo de rey en un enclave… Ni siquiera le hubiera pasado nada por llevársela con él. A nadie lo echan de un enclave por ponerle los cuernos a su mujer, por mucho que se empeñe el Dominus de turno. Es una de esas cosas que puede provocar que un Dominus pierda su trabajo. Los miembros de enclave esperan —y con razón— salirse casi siempre con la suya, y eso incluye el uso de extranjis de malia siempre y cuando no amenace al enclave en su conjunto. Es la única línea que ninguno de ellos puede cruzar; por lo demás, gozan de bastante libertad. Sin embargo, el padre de Liesel podría haber perdido su puesto en el consejo. Y había otorgado más importancia a ese puesto que a la vida de su hija.

—Por eso no te uniste a Múnich —dije—. ¿Y qué hay de los otros enclaves de Alemania?

—¿De qué me habría servido unirme a uno de ellos? —dijo—. Múnich es el más poderoso. Necesito un enclave con *más* poder, no con menos.

—¿Para hacer qué? —pregunté, ya que no fui capaz de reprimirme, aunque no estaba del todo segura de querer saber la respuesta.

—Los detalles exactos quedarán ilustrados por sí solos —dijo Liesel con una pizca de desdén—. Pero pretendo ocupar una posición que me brinde *más* poder del que ostenta su mujer, y entonces haré que lo lamente.

—¿El qué?

—Haber matado a mi madre —respondió Liesel—. No fue ningún accidente.

Tenía derecho a estar molesta; en cuanto dijo aquello, todo el asunto me quedó claro. Su padre había hecho lo posible por ocultar su asqueroso secretillo, pero su mujer se había enterado de todas formas —por lo visto, cuando por fin había movido algunos hilos para meter a Liesel en la Escolomancia, tal y como había prometido— y en vez de darle la patada al inútil de su marido, había ido a por la madre de Liesel y la había enganchado bien. Y entonces Liesel se había visto obligada a ver cómo su madre vendía lo que le quedaba de vida para que ella pudiera meter cabeza en la Escolomancia.

Por mucho que no quisiera, encontraba sentido a lo que Liesel estaba haciendo. Había sido mucho más fácil pensar que simplemente era una persona de mierda, dispuesta a hacer cualquier cosa para unirse a un enclave y llevar una vida colmada de facilidades y poder. Pero en lugar de eso había echado cuentas y había llegado a la acertada conclusión de que la única forma de hacerle pagar a la hija de la Domina de Múnich una mínima parte de lo que le había hecho era siendo la Domina de un enclave aún mayor, o algo similar. Y una vez vista la solución al problema, a diferencia de cualquier persona normal y corriente, no iba a conformarse con tomarse la revancha viviendo lo mejor que pudiera, sino que había trazado un plan a treinta años cuya primera fase consistía en convertirse en la mejor estudiante de la promoción y seguir escalando a partir de ahí.

Y eso era lo que estaba haciendo ahora mismo. Alfie era la fase dos. Me había preguntado por qué había estado tan empeñada en echarse un novio poderosísimo en el colegio después de haber conseguido ya el título de mejor estudiante, pero ahora la entendía perfectamente. No bastaba con unirse a un enclave. Ella era consciente de que empezaría siendo el último mono y quería una pareja que tuviera una mejor posición dentro del enclave. No solo se trataba de un plan de lo más sensato, sino que también era muy bueno, como no podía ser de otro modo.

—Lo siento —le dije muy a regañadientes. Mamá habría intentado hacerla entrar en razón durante unos cuantos meses, pero yo personalmente no la culpaba por querer vengarse. Yo seguía albergando vívidas fantasías de venganza contra el imbécil que me había empujado en el pasillo cuando estaba en primero.

Pero había llegado hasta aquí sin que Liesel me cayera bien y quería que la cosa continuara igual; detenerme ahora me parecía vagamente peligroso.

Liesel se limitó a encogerse de hombros.

—Ellos eran poderosos, y mi madre, no. Los que tienen el poder llevan la voz cantante —dijo, pragmática—. Así que más vale tenerlo; no aprovecharlo cuando se tiene la oportunidad es una estupidez. Te has presentado aquí, has salvado al enclave y no vas a llevarte nada a cambio. ¡Qué gran gesto por tu parte! Pero ¿qué harás si un milfauces aparece en otro lugar que no sea un enclave y nadie puede suministrarte maná para que te enfrentes a él?

—¡No voy a dedicarme a cazar milfauces! —exclamé.

—Ah, ¿no? —dijo Liesel de forma despectiva—. ¿Y qué otra cosa vas a hacer?

Habría preferido pasarme un año llorando en el bosque para responder a esa pregunta, pero, dadas las circunstancias, si no quería quedar por los suelos debía decir algo, y no me apetecía nada quedar por los suelos. Así que dije:

—Voy a *construir* enclaves. —Como si, después de todo, hubiera decidido que eso era lo que iba a hacer—. Voy a construir enclaves de Piedra Dorada. No serán castillos como los de los cuentos de hadas ni rascacielos, sino un puñado de habitaciones con literas donde puedan dormir los niños y una o dos salas de trabajo, y no hará falta echar mano de la malia ni maquinar durante generaciones para edificarlos.

Tenía que estarle agradecida a Liesel, porque las palabras se volvieron ciertas en cuanto las pronuncié y di con la respuesta que, de otro modo, podría haber tardado un año en desenterrar de mi interior: sí, aquello era lo que quería hacer. Aunque hubiese sido el sueño de otra persona antes que yo, también era el mío. Sentí que era lo adecuado en cuanto lo dije en voz alta: un sueño por el que valía la pena luchar, un trabajo digno.

—Dime —dijo Liesel—. ¿Durante cuántos años tendrá la gente que acumular maná para crear uno de tus enclaves dorados? ¿Y cuántos hijos perderán a manos de los mals antes de haber acumulado la cantidad suficiente? ¿Por qué no le pides a Londres que te suministre diez años de maná y construyes diez enclaves para esos niños cuyos padres no pueden pagar el precio?

Era casi la misma pregunta que había estado echándole en cara a mi madre durante toda mi infancia, así que, por suerte, tenía la respuesta preparada:

—Porque si hago eso, ya no estaré construyendo enclaves —dije—. Sino trabajando para Londres o Nueva York o el enclave que tenga más maná, y dedicándome a la caridad durante mi tiempo libre. Llevan un montón de años intentando que mi madre sea su sanadora particular.

—La cosa no va así —replicó Liesel—. Puede que sea cierto en el caso de tu madre, pero esto no es lo mismo. ¿Cuántas veces necesitará un enclave tu ayuda? ¿Y para qué? Si te suplican que les ayudes porque hay un monstruo que quiere comerse su casa y a sus hijos, ¡irás de todas formas! Igual que has venido aquí. Esa no es la razón por la que no aceptas el pago. Te niegas a aceptarlo porque te crees mejor que ellos, porque quieres que se avergüencen de sí mismos, así que te la sopla que con su ayuda puedas solucionarles la vida a muchas otras personas.

Ojalá aquello no hubiera sonado tan plausible. Fulminé a Liesel con la mirada.

—Pero tú sí que vas a solucionarles la vida a todos los pobres desgraciados que lo necesiten, ¿no? De todos modos, ¿por qué quieres que desplume a Londres? Por si no te habías dado cuenta, ahora perteneces al enclave y tienes a Alfie para que te lleve de la manita hasta lo más alto. No me digas que es porque te gusto.

Me devolvió la mirada asesina.

—¡No eres ninguna inútil! Podrías llegar a ser alguien, si estuvieras dispuesta a intentarlo. Pero no será así si te empeñas en comportarte de esta manera tan poco razonable, como si creyeras que todo acaba volviéndose horrible y siniestro en el instante en que haces una mínima concesión.

Aquello me pilló por sorpresa; viniendo de ella, se trataba de un cumplido enorme, así que, al parecer, sí que le gustaba. De hecho, me di cuenta muy tarde de que, antes de invitarme a cenar, se había arreglado el pelo y cambiado de ropa, y de que había apartado la cortina para que la cama se viera. Obviamente, en algún momento había elaborado una lista con varios epígrafes titulada *Meterse a Galadriel en el bote*, en la que además había escrito: *Cree que estoy cañón*, porque en el colegio se había fijado en que yo me había fijado en ella. Me estaba haciendo saber que no le importaría para nada darle la patada al pez gordo de su novio y venirse *conmigo*.

O, en fin, ¿por qué darle la patada? Le encantaría poder quedarse con los dos, si ambos estábamos de acuerdo. Alfie, ella y yo: el trío perfecto para

dominar el mundo y, de paso, aplastar a las cucarachas de sus enemigos de Múnich. Lo único que me sorprendía es que no me lo hubiera soltado abiertamente. Supongo que estaba intentando por todos los medios proceder con tacto porque Orion acababa de morir y tal vez a mí me apetecía malgastar un poco de tiempo estando depre en vez de seguir su ejemplo y adoptar su, claramente superior, proceso terapéutico, el cual consistía en planear con todo detalle una batalla apoteósica.

Y no me había faltado razón: Liesel *era* peligrosa, porque en cuanto me di cuenta de que lo que me ofrecía no solo era el tajín que había sobre la mesa, descubrí que podía llegar a entender por qué Alfie se había ido con ella. Si lo tenías *todo*, si disponías de *poder* y querías usarlo en tu beneficio, pero aun así tenías el suficiente sentido común para dudar de ti mismo, de si ibas a ser capaz de sacarle el máximo provecho, y, además, actuabas con demasiada cautela, aquella era la mejor oferta que alguien podía hacerte: proporcionarte todo el intelecto y el empuje del mundo; decirte, paso a paso, lo que tenías que hacer y calcular al detalle la mejor manera de hacerlo para, después, darte un buen empujón y orientarte en la dirección correcta.

Liesel *conseguiría* que Alfie llegara a ser alguien importante, y él tenía muchas ganas de serlo. Incluso en el colegio, había mostrado más entusiasmo por el plan que casi todos los demás alumnos de enclave. Había querido creer, casi tanto como la propia Escolomancia, en aquel ridículo lema: *proteger a los niños dotados de sabiduría del mundo*. Lo cual tenía más sentido ahora, porque aquel había sido el gran triunfo de su familia. Quería estar a la altura. Ni siquiera podía menospreciar aquella ambición, aunque estaba bastante segura de que iba por mal camino, pues su antepasado había sido, sobre todo, un tío calculador cuyo objetivo era cimentar el poder de su propio enclave.

Y si lo que *yo* quería era construir tantos enclaves dorados como pudiera… Liesel estaba dejándome saber que estaba dispuesta a unirse al proyecto; con la ayuda de su ingenio, su empuje y su crueldad lograría también hacer realidad aquel sueño. En diez años conseguiría que todos los enclaves del mundo acabaran aportando maná para obtener a cambio una especie de póliza de seguros: contribuid con una pizquita de nada y, si un milfauces o un argonet se planta en las puertas del enclave, Galadriel vendrá pitando y os salvará el pellejo. O les vendería las ventajas de contar con enclaves satélites situados cerca para sus trabajadores, tentándoles con una muestra de lo que su vida podría llegar a ser. Era capaz de imaginarme cada arista de su plan, a pesar de que yo misma no habría sido capaz de ponerlo en práctica ni en un siglo. Y una vez acabado, habría muchos más niños

durmiendo a salvo por todo el mundo que si llevaba el plan a cabo yo sola, visitando a cada grupito de magos que hubiera por ahí esparcido.

Lo que resultaba realmente cautivador es que no se trataba de ningún truco. Liesel no era una mentirosa; no prometía nada que no pensara cumplir, y ni siquiera ocultaba el precio. Me lo estaba diciendo claramente: el precio era que estuviera dispuesta a *hacer concesiones*. Que de vez en cuando les dedicara a los miembros de enclave una sonrisa aunque no tuviera ganas y que acudiera a sus fiestas para que les resultara más fácil darme lo que quería; ¿y por qué narices no iba a hacerlo, si así conseguiría lo que quería y lo que yo quería era hacer el bien?

No es que no estuviese de acuerdo. Pero no soy como los demás, y lo he sabido desde los cinco años, cuando mi tatarabuela, una vidente conocida en todo el mundo, recitó una profecía frente a mí que puso de manifiesto mi glorioso destino: sembrar la muerte y la destrucción entre los magos del mundo, destruir enclaves y asesinar a miles de personas; y sé, sin ningún atisbo de duda, que daría el primer paso hacia el cumplimiento de su profecía con toda la buena voluntad del mundo.

Pero no pude evitar sentirme cautivada. Liesel lo decía en serio: era una oferta totalmente sincera. Ya no estábamos en la Escolomancia, pero de todos modos se trataba de una oferta de alianza; se ofrecía a sí misma, a llegar hasta el final, y ella tampoco era ninguna inútil, ni mucho menos. Así que no podía enfadarme con ella por ofrecérmelo, aunque me hubiese gustado enfadarme. En cambio, sentí el amargo y familiar sabor que una nota cuando anhela aquello que otras personas tienen; era como tener la cara pegada al escaparate de una pastelería repleta de dulces que no podía comprar. Seguramente Alfie había aceptado en un abrir y cerrar de ojos. Pero yo no podía.

Aunque no era culpa suya. Deposité la copa en la mesa: el leve y embriagador subidón del vino se había desvanecido por completo.

—No creo que todo se fuera a la mierda en el momento que hiciese alguna concesión —dije, de forma tajante aunque no borde—. Ni tampoco la segunda vez. Pero no pienso arriesgarme a seguir haciendo concesiones hasta que un día pase algo de verdad. Y tú acabarías arrepintiéndote, aunque ahora no lo creas. Las únicas armas de las que dispongo son apocalípticas, y si alguna vez desato una guerra, no quedará nada. Tendrás que vengarte por tu cuenta.

Liesel era consciente de que no hablaba por hablar. No insistió, sino que se limitó a estudiarme con detenimiento y luego se encogió de hombros, ligeramente molesta, volvió a llenarse la copa para consolarse por mi intransigencia y se arrellanó con el ceño fruncido. Las lámparas solares se

atenuaban suavemente para dar paso a la noche, pero no del mismo modo que antes; al artificio no se le agotaba la energía, sino que estaba creando una ilusión diferente. Las claras y delicadas farolas empezaron a encenderse en todos los senderos y unas brillantes flores en forma de campana se abrieron en todas las enredaderas enroscadas en torno a las barandillas. Un ligero destello de color verde azulado iluminaba el interior de la cascada. Más gente paseaba por los jardines y sus tenues voces se elevaban hasta llegar a nosotras, apenas un murmullo ininteligible que se entremezclaba con el chapoteo del agua; un estallido de música brotó de algún lugar, acompañado de algunas estruendosas carcajadas: un contraste que logró sofocar el sosiego. Hubiera apostado a que se trataba de Yancy y su panda. Fijo que montarían una juerga cada noche hasta que se estableciesen las normas oficiales.

Pensé que debía levantarme y marcharme, pero no quería. Las piernas me pesaban como si estuvieran hechas de plomo y mi barriga parecía ser una masa sólida e inamovible que me anclaba a la silla; una sensación de sopor me invadía. No tenía ninguna otra obligación, no había ninguna prisa. Podía amodorrarme un rato en la silla, o tumbarme en la cama hasta la mañana siguiente o, tal vez, dormir durante una semana seguida; pero entonces, Tesoro asomó la cabeza por el bolsillo y me mordió con fuerza el pulgar, hasta el punto de casi hacerme sangre, y yo me liberé de golpe del hechizo de obligación. Me puse en pie, parpadeando con rapidez, sin aliento y con el corazón martilleándome en el pecho. Bajé la vista hacia la jarra de plata y le lancé a Liesel una mirada asesina, pero ella permanecía impasible, cosa que no haría una persona que hubiese intentado hechizar a otra y le hubiese salido mal la jugada; simplemente me miraba con el ceño fruncido, que se transformó en un gesto de alerta cuando se dio cuenta de que alguien más intentaba manipularme.

Se puso en pie. Me preguntaba si iba a tener que enfrentarme a ella para poder marcharme —incluso si no había intentado tenderme una trampa, los únicas otras personas que podían querer echarme el guante eran los miembros del consejo, y es de suponer que ella querría impresionarlos— cuando Alfie subió corriendo las escaleras de dos en dos con una jarrita en la mano, tan fría que las gotas condensadas le caían por la mano. Se detuvo, sin aliento, al verme de pie y lanzó un rápido vistazo a la cama, que estaba todavía hecha —vale, aquello respondía a *una* de las preguntas: sí que estaba dispuesto a formar parte del trío—, antes de posar la mirada en Liesel.

—¿Has anulado la obligación?

—¡No! Ella misma se ha librado del hechizo sin despeinarse. ¿A qué imbécil se le ha ocurrido lo de intentar hechizar a una entidad de orden terciario? —espetó Liesel—. ¿A tu padre?

—¿Una qué?

—No —dijo Alfie, tragando saliva—. Ha sido cosa de Martel y de unos cuantos más…

—¿De Gilbert? ¿Y Sidney? Para que siga siendo Dominus y ellos conserven la oportunidad de serlo algún día.

Liesel asintió.

—¡No soy una *entidad*! —exclamé, interrumpiendo aquella importantísima conversación, y Liesel tuvo la cara dura de mirarme molesta.

—Sabes que no manejas la magia a una escala normal —dijo, sermoneándome, como si fuera perfectamente obvio—. Te encuentras a dos niveles de magnitud por encima, puede que incluso a más. ¿Quieres salir de aquí o prefieres seguir discutiendo sobre terminología hasta que a estos imbéciles se les ocurra otra cosa y tú acabes cargándotelos con la misma facilidad que a una mosca? Lo más probable es que a alguno de ellos ya esté sangrándole el cerebro.

Lo cierto es que quería seguir discutiendo con toda mi alma, pero Alfie dijo:

—Liesel… no sé por dónde vamos a sacarla. Las puertas del jardín se han atascado. El personal de mi padre está intentando arreglarlas y Gilbert se ha ofrecido a enviar a sus hombres a las demás puertas…

—¿Y eso a tu padre no le ha parecido sospechoso? —dijo Liesel de forma sarcástica.

—No tenía muchas más opciones —dijo Alfie—. Se ha corrido una especie de rumor ridículo sobre la apertura de las puertas de los jardines. La gente cree que hemos abierto una convocatoria para asignar plazas de enclave y sustituir a los magos que han muerto durante el ataque. Unos cuantos han venido incluso de Francia con la esperanza de conseguir una entrevista. El artificio de entrada apenas se había quedado convencido para dejar entrar a personas externas y ahora el sistema se ha atascado por completo. Hay magos haciendo cola en todas las entradas. Los mundanos no tardarán en darse cuenta y si eso ocurre…

Contemplé con más detenimiento la zona inferior: además del barullo continuo de la juerga, el murmullo de fondo también se había acrecentado considerablemente, y a pesar de los enormes esfuerzos de la vegetación y las ramas por ocultar la vista y preservar cierta sensación de soledad,

vislumbraba a gente allá donde mirara, los veía en cada destello de luz, en cada estrecho sendero lateral. Los jardines se esforzaban por dar cabida a todo el mundo, pero se encontraban claramente al límite.

Y si los mundanos veían a un grupo de personas haciendo cola frente a algún extraño y recóndito edificio destartalado, lo normal es que se unieran a esta también por pura curiosidad, pero en cuanto llegaran a las puertas —esperando toparse con una fiesta en un sótano mal decorado y, a lo sumo, con algún que otro numerito cutre de magia— y se dieran de bruces contra el ya maltrecho artificio, con su absoluta confianza en las leyes de la física, dichas puertas se vendrían abajo.

—Claro, porque tu padre sigue intentando *compensarme* —dije—. Alfie, hazme un favor y la próxima vez guárdate para ti los juramentos melodramáticos.

Se sonrojó.

—La obligación ya está compensada. Se desvaneció en cuanto llegaron las primeras visitas.

Así que había venido a ayudarme porque sí, no porque tuviera que hacerlo.

—Ah —murmuré de forma huraña.

—Eso es lo que pretende el bando de Martel —dijo Liesel—. La obligación se ha desvanecido porque tu padre sí que tiene la intención de cumplir con la petición y eso es lo que ha empezado a hacer, pero El no ha pedido que los jardines se abran únicamente durante una o dos horas. Si vuelven a cerrar las puertas de los jardines, volverán a estar en deuda con El. Y entretanto, si el bando de Martel consigue apoderarse de El, tu padre tendrá que negociar con ellos para suprimir dicha obligación. Martel debe de haber hecho correr la voz él mismo. Y viniendo de él, todo el mundo se lo ha creído, por supuesto.

Casi daba la impresión de estar elogiándolos: sí, era un plan muy astuto, tenía todo el sentido del mundo, ¿qué más daba si este conllevaba convertir a Alfie en un arma contra su propio padre y embrujarme a mí? Y todo para hacerse, de forma egoísta, con una pizca más de control sobre un enclave que ya ni siquiera existiría de no ser por mi ayuda y por el hecho de que Alfie se había arriesgado para que yo pudiese eliminar al milfauces.

—Y tú querías que trabajase con esta gentuza —le dije a Liesel—. ¿Sabes dónde tiene Yancy montada la fiesta?

Escudriñó los jardines, entornando los ojos, y dijo:

—Putos cabrones; están en el Patio Conmemorativo.



Alfie nos condujo a través de un decrépito laberinto de escaleras de caracol que subían y bajaban por el jardín y por unos estrechos senderos totalmente descuidados y a los que claramente les hacía falta un lavado de cara, ya que el resto de los senderos estaban atestados de visitantes. Para el último trecho del recorrido, nos vimos obligados a acceder a un área residencial del enclave, un extraño tramo que era una mezcla entre una calle repleta de edificios protegidos y el típico diorama escolar con arquitectura al estilo Tudor que haría un crío de trece años que no se ha molestado en documentarse demasiado.

Se trataba de una estrecha acera empedrada apenas lo bastante amplia para que los tres avanzásemos mano a mano y contaba a ambos lados con casas de paredes entramadas; la anchura de todas estas no superaba la de la entrada frontal, con una única ventana de plomo en cada una de las cuatro plantas que las conformaban y una buhardilla en lo alto. Los tejados situados a ambos lados estaban conectados con más madera, con unas telas parecidas a la lona por encima y lámparas solares al otro lado: no resultaba tan extravagante como en los jardines, aunque si te encontrabas en una de esas habitaciones, seguramente podías convencerte de que la luz que entraba eran los rayos del sol. Sin embargo, desde fuera, el aspecto era oscuro y precario; todos aquellos

edificios, demasiado altos y estrechos, se alzaban de forma desagradable, y me alegré de poder atravesarlos a toda prisa, en dirección al trozo de prado verde que divisaba al final de la calle.

Tomé una profunda bocanada de aire en cuanto accedimos a campo abierto, y me llegó un hedor acre a orina, proveniente de alguien que había estado aspirando vapores fantasmales. Un tipo vestido con una túnica azul eléctrico estaba meando en un rincón del prado, y el propio olor de los vapores flotaba también hacia nosotros. Probablemente no resultasen desagradables por sí solos, pero mezclados con el otro hedor adquirían el matiz absolutamente repugnante de cuando alguien intenta disimular la peste a orín de gato echando encima un frasco de colonia floral barata.

Alfie contuvo el aliento.

—Eso no se hace.

Pronunció un encantamiento repelelíquidos que probablemente había practicado hasta la extenuación para hacer frente a cierto tipo de mals que escupen ácido y veneno y que son bastante numerosos. Hizo que todo el orín, incluido el que había empapado ya el suelo, se elevara y cayese sobre el mago de la túnica azul, que profirió un aullido de indignación y se quitó a toda prisa la túnica; por raro que pareciese, debajo llevaba puesto un traje de cota de malla.

—Te voy a arrancar las pelotas, puto mamarracho —gritó el hombre, buscando a tientas algún tipo de arma que esperaba llevar encima. Se encontraba, evidentemente, borracho como una cuba, aunque lo más seguro es que hubiera conseguido hacerla aparecer. Sin embargo, Liesel dejó escapar un bufido irritado y, con un gesto de la mano, le lanzó un hechizo de limpieza (el mismo que había utilizado conmigo, que resultaba perfectamente adecuado en la situación mucho menos ardua que teníamos ahora entre manos); a continuación, le dijo adoptando el tono cortante de la típica señora que está hasta las narices de toparse con borrachos en el metro:

—Vete a dormir la mona, que no te tienes ni en pie.

Y con un rápido movimiento de los dedos, imprimió a sus palabras una pizquita de obligación. El hombre hizo una pausa, se fijó en que no estaba cubierto de meado apestoso y luego dijo cordialmente: «Sí, vale» y se alejó unos cuantos pasos hasta caer en un trozo de césped vacío.

No obstante, Alfie pareció dispuesto a seguir buscando camorra a medida que nos acercábamos a la fiesta. No me había dado por escandalizarme especialmente al presenciar la irreverencia que mostraban Yancy y los suyos hacia los símbolos sagrados del enclave de Londres, pero tenía que admitir

que, una vez visto el Patio Conmemorativo, no me pareció bien. No era un monumento político, con estatuas pretenciosas y placas grabadas. Tampoco se trataba de un cementerio, ya que era imposible sacar los cadáveres de la Escolomancia. Pero allí, en un extremo de los jardines, el enclave de Londres había reservado una amplia pradera verde, de al menos cien metros de ancho, sin ni siquiera un árbol que tapase el paisaje, donde se había dispuesto un enorme laberinto de piedras sobre la hierba perfectamente verde. Cada piedra, plana y redonda, cabía más o menos en la palma de la mano y estaba hecha de un material ligeramente translúcido que me recordó de inmediato a los cuarzos de mamá. Pero distinto al que llevaba yo colgado al cuello y que proyectaba un tenue brillo sobre mi piel debido al maná. Eran como los cuarzos que se me habían agotado por completo al enfrentarme al milfauces de la biblioteca de la Escolomancia, los mismos que habían ido apagándose poco a poco hasta consumirse del todo.

No me hacía falta ver los nombres grabados de las piedras, teñidos de color marrón oscuro, para entender lo que era aquello. Era imposible enviar mensajes desde la Escolomancia, y tampoco ponerse en contacto con el interior, ni mediante cartas ni sueños; ni siquiera podían filtrarse hechizos buscalatidos. Si tenías suerte, recibías una nota de tu hijo una vez al año, si es que el alumno de último curso al que se la había dado sobrevivía a la graduación. Pero a Londres se le había ocurrido aquella solución.

Seguro que Alfie había grabado su nombre en una piedra idéntica, la había llenado con el maná que él mismo había generado y luego se había hecho un corte en el dedo y había frotado su sangre en el grabado. Y sus padres habrían conservado la piedra durante los cuatro años que había pasado fuera de casa, contemplándola día y noche. Si un buen día, la piedra hubiera empezado a apagarse, se habrían dicho a sí mismos que se trataba de un efecto de la luz. Puede que al cabo de una semana les hubiera dado por llevársela a rincones oscuros para asegurarse de que realmente seguía brillando. Y al cabo de dos o tres, sus amigos habrían comenzado a ser muy amables con ellos, y un día habrían recogido la piedra vacía y sin brillo, la habrían traído hasta aquí para buscar algún hueco libre —no había demasiados y, en algunos lugares, las hileras estaban duplicadas— y habrían depositado los únicos restos del hijo al que habían enviado fuera y que había muerto en la oscuridad.

Aquella sencilla zona verde era más cara que diez palacios. Lo único que no es ilimitado dentro de un enclave es el *espacio*. Los senderos de los maravillosos jardines no eran sinuosos solo por estética: *tenían* que ser serpenteantes para que la magia del enclave pudiera trasladarlos dentro y

fuera de la realidad lo más fácilmente posible. Y aquella era tarea imposible si uno era capaz de ver el final del sendero desde el otro extremo.

Yancy se encontraba allí con otros veinte magos de edades comprendidas entre los catorce y los ochenta años, todos desperdigados entre la hierba y las piedras; algunos de ellos estaban bebiendo, pero la mayoría estaban reunidos en torno a una gran olla de hierro situada sobre una hoguera encendida. Tenía una tapa con dos pitorros de los que salía un humo irregular, denso e iridiscente; lo recogían en unos cuernos para beber de hueso tallado y metían la cara dentro para inhalarlo. Un ritmo grave y potente surgía de un altavoz enorme, donde había sentado un músico que tocaba un violín eléctrico. No vi ningún enchufe cerca, pero él no dejó que eso lo detuviera. Unos cuantos bailaban, y un par intentaba mantener el equilibrio sobre las hileras de piedras.

—¡Galadriel Higgins! —canturreó Yancy en cuanto nos vio, y agitó una petaca de plata en mi dirección, con un lagarto tallado en torno a la superficie que me contemplaba con un penetrante ojo amarillo—. La heroína del momento, asesina de bestias inmundas y abrepuertas de enclave. ¡Ven a por una copa!

—Es El, gracias —dije, y me disponía a explicarle por qué no iba a beber nada, cuando Alfie se acercó dos pasos a ellos con los puños cerrados y me interrumpió:

—Por curiosidad, ¿acaso no os habéis fijado en que estáis pisoteando a un montón de niños muertos o es que os trae sin cuidado?

Debo admitir que en este caso coincidía bastante con Alfie. Aunque en parte se debía a que todo aquel espectáculo me recordaba a las fiestas de la comuna, a las que nadie me invitaba nunca; si alguna vez se me ocurría aparecer, la gente empezaba a salir por piernas hasta que alguien soltaba de pronto: «Ya te encargas tú de comprobar que la hoguera se apague del todo, ¿no, El?» y entonces me quedaba yo sola, pasando frío en la oscuridad y echándole tierra a las brasas a toda prisa para poder marcharme antes de que apareciera un mal y me devorase.

Y mientras tanto, todos los profesores del colegio me perforaban con la mirada *a mí* cada vez que nos daban la típica charla para advertirnos contra el consumo de drogas: era la niña medio india de la comuna, la superhippie que seguía los pasos de Enrique octavo. Ja. No me hubiera arriesgado a colocarme ni aunque alguien hubiera estado dispuesto a ofrecerme drogas, salvo que fueran de esas aburridas, las que te hacen rendir mejor con los deberes del colegio. Ya es bastante difícil enfrentarse a los mals *sin* estar sumida en un

estado de conciencia alterado, porque te aseguro que el colocón me hubiera hecho creer que eran aún más poderosos, lo que hubiera provocado que lo fueran.

Dicho esto, no me habría importado darle un tiento a alguna que otra droga mágica en una fiesta repleta de magos adultos que probablemente eran capaces de mandar al otro barrio a los mals a pesar de llevar encima un pedo de tres pares de narices. Era una de esas cosas que no tendría demasiadas oportunidades de experimentar. Pero la idea de probarlo sobre las tumbas de unos críos que habían muerto en la Escolomancia no me atraía particularmente. Durante la mayor parte de mi estancia en el colegio, había creído que acabaría como ellos, solo que mamá no tendría ninguna piedra con la que recordarme.

Lo único que obtuvo Alfie como respuesta fue una ronda de carcajadas.

—Ay, madre —dijo Yancy, impertérrita—. No tardarás en seguir los pasos de tu padre, ¿no? Todo el enclave está construido sobre un sinfín de niños muertos, cielo. ¿Acaso este rincón tan apañado es intocable solo porque tenéis exhibidos algunos de ellos? No te sulfures. Seguro que la semana que viene las normas prohibirán el acceso y, de paso, cualquier amago de diversión, y antes de que acabe el año encabezaremos la lista de personas non gratas. Así que vamos a aprovechar mientras podamos. Venga, sentaos. Brindaremos por su memoria, si queréis. ¡Gaudry! Toca alguna melodía lastimera.

El violinista se puso de inmediato a tocar la Danza Macabra y aquellos que estaban bailando se convirtieron en esqueletos andantes —de forma metafórica, cosa que debo aclarar ya que todos somos magos— y empezaron a corretear como si se hubieran quedado sin músculos y solo contaran con la ayuda de sus articulaciones para mover sus huesos torpemente. Aquello solo enfadó más a Alfie, desde luego, pero Liesel le espetó:

—No tenemos tiempo para esto.

Yancy la miró entrecerrando los ojos.

—Ah, ¿no?

—No todo el consejo siente tanta gratitud como tú —dije.

—¿A Martel no le hace gracia que Sir Richard le arrebate el trono? —dijo Yancy, al corriente de todo y sin sorprenderse—. Bueno, al margen de cómo acabe la cosa, no es problema nuestro. Martel está como una regadera, pero ha sido así toda la vida y nadie ha dicho ni mu. Y Richie irá por el mismo camino en cuanto tome el control. El cargo consume al hombre.

—A mí también me da igual quién gane —dije—. Pero Martel cree que puedo serle de utilidad y tiene hombres en todas las puertas. Esperaba que pudieras proporcionarme una vía de escape rápida por otro lugar.

—¿Rápida? No, tesoro, lo siento —repuso Yancy—. Puedo sacarte de aquí, pero tendrás que armarte de paciencia. Tardaremos por lo menos medio día y puede que acabes alucinando durante un tiempo, si es que conseguimos salir. Nuestros pasadizos secretos están medio sepultados en el vacío, de todas formas; muchos de ellos se vinieron abajo del todo cuando el depósito de maná estalló, y los que no, siguen todavía algo tambaleantes. ¿Aún quieres ir?

—Tendré que arriesgarme —dije sin entusiasmo. No sonaba demasiado alentador, aunque lo prefería a acabar metida en una pelea con aquellos a los que *sí* que les importaba, y mucho, el futuro de la dirección del enclave de Londres, pero desconocían que yo era una como-se-llame de orden terciario que podía dejar seco el enclave y hacerlos papilla, y por lo tanto harían todo lo posible hasta conseguir que hiciera precisamente eso.

Yancy se encogió de hombros y se puso en pie; le dio un trago generoso a la petaca y me la tendió. Me di cuenta de que era un ofrecimiento nacido de una actitud práctica: seguramente tendría que estar un poco más desconectada de la realidad para poder acceder a aquel espacio irreal suyo. La tomé con cautela, sobre todo después de que el lagarto alzara la cabeza y me dedicara un bufido; resultaba que no era ninguna talla, sino que tenía complejo de camaleón. Tesoro asomó la cabeza y le respondió con un chillido despectivo. Tenía más o menos la cuarta parte del tamaño del lagarto, pero este la contempló con recelo, se desplazó hasta la parte posterior de la petaca y se asomó desde la seguridad del otro lado.

—Tranquilo, no te voy a derribar —le dije, y luego eché un buen trago con cuidado.

El sabor se asemejaba a un claro verdemar con matices de latón pulido y hojas de otoño cayendo de los árboles. Si crees que eso es algo que no se puede beber, debo decirte que mi estómago está de acuerdo contigo. Yancy extendió la mano y me tapó la boca, porque de lo contrario habría vomitado el brebaje.

—No, aguanta. Dale otro trago —dijo.

Conseguí dar un segundo trago a duras penas, y para cuando el primero llegó al fondo de mi barriga, yo había empezado a ver ya el oscilante esqueleto de la música que nos rodeaba, serpenteando entre los magos que bailaban; las piedras del laberinto resultaban casi invisibles y se desvanecían,

extrañamente, entre la hierba y la risa, que creaba ondas entretejidas a nuestro alrededor.

—No me gusta nada —dije sin querer. Echando la vista atrás, tomarme una pinta de cerveza en el pub, acompañada de una buena cena, habría sido una mejor toma de contacto con el mundillo de las sustancias recreativas.

—Pues a partir de ahora es aún peor —dijo Yancy de forma animada—. Dale otro trago y creo que podremos ponernos en marcha.

—¿Adónde vamos? —pregunté, más que nada para retrasar el último sorbo.

—A hace cien años más o menos —dijo Yancy—. Fue entonces cuando derribaron la antigua pista de equitación e instalaron el prado en su lugar. Ya veremos a dónde podemos saltar desde allí.

Tuve que tomar aire unas cuantas veces para obligarme a dar el último trago, pero este descendió garganta abajo con una fanfarria de trompetas.

—Nos vemos —les dije a Alfie y Liesel, y las palabras brotaron de mis labios en forma de destellos azulados, como si hubiera bebido un té caliente en un día frío y mi aliento se convirtiera en vaho.

Alfie asintió, con el ceño algo fruncido, y dijo en voz baja:

—¿Seguro que estarás bien? Yancy se cree muy lista, pero sus métodos son perjudiciales. La mayoría de los suyos no duran ni veinte años cuando se unen a ella.

—No nos queda otra —dijo Liesel con impaciencia, y acto seguido alargó la mano e interceptó la petaca mientras yo se la devolvía a Yancy—. Iré contigo.

—¿Qué? —dije, lo bastante desconcertada como para preguntarme si había empezado a imaginar cosas. ¿Por qué quería acompañarme ahora?

Pero Liesel estaba ya dándole un trago a la petaca —Alfie parecía casi tan sorprendido y consternado como yo—; cerró los ojos un instante por los efectos del brebaje antes de obligarse a abrirlos de nuevo. Dio los tres sorbos con sombría determinación y más rápido que yo, y luego le devolvió la petaca a Yancy y le dijo a Alfie:

—Debemos llevar a El a casa o seguirán intentando embrujarla.

—No me hace falta niñera, gracias —dije, lo cual resultó igual de inútil que cada una de las veces que había intentado llevarle la contraria a Liesel. Es más, mi intento fue aún más infructuoso: las palabras brotaron en ráfagas doradas y anaranjadas similares a los tonos del atardecer y yo me las quedé mirando embobada mientras se alejaban flotando.

—No te metas en más peleas con esta gente —continuó sermoneando a Alfie, sin prestarme atención—. Mientras sigan aquí sabrás que los jardines permanecen abiertos a los visitantes. Será mejor que vayas a cubrirle las espaldas a tu padre. Martel intentará ir a por él cuando su otro plan falle.

—Vale —respondió Alfie algo consternado—. Llevad cuidado también, ¿de acuerdo? Y no os fieis de Yancy —añadió, en voz lo bastante baja como para que no lo oyera, pero imprimiéndole urgencia a su tono—. Ella y los suyos siempre nos la han tenido jurada.

Aquello me pareció poco considerado, ya que era obvio que Yancy había acudido en ayuda de su padre para intentar salvar el enclave. Tanto ella como el resto de su grupo estaban acostumbrados a manejar fuentes de maná inestables; suponía que Sir Richard los había reclutado para que canalizasen el poder del inestable depósito de maná hacia él mismo.

Alfie me lanzó, además, una mirada sincera mientras hablaba, pero yo no iba a permitir que me metiera en el mismo saco que ellos. Que no quisiera que el enclave al completo se fuera al traste y que todos sus residentes la palmaran de forma horrible no quería decir que ahora fuera una de ellos.

—Sí, me pregunto por qué, ni que hubierais estado poniéndolos de patitas en la calle todos estos años —dije, con un resoplido que tomó la forma de los tirabuzones de una montaña rusa y adoptó un sarcástico tono verde. Liesel se limitó a lanzar un bufido de exasperación y le dijo a Alfie:

—No tardaré.

—¿Todo listo, pues? —dijo Yancy dándole un último trago a la petaca.

Nos hizo señas para que la siguiésemos a través del sendero del laberinto, y avanzó dando brincos entre las piedras, como si el lugar donde posaba los pies tuviera muchísima importancia. Liesel se puso a imitarla casi de inmediato, y al cabo de un instante o tres —me costaba hacer funcionar el cerebro— caí en la cuenta de que sí tenía importancia. Cada vez que nuestros pies aterrizaban en el suelo, brotaban pequeñas ráfagas de chispas; las ráfagas eran de diferentes colores dependiendo de dónde pisaras. Yancy optaba, de forma deliberada, por ráfagas de color azul claro. No tenía ni idea de cómo sabía hacia dónde dirigirse, así que lo único que pude hacer yo fue intentar por todos los medios pisar por donde ella pisaba, lo cual no era tarea fácil, ya que la hierba volvía a alzarse de inmediato. Tanto Liesel como yo conseguíamos aterrizar en el color correcto solo la mitad de las veces.

Pero incluso Yancy pisaba de vez en cuando sobre color azul oscuro o blanco, así que era de suponer que el sistema no era del todo inflexible y contaba con margen de error. Y tras abrirnos paso a brincos a lo largo de dos

ramificaciones del laberinto, tuve la certeza de que estábamos dirigiéndonos a algún sitio y no solo al centro del laberinto; de alguna manera, lo habíamos atravesado y marchábamos a un lugar completamente diferente: era la misma sensación que cuando en la Escolomancia acababas recorriendo la ruta más larga para ir a clase; una ruta conocida, donde no sabías cuánto tiempo ibas a tardar en llegar, aunque eras consciente de que estabas acercándote, de que la puerta de la clase iba a estar a la derecha tras la siguiente esquina, o tal vez la siguiente después de esa. Así que cuando Yancy dijo: «Muy bien, allá vamos, llevad cuidado al bajar», me encontraba perfectamente dispuesta a seguirla, y eso hice, no solo hacia abajo, sino también fuera de la realidad.

Tras pasearme por un enclave gigantesco construido en el vacío a partir de espacio prestado —por no mencionar que me había pasado cuatro años en la Escolomancia, que era aún más grande— podría parecer una chorrada el que me quejase por acceder a un espacio irreal, pero te aseguro que no lo era. Yancy había mencionado que el enclave había intercambiado la pista de equitación por la plaza conmemorativa. Al salir de la pradera, aterrizamos en su interior: un elaborado pabellón donde la gente habría ido a sentarse y tomar algo mientras contemplaban a los jinetes lucirse a lomos de corceles encantados. Veía la pista frente a mí, o más bien, el lugar donde esta *había estado*. No me invadía la misma brutal sensación de oquedad que al mirar el vacío: era más bien como contemplar el vacío a través de una lámina transparente en la que alguien había impreso una tenue fotografía en blanco y negro de una antigua pista de equitación; y al fondo, se veía el contorno aún más tenue de un establo, como si un diseñador hubiera trazado un sutil boceto a lápiz sobre un fondo negro para mostrarles a los pintores dónde ponerse a trabajar.

El pabellón en sí apenas podía considerarse una superficie sólida. Caminábamos sobre tablones viejos de madera rayada que tenían el aspecto de la madera, pero no sonaban como tal. Nuestras pisadas sonaban extrañas y amortiguadas, como si al suelo de madera le hubiesen colocado una alfombra encima. Ese tipo de desajuste con la realidad es una clara advertencia de que el espacio donde te encuentras está a punto de venirse abajo y dejarte caer al vacío, así que debes salir pitando. Me recordó a aquella vez en la que dejé de creer con mucha intensidad en una de las paredes del colegio —me hallaba bajo el influjo de un horror cósmico— y las paredes, naturalmente, comenzaron a ceder.

Pero Yancy no parecía especialmente preocupada. Miró a su alrededor con satisfacción e incluso le dio una palmadita a la barandilla frontal mientras

seguía adelante.

—Caray, te mantienes bastante bien, ¿eh? —le dijo al lugar en un tono conversacional—. El enclave entero podría haberse ido a la porra y tú habrías aguantado la mar de bien. Esta reliquia durará más que ninguna otra zona del enclave —nos dijo a nosotras por encima del hombro—. ¿Sabíais que en una ocasión trajeron aquí a la reina Isabel?

—¿No habías dicho que derribaron el lugar hace cien años? —pregunté.

—La buena de Bess —dijo Yancy. Era un absoluto sinsentido de todas formas. Los magos nunca invitaban a los mundanos a sus enclaves, ya que estos se habrían derrumbado bajo el peso de su incredulidad. Los mundanos jamás habían creído en la magia, ni siquiera en la época en la que no podían recurrir a la ciencia para explicar el mundo que los rodeaba y quemaban brujas en la hoguera. De haber creído en la magia, no habrían arrojado a las brujas a las llamas, sino que las habrían utilizado para que les lanzasen bolas de fuego a sus enemigos. Pero no creían en ella, así que aunque fueras una bruja de verdad, si te arrastraban a la hoguera y te prendían fuego delante de un montón de personas, te costaría un montón salir indemne. Lo cierto es que casi ninguna de las brujas a las que atrapaban conseguía librarse.

Pero no volví a llevarle la contraria a Yancy. Liesel me había dado un codazo en la parte posterior del hombro y, de todas formas, mi cerebro embotado había tenido el suficiente tiempo para darse cuenta de que lo último que debía hacer era animar a aquel lugar a considerarse inexistente. Aunque era incapaz de entender cómo era posible que existiese.

Evidentemente, Yancy y los suyos lo reforzaban tanto como podían: alentándolo a seguir ocupando un espacio en el que poder guarecerse de las hordas acechantes de maleficaria, aunque para soportarlo tuvieran que drogarse hasta las cejas. Cosa que sin lugar a duda hacían. Si no hubiese sido por la poción de Yancy, me hubiese puesto a arañar las paredes en busca de una salida. Pero el pabellón parecía tan sólido como el universo que me rodeaba, es decir, no mucho. Veía susurros y carrillones; no carrillones macizos colgando, lo cual no me habría importado, sino el *sonido* de los carrillones, pero no me pidas que te lo describa. Notaba en la lengua el sabor de haber olvidado algo importante y la piel de todo el cuerpo se me erizaba en un patrón arlequinado de diferentes colores.

Al menos, las gradas parecían tan reales como el calor del sol que oía bramando incesantemente en los oídos. Suponía que todo aquello era fruto de las drogas y que, en cuanto se me pasara el efecto, descubriría que estaba en un lugar del todo razonable y real. Aquella idea le permitía a mi cerebro creer

lo suficiente en el entorno como para soportar permanecer allí. Y sí, en el fondo sabía perfectamente que no era real, pero cualquiera que haya conseguido salir de la Escolomancia sabe guardarse los gritos para sí.

Aunque era horrible, entendía por qué Yancy y los suyos elegían vivir en aquel lugar. La razón por la que los magos residen en enclaves… en fin, la razón por la que los magos residen en enclaves es para que los maleficaria no se zampen a sus hijos, pero la *otra* razón es que manejar la magia se vuelve más *fácil*. La práctica de la magia consiste básicamente en colarle a la realidad algo que deseas mientras esta está distraída y mirando hacia otro lado. Y eso se vuelve mucho más sencillo cuando te agencias un estupendo rinconcito en el vacío, pero, ojo, porque estos rinconcitos solo se crean de forma natural si tu familia se pasa unas diez generaciones más o menos pululando por el mismo lugar y haciendo magia constantemente. No es muy frecuente.

Otra alternativa es que tú y los tuyos destinéis una enorme cantidad de esfuerzo y tiempo a construiros un enclave —tal y como intentaba hacer la familia de mi amiga Liu en Xi'an—, aunque lo más habitual es hallar el modo de unirse a un enclave que ya exista. Y, entonces, empleando el mismo maná y tiempo con los que en el pasado cultivabas una única flor de fuego serás capaz de cultivar todo un jardín de estas, gracias a las enormes lámparas solares que algún artífice habrá podido fabricar por la misma razón; podrás pasear por los senderos del enclave, al amparo de conjuros de privacidad, y observar el vuelo de los pájaros mágicos que haya criado algún alquimista, etc. Toda una maravilla, y, además, dormirás en un lugar protegido y resguardado, y aunque se trate de un ático o de un estrecho dormitorio de la época Tudor con la anchura de un sofá, por lo menos sabrás que nada se abalanzará sobre ti e intentará comerte mientras duermes.

De manera que todos los magos —salvo alguna rarísima excepción— desean formar parte de un enclave, pero si no has nacido en uno o no eres lo bastante sobresaliente como para conseguir una plaza, la única forma de unirse a uno es ponerse a trabajar para ellos. Así es la vida de la mayoría de los magos independientes: tras graduarte en la Escolomancia, eliges un enclave que necesite a alguien con tus habilidades, te pones a trabajar para ellos y te pasas el resto de tus días entregándole al enclave el 80 por ciento de tu esfuerzo, pues el veinte por ciento restante sigue siendo el doble de lo que te quedaría si vivieses por tu cuenta.

Ah, y lo siento, pero en la práctica no es ningún chollo. Porque los mals también quieren estar dentro de los enclaves. Les resulta más fácil existir en

un enclave, al igual que es más fácil hacer magia en su interior, por no mencionar que los enclaves están repletos de delicioso maná. Así que no hay ni un solo enclave importante en el mundo que no esté rodeado constantemente de mals. Si trabajas en un enclave, pero no tienes la suerte de vivir allí… en fin, tu trayecto a casa no será tan horrible como la graduación de la Escolomancia, pero tampoco será un camino de rosas, y te tocará recorrerlo todos los días.

Casi todos los magos que trabajan para el enclave de Londres viven a una hora de distancia de la ciudad o más. Viajan junto a los mundanos para protegerse, del mismo modo que la mayoría de los niños que no pertenecen a ningún enclave van a colegios mundanos. Tras el primer mes de trabajo consigues un portaescudo profesional, y luego se te proporciona el maná suficiente para mantenerlo cargado cada quince días, así que a fin de cuentas, si tienes suerte, la vida te va un poco mejor de lo que te habría ido por tu cuenta; si no la tienes, la cosa se te complica una pizca, y si tienes muy muy mala suerte, te devoran de camino a casa cuando te quedas dormido en un autobús que se salta tu parada.

Y aun así no te das por vencido, porque delante tienes colgando una zanahoria: la plaza de enclave que aguarda a todos aquellos que se pasan 30 años prestando servicio. En algunos enclaves más nuevos, solo hacen falta 20 años; en Nueva York seguramente exigen 40 años. La mayoría de la gente se queda sin fuerzas a mitad de camino y se conforma con un finiquito para prejubilarse en algún lugar algo más alejado y menos infestado de mals; por lo general, algún pueblo donde haya unos cuantos magos que colaboren entre ellos y se guarden las espaldas. Otros, los más realistas, ni siquiera se molestan en intentarlo, sino que trabajan a cambio de que sus hijos puedan asistir al colegio del enclave y conseguir una plaza en la Escolomancia.

Y los pocos que somos lo bastante quijotescos como para oponernos a ese sistema grotesco que te exprime hasta la extenuación… en fin, vivimos en el culo del mundo, lo más lejos posible de las hordas de mals que merodean por los enclaves, un lugar que resulta estar también, y no por casualidad, lo más lejos posible de cualquier otro mago; sudamos la gota gorda para generar por nuestra cuenta el maná suficiente para levantar por la noche una birria de escudo, aunque por lo general acabamos siendo devorados cuando alguno de los mals más peligrosos se da un paseíto y se topa con nosotros, que nos hemos quedado sin maná para combatirlos.

Así que entendía perfectamente por qué Yancy y los suyos preferían no pasar por el aro y, en cambio, ponerse hasta arriba de drogas para colarse en

las entrañas huecas del enclave de Londres y vivir de gorra durante veinte años, algo que constituía una peineta en toda regla. Saca el champán, dale la vuelta a la tortilla y a la mierda con todo. ¿Y por qué no? Las probabilidades de salir airosos eran escasas, pero, de todas formas, la cosa había pintado mal para ellos desde el principio y, al menos, antes de irse al otro barrio se lo pasarían en grande. Probablemente en este lugar podían llevar a cabo magia absolutamente asombrosa, hechizos descabellados que se desmoronarían o saldrían mal la mayoría de las veces, y nada de lo que consiguieran sería permanente, pero les pertenecería mientras durase.

Lo que no entendía era por qué el enclave había dejado una parte lo bastante sólida de aquel lugar para que ellos pudiesen acceder. Mamá me había contado que Yancy y los suyos utilizaban entradas antiguas para colarse en el enclave; aquello tenía sentido, pero había supuesto que se escondían en habitaciones vacías o se apoderaban de una burbuja temporal de espacio de las partes existentes del enclave, espacio que ellos mismos habían tomado prestado del mundo real. Eso les habría supuesto más trabajo y habrían tenido que emplear mucho más maná, de manera que este sistema les beneficiaba a ellos, aunque no al enclave. Londres había derribado la pista de equitación para recuperar el espacio, lo que significaba que el resto del enclave esperaba que cada centímetro cúbico de aire que estábamos ocupando estuviera en *otro lugar*. Era de suponer que los hechizos del enclave tuvieran que llevar a cabo un esfuerzo adicional para hacer malabarismos con el espacio: como ocurría en el coche de Alfie, se extraía una porción de espacio del rabillo del ojo de algún residente y se fingía que seguía allí hasta que volvía a posar la vista en dicho espacio.

Debía de ser un despilfarro de maná. Tal vez Alfie afirmara que el grupo de Yancy se la tenía jurada a la gente del enclave, pero a mí me parecía mucho más probable que fuera al revés. Me imaginaba a Martel y al resto del consejo calculando la cantidad de maná que consumían aquellas fiestas desenfrenadas y rechinando los dientes. Era imposible que Londres hubiera dejado aquel lugar fantasmagórico pululando por ahí de *forma intencionada* para que alguien pudiera colarse en su interior; se habrían asegurado cuidadosamente de arrojarlo al vacío.

Igual que habíamos hecho nosotros con la Escolomancia.

Acabo de explicártelo tranquilamente, pero en aquel momento mi cerebro embotado tardó por lo menos diez minutos en entender todo aquel embrollo hasta llegar a ese punto. No caminamos todo el rato: Yancy nos llevó hasta la parte central de las gradas, que estaban adornadas con unos enormes y

brillantes banderines que, sin duda, se habían añadido recientemente y ocultaban bastante bien el mundo translúcido del exterior. Su grupo había apilado gloriosos montones de cojines en torno a un conjunto de mesas bajas, numerosas mantas y mullidas alfombras elaboradas a partir de cosas como el sabor de las fresas recién cortadas, los poemas y el verde dorado; no me he puesto poética: alguien que iba hasta las cejas de aquella poción había descubierto la manera de crear artificios con aquello que percibían. No tengo ni idea de qué pinta habría tenido en el mundo real. Lo más probable es que su existencia no fuera posible: se habría venido abajo en cuanto la física o incluso un par de ojos sobrios hubiesen hecho acto de presencia.

En cuanto nos metimos en aquel nido imposible, no tuve que seguir fingiendo que el vacío no estaba *justo ahí, delante de nuestras narices, a punto de engullirnos*. El grupo de Yancy había tenido una idea muy ingeniosa: las colgaduras no tapaban del todo el exterior, lo que habría provocado que le dieras más vueltas al asunto y te habría llevado a pensar que fuera había algo que debía ocultarse, pero sí lo suficiente como para que te costase mirar. Y aunque los cojines y las alfombras no fueran demasiado realistas, seguían siendo un artificio cuyo objetivo era que estuvieras cómodo. Si alguna vez te has imaginado tumbado sobre una nube mientras esta te sostiene, podrás hacerte una idea de cómo era más o menos. Eras consciente de que no tenía ningún sentido, pero en el fondo también creías que iba a funcionar, por lo que no te costaba nada seguir la corriente cuando, contra todo pronóstico, funcionaba.

La zona de las gradas que nos rodeaba era más firme y la madera de debajo de las capas de cojines daba la sensación de ser más real. Había dorado y pintura y grabados por todas partes, los cuales, en algunos casos, eran runas mágicas. Aquella debía de haber sido una zona antigua y muy querida del enclave, un lugar donde celebrar fiestas y ceremonias en la época en la que los magos aún montaban en supuestos caballos en vez de coches. Tal vez la historia de Yancy formara parte de una antigua tradición; puede que los miembros del enclave les hubieran contado a sus propios hijos historias sobre visitas de la realeza, y al menos las menciones a la reina Bess resultaban más creíbles que al rey Arturo. Tal vez se hubieran proyectado una cantidad de fe y recuerdos suficiente como para que, incluso después de que el enclave le diera más o menos la patada, la zona perdurase…

—¿Cómo habéis entrado aquí? —pregunté con urgencia, cuando mi cerebro llegó por fin a ese punto. Sabía que sería una imprudencia hablar de forma más directa (*Debieron de arrojar este lugar al vacío, ¿cómo lo*

recuperasteis?), pero pensé que no pasaba nada por preguntar de forma más velada.

Yancy se había tumbado sobre un montón de almohadas y había tomado una jarra de plata tan similar a las del jardín de arriba que estaba segura de que la había birlado. Se sirvió la bebida en una copa de champán antigua hecha de un elaborado cristal verde y el líquido hizo espuma y burbujeó hasta convertirse en una mousse de color rosa.

—Pásame una cuchara, cariño —me dijo como respuesta. Contemplé la mesa: frente a mí había una taza de té ligeramente descolorida y con los bordes dorados sobre un plato de cristal, así como un azucarero repleto de cucharas de plata deslustrada, cuyos delicados mangos parecían ramitas. Le pasé una y ella me tendió la jarra a cambio.

Tras verter el líquido, en mi taza se formó lo que parecía ser una *crème brûlée*, aunque al partir la corteza, vi que lo de debajo no eran natillas sino las llamas de color azul violáceo que asoman al prender fuego al brandy. Me llevé una cucharada a la boca con cautela, y entonces la taza y la cuchara se me cayeron de las manos de golpe; me cubrí la cara, sin aliento, mientras unos gemidos brotaban de mi garganta.

Era el sabor de la lluvia de verano entremezclada con tenues siseos: el sabor de aquella vez que había estado en el gimnasio con Orion, aquel último día, el día justo antes de la graduación, besándolo como una idiota en el templete mientras a nuestro alrededor las anfiesbenas caían de las tuberías del techo. Era el sabor de todo lo que había pensado en ese apasionado y voraz momento: que era mejor estar con él una vez por si acaso moríamos, aunque en realidad pensaba que la que iba a morir era *yo*, y en lo estúpida que me sentiría si me negaba a mí misma el único placer que podía exprimirle a la Escolomancia.

Y ni siquiera ahora podía arrepentirme, pero el trago me abrasaba las entrañas, un recuerdo que iba a permanecer conmigo para siempre. Tal vez, Orion no me hubiera empujado frente a las puertas, después de todo, si yo no le hubiera ofrecido a cambio, más o menos, la posibilidad de que me prometiera algo que había deseado más que su propia vida. Si no le hubiera dicho: *sí, puedes venir a Gales, puedes venir a buscarme*; una promesa que solo podría cumplir si yo sobrevivía y volvía a Gales; por lo que cuando un milfauces descomunal se había abalanzado sobre nosotros, él no había estado dispuesto a correr el riesgo de ser el único en salir con vida. También era el sabor de eso. El sabor de Orion en el vientre de un milfauces, un milfauces que, al parecer, *podría* haber eliminado.

Yancy ni se inmutó al verme gemir de agonía. Supongo que era una reacción bastante común. Seguro que había que tener muy mala suerte para acabar en su grupo. Aquí no criaban a sus propios hijos: los críos que acudían a ellos eran aquellos que se habían descarriado o a los que la vida los había tratado fatal mucho antes de que se colasen por la puerta trasera de un enclave.

Cuando recobré la compostura, vi que Liesel observaba su propio recipiente sin demasiado entusiasmo: era una taza grande de arcilla con un pulpo esculpido alrededor cuyos tentáculos hacían las veces de asa; un ojo naranja de cristal le devolvía la mirada. Sin embargo, agarró la jarra, se sirvió la taza hasta arriba y, con los ojos cerrados, tomó una cucharada de la gelatina verde absenta que le tocó. No gimió, pero se quedó totalmente rígida, con la boca y el cuerpo tensos, y las manos aferradas a la taza en su regazo, toda ella plagada de líneas rectas, como si estuviera confinando sus sentimientos. Entonces abrió los ojos y dejó la taza sobre la mesa con un fuerte chasquido. El pulpo se desenroscó, se metió dentro del recipiente y empezó a comerse el resto de la gelatina.

Yancy nos dedicó una sonrisa carente de alegría y apuró los restos de su bebida de un trago. Ella tampoco parecía haberlo disfrutado. Tal vez fuera una especie de peaje; suponía que aquel lugar necesitaba maná para seguir en pie y Londres estaría intentando por todos los medios que no le llegara ni una pizca, así que puede que todo aquel que se pasase por allí tuviese que aportar su granito de arena.

Aquello tenía sentido, aunque seguía sin entender cómo es que no se había precipitado en el vacío en primer lugar. Sin embargo, Yancy siguió sin responder a la pregunta; en su lugar, le dijo a Liesel con el tono frívolo e impersonal que emplearía alguien al que le toca compartir la mesa con un desconocido al que no le hace especial ilusión conocer.

—Así que tú eres la recién llegada, ¿no? Qué mala pata que el enclave pase por un mal momento justo cuando te has unido.

—Mala pata sería que el enclave hubiera caído —dijo Liesel con el tono severo que emplearía al corregir a alguien durante una presentación en grupo.

La expresión de su rostro seguía siendo rígida y distante, y su voz sonaba más mecánica que otra cosa, aunque percibí el gélido matiz de irritación de alguien que está pensando *¿Por qué tengo que explicar algo tan obvio?*, y vi cómo este se elevaba en el aire y se enroscaba alrededor de su cabeza formando un anillo; casi como en uno de esos cuentos de hadas donde a una

chica le lanzan una maldición y cada vez que habla le salen ranas y escarabajos por la boca.

—Dentro de poco habrá vacantes en el consejo y Sir Richard necesitará aliados de fiar. No podrá darle un puesto a Alfie de inmediato, pero puede nombrarme secretaria. Soy demasiado joven para que me den otro tipo de puesto por lo menos hasta dentro de cinco años…

Unas dotes de planificación excelentes, aunque su discurso no encajaba para nada con el tono conversacional que había empleado Yancy. Liesel debía de estar alucinando, porque de lo contrario jamás habría dicho aquello en voz alta. O puede que sí; seguro que tras ser nombrada la mejor estudiante de la promoción, la actitud diplomática que tanto se había esforzado por cultivar se la traía ya floja.

Yancy se limitó a responder vagamente: «Ah, qué bien», como diciendo: *se te ve el plumero, cariñete*.

—¿Y qué tal tu madre, El? ¿Sigue recogiendo musgo por el bosque?

No estaba preparada para hablar, y lo cierto es que había considerado la posibilidad de lanzar unos cuantos aullidos más, pero mi cerebro se puso en modo automático.

—Está bien —dije, lo cual era una mentira descacharrante, tanto por el tono incoherente que desprendía mi voz como por el estado de mamá, que seguramente ahora se encontraría revolcándose en el barro, pensando en que a papá se lo había comido un milfauces y preguntándose si yo volvería a casa —. ¿Qué tal con…? —Dejé la frase sin terminar; tenía que decir algo, pero en aquel momento me había quedado con la mente en blanco y no recordaba cuál era el asunto con el que la había ayudado mamá.

—Todo bien —dijo Yancy, sin facilitar ninguna información—. Últimamente ha hecho un tiempo estupendo.

Con cada frase, la conversación se asemejaba más y más a un extraño teatro en el que llevábamos a cabo una especie de intercambio ritual: emulando lo que debería haber estado pasando, lo que había *pasado* una y otra vez, con los miembros del enclave sonriéndose cortésmente los unos a los otros sin enseñar los dientes mientras competían por el poder, por el estatus. Tenía que responder algo y seguir interpretando el papel. Pero no fui capaz. Entendía el planteamiento: se suponía que debía querer gritar y aun así seguir con la conversación para generar más maná, pero me costaba demasiado. Lo único que conseguí fue permanecer sentada de forma rígida.

Pero Liesel había captado la idea y dijo: «Sí, de lo más agradable», para que Yancy pudiera decir: «¿Damos un paseo?», y yo me puse en pie y fui tras

ellas.

El único aspecto positivo de aquella experiencia era que había dejado de pensar en que aquel lugar estaba medio sumergido en el vacío. Seguramente por eso Yancy era capaz de seguir abriéndonos paso. Nos sacó por la parte posterior de la carpa, tras levantar dos enormes cortinas de brocado; nos agachamos tras ella y salimos a la parte superior de una estrecha escalera de hormigón que descendía hasta un reducido túnel hecho de ladrillos.

Debíamos ir en fila, una detrás de otra. Los tenues faroles del techo cobraban vida solo cuando Yancy pasaba por debajo y volvían a apagarse en cuanto yo los dejaba atrás, de manera que avanzábamos sumidas en una isleta de luz entre amarillenta y amarronada que le imprimía a todo el tono sepia, mate y apergaminado de las fotografías antiguas; a nuestro alrededor se desplegaba una oscuridad absoluta que prácticamente constituía el vacío. Igual que si estuviésemos conjurando cada fragmento de espacio solo el tiempo suficiente para seguir adelante y atravesarlo; como si extrajeras del vacío un texto de consulta que solo te hiciera falta para un único trabajo y luego lo devolvieses de inmediato. No tenía ninguna lógica, ni siquiera con magia; era como si alguien pretendiera subir al cielo tomando el peldaño de la escalera que estaba por debajo y lo colocara por encima, y luego agarrase el peldaño que acababa de abandonar y lo pusiera encima del otro, alejándose del suelo cada vez más. Era una chorrada, una tontería propia de los dibujos animados, no algo en lo que creer de verdad. Resultaba casi imposible pensar en aquel espacio como algo que existía al margen de nosotras y, en circunstancias normales, seguramente le habría dado demasiadas vueltas al asunto, por lo que habría sido una de esas personas que jamás vuelven a salir.

Pero no estaba pensando en que el pasadizo se encontraba a un paso del vacío ni en lo probable que era que se desprendiera. Ni siquiera estaba esforzándome por *no* pensar en ello. De hecho, pensaba justo lo contrario: en que parecía mucho más real de lo que debería, en que sí existía, y en lo mucho que ansiaba que Yancy se detuviera el tiempo suficiente como para poder agarrarla por los brazos y sacudirla hasta sacarle todas las respuestas que necesitaba, las respuestas que sabía que no quería oír. Era tal la intensidad con la que no quería oír las respuestas que el pasillo empezó a alargarse; más luces aparecieron por delante, se produjo un sonido como de goteo y una bocanada de aire mohoso se desplazó frente a nuestro rostro.

Un cartel ilegible con manchas de humedad asomó en la oscuridad y Yancy se volvió bruscamente, abrió una puerta de la pared en la que yo no había reparado y la atravesó rápidamente, con un movimiento casi como de

baile; en cuanto Liesel y yo la cruzamos, Yancy cerró la puerta con fuerza detrás de nosotras, se volvió con los brazos abiertos para rodearnos por el hombro a ambas y nos alejó tan rápido como pudo, guiándonos a través de otro túnel estrecho antes de subir tres escalones a toda prisa. Supuse que intentaba evitar que nos diéramos cuenta de que la puerta y —probablemente el propio túnel— había desaparecido a nuestra espalda. Nos sacó del espacio antes de que tuviésemos la oportunidad de entender dónde estábamos, entornando los ojos dolorosamente ante las luces fluorescentes que se habían encendido con un desagradable y vibrante resplandor: se trataba de un amplio túnel cuyo techo tenía el aspecto de un gofre hecho con vigas de acero, uno de esos antiguos refugios antiaéreos del metro.

Esta debía de ser una de las entradas de emergencia que el enclave había abierto durante el Blitz: fueron muy sensatos al colocar una que condujera a los refugios subterráneos. Probablemente, habían cavado ellos mismos aquel estrecho túnel lateral sin que las autoridades se dieran cuenta, y luego, después de la guerra, volvieron a bloquearlo. Aun así, el lugar desprendía cierta sensación de *fragilidad*, igual que la mansión en ruinas por la que Alfie nos había llevado. El enclave había sellado la antigua salida para ahorrarse la molestia de tener que vigilarla, pero apostaba a que habían comprado o alquilado aquel lugar y que ahora utilizaban la mayor parte del espacio dentro del enclave. Sin duda habría sido más barato que las monstruosidades arquitectónicas de los principales barrios de Londres.

Sin embargo, el refugio seguía siendo un lugar real, indescriptiblemente reconfortante. La desagradable sensación bajo mis pies se había desvanecido por completo y solo entonces me percaté de lo horrible que había sido notarla hasta ese momento. El túnel estaba repleto de antiguas literas idénticas que se desplegaban a lo largo de toda su extensión; encima había cajas etiquetadas a mano llenas de cosas aburridísimas, como cintas antiguas de vídeo, estudios de sistemas de alcantarillado de los 80 y actas de subcomités de acrónimos largos. Me dirigí a la más cercana, coloqué las manos sobre el frío y húmedo metal y luego apoyé también la mejilla, tomando profundas bocanadas de aire impregnadas de óxido y moho y polvo y alquitrán y aceite y pintura y suciedad, todo un cóctel de hedores subterráneos; cuando las paredes y el suelo se estremecieron con el paso de un tren al otro lado, ruidoso, embravecido y chirriante, me estremecí con una oleada de alivio casi delirante. Mi cerebro abrazó cada una de las maravillosas, razonables y predecibles sensaciones. Me habría tumbado de buena gana sobre el sucio suelo de cemento e incluso podría haberle dado un lametón.

—Tomad una —dijo Yancy. Levanté la cabeza. Liesel se había sentado en el suelo y estaba apoyada en la pared opuesta con los ojos cerrados. Yancy estaba abriendo un paquete de galletas. Sacó una, le dio un mordisco y me tendió el paquete: olía a limón y vainilla.

—¿Qué son? —dije, con una sensación de recelo que se me antojaba razonable.

—Galletas —respondió ella, con un resoplido de risa—. Cómete una. Te asentará el estómago.

Liesel se puso en pie y tomó una. Eran de verdad, hechas con azúcar, harina y aromas artificiales que, en cambio, resultaban absolutamente naturales; dimos cuenta del paquete en apenas unos minutos. Mejor eso que ponerse a lamer armarios oxidados.

Yancy observó cómo devorábamos las galletas. Aún no había terminado de tragar cuando dijo, con un tono ligeramente etéreo:

—En fin, ha sido interesante. Normalmente los que conocemos el trayecto tardamos una hora en recorrer el túnel. ¿Por qué no me cuentas cómo lo has hecho?

El dulce polvo de las galletas me dejó un leve regusto en la lengua. Como veterana de la Escolomancia, mi cerebro lo había percibido y clasificado como *no letal*, lo que significaba que era apto para el consumo si estabas lo bastante desesperado, y mi nivel de desesperación había sido el mismo que si me hubiera tocado comerme una rebanada de pan duro con una sola mancha de moho o un trozo de manzana marrón o hubiera tenido que servirme un cuenco de fideos de una cazuela con un gusano miasmático dentro. De modo que había seguido comiendo, pero ahora que las galletas reposaban en el interior de mi estómago, supe que estas tenían algo raro; nada que fuera realmente nocivo, aunque sí cierto efecto que duraría, como mucho, unos pocos minutos: *venga, cuéntale a la buena de Yancy lo que quiere saber*.

Ser consciente de que te encuentras bajo el influjo de un encantamiento no impide que este funcione, necesariamente, pero Yancy había formulado una pregunta de lo más desafortunada, porque consiguió que olvidase la abrumadora sensación de alivio físico de encontrarme de nuevo en el mundo real y me hizo volver a centrarme en la razón por la que había sido capaz de salir: las preguntas que no quería formular, pero que debía hacer.

—¡Seguía allí! —dije, con la voz desgarrándoseme como un trozo de tela podrida—. El enclave lanzó aquellos lugares al vacío, pero seguían allí. ¿Por qué no han *desaparecido*?

Yancy abrió los brazos, sonriendo. Ni siquiera estaba mintiéndome; simplemente me decía: *lo siento, pero no pienso contarte mis más valiosos secretos*.

—¿Y cómo voy a saberlo? Sé que siguen allí, con eso me basta.

—Pues a mí no —gruñí, dando un paso hacia ella, y una luz verde inundó el túnel; el aire a nuestro alrededor se tornó opresivo y frío.

Toda coherencia me había abandonado. Lo que sí me invadía era la repugnante y visceral sensación de un milfauces intentando abrirse paso a través de mí, un ansia húmeda y palpitante que me rodeaba y que jamás quedaría satisfecha, que no podía quedar satisfecha, que anhelaba aplastarme hasta convertirme en un amasijo putrefacto viviente y alimentarse eternamente de mi agonía. Solo que no era yo la que experimentaba aquello, sino Orion. Si la Escolomancia *no había desaparecido*, si seguía *allí*, tenía que volver a entrar. No para salvarlo; había perdido mi oportunidad de salvarlo. Pero en lugar de eso, tendría que ir a buscar a Paciencia, y tendría que contemplar los ojos de Orion devolviéndome la mirada desde aquella masa horrible e interminable; oiría a su boca decir: *Por favor, El, sácame de aquí*, y yo tendría que decirle que *ya estaba muerto*, y convertir mis palabras en realidad, porque no había otra cosa que pudiera hacerse por alguien que ya estaba en el interior de un milfauces.

Yancy se alejó un paso de mí y su sonrisa se desvaneció, la insulsa sonrisa burlona que había estado dirigida a la cría de cuatro años que recordaba de la comuna y que había trasladado sin dificultad a la bruja adolescente que había aparecido con sus amiguitos del enclave para pedirle que la sacara de allí. No me había molestado hasta entonces. Se había mofado del Dominus de Londres delante de su enclave: supongo que lo único que habría conseguido hacerle perder la sonrisa sería toparse con un milfauces; todo lo demás debía de parecerle insignificante.

Pero yo no era *insignificante*. Era el ser del que los milfauces huían en la oscuridad, y supongo que, fuera quien fuera el maléfice que había estado derribando enclaves a diestro y siniestro, este había estado escondiéndose también de mí o intentando acumular poder para atacarme, como si hubiera advertido algún indicio de mi salida de la Escolomancia antes de que hubiera atravesado las puertas siquiera.

Y Yancy podría haberle tocado las narices a Sir Richard, pero no era ninguna estúpida. Dejó de sonreírme y alzó las manos en posición defensiva, lista para lanzarme un hechizo, cosa que no le habría servido de nada, porque el suelo bajo mis pies era real, pero también formaba parte del enclave de

Londres, y yo había devuelto el prestamagia, aunque no me hacía falta ninguno. El prestamagia había convertido el maná en un regalo, pero yo podría haber echado mano de los océanos de maná que seguían fluyendo, tomar tanto como quisiera y echar abajo el tambaleante enclave, y ya de paso el refugio al completo.

Quiero pensar que no habría hecho nada de aquello, aunque tampoco me hubiera quedado cruzada de brazos, y al menos habría agarrado a Yancy de los hombros y le habría exigido que me lo contara, que me lo contara, que me lo contara. Lo que más deseaba era oírla decir que el enclave había hecho *algo*, que alguien, antes de que ella entrara en escena, se había asegurado de que aquellas antiguas estancias no se precipitaran al vacío, porque de lo contrario habrían desaparecido, excepto que si me hubiera dicho eso, no estoy segura de que le hubiese creído.

Pero Liesel me dijo:

—¡Para ya! —con voz autoritaria, y le soltó a Yancy—: Lanzamos la Escolomancia al vacío; lo sabes, ¿no?

Yancy no me quitó el ojo de encima. Un rubor rosa púrpura le teñía las mejillas y le encendía un poco la piel, como asomándose a la superficie.

—Esta última semana he oído muchas cosas. No estaba segura de qué creer.

—¿Acaso no te has fijado en que han desaparecido más de la mitad de los maleficaria? —dijo Liesel con sorna.

Yancy se encogió un poco de hombros.

—Nos refugiamos debajo del enclave para *no* ver a los mals, cariño. Pero sí, la cosa ha estado más calmada. Eso no significa que fuera a tragarme sin más el rumor de que se había mandado a la Escolomancia a freír espárragos. Nos llegan un montón de historias disparatadas, y las que provienen directamente del enclave son casi todas mentira. No se nos ocurría ninguna razón para que Nueva York o Londres hubiesen hecho tal cosa. Pero no fueron ellos, ¿verdad? —terminó con suavidad, sin dejar de mirarme—. Fuiste *tú*.

Liesel frunció el ceño, molesta, y a decir verdad, yo no habría llegado muy lejos por mi cuenta. Pero no iba a ponerme ahora a contarle toda la puta historia, ¿no?, así que no me molesté en corregir a Yancy ni en compartir el mérito. Me la quedé mirando, a la espera, y ella lanzó un leve resoplido.

—Tu madre debe de estar orgullosísima.

Podría haberla abofeteado, pero no lo hice; si hubiera dado rienda suelta a la violencia, probablemente habría acabado prendiéndole fuego. Supongo que

captó la expresión de mi rostro, porque puso los ojos en blanco y extendió las manos, como para apartarme.

—Hablo en serio, maldita sea.

Puede que Yancy hablase en serio, pero yo no pude evitar pensar en mamá viéndome así: inmersa en los bajos fondos de Londres, con un malicioso y frío fulgor verde a mi alrededor, amenazando a alguien que únicamente me había ayudado, intentando intimidarla para que me contase los secretos que ella y los suyos habían empleado para sobrevivir. Así que cerré los ojos e hice lo posible por dejar de querer prenderle fuego a Yancy. Liesel, provocándome un molesto sentimiento de agradecimiento por haberme acompañado, dijo:

—Fuimos nosotros, sí. Pero un chico se quedó atrás. ¿Sabes cómo podemos volver a entrar?

Yancy no dijo nada al principio. Volví a abrir los ojos. La oscuridad se había desvanecido y las luces del túnel volvían a bañarnos en su gloriosa y mundana fluorescencia. Me miraba como si estuviera descifrando un libro en un idioma nuevo.

—¿La puerta sigue en pie? —preguntó tras un momento—. Me refiero a la del exterior, a la entrada.

—No lo sé —dije, sintiéndome algo más calmada; al menos estaba facilitándome algo de información—. Me encontraba frente a las puertas cuando lancé el hechizo para separar el colegio de la realidad. No sé si alcanzó…

—¿Fuiste a la puerta que está en el mundo real, la destrozaste por completo, cubriste el agujero con ladrillos, construiste un muro encima, tapaste el pasaje más cercano también con ladrillos y luego embrujaste el lugar con cuatro maldiciones de olvido? —interrumpió Yancy, prosaica.

—No, eso no —repuse.

Asintió.

—Entonces la cosa no tiene mucho misterio. Si la puerta sigue allí, solo tenéis que abrirla y atravesarla como siempre. Y si os acordáis lo bastante bien de cómo era el colegio, le queda el maná suficiente y le suministráis un poquito más, tal vez tengáis suerte y podáis convencerlo para que siga allí y podáis entrar. O puede que no. Tratándose de la Escolomancia… no tengo ni idea, la verdad. A saber. Al ser tan grande, o agotó todo el maná que le quedaba en un tris y desapareció por completo, o tardará siglos en desmoronarse. Yo diría que todavía resistirá un tiempo, al menos algunas partes. Hay muchos magos con el colegio grabado a fuego en la cabeza. Pero

en cuanto a lo de recorrer el interior… —Se encogió de hombros—. Tendréis que probar a ver.

Vaciló un momento y luego añadió:

—Más vale que os lo penséis bien. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Más de una semana? Nosotros intentamos asomar la cabeza cada pocos días. Si pasas dentro más tiempo, se te empieza a ir la olla. Y eso que nosotros contamos con ayuda. —Yancy se abrió una solapa del abrigo y nos enseñó la petaca que llevaba metida en un bolsillo interior, con el lagarto asomándose—. A veces nos topamos con los otros… los que han permanecido dentro demasiado tiempo o se han quedado atascados en algún lugar. No es agradable.

—Da igual —dije. Ya sabía que lo que me iba a encontrar no iba a ser agradable—. Gracias, Yancy. Perdona por…

Yancy me miró y luego meneó la cabeza.

—No te disculpes. Tiento a la suerte todos los días: así es como vivimos aquí abajo, y si soportase vivir de otro modo, para empezar, no estaría aquí. Pero de vez en cuando es normal que te enseñen los dientes. Hazme un favor y no vuelvas a cruzar nuestras puertas. No es lugar para ti.

—¿Y cuál es mi lugar? —dije, de forma tan agria como la leche estropeada; le di la espalda y avancé por el túnel, dejando atrás el cartel con la flecha que rezaba SALIDA.



Nos pasamos por lo menos diez minutos recorriendo los túneles y subiendo un tramo tras otro de escaleras hasta que el edificio nos expulsó finalmente a Liesel y a mí cerca de la estación de Belsize Park. No es que nos hubiéramos quedado sin aliento ni nada parecido, ya que seguíamos en forma gracias a los entrenamientos para la graduación, pero tampoco fue como un paseo por el parque. Por fin nos encontrábamos en el exterior, sumidas en el aire nocturno de julio; era lo bastante tarde como para que todas las cafeterías y restaurantes elegantes de la zona hubieran cerrado ya, y unas cuantas estrellas o satélites brillaban tenuemente en el cielo.

Me quedé plantada en la esquina con gesto inexpresivo. Aunque mi postura no era fruto de la indecisión. Me invadía una certeza absoluta. Sabía con exactitud lo que tenía que hacer, de forma clara, precisa y absolutamente necesaria. Debía ir a las puertas de la Escolomancia y entrar en el colegio, y luego debía matar a Paciencia. Aunque no tenía ni idea de cómo poner en marcha aquel plan de manera práctica. Había pasado los últimos cuatro años de mi vida en un único edificio: uno grande de cojones, pero aun así podía llegar a cualquier sitio a pie, y aunque la comida era horrible, me la servían cada día. Sabía cómo desatar supervolcanes y destruir demonios castigadores y asesinar a diez mil personas a la vez, pero no tenía ni pasaporte ni móvil ni

unas míseras diez libras en el bolsillo. Y, además, ni siquiera sabía a dónde iba. Miré a Liesel de mala gana.

—¿Me haces el favor de preguntarle a Alfie dónde están las puertas de la Escolomancia?

—Desde luego que no. Si me pongo en contacto con Alfie desde aquí, mientras él está en el enclave, los enemigos de su padre podrán rastrearnos y todo esto —señaló con intenso disgusto la torreta redonda y achaparrada de la que habíamos salido— habrá sido en vano. Además, ¿de qué serviría? Yancy ha dicho que haría falta maná. Londres no está en condiciones de ayudarte en este momento. Debemos ir a Nueva York.

Me asaltaron varias reacciones antagónicas al oír aquella afirmación, en especial el intenso deseo de preguntarle cuándo habíamos decidido formar equipo y *por qué*, pero, por desgracia, las partes más afiladas y estrategas de mi cerebro le dieron la razón a Liesel. Las únicas personas del mundo que podían suministrarme la cantidad de maná necesaria para volver a la Escolomancia y matar a Paciencia, y que me la suministrarían solo para ahorrarle a Orion el tormento de pasarse gritando en el vacío el tiempo que tardara el colegio en desaparecer, eran, de hecho, sus padres, que pertenecían al enclave de Nueva York.

Y no tenía ni idea de cómo llegar hasta allí por mi cuenta. Existe un impresionante Portal Transatlántico entre Londres y Nueva York, pero ahora que el depósito de maná de Londres se tambaleaba como si fuese gelatina, no creía que fuera lo bastante estable como para utilizarlo ni aunque hubiera podido volver al enclave del que tanto esfuerzo me había costado escabullirme. Aquello me dejaba la prosaica aunque fiable opción de subirme a un avión, y eso significaba que no estaba en posición de preguntarle a Liesel *por qué*, ya que si no me ayudaba ella, acabaría en prisión por falsificar el pasaporte y robar un billete de avión, y eso si no acababa en un oscuro centro de detención en alguna parte.

Naturalmente, mamá tampoco tiene pasaporte ni teléfono móvil. Ella me habría dicho que saliera ahí fuera y confiara en que el universo me llevara a donde se suponía que debía estar. A ella siempre le salía bien, pero yo tengo la clara sensación de que el universo cree que debo estar en una sombría fortaleza en la cima de alguna montaña, envuelta en tormentas y relámpagos mientras me carcajeo como una demente, así que no me fiaba demasiado de aquel enfoque.

Sin embargo, aún albergaba dudas en cuanto a aceptar la ayuda de Liesel. Ya había rechazado su oferta, así que no tenía ni idea de lo que creía que iba a

sacar arrastrándome por ahí como un implacable huracán al que le encantaría controlar, y eso me inquietaba, ya que tenía la absoluta certeza de que *ella* estaba convencida de que iba a sacar algo de provecho. ¿Y si era algo con lo que yo no estaba de acuerdo? Podría tratarse de algo tan simple como querer quedar bien con la madre de Orion, ya que esta iba a convertirse en la próxima Domina de Nueva York, pero atravesar el Atlántico se me antojaba un desembolso demasiado grande para las pocas posibilidades que había de que la cosa llegara a buen puerto.

No obstante, mi vida era un mar de dudas, así que aquella situación no tenía nada de novedosa. Dejé que pidiese un taxi y ambas pusimos rumbo al aeropuerto. Una oleada de exasperación irradió de su interior cuando vio que me costaba transformar una libretita en un pasaporte, pero también me ayudó con aquello, y luego mantuvo una enérgica conversación con la máquina expendedora de billetes, a la que persuadió para que nos entregara sin rechistar dos billetes de primera clase. Tras pasar el control de seguridad, me arrastró por la terminal, dejando atrás un montón de perfumerías que, juntas, desprendían el aroma de una desafortunada sesión práctica en el laboratorio de alquimia, hasta llegar a una pequeña tienda de teléfonos —embutida entre una tienda que vendía bolsos por valor de 500 libras y otra de iPads, porque, claro, ¿y si en un momento dado, mientras estás de paso, te hace falta con urgencia un iPad?— donde me compró un móvil de verdad con contrato.

No me resistí al móvil. En cuanto Liesel me lo dio, llamé a Aadhya. Liu me había compuesto una irritante cancioncilla con su número de teléfono y el de Aadhya que acababa con el verso ¡*Y El va a comprarse un móviiiiiil*!, así que no me costó nada hacer memoria ahora que tenía el teléfono en las manos.

—Soy yo —dije en cuanto respondió.

Aadhya chilló:

—¡Me cago en todo, te voy a matar! ¡Ha pasado una semana! Llamamos a un montón de comunas. Liu se puso en contacto con Liesel.

Al oír su voz, impregnada de preocupación por mí, fui dando tumbos hasta un lado del pasillo, casi chocando con la gente que pasaba en ambas direcciones, y me volví hacia la pared para no echarme a llorar allí mismo.

Aadhya consiguió hacerse con Liu y unirla a la llamada mientras yo intentaba recobrar la compostura. Sin embargo, el hecho de oír sus voces juntas me complicó la tarea. Si cerraba los ojos, me imaginaba de vuelta con ellas en uno de nuestros dormitorios, devorando un batiburrillo de *snacks* horrorosos de la cafetería cuyo valor nutricional se encontraba varios niveles

por debajo de las peores opciones de comida basura del aeropuerto; era imposible que quisiera volver a la Escolomancia, pero sí que quería volver a estar con *ellas*; deseaba sumergirme entre sus brazos desesperadamente.

Ni siquiera pude contarles con exactitud lo que había pasado: no hubiera sido muy buena idea ponerme a hablar de maleficaria ni de enclaves ni de milfauces, ni siquiera de la muerte de Orion, en aquel pasillo mientras los mundanos pasaban a medio metro de distancia; había ya un par de agentes de policía que me miraban con cierto escepticismo después de que hubiera atravesado a toda prisa la muchedumbre que iba y venía. Pero les dije que me iba a Nueva York:

—Y tengo que… volver al colegio —dije.

—¿Es posible acaso? —dijo Aadhya—. ¿No ha… desaparecido?

—Hay un modo —respondí—. Solo hace falta…

—Maná —Liu acabó la frase por mí. Por supuesto, lo imposible siempre requería maná.

—Sí —dije.

Aadhya dejó escapar un suspiro y dijo:

—Vale. Llamaré a Chloe para ver si puede acompañarnos a ver a los padres de Orion. —Entendió la situación, sin que yo tuviera que decir nada más—. Mándame un mensaje con la información de tu vuelo, iré al aeropuerto a recogerte.

—Gracias —dije. Y añadí—: Liesel viene conmigo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué saca ella con todo esto? —exigió saber Aadhya de inmediato, invadida por la sospecha. Me reconfortaba que alguien más compartiera mis sentimientos.

—*Ni idea* —dije, sombría—. Pero se ha encargado de los billetes y todo.

A Aadhya no le hizo gracia, pero me dijo que iría a recogernos a las dos y que no hiciera ninguna tontería —ninguna *otra* tontería, por lo que su tono dejaba entrever— hasta que volviéramos a vernos.

—Liu, ¿cuánto tardarás en venir?

Liu guardó silencio durante un momento y, acto seguido, dijo en voz baja:

—¿Aún no os habéis enterado?

—¿De qué? —pregunté con una opresión en el pecho.

—Han atacado el enclave de Pekín —repuso—. Esta mañana, a hora de aquí; hace unas horas.

—No jodas —dijo Aadhya.

Liesel me había seguido hasta la pared y me observaba hablar por teléfono.

—¿Otro enclave? —preguntó, mirándome a los ojos. Asentí—. ¿Ha sido muy grave?

—No ha quedado destruido del todo, pero los daños son demasiado graves como para que pueda permanecer en pie demasiado tiempo —explicó Liu cuando le trasladé la pregunta—. Han pedido ayuda a mi familia. Mi madre cree que tal vez haya un modo de salvar su enclave y a la vez construir el nuestro. Mi tío y el resto de los miembros de nuestro consejo ya han acudido allí; el resto no tardaremos en salir. Lo siento mucho, El —terminó en voz baja—. No puedo ir a Nueva York.

—No pasa nada —dije con un nudo en la garganta, pero sí que pasaba, pues la razón por la que no podía venir era que para cuando su avión aterrizase, tal vez se hubiera desatado ya una guerra de enclaves, y si eso ocurría, su familia y el enclave de Nueva York estarían en bandos opuestos. Lo más probable es que la única razón por la que Nueva York y Shanghái no estaban ya en guerra era porque Londres también había sufrido un ataque: no habría tenido ninguna lógica que Nueva York atacase a su aliado más poderoso, por no hablar de Salta, que se creó el año anterior a que nosotras empezásemos la Escolomancia y se había asegurado de permanecer neutral.

Pero no tenía sentido que un maléfice atacase a todos esos enclaves. Si tu objetivo era robar el maná de los enclaves, estarías encantado de que se echaran la culpa unos a otros y empezasen una guerra en lugar de ir a por ti. Pero, en cambio, el patrón de ataques parecía casi aleatorio, saltando de un enclave a otro por todo el mundo.

—¿Por qué actuaría nadie de esa manera? —le pregunté a Liesel mientras tomábamos té y pastas en la sala de espera de primera clase, intentando sofocar el persistente y fantasmal sabor de las trompetas que seguía brotándome de la boca—. ¿Saltando de un continente a otro? —Elegí mis palabras con cuidado, a pesar de que la sala de espera estaba casi vacía; solo nosotras y unas cuantas personas más nos encontrábamos en la amplia estancia repleta de muebles parecidos a los de *Star Trek*. No era como si Liesel no pudiese leer entre líneas.

Ella se encogió de hombros.

—No hay ninguna razón obvia. Sea quien sea, está claro que no es eficiente.

Nos quedaban cinco horas por delante antes de nuestro vuelo matutino. Asaltamos el bufé como las hasta-no-hace-mucho-famélicas pilluelas que éramos —el personal nos miró torciendo el morro después de que nos llenásemos los platos hasta arriba, como si pensaran que comíamos con la

vista, pero luego, cuando repetimos por tercera vez, parecieron vagamente impresionados— y luego descubrimos que había incluso habitaciones privadas con camas y ducha.

Dejé que Liesel se duchase primero, ya que no sabía cuánto tardaría en salir yo. Permanecí dentro casi una hora, lavándome una y otra vez, intentando eliminar los persistentes restos de la poción de Yancy y sofocar los recuerdos que no quería revivir: el del milfauces estallando en pedazos sobre mí, el del ojo agonizante contemplándome y la boca suplicando por su vida. El último vistazo a Orion mientras me empujaba por las puertas y Paciencia se acercaba a él, dispuesto a devorarlo. El hechizo limpiador de Liesel no se había deshecho de nada de eso. Y la ducha tampoco lo hizo. Seguí frotando hasta que se me arrugó la piel y estuve exhausta, pero los recuerdos siguieron arremolinándose en mi mente, como si alguien los hubiera puesto en bucle.

Cuando por fin me rendí y salí del baño, las luces de la habitación estaban apagadas y tanto Tesoro como Liesel dormían; una en un nido de pañuelos y la otra sobre la cama, con un hechizo despertador en forma de bolita brillante flotando sobre su cabeza y el leve y reconfortante resplandor de un buen hechizo protector recubriendo la puerta. Un hechizo protector que ni siquiera nos hacía falta gracias a mi magnífico plan, que había erradicado a todos los maleficaria del mundo y, a cambio, le había servido a Orion en bandeja de plata a Paciencia. Aun así, me alegré involuntariamente de verlo allí.

No quería dormir; entre las drogas y las imágenes traumáticas, estaba segura de que me despertaría entre gritos y probablemente intentando alterar la realidad a mi alrededor. Me senté en el otro lado de la cama con una revista, pero fui incapaz de permanecer espabilada; la embriagadora sensación de seguridad me aflojó los músculos que intentaba mantener en tensión, y en algún momento me deslicé por la cama y me quedé dormida.

Sin embargo, no me equivocaba. No me desperté gritando, pero eso fue porque Liesel me despertó antes de que llegara a ese punto; levantó una burbuja silenciadora sobre ambas con una mano mientras me sacudía el hombro con la otra. El rostro a medio devorar había estado flotando sobre el océano de putrefacción: era el rostro de Orion; me había mirado con su único ojo y la boca había pronunciado: *Te quiero un montón, El,* tal y como había dicho él frente a las puertas de la Escolomancia antes de empujarme. Entonces me desperté y me incorporé, y miré a Liesel, que me observaba ceñuda en la penumbra de aquella pequeña habitación mientras el peso amortiguador del hechizo silenciador nos envolvía. Me llevé las manos a la

cara, sin aliento, invadida por un sentimiento de agonía y rabia que no podía permitirme sentir.

—Lo siento —dije, con voz áspera y resentida cuando mi respiración se apaciguó—. No volveré a quedarme dormida.

—Claro que sí —dijo Liesel; no me llevaba la contraria porque sí, simplemente constataba un hecho—. Tienes que apaciguar la mente, no permanecer despierta.

—¿No tendrás por casualidad a mano un poquito de agua amnésica? ¿O tal vez unas gotas de leteo? —dije con aparente sarcasmo, aunque debo confesar que si hubiera sacado un frasco, habría dejado que me las echara en los ojos sin vacilar, a pesar de que sabía lo que diría mamá; por no mencionar que mezclar más cosas con lo que fuera el brebaje de Yancy era una estupidez.

—¿Y mezclarla con la poción que nos hemos bebido? —dijo Liesel, y entonces me apoyó la mano en la mejilla. Estábamos juntas en la cama, solas en aquella habitación, flotando en el vacío, y cuando le dije vacilante: «No», refiriéndome a que seguía sin estar interesada en aquella estrecha alianza suya (y no lo estaba, aunque tenía que admitir que la proximidad la hacía mucho más tentadora), ella respondió malhumorada—: Ya, ya; bueno, ¿qué? —refiriéndose a que había aceptado mi negativa y simplemente estaba ofreciéndome un polvo sin ataduras.

Y, desde luego, no debía creérmelo; Aadhya y Liu me habrían echado la bronca durante días. Lo primero que aprendes en la Escolomancia es que nada es gratis, de manera que si alguien te ofrece algo es por un motivo, y yo no sabía cuál era el motivo de Liesel. Pero al margen de cuáles fueran sus razones, en aquel momento estaba allí conmigo, y al tocarme solo notaba su mano en mi piel y el ligero aroma a sándalo del jabón del baño, y en mi cabeza no quedaba más espacio para seguir obsesionándome con Orion, Orion, Orion; tal vez estaba buscando la forma de hacerlo a un lado, de apartarlo de las puertas de mi mente, al menos durante unos minutos, porque cuando Liesel se inclinó hacia mí y me besó, yo le devolví el beso.

Y en cuanto empezamos, ya no fui capaz de parar. Sentí un alivio absoluto, en todos los sentidos. Los últimos vestigios de la nebulosa droga se desvanecieron ante la realidad física de nuestros cuerpos moviéndose el uno contra el otro; el exótico asombro de encontrarme tan cerca de alguien resultaba mucho más difícil de creer que mil lugares olvidados. Dejé que me inundara el cerebro: las caricias, el aire húmedo y cálido que aún flotaba en la habitación debido a mi interminable ducha, a kilómetros de distancia de la

frialdad pegajosa de los baños de la Escolomancia; el sonido de nuestra respiración acelerándose, y no porque estuviésemos huyendo de algo horrible. Sus manos me despojaban de una pegajosa capa de telarañas que había resistido toda el agua caliente del mundo; su boca era cálida y al mismo tiempo, mentolada.

Y no tenía por qué ser enrevesado. No tenía que pensar; podía limitarme a rodearla con los brazos y tocarla y besarla y dejar que me tocara; podía recibir y dar placer. Y también se trataba de algo sencillo, ridículamente sencillo: no tenía que preguntarme qué le gustaba, ya que me lo decía sin más: *aquí* u *otra vez* o *sí, así*; tampoco tenía que preguntarme qué prefería yo, porque Liesel iba probando cosas de forma metódica y me preguntaba cuál me gustaba más y lo cierto es que me gustaban todas. Nos movimos al mismo tiempo, como si estuviésemos corriendo de nuevo la carrera de obstáculos, como una máquina bien engrasada, alternando el mando entre una y la otra, y ni siquiera me importaba lo que fuera a pedirme a cambio. Desde luego, algo tan maravilloso como aquello tendría un precio. Me daba igual.

Aguardé a que me lo dijera al acabar, mientras permanecíamos tumbadas una al lado de la otra en la estrecha cama, sudadas y sin aliento, haciéndonos falta otra ducha. Pero Liesel no dijo nada de inmediato y yo no pude evitar volver a pensar en Orion, cuando atravesamos el circuito de obstáculos, cuando estuvimos juntos en el gimnasio, hacía un millón de años y apenas algo más de una semana, mientras las anfisbenas se precipitaban suavemente fuera del templete y él me recorría el cuerpo con las manos y pronunciaba mi nombre como si yo fuera la criatura más asombrosa del universo.

Se me formó un nudo de rabia y anhelo en la garganta: me había pedido permiso para venir a buscarme, me había pedido que le dejara hacerme esa promesa; aquello era lo que *él* me había pedido a cambio de ese momento mágico, tan maravilloso, honesto y sencillo, y yo había aceptado. Había dejado que me hiciera una promesa, pero no la había cumplido. En su lugar, se había alejado todo lo posible; había preferido pasar la eternidad gritando en el vientre de un milfauces, en el interior de mi cabeza, gritando hasta el fin de los tiempos, y Liesel profirió un ruidito de impaciencia, se volvió hacia mí y me besó de nuevo; y yo le devolví el beso con desesperada gratitud y dejé que apartara todo pensamiento y volviera a centrar mi atención en mi cuerpo.

Al final, tuvimos que salir corriendo para llegar a la puerta de embarque, a pesar de todo el tiempo que habíamos tenido que esperar. Los pasillos de Heathrow se empeñaron, de forma molesta, en conservar la misma longitud mientras nos dirigíamos al avión, pero supongo que aquello era mejor que si

se hubieran alargado el doble. Subimos a bordo y yo me convertí en la típica idiota que, al mirar por la ventana, contemplaba, con los ojos abiertos como platos, cómo el suelo se alejaba cada vez más. Volar es una de esas cosas que no pueden hacerse con magia, al menos no en otro lugar que no sea el interior de un enclave; imagínate el panorama: estás surcando el aire a treinta metros del suelo y, de pronto, un mundano levanta la vista, no se cree lo que ven sus ojos, y, de golpe, dejas de volar.

El asombro me duró unos diez minutos más o menos, y entonces, tomé una profunda bocanada de aire y me volví hacia Liesel para ver qué iba a decirme, qué era lo que me iba a pedir, pero en cambio, ya se había quedado frita e incluso roncaba un poco, apenas lo bastante fuerte como para oírla por encima del chirrido de los motores. Me la quedé mirando y luego extendí mi asiento y me puse directamente a dormir, envuelta en la cómoda familiaridad de la incomodidad: el asiento era estrecho, duro y frío, el aire estaba viciado y circulaba sin cesar desde otros cien pares de pulmones, la pared vibraba con el grave sonido de los motores, la incomprensible maquinaria que llevaba a cabo su trabajo en algún lugar oculto a la vista, manteniéndonos a todos con vida, suspendidos al margen del mundo.

Dormí durante todo el trayecto. Cuando el personal de cabina encendió las luces y empezaron a traernos lo que se suponía que era la comida, Tesoro —que se había abierto paso por su cuenta para pasar el control de seguridad y después se había vuelto a meter en mi bolsillo— tuvo que asomarse sigilosamente y morderme el lóbulo de la oreja para espabilarme del todo, pues yo habría seguido dormida tranquilamente. Y tal vez hubiese sido lo mejor. La comida no era tan horrible como la de la cafetería de la Escolomancia, y aquello era lo máximo que podía decirse de ella, aunque nos la sirvieron con la confianza triunfal de quien te ofrece una maravilla del arte culinario. Iba acompañada de unas pesadas servilletas blancas y unos incómodos cubiertos que amenazaban repetidamente con caerse y desaparecer entre el hueco de los asientos o acabar en algún lugar inalcanzable salvo para alguien con los brazos tan delgados y largos como las patas de un flamenco.

Liesel y yo nos lo comimos todo de todas formas; no éramos demasiado exigentes. Siguió sin pedirme nada a cambio y continué sintiéndome, si no *bien*, al menos como si tuviera un cuerpo y este existiera en un mundo funcional, cosa que el día anterior me había parecido, en ocasiones, cuestionable. Para cuando abandonamos las interminables colas burocráticas del aeropuerto y nos encontramos en la acera, parpadeando bajo la luz del día, en otro continente, yo volvía estar totalmente anclada a la realidad material.

Nueva York —o más bien, Nueva Jersey; habíamos aterrizado un estado por debajo— era como un horno e insoportablemente pegajosa; el sol irradiaba en ondas desde el negro asfalto, y los coches y los taxis hacían sonar las bocinas y se acercaban y se alejaban de la acerca en una ola continua que era siempre la misma y, a la vez, diferente.

Aadhya se aproximó a la acera en un enorme vehículo blanco apenas un poco más pequeño que una autocaravana. Nos subimos al vehículo, sumergiéndonos en el maravilloso bálsamo del aire acondicionado y ella me echó los brazos al cuello y me estrechó con fuerza: Aadhya estaba viva, estaba aquí conmigo, en el mundo exterior, mientras el sol azotaba las ventanillas del coche. Había sobrevivido a la Escolomancia, y si había salido y yo estaba aquí con ella, eso significaba que yo también había sobrevivido. Era un recordatorio de lo agradecida que debía sentirme, y lo cierto es que no pude evitar sentir una pizca de gratitud, a pesar de todo lo demás.

Cuando los bocinazos de los coches de detrás alcanzaron la intensidad frenética de *Venga, esto va en serio,* Aad me soltó por fin y empezó a conducir con una confianza ligeramente alarmante: no era un vehículo tan mágico como el coche de carreras londinense de Alfie, pero estaba visto que le habían dejado clarísimo que Aadhya sabía conducir, por lo que le respondía perfectamente y hacía lo adecuado en cada momento. Hacer lo adecuado parecía consistir en pitarles incesantemente a los taxistas y zigzaguear de forma agresiva entre el tráfico. Me senté en el asiento delantero y contemplé la carretera llena de coches.

Parecía que alguien hubiese pasado con una bomba de aire y hubiera hinchado cada elemento del paisaje, la carretera, los coches y todo lo demás, haciéndolos un treinta por ciento más grandes antes de marcharse satisfecho.

—¿Estás bien? —me dijo Aadhya, desviando la vista hacia mí—. Chloe ha dicho que podemos ir directamente, pero puedo llamarla si necesitas echarte un rato.

No estaba bien, pero ya había dormido las horas que tan desesperadamente me hacían falta y echarme un rato no iba a hacer que me encontrase mejor. Ir a Nueva York era la única oportunidad que tenía de acercarme a un estado de bienestar más permanente y era consciente de que me quedaba un largo camino por delante.

—No —respondí—. Sigamos adelante.



No se nos había invitado a acceder al enclave en sí. Nueva York se encontraba en alerta máxima y, en cualquier caso, no era habitual que los enclaves permitieran el paso a los desconocidos; a menos que, por supuesto, un milfauces los atacase y necesitaran desesperadamente que una desconocida les sacara las castañas del fuego. Chloe se reunió con nosotras en la terraza de una cafetería de algún lugar de Manhattan, no sabría decir dónde, en una callejuela llena de casas adosadas. Una fortaleza conformada por rascacielos se alzaba a lo lejos, aunque en la esquina alguien había derribado un cuarto de la manzana y había edificado una enrevesada torre de acero y vidrio gris de unos veinte pisos de altura que daba la impresión de haber sido emplazada por accidente en el lugar equivocado.

Chloe iba, acertadamente, vestida de forma mundana, con unos vaqueros y una camiseta, una opción mucho más sensata que el vestido blanco y, de algún modo, aún impecable de Liesel. En la mesa se encontraba un hombre mayor cuyo atuendo podía pasar también por mundano a simple vista. Pero si uno posaba la vista durante un instante de más en el chaleco que llevaba, se veía que había más bolsillos de los que deberían caber y que sus botones dorados llevaban inscritas unas pequeñas runas. Apostaba a que cada vez que tocaba uno, sacaba exactamente lo que necesitaba en aquel momento.

Sabía que el padre de Orion era artífice y que Chloe iba a traerlo consigo, de manera que aquel debía de ser él, pero aun así, lo encontraba difícil de creer. No obstante, Chloe dijo: «Señor Lake, esta es El… Galadriel Higgins», después de que hubiésemos tomado asiento, y yo tuve que aceptar que sí, que aquel era Balthasar Lake. No es que no se pareciera a Orion. Tenían la nariz más o menos parecida, las mismas muñecas huesudas y algunos otros detalles similares. Es que no me cabía en la cabeza cómo era posible que Orion descendiese de él. Era como mirar un puzle de laberinto en un libro con el principio y el final claramente señalizados, pero no encontrar ningún sendero que tuviera lógica en medio.

La mayoría de la gente habría dicho lo mismo de mamá y de mí, desde luego, pero esas eran solo aquellas personas que no entendían el principio de equilibrio, como los visitantes de la comuna, que siempre parecían sorprendidos al enterarse de que era mi madre y me preguntaban si era adoptada, y luego, si pasaban más tiempo conmigo, todavía se sorprendían más. Pero cualquier mago que entendiese de verdad el principio de equilibrio, habría pasado el día con nosotras y entonces habría asentido de forma sabia y dicho: *ah, sí, claro.*

Por supuesto, ambas reacciones me enfurecían tanto, que en el colegio había hecho lo posible por no hablarle a nadie de ella, así que estaba siendo una hipócrita, pero no podía evitarlo. Podía creer, sin atisbo de duda alguno, que Balthasar era quien era: uno de los mejores artífices del enclave de Nueva York y, por lo tanto, del mundo. Mientras nos aproximábamos, había estado mirando ceñudo el edificio de la esquina, con ese gesto abstracto de insatisfacción que adopta cualquiera que intenta arreglar algo en el interior de su cabeza. Si me hubieras enseñado un artificio cuidadosamente equilibrado del tamaño de un avión y me hubieras dicho que había sido obra suya, no me lo habría cuestionado ni por un instante. Se notaba que era poderoso. Pero se trataba de un poder normal y corriente, demasiado ordinario para haber engendrado a alguien como Orion. *Yo entiendo* el principio de equilibrio, y a él no lo entendía.

Además, era tan idiota que no había pensado en lo que le iba a decir. No me había preparado ninguna de esas frases corteses y huecas que tanto había deseado que me ofrecieran a mí. Lo único que me venía a la cabeza era: *¿Podría darme algo de maná para volver a abrir el colegio y matar a su hijo?* La única razón por la que no empecé a lloriquear de nuevo fue porque sabía que no tenía derecho a hacerlo delante de su padre. Orion había sido mi amigo, mi algo más, mío, durante menos de un año; pero había sido de sus

padres durante toda su vida, y seguramente al mandarlo a la Escolomancia, habían albergado más esperanzas que cualquier otro padre del mundo de que saliera de allí con vida.

En la Escolomancia, me había montado en la cabeza una historia sobre la familia de Orion, sobre su enclave, sobre todo lo que le habían hecho para que *quisiera* ser un héroe, para hacerle creer que tenía que ser un héroe, porque de lo contrario, sería un monstruo y un bicho raro. Pero ahora, teniendo a su padre delante, viendo que era un ser humano en vez de un monstruo, no pude evitar reconocer, con una punzada de culpabilidad, lo mucho que me había convenido creerme aquella historia. Me había brindado el derecho de pedirle a Orion que abandonase su hogar y su familia para venirse conmigo, que se alejase de aquellos que lo habían criado y que habían depositado sus esperanzas en él.

Y aunque sus esperanzas hubiesen sido egoístas, Orion no había muerto llevando a cabo uno de *sus* planes. Era a mí a la que se le había ocurrido la brillante idea de salvar a todo el puto colegio y a las futuras generaciones, como si pudiera hacerse algo así sin pagar el precio. Orion había pagado por todos nosotros y lo había hecho a su costa: la de sus padres y su enclave, a costa del esfuerzo que habían dedicado en criarlo y de sus deseos de volver a verlo.

Así que reprimí el temblor de mi voz y dije:

—Lo siento. —Fui consciente, incluso mientras las palabras abandonaban mis labios, de lo absolutamente inadecuadas y estúpidas que eran.

Pero el señor Lake se limitó a decir con tono flemático:

—Chloe me ha comentado que a Orion y a ti se os ocurrió el plan de atraer a los mals al colegio.

Fue insoportablemente cortés y neutral. Hubiera preferido que me gritase, que me dijera que cómo se me había ocurrido hacer eso, que qué clase de idiota arrogante había sido para pensar que podía mejorar el mundo, que cómo es que su hijo había sido el único en quedarse atrás. Debería haberse enfadado. *Quería* que se enfadase.

—Fue idea mía —dije, lo cual no era del todo cierto: yo había tenido la idea de *hacer algo* al respecto, y había hecho falta la colaboración de Liu, de Yuyan, de Shanghái, de Aad y Liesel y Zixuan y mucha más gente para ultimar los detalles. Pero casi quería provocarlo para que reaccionara—. Los dos permanecimos frente a las puertas hasta el final. Cuando estábamos a punto de atravesarlas, apareció Paciencia y se abalanzó sobre nosotros. Orion… me dio un empujón y me sacó de allí.

Tuve que detenerme y reprimir toda una maraña de sentimientos. Balthasar no esperó a que yo prosiguiera.

—Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste —dijo—. Orion fue siempre muy valiente. Jamás habría querido que otro sufriese en su lugar.

Podría haber dicho esas mismas palabras de una forma que hubiera constituido el intento de una persona por conservar la entereza ante las desgracias de la vida, un padre que intentaba otorgarle un sentido a la peor experiencia que había tenido que vivir jamás. La gente acude a mamá con ese tipo de discurso cada dos por tres. De pequeña tuvo que enseñarme a no decirles a los demás que esas historias que se contaban a sí mismos eran chorradas, a pesar de que obviamente lo eran. Pero Balthasar no estaba intentando creerse su propio discurso. Simplemente utilizaba sus palabras como trampolín para pasar de una parte a otra de la conversación, como si el tema tuviese para él la misma importancia que aquella charla hueca y sin sentido que había representado yo con Yancy y Liesel en las olvidadas entrañas del enclave de Londres.

—¿Y qué puedo hacer por ti, El? —prosiguió—. Chloe me ha contado que en el colegio se te ofreció una plaza en el enclave y que tú la rechazaste. Me temo que no puedo reiterar la…

Se interrumpió, probablemente por las miradas de advertencia que le lanzaron Aadhya, Chloe y Liesel, que estaban sentadas con nosotros, antes incluso de que yo gruñera, en un arranque de rabia:

—Váyase a la mierda. —Todo lo que había sobre la mesa se agitó salvajemente, produciendo un repiqueteo alarmante—. Lo devoró Paciencia. Orion *está atrapado en el interior de un milfauces* ¿y usted se cree que he venido a mendigar una plaza? No viviría en su puto enclave ni aunque me pagara. Lo único bueno que tenían *ya* no está.

No dije nada más porque uno de los vasos de agua cayó al suelo y se hizo añicos.

Resulta que había mentido sobre lo de ser respetuosa con sus padres debido a que tenían más razones para estar sufriendo. Tenía ganas de desencajar la mandíbula y arrancarle la cabeza. Era casi peor que lo que me había dicho mamá de Orion. Mamá ni siquiera lo conocía y, para colmo, no era su *padre*. Tuve que alejarme de allí mientras los camareros se acercaban con un paño de cocina y una papelera para limpiar los cristales.

Chloe me siguió tímidamente.

—El, lo siento muchísimo. No he tenido tiempo de… He intentado explicarle…

Me limité a hacerle un gesto con la mano, ya que no me fiaba de lo que pudiera decir en aquel momento, y volví a la mesa en cuanto los mundanos se hubieron marchado de nuevo.

—Arrojé el colegio al vacío —dije con fiereza—. Pero probablemente no haya desaparecido del todo. Necesito saber dónde se encuentran las puertas, y me hace falta maná para entrar y matar a Paciencia. Eso es lo que puede hacer por mí. A no ser que le dé igual que Orion siga sufriendo hasta que todos aquellos que recuerdan la Escolomancia mueran por fin. Y si le da igual, dígamelo e iré a buscar el maná a otra parte.

No estaba siendo justa en absoluto, desde luego. ¿Por qué no iba a parecerle sospechoso a su padre que una desconocida se presentara de pronto exhibiendo su dolor por la muerte de Orion? Es más, estoy convencida de que es algo que ocurre de manera habitual cada vez que un crío de enclave la palma: otros magos de su misma promoción acuden al enclave con sinceros relatos sobre amoríos escolares y promesas realizadas. Pero no tenía ganas de ser justa. Y, mientras tanto, Balthasar estaba mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Se volvió hacia Chloe, que estaba prácticamente retorciéndose las manos de la ansiedad, y luego volvió a posar la mirada en mí.

—Por *eso* quieres…

La bilis me trepó por la garganta.

—No puedo hacer otra cosa por él —dije—. Disculpe, ¿creía que estaba ofreciéndole traer de vuelta su arma perfecta? Orion es historia, al igual que el colegio, y a eso no puedo ponerle remedio. Pero aunque pudiese, no le devolvería a Orion a usted, que está aquí sentado parloteando sobre lo *valiente* que era. Nadie es valiente dentro de un milfauces. Orion era un idiota que creía que debía ser un héroe en vez de un ser humano, y eso es culpa suya, de todos ustedes, hatajo de cabrones.

No esperaba que fuera a ayudarme después de aquella diatriba, pero de todas formas ya había dado por perdida la posibilidad de que me ayudase. Me volví, dispuesta a poner rumbo hacia el coche de Aadhya y largarme, pero él se puso en pie y me interceptó; me agarró por los hombros, con el rostro invadido por la primera emoción real que había asomado en él: no era pena, ni rabia, sino una expresión de desconcierto absoluto, como si no le encontrara ningún sentido a mi reacción. Me dijo:

—De verdad lo… —y se interrumpió, como si no importara cuál fuera la siguiente palabra; como si le resultara imposible creer que alguien *sintiera algo* de verdad, al margen de cuál fuera aquel sentimiento, por Orion.

Entonces volvió a mirar a Chloe y dijo—: ¿De verdad Orion…? —Y la voz se le quebró de forma notable. Ella asintió con urgencia y él me soltó y se dio la vuelta; se llevó un puño a la boca, cuyas comisuras se torcieron de manera grotesca hacia abajo, y todo su rostro adoptó un aspecto desencajado. Como si el que Orion hubiera muerto no significase nada para él, pero esto… tuviese toda la importancia del mundo.

Habría agarrado una silla y se la habría estampado en la cabeza con gusto, ya que ¿a santo de qué estaba tan asombrado?, pero al menos su actitud mostraba *cierto* afecto, no se limitaba a ser grotesca y egoísta, y cuando se volvió hacia mí, vi que tenía el rostro húmedo.

—Lo siento. El… ¿El? Lo siento. Por favor, vuelve a sentarte. Por favor. —Intentó lanzarme una sonrisa de disculpa, vacilando—. Lo siento, no debería haber supuesto…

En cuanto dominé la ira, no pude evitar reconocer que había tenido motivos para suponer lo peor de mí y, después de todo, parecía querer ayudarme, de manera que volví a la mesa de mala gana. Sin embargo, el hombre no quería debatir el asunto de cómo iba a volver al colegio. Simplemente quería hablar conmigo de Orion. Quería saber cómo nos habíamos hecho amigos, cada una de las palabras que nos habíamos dirigido —la mayoría de las cuales habían sido imperdonablemente bordes— y cada cosa que hubiéramos hecho e incluyera la mínima participación del otro.

A mamá le habría parecido algo estupendo. Para mí fue tan insoportable como si me estuvieran haciendo una endodoncia con el instrumental estropeado y sin anestesia. Por desgracia, ahora que los sentimientos de su padre habían aflorado a la luz, yo los respetaba, por lo que no podía negarme a hablar con él. Pero era como si casi no estuviese afligido. Se empapó de todo lo que le conté con una felicidad insoportable, como si le hubiese *devuelto* de verdad a Orion. Se aferró a cada palabra de cada interacción trivial que habíamos mantenido, y no pude evitar acordarme de cuando Orion me contó que su padre había renunciado a su propio trabajo para darle clases en casa, intentando evitar que se escapara a cazar mals; que el mayor deseo de sus padres había sido que mostrase interés en algún otro asunto, que le importasen más cosas además de cazar mals.

No podía soportarlo. En un momento de desesperación, incluso le solté a Balthasar mi plan de *llevarme* a Orion, le conté que Orion me había dicho que vendría a buscarme a Gales y ambos nos marcharíamos juntos a recorrer el mundo, intentando así zanjar la conversación, pero ni siquiera se tomó aquello

a mal. En su lugar, casi se le humedecieron los ojos al oír que Orion había contado con planes de futuro, lo cual solo empeoró la situación.

Finalmente, fui incapaz de resistirme más.

—Oiga, ¿me ayudará a volver a entrar o no? —le pregunté sin rodeos, en lugar de seguir contándole historias, que era lo que hubiese querido él. Balthasar se quedó inmóvil un momento y solo entonces pareció recordar el motivo por el que estaba yo allí, o al menos se lo tomó en serio por primera vez; supongo que cuando Chloe se lo contó, lo había archivado mentalmente, tildándolo de chorrada.

De hecho, seguía sin tomárselo en serio, no de la forma que a mí me hacía falta.

—El —dijo en cambio, con la amabilidad propia de alguien que tiene que darte malas noticias—. Lo siento mucho. No sabes lo mucho que significa para mí que quieras ahorrarle a Orion semejante sufrimiento, que te preocupes tanto por él. Pero Orion no querría que lo hicieras. —Casi seguro que tenía razón, pero me traía sin cuidado lo que hubiese querido Orion. Según me parecía a mí, había perdido su derecho a opinar al empujarme por las puertas sin antes preguntarme a mí *mi* opinión—. Es… La situación es complicada. Incluso si tienes razón sobre lo que ha pasado… —Se interrumpió como si intentase considerar detenidamente lo que iba a decir a continuación.

—Si me equivoco —dije— lo único que haré será gastar maná. Pero no me equivoco. Paciencia lo devoró. —Me obligué a pronunciar las palabras—. Intenté sacarlo, pero noté cómo Paciencia se hacía con él.

Balthasar meneó un poco la cabeza.

—Si estás en lo cierto, no hay nada que hacer. No puedes… matar a un milfauces, a ninguno, y menos a Paciencia… No es como matar a otros mals, ni siquiera a los más poderosos. Ophelia, la madre de Orion, ha investigado…

—Lo he hecho ya tres veces —le dije sin rodeos—. Puede preguntar al enclave de Londres si no me cree. Ayer mismo maté a uno en las puertas de la cámara del consejo.

Estoy segura de que Chloe se lo había contado; creo que a Balthasar la idea de que yo albergara de verdad sentimientos por Orion le parecía tan inconcebible que había apartado por completo de su mente la igualmente estrambótica idea de que fuera a entrar en el colegio para matar a Paciencia, y aún más la de que tuviera alguna posibilidad de éxito. Ahora seguía pareciéndole impensable. A decir verdad, se trataba de una afirmación ridícula. Pero Liesel confirmó mis palabras y él las asimiló poco a poco; se apoyó en el respaldo de la silla, mirándome fijamente, y vi cómo la expresión

de su rostro se transformaba a medida que reunía todos los fragmentos de información sobre mí que había dejado aparcados, pues únicamente se había centrado en mi relación con Orion, y construía una imagen alarmante.

O una con utilidad potencial, supongo. Ya no lo consideraba una alimaña cruel, aunque, al fin y al cabo, el hecho de que los miembros de enclave quieran a sus hijos no constituye ninguna revelación; eso no les impide seguir siendo miembros de enclave. Es la razón por la que la mayoría se unen a un enclave, y si no, fueron sus padres o algún otro antepasado. Y Orion había sido un fuera de serie a la hora de matar mals, lo nunca visto. Aunque Balthasar parecía, sorprendentemente, preocuparse más por la breve felicidad de Orion que por su utilidad a largo plazo, estaba claro que el resto del enclave de Nueva York no vería el asunto del mismo modo. Por lo que sabía, a la madre de Orion le costaría mucho llegar a ser Domina sin él, por lo que tal vez hiciera falta alguien que lo sustituyera.

Tal vez estuviera siendo injusta. Puede que Balthasar hubiera estado pensando en mis posibilidades de éxito, en si merecía la pena enviarme al colegio y en si podía o no acabar con el sufrimiento de Orion. Pero cierta expresión calculadora se asomaba tras las líneas serenas de su rostro. Acababa de pasarme una hora hablando con él de Orion, cercenando mi corazón en rodajas tan delgadas como el papel y sirviéndoselas en bandeja, y había odiado cada instante, pero a Balthasar le *importaba* su hijo, le importaba de verdad y, después de todo, compartirlo con él, haber podido llorar a Orion con otra persona que lo quería, me había hecho sentir mejor. No quería que dijese nada que me hiciera despreciarlo.

—Es la única razón por la que he venido —repuse, antes de que pudiera decir nada—. Si la Escolomancia no ha desaparecido, si todavía puede llegarse a ella, Paciencia seguirá allí. Y todos aquellos a los que ha devorado seguirán gritando y sufriendo. No descansarán a menos que yo intervenga. Orion no descansará. Por eso se lo pido. No me hace falta un círculo de magos, no me hace falta ayuda. Lo único que necesito es maná y un mapa.

No mencionó más razones por las que no podía hacerlo y, por suerte, no insinuó nada sobre un puesto en el enclave. En cambio, tras un momento, se limitó a decir en voz baja:

—Será mejor que hables con Ophelia.



Sabía que la puerta principal del enclave de Nueva York se encontraba en Gramecy Park, un jardín privado que, de algún modo —sí, *de algún modo*: estoy segura de que el enclave no tenía nada que ver— seguía apostado en el centro de Manhattan. Orion se había empeñado en mostrármelo en un mapa, como para asegurarse de que pudiera encontrarlo. El enclave poseía un surtido variable de las casas y los pisos de los alrededores —vendían y compraban inmuebles nuevos cada cierto tiempo, a raíz de las vicisitudes del mercado; una de las numerosas formas perfectamente mundanas que tenía Nueva York de acumular lo que, según deduje, era una cantidad de dinero obscena incluso para tratarse de un enclave— y una parte considerable del hotel increíblemente caro que había en la esquina, pues cuando las habitaciones se encontraban vacías las tomaban prestadas discretamente.

Sin embargo, era de suponer que, dadas las circunstancias, aquella entrada estuviera atrincherada en ese momento. En su lugar, Balthasar nos llevó en metro hasta Penn Station —un lugar enorme y horrible de techos bajos impregnado de mugre, ruido y puestos de comida rápida— y una vez allí, nos condujo a la parte trasera de un estrecho quiosco, donde la dependienta de la caja registradora le dirigió un gesto con la cabeza, y él abrió una puerta diminuta con un cartel que rezaba SOLO PARA EMPLEADOS. Tras atravesar la puerta, nos adentramos en un corto y oscuro pasillo.

Seguía teniendo el cuerpo tenso a causa de la aflicción y los últimos coletazos de ira. De manera que al principio ni siquiera me percaté, pero con cada paso que dábamos, la sensación se acrecentó hasta inundarme por completo el estómago: una leve sensación de mareo idéntica a la de Londres, aunque no tan intensa, y entonces comprendí que no había sido su depósito de maná, agitándose y sacudiéndose. Allí, simplemente, lo había notado con más intensidad, tal vez debido a los daños. Aquella sensación *era* a la que mamá se había referido, la de la malia con la que se construían los enclaves, aunque no me cabía en la cabeza cómo es que no la notaban a todas horas; cómo podían soportarla.

—¿No lo notas? —le susurré a Aadhya, pero ella se limitó a devolverme la mirada, desconcertada, y cuando se lo expliqué, cerró los ojos y se detuvo un momento, con el ceño fruncido, y a continuación dijo:

—¿Puede? A mí no me parece como si estuviera a bordo de un barco. Es como estar conduciendo, creo, con el motor en marcha.

Chloe se había vuelto hacia nosotras y nos esperaba ansiosamente frente a una arcada al otro extremo. Nos acercamos a ella lentamente, y la arcada nos condujo a un asombroso vestíbulo del tamaño de Kings Cross, repleto de

faroles y arcos y cuyo gigantesco techo abovedado se alzaba sobre columnas de piedra. La disposición era totalmente opuesta al del cuidadoso diseño del jardín mágico de Londres, plagado de inteligentes ángulos ocultos que permitían que el espacio se desplazase hacia donde hiciera falta. Veintiséis arcos enormes salían del vestíbulo, como si condujesen a diferentes andenes de tren, solo que en su interior asomaban las pálidas nubes grises de un cielo revuelto y encapotado, repleto de posibilidades: los famosos portales de Nueva York. El que llevaba a Londres se encontraba totalmente negro, cerrado a cal y canto.

Se trataba de un vestíbulo ciertamente imponente y espectacular, aunque no tenía ni idea de por qué lo habían construido en el interior de un enclave, con el consiguiente desperdicio de espacio. No era como si la ciudad de Nueva York tuviera mucho espacio de sobra. Pero para cuando recorrimos la mitad de la obstinada estancia, que se empeñaba en permanecer exactamente de su tamaño, igual que los interminables pasillos de Londres, me di cuenta de que no había sido así. Aquel era un lugar real. Alguien había construido, literalmente, aquel edificio colosal en el exterior y simplemente lo habían… trasladado al interior. Era tan asombroso como indignante: ¿cómo lo habían hecho sin que nadie se diera cuenta?

La Escolomancia también se había construido de verdad, pero por eso el armazón de hierro de la estructura se había fabricado por partes en las fábricas de Manchester, y se habían enviado luego de forma discreta, y bajo el amparo de la noche, hasta su destino final, donde las habían introducido por las puertas —dondequiera que estas estuvieran, algo que, con suerte, no tardarían en revelarme— y habían ido atornillándolas al resto de la creciente estructura desde dentro. También habían sido empleados numerosos hechizos complejos que habían alentado a las diferentes partes a expandirse durante el proceso. Las aulas más grandes y la cafetería se habían construido a partir de espacio negativo, y todos los muros exteriores habían sido al menos medio ficticios.

Aquel vestíbulo de mármol no se había construido por partes, y tampoco se había agrandado. Cada uno de los centímetros cuadrados del suelo eran tan absolutamente sólidos, que seguramente se podría haber llevado a un mundano a aquel lugar y que este no sufriera ni la más mínima ondulación.

—¿Cómo habéis metido este sitio *dentro*? —le siseó Aadhya a Chloe mientras nos apresurábamos a seguir al padre de Orion.

—¿Qué? —Chloe se volvió y echó un vistazo a su alrededor; ni siquiera se fijó en lo milagroso de todo el asunto—. No es más que la antigua estación

de Pensilvania. El enclave pujó para que se le adjudicase su demolición y luego la trasladó al interior mientras fingían que la derribaban.

—¿Qué sinvergüenza querría demoler este sitio y construir en su lugar el tugurio del que acabamos de salir? —pregunté, incrédula. Chloe se limitó a encogerse de hombros, pero en cuanto la pregunta abandonó mis labios, me asaltó la firme sospecha de que el enclave había hecho que fuera de particular interés para el maleante (ya fuera uno solo o veinte) que les había permitido arrebatarle aquel lugar a la ciudad. Utilizar un edificio erigido para el transporte, con un millón de personas mundanas que habían atravesado cada uno de esos arcos, rumbo a diferentes lugares, con el objetivo en mente de viajar a algún sitio… aquel era un tipo de fundamento psíquico que no podía crearse ni comprarse, por rico que fuera un enclave, y sin duda había facilitado considerablemente la construcción de todos esos portales.

El lugar estaba atestado de magos que iban de aquí para allá casi al mismo ritmo que los mundanos de la estación exterior, invadidos con la misma sensación de urgencia. Unas pequeñas estaciones de vigilancia flanqueaban cada uno de los arcos; unos encantadores cuchitriles de latón y hierro con un único asiento en su interior, pensados claramente para que algún guardia se pasara el día ahí sentado y aburrido. Solo que en aquel momento había diez magos de rostro sombrío y armados hasta los dientes apostados junto a cada una de ellas. El portal de Tokio —que era el que consideraban más probable que usara Shanghái— contaba al menos con treinta guardias y habían instalado delante un enorme muro de acero con pinchos que parecía más apropiado para un asedio medieval. Incluso estaba decorado con cabezas de águila hechas de latón y garras enormes que sobresalían del extremo inferior.

A pesar del nivel de seguridad, nadie le impidió el paso a Balthasar. Distinguir a los guardias no era tarea complicada, pues todos llevaban un uniforme compuesto por una coraza gruesa y empenachada que, sin duda, era muy práctica y estaba diseñada para amortiguar todo tipo de ataques mágicos, aunque les proporcionaba un ligero aspecto de sofás encabronados. Todos llevaban también las mismas armas, unas largas varas de metal con una fina cuchilla de hacha y un cristal de focalización en la parte superior; de nuevo, una idea sensata: si eres capaz de acercarte lo suficiente a un mago enemigo con un objeto físico, a menudo puedes atravesar sus defensas con un hechizo.

Sin embargo, no eran más que carne de cañón: magos a sueldo que trabajaban para el enclave. Los individuos poderosos de verdad no llevaban uniforme. Detecté a media docena sin apenas esforzarme, como si dispusiera de algún instinto que los señalase como posibles amenazas. Había un hombre

guapísimo y peligrosísimo con unos pantalones de cuero rojo y un suéter de cuello alto y manga larga de piel de serpiente de color negro iridiscente que casi parecía fundirse con su piel por los bordes apenas visibles; a un costado llevaba una cuchilla corta que poseía la longitud aproximada de mi antebrazo. Estaba hablando en voz baja con una mujer gorda de pelo gris ataviada con un caftán de seda bordada que se hallaba sentada en uno de los bancos e irradiaba la sensación de haber pasado un verdadero tormento para llegar hasta allí. Sin embargo, cuando ella le contestó, pude sentir su voz literalmente a través del suelo, silenciosa, como si tuviera aferrada toda la estancia, igual que aquel hechizo volcánico que había empleado para separar del mundo a la Escolomancia.

Había un hombre alto apoyado en una de las columnas que leía un ejemplar en papel de *The New York Times*; iba vestido con un traje elegante y anticuado y llevaba sombrero y zapatos de cuero; un reloj de oro pesado y antiguo le adornaba la muñeca y un bastón con una empuñadura en forma de cabeza de lobo le asomaba por debajo del brazo. Por su aspecto, parecía que lo hubiesen trasladado al interior del enclave junto con la propia estación de tren; resultaba tan exagerado que tenía que haberlo hecho adrede. ¿Para desplazarse en el tiempo, quizá? Es una técnica de combate extraordinaria, aunque a la mayoría de las personas les resulta tan intolerable como permanecer en lugares irreales. Por lo que tengo entendido, no puedes retroceder en el tiempo y cambiar cosas; lo que sí puedes hacer es, básicamente, lanzarte hacia el pasado con tanto ímpetu que dejas de estar *aquí* el tiempo suficiente como para volver al momento presente en un lugar diferente, sin tener que preocuparte por moverte físicamente hasta allí y sin inconvenientes tales como los escudos que pueda haber entre las dos ubicaciones.

Vi una chica con las cejas pobladas y el pelo blanco salpicado de mechas verdes y rosas sentada en un rincón del suelo con los ojos cerrados. Iba ataviada únicamente con un vestido negro muy fino de algodón y no parecía llevar ninguna arma encima. Me resultaba vagamente familiar y al cabo de un momento supe por qué: había sido una de las mejores alumnas de último año cuando yo cursaba primero; no se había llevado el título de mejor estudiante de la promoción, pero aun así, se había agenciado un puesto en el enclave después de que el circuito de obstáculos se pusiera en marcha aquel año; había llevado a cabo una demostración para varios alumnos de enclave de último año en la que se había abierto camino a través del circuito sin ayuda de nadie. Como era obvio, no recibí ninguna invitación para presenciar la

demostración, así que no sabía cómo lo había hecho exactamente, pero había cursado la rama de alquimia y junto a ella, en el suelo, se encontraba un frasquito de pociones. Tenía los puños apretados con fuerza sobre el regazo, por lo que sospeché que no le apetecía demasiado repetir la experiencia, al margen de cuál hubiera sido esta.

No obstante, ese es el precio de sacarse de la manga un truco como aquel para poder meter cabeza en un enclave. Esperarán que vuelvas a usarlo en su beneficio cuando lo necesiten. Ese había sido mi plan, o, al menos, así lo creí yo, durante los tres primeros años en el colegio: mi intención había sido la de intercambiar mi poder por una entrada directa a un enclave importante, donde me acogerían y me protegerían durante el resto de mi vida para poder hacer uso de mis habilidades cuando algo terrible ocurriese. Algo como por ejemplo una guerra entre enclaves, y no me hacía falta que nadie me explicase que estábamos al borde de una.

Ninguno de ellos nos detuvo.

—Balthasar —se limitó a decir la mujer del banco con tono grave mientras pasábamos, y le hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante a pesar de que nosotras lo acompañábamos por detrás.

—Ruth, Grover —dijo él, devolviéndoles el saludo a ambos sin aminorar la marcha. Nos condujo hasta una de las estrechas escaleras de latón y hierro que descendían a través del suelo. Nos adentramos en la oscuridad, cegados durante un inquietante instante debido a la claridad del vestíbulo; las sombras se disolvieron en cuanto llegamos al rellano de abajo y nos topamos con el estrecho pasillo enmoquetado de un edificio residencial de la Edad Dorada. Unas elegantes puertas de madera con el pomo en el centro se alternaban con tenues lámparas de pantalla verde con apliques de latón y salpicaban el pasillo de forma irregular.

No era un lugar tan real como el pabellón de transportes de arriba. Apenas tuvimos que dar unos pasos hasta llegar a una puerta señalizada con el número 33. Balthasar la abrió y nos dejó pasar. Me adentré unos pasos antes de percatarme de dónde estábamos y detenerme en seco en mitad de la preciosa sala de estar: nos había llevado a su propio piso. Había supuesto que nos conduciría a alguna sala consistorial, a algún jardín o biblioteca o algo parecido.

Naturalmente, no podía darme la vuelta y decirle: *no, espere, déjeme salir*. Aunque ganas no me faltaron, pues aquel había sido el lugar donde había vivido Orion, aquella había sido su casa, y yo estaba allí y él no. Quería salir huyendo, pero también quería recorrerme el piso de arriba abajo en busca de

cualquier vestigio suyo para así poder guardarlo en mi interior y aferrarme a él como a uno de esos lugares perdidos.

Desde un punto de vista mundano, era un pisito de lo más acogedor, uno de esos que aparecería catalogado como *encantador* en cualquier portal inmobiliario. Pero para los estándares de un enclave, era enorme y disponía de un lujo casi inimaginable como eran las *ventanas*. La pared baja de la sala de estar estaba hecha completamente de paneles de hierro con espejos unidireccionales y al otro lado se veía un jardín, un jardín del *exterior*, del mundo real. Parecía el patio de una casa adosada, de dos metros cuadrados como mucho, pero las paredes de ladrillo estaban cubiertas de hiedra y rosales, y toda la zona se encontraba repleta de macetas con plantas enormes. Imaginaba que las ventanas no podían abrirse —nadie querría tener una abertura que diera de verdad al exterior en su casa del enclave, ya que numerosos mals intentarían acceder al interior—, pero aun así, la luz que se filtraba y la vegetación eran reales.

Una de las paredes estaba completamente cubierta de estanterías y disponía de una chimenea; en frente, un pequeño sofá y dos grandes y cómodos sillones se hallaban dispuestos alrededor de una alfombra lo bastante grande como para que un niño se tumbase encima y jugase. Había fotografías esparcidas por las estanterías y, aunque no estaba lo bastante cerca como para verlas con claridad, me percaté de que en ellas salía alguien con el pelo plateado.

—Poneos cómodas —dijo Balthasar, una invitación para abrirme el pecho en canal, tal y como a mí me gustaba—. Voy a buscar a Ophelia. Chloe, ¿te importaría ayudar a las chicas con la despensa, por si les apetece tomar algo?

No me apetecía nada que pudiera sacarse de una despensa. Dejé que Chloe abriera la elegante y antigua alacena de la pared y les enseñase a las demás una hilera de cajones iluminados que habrían sido idénticos a las vitrinas expendedoras de las que disfrutábamos todos los años durante el Festival si estas hubieran estado repletas de comida deliciosa y apetecible de verdad, y si en lugar de encontrarse prácticamente ennegrecidas tras soportar un siglo de mugre y óxido, su aspecto fuera totalmente resplandeciente. En cambio, yo salí al pasillo lentamente y me dirigí hacia la puerta cerrada del fondo. Pasé junto a una puerta corredera entreabierta que daba a lo que parecía ser el interior de un garaje, el taller donde el padre de Orion había intentado mantenerlo ocupado, según me había contado. A mi derecha había otra puerta entornada, donde un espejo dejaba entrever una cama grande con dosel; las colgaduras de terciopelo gris y las mosquiteras resplandecían

ligeramente, y cuando me detuve para echar un vistazo, el espejo se nubló de forma inquietante y a mí me dio la sensación de que algo en su interior empezaba a devolverme la mirada, aunque Tesoro profirió un chillido alarmado de advertencia y yo me apresuré a seguir adelante antes de que aquella cosa tomase forma del todo.

Permanecí frente a la puerta cerrada durante un buen rato. No quería abrirla. Tenía tantas pocas ganas de abrirla como había tenido de abrir el hueco de mantenimiento de la Escolomancia y bajar hasta el salón de grados, donde supuestamente me esperaban Paciencia y Fortaleza. Nadie me iba a obligar a abrir aquella puerta; la Escolomancia no iba a obligarme a pasar por ello. Pero la abrí de todas formas, ya que tampoco podía alejarme, y no había nada más que pudiera hacer.

Orion no se encontraba allí. En ningún sentido. La habitación era prácticamente idéntica a una de las páginas de la revista del avión con anuncios de juguetes para niños: un bate, una pelota de béisbol, un balón de fútbol, una pelota de baloncesto, un aro en la parte posterior de la puerta, un balón de fútbol americano, una raqueta y unas pelotas de tenis todavía en el recipiente de plástico, otra pelota, una caña de pescar, dos cámaras diferentes, un coche teledirigido, tres sets de Legos y cinco de ciencia, una tele colgada en la pared con varios estantes debajo donde había por lo menos cuatro consolas, un ordenador sobre el escritorio con un monitor gigantesco, estanterías repletas de libros perfectamente ordenados y una hilera de peluches.

Y hasta el último de los artículos estaba intacto, como si siguiera en aquel anuncio, a la espera de ser enviado a algún crío afortunado que fuera a usarlo en cuanto alguien lo desempolvase un poco. Los sets seguían envueltos en celofán.

Lo único de la habitación que mostraba señales de que se hubiera usado, además de la cama, era una caja de cartón grande bastante hecha polvo y repleta de armas que había en un rincón. A primera vista, podrían haber parecido juguetes también: las espadas, con el tamaño adecuado para un niño; el látigo enrollado; el surtido de mazas y mayales. Pero no eran juguetes. Lo cierto es que algunas de ellas todavía tenían manchas de vísceras de intenso color púrpura, que es lo que pasa cuando no limpias de forma adecuada las superficies corpóreas de tu arma después de haberla usado para matar a un mal de tipo psíquico, cosa que, basándome en mis recuerdos del interior del cuarto de Orion, no me extrañaba nada.

Me dolía contemplar aquello y ver todo lo que él me había contado, todo lo que Chloe me había contado, y yo me había negado a creer. *Lo único que me interesaba era cazar*, había insistido Orion. Chloe y los demás alumnos de último curso de Nueva York me habían ofrecido, literalmente, una plaza en el enclave, su baza más importante a la hora de conseguir asistencia y recursos para la graduación, solo porque Orion se había hecho amigo mío dos semanas antes. También habían intentado asesinarme, en *gran parte* por accidente, porque tenían la sospecha de que era una maléfice que estaba encantándolo. Pero ahora aquello no me importaba tanto como la inminente posibilidad de que, después de todo, hubieran tenido motivos reales para preocuparse.

Aquella había sido la vida de Orion, aquella horrible y estéril habitación llena de plástico y desesperación, un cúmulo de ofrendas que sus padres le habían llevado para intentar convertirlo en una *persona normal*, y que, en cambio, había servido solo para que él mismo reconociera que no lo era. Y me habría gustado seguir odiándolos por aquello, pero no podía odiarlos por eso y también por haber dejado que un niño de diez años fuera a cazar maleficaria. No eran dos opciones compatibles, aunque tenía la angustiosa sensación de que tampoco podía escoger entre una y la otra.

Pero si no podía echarles la culpa… entonces se me escapaba algo, no entendía el abismo enorme entre el Orion que había vivido en aquella habitación y el Orion que había conocido yo, el chico que se había hecho amigo mío porque no le hacía la pelota, el que discutía conmigo durante el almuerzo cuando le decía que hiciese los deberes y llevaba la cuenta, chuleándose, cada vez que me salvaba la vida; el chico que me había escuchado, se había preocupado por mí y me había *querido*. Me había dicho: «El, eres lo único decente que he deseado», y yo no había querido creerle, o, a lo sumo, había querido creer que lo habían educado así. Pero si era cierto, entonces ignoraba cómo unir sus dos facetas, la que sus padres y amigos habían experimentado y la que había experimentado yo. Era un rompecabezas al que le faltaba una pieza enorme, y me quedé contemplando la habitación como si, después de todo, pudiera salvarlo de algún modo si ahora, demasiado tarde, hallaba dicha pieza.

—¿El? —dijo Balthasar, y yo volví la vista hacia el pasillo. Se encontraba al otro extremo. Cerré la puerta de Orion (ni siquiera había soltado el pomo) y volví hacia la sala de estar. Me resultó extrañamente difícil, mis pasos se volvieron, uno tras otro, cada vez más lentos, prolongándose casi como si volviera a estar en las escaleras de la Escolomancia. No era más que un pasillo corto dentro de un piso pequeño, no podía dilatarlo demasiado, pero

tardé todo lo posible; no quería llegar al otro extremo y ni siquiera entendí por qué hasta que llegué a la sala de estar y vi a la madre de Orion hablando con mis amigas. Se volvió hacia mí cuando entré, y entonces comprendí, con claridad meridiana, el origen de Orion.

Era una maléfice.



Siempre he tenido muy buen olfato para distinguir a los maléfices. Sabía que Jack era un chupamaná con las manos manchadas de sangre incluso cuando el resto de nuestro curso pensaba que era un tío majísimo, afable y generoso. Sabía que Liu coqueteaba con la malia —de un modo mucho más contenido— mientras los demás simplemente la consideraban una chica distante y rara.

La malia no es como las drogas. Cuando empiezas a hacer tus pinitos con ella es cuando deja rastro: las uñas de los dedos ennegrecidas, los ojos con un velo blanco como la leche, un aura desagradable y cosas así. Mamá lo llama síntomas de lesiones en el ánima, que es la palabra incorrecta que empleamos para referirnos a lo que sea que poseemos los magos que nos permite, a diferencia de los mundanos, crear y almacenar maná. El término tiene tanta validez científica como el éter o los cuatro elementos o la teoría de los humores —un buen número de magos han acudido a la medicina o la neurociencia para intentar hallar el ánima, aunque nadie ha tenido demasiada suerte todavía—, pero a todo el mundo le repatea no tener un nombre para ello, así que se le llama ánima. Lo que sí sabemos es que cuanto más usas la malia, más dañas el ánima, al margen de lo que sea esta, y más difícil resulta crear y almacenar maná. A veces, algunas personas que sufren ese tipo de

daño acuden a la comuna para que mamá las ayude. Ella no les presta la ayuda que andan buscando realmente; no les realiza limpiezas espirituales ni los cura para que vuelven a marcharse y hacer de las suyas. Lo que hace es darles la oportunidad de pasar con ella los meses o años que sean necesarios saldando su deuda en el bosque. La mayoría vuelve por donde ha venido, pero unos pocos se quedan y aguantan.

Sin embargo, cuando te comprometes de lleno a llevar un estilo de vida maléfice, cuando dejas de generar maná por tu cuenta y pasas a utilizar malia exclusivamente, el camino se allana enormemente. Los maléfices comprometidos con la causa no tienen que preocuparse de que la gente note una sensación de incomodidad estando con ellos ni ningún otro signo externo, al menos no hasta que cruzan la lejana línea de meta y su desgastada fachada externa se desprende; entonces, todos los años de contaminación psíquica acumulada quedan expuestos de golpe y ellos toman su forma final, como los vetustos hechiceros y las horribles arpías que aparecen en los cuentos de hadas machacando huesos en un mortero. Es un misterio que nadie va a resolver: ¿tienen ese aspecto porque es lo que le viene a la gente a la cabeza cuando piensa en un *mago malvado*, o los cuentos existen porque en esa etapa los maléfices están lo bastante desesperados como para ir tras los mundanos, costándoles cada vez más y más y teniendo que emplear métodos cada vez más grotescos para extraer la malia suficiente de las desafortunadas víctimas y no desmoronarse del todo?

Desde luego, Ophelia no se encontraba en la etapa final. Curiosamente, tampoco es que fuera particularmente hermosa, como suelen serlo la mayoría de los maléfices hasta que ya no lo son. Aunque bien conservada, era una mujer de mediana edad normal y corriente, con una complexión delgada que sugería que hacía ejercicio todos los días y cuidaba su alimentación; tenía el pelo corto y castaño y unos ojos de color gris claro horriblemente parecidos a los de Orion, y llevaba ropa mundana elegante y una capa ligera de maquillaje caro. O mejor dicho, esa era la mujer que parecía ser. En la comuna, muchos de los vecinos adoptaban una actitud de desdén cuando esas mujeres acudían a las escapadas de yoga de fin de semana y yo me alegraba de no ser la única que rezumaba desdén por una vez. Pero mamá siempre decía que el autocuidado era bueno, al margen de cómo decidieras hacerlo.

Eso no era lo que estaba haciendo Ophelia. Ella simplemente llevaba puesto un disfraz, como si fuera camuflaje. Y era un camuflaje la mar de bueno. Aadhya, Chloe e incluso Liesel sonreían, encantadas y complacidas por el recibimiento, hasta que me vieron la cara. Aadhya se metió la mano en

el bolsillo de inmediato, supongo que porque tenía guardado algún artificio protector, y Liesel retrocedió un paso, preparada para lanzar un hechizo ofensivo desde detrás de un escudo. La pobre Chloe adoptó una expresión casi cómica de horror.

Ophelia también sonreía, hasta que se volvió hacia mí y me vio el semblante; entonces, se quedó inmóvil un momento.

—En fin, supongo que eso me facilita las cosas —dijo en un tono enérgico, plegando la sonrisa y guardándosela, igual que un impermeable que resulta innecesario cuando el tiempo cambia—. Pero te habrás pegado un buen susto. ¿Prefieres que vayamos a un sitio más público?

Lo que prefería era alejarme de ella todo lo posible, deseo que se acrecentaba con cada segundo que pasaba. No era como Jack. Jack había sido un parásito diminuto y patético que únicamente había intentado abrirse paso a mordiscos para sobrevivir. Ophelia era un cúmulo de oscuridad en medio de un cielo despejado, un hongo nuclear expandiéndose en el horizonte, con todo el poder del enclave de Nueva York a su alcance. Era aquello en lo que había intentado evitar convertirme toda mi vida, y no se me ocurría nada que pudiera hacer contra ella. Ansiaba desesperadamente un océano de maná; si, en ese momento, Alfie me hubiera vuelto a ofrecer el prestamagia a cambio de tener que aguantarlo pegado a mí durante toda su vida, habría aceptado sin vacilar: sí, venga, dámelo; sí, date prisa, por favor.

—Respira hondo —me aconsejó Ophelia al ver que no le contestaba—. No tengo intención de ponerme a pelear en mi salón. En el peor de los casos, destruirás mi enclave. En el mejor, acabarás muerta. Y no quiero que mueras. ¿Por qué no te sientas? ¿Te apetece un té?

Pronunció aquello adoptando el aire de una profesora de primaria moderadamente hastiada; ni siquiera vaciló al comentar que tal vez yo acabase destruyendo el enclave o ella terminase matándome. Incluso me ofreció el té exactamente del mismo modo que lo ofrecían siempre los estadounidenses, es decir, con un leve matiz que dejaba entrever que en realidad no entendían *por qué* iba a apetecerme un poco de té, aunque sabían que era apropiado ofrecérmelo. Por extraño que pareciera, resultaba incluso tranquilizador. Aunque no lo suficiente como para que quisiera sentarme a tomar una taza y fingir que no había una criatura peor que un milfauces delante de mí.

—¿Ha sido *usted* la que ha destruido los enclaves? —solté, a un tris de ser presa del pánico.

Ladeó la cabeza.

—Hablas en serio, ¿no? —Me la quedé mirando—. No, no he sido yo.

Ni siquiera intentó decirlo de forma convincente; no usó un tono indignado ni tampoco urgente. Lo dijo sin más, dejándome con la humillante sensación de que estaba siendo una idiota: ¿de qué iba a servir que lo confirmase o lo desmintiese? Si había sido cosa suya y no quería que yo me enterase, podía mentir sin la menor dificultad. Por otra parte, si me hubiera dicho que *sí* había sido ella, podría estar mintiéndome también en interés propio. No iba a sacarle ninguna información; me había contestado por educación.

¿Y si *era* ella la que estaba destrozando enclaves? No me habría extrañado nada. No habría tenido ningún problema en asolar Londres para que no pareciera que Nueva York estaba detrás cuando ella atacó a Pekín. Pero ¿y qué? ¿Acaso iba a anunciar yo a bombo y platillo que pensaba echar abajo sus malvados planes? En el mejor de los casos, si conseguía convencerla de que lo decía en serio, se me echaría encima de inmediato, claro, y yo me encontraba en el interior de su enclave, en su propia casa, con una parte bastante significativa de todas las personas que me importaban —y hostia puta, Liesel se había *colado* de algún modo en ese grupo, así que la próxima vez aprendería a no tirarme a alguien que no quería que me cayese bien— a tiro. No se me ocurría cómo iba a sacarnos a todas de allí si a Ophelia le daba por querer retenernos; al menos no se me ocurría nada que no incluyera volverme como ella, o incluso peor.

Esperó lo suficiente para que asimilase todo aquello, obligándome más o menos a sofocar mi emergente sentimiento de pánico, y luego añadió:

—Balthasar me ha comentado que quieres volver a la Escolomancia.

Y así era, pero no pensaba aceptar nada de aquella mujer.

—Ya me las apañaré —dije—. Nosotras ya nos vamos.

Lanzó un suspiro muy leve.

—Me parece que no. No os queda mucho tiempo y no conseguiréis el maná necesario en ningún otro sitio.

Me dispuse a decirle que no pensaba aceptar ni una gota de lo que ella llamaba maná, pero Liesel intervino:

—¿Por qué no nos queda tiempo? —exigió saber, y su pregunta me detuvo, porque estaba claro que era algo que necesitaba saber.

Ophelia se dirigió al sofá más cercano y se sentó; alargó la mano y tomó el vaso de agua que la esperaba en la mesita de al lado, lo bastante frío como para formar gotitas a los lados.

—Mantener en funcionamiento la Escolomancia requiere unos cincuenta lilims por plaza al día.

Parecía una cifra disparatada. El maná no se cuantifica a escala individual; es demasiado inestable para eso. Las mismas treinta flexiones que un día te proporcionan el maná necesario para crear un hechizo escudo, resultan insuficientes para encender una vela al siguiente. Uno genera la máxima cantidad posible y cuando le hace falta lanzar un hechizo, o tiene el maná suficiente o no. Pero a una escala como la que maneja un enclave grande, puedes calcular un promedio entre los dos mil magos que trabajan para ti todos los días sin descanso y entonces elaborar presupuestos y trazar planes. Y en dichos presupuestos, cincuenta lilims equivalen más o menos al maná que le entregarías al año a un mago a sueldo del enclave; dos veces más que lo que serían capaces de generar por su cuenta si no trabajasen para el enclave. Así que estaba diciendo que en el colegio entraba cada día una cantidad de maná ridículamente obscena.

—Y tu plan funcionó —prosiguió Ophelia—. Todos los censos de maleficaria del mundo han informado de un gran descenso de avistamientos durante la última semana, desde la graduación. El censo de Tokio se ha actualizado esta mañana, y ha mostrado un descenso del noventa y dos por ciento desde la semana anterior a la graduación. Con los ataques a los enclaves, muchos quieren olvidarse del colegio de forma permanente y concentrar todo el maná en casa. Ya ha habido quince enclaves menores que no han presentado su contribución para este mes. —Meneó la cabeza como si aquel dato la decepcionase—. Por suerte, los enclaves más grandes no pueden retirarse tan fácilmente. Cualquiera con más de cinco plazas tuvo que firmar en su día contratos de larga duración, y no pueden detener el flujo de maná a menos que el Consejo Superior decida cerrar el colegio. Pero tal y como están las cosas en este momento, casi la mitad del suministro de maná del colegio se habrá agotado para la semana que viene.

No hizo falta que lo explicara con más detalle: si la Escolomancia requería tanto maná para mantenerse en funcionamiento cada día, era imposible que yo reuniese la cantidad suficiente por mi cuenta para volver a entrar. Ni siquiera podría llevar a cabo una tentativa, fracasar en mi empeño, cambiar de idea y volver para pedirle, después de todo, que me prestase el maná. Ni el enclave de Nueva York sería capaz de prestarme lo suficiente para abrirla de nuevo en cuanto los demás dejaran de suministrar maná.

Aunque eso tampoco significaba que el colegio entero fuera a desaparecer. Si lo que evitaba que un lugar se deslizase hacia el vacío era el

maná y los recuerdos, entonces habría zonas de la Escolomancia que no se desvanecerían hasta dentro de años o incluso décadas. Y Paciencia se colaría en uno de esos reductos y permanecería allí mientras siguiese en pie, haciendo la digestión lentamente.

—Yo misma he estado intentando reunir un equipo que entre en el colegio —continuó Ophelia—. Me está costando mucho encontrarlo, y eso que a estas alturas ya estoy ofreciendo a cambio plazas en el enclave. Así que te aseguro que *no* quiero pelearme contigo. Quiero que hagas lo que tenías intención de hacer de todos modos.

—¿Por qué? —inquirí. Si tenía el morro de decirme que era por Orion, porque lo quería y pretendía acabar con su sufrimiento…

No fue el caso. Se limitó a ladear la cabeza ligeramente, como un rapaz de ojos claros examinando una posible presa.

—¿Acaso importa? —preguntó, aunque lo que en realidad estaba preguntando era: *¿Tengo que contarte otra historia para explicártelo?* Sentí náuseas. Ojalá me hubiera dicho que lo hacía por Orion, después de todo.

Podría haber dicho: *No, gracias, deme lo que necesito y me marcharé*, para alejarme de ella de una vez, de la horrible certeza de que aquella había sido la vida de Orion, el terreno envenenado en el que había tenido que crecer. Quería marcharme y llevar a cabo algo simple y manejable como abrirme paso a través de una horda de maleficaria y eliminar al milfauces más grande del mundo. Pero no podía hacer eso.

—Sí —respondí—. Sí que importa. No voy a ayudarla a volver a vincular la Escolomancia y meter de nuevo a todos los maleficaria del mundo para que su enclave pueda conservar el poder que representa.

Lanzó un resoplido, como si hubiera dicho algo gracioso.

—¿El poder? Es un sumidero de maná gigante. Estamos contribuyendo con más del doble de lo que nos corresponde, cubrimos todos los déficits. Pero sigue siendo una infraestructura descomunal de vital importancia y la única solución a largo plazo de la que disponemos. La tuya es solo temporal. Dentro de sesenta años la tasa de mortalidad infantil volverá a ser del setenta y cinco por ciento y entonces tendremos que construir otra Escolomancia. Prefiero no deshacerme de la que ya tenemos. Cuanto menos, deberíamos conservarla en un nivel de funcionamiento mínimo hasta que nos haga falta de nuevo. Lo que de verdad me gustaría es hacer uso de ella y hallar la forma de repetir tu táctica de forma regular, pero por lo que nos han contado —señaló a Chloe con la cabeza— no es algo que vaya a ser fácil.

—Un momento —dijo Liesel bruscamente—. ¿Por qué dentro de tan poco? Calculamos que harían falta más de cien años para alcanzar una tasa de mortalidad del cincuenta por ciento. Por eso valió la pena sacrificar el colegio entero…

—Supongo que llevasteis a cabo los cálculos con una tasa de creación de maleficaria invariable —repuso Ophelia—. No es invariable. Cuantos más magos haya (y vosotras acabáis de salvar a un buen número de ellos), más mals habrá.

—¿Por qué el hecho de que sobrevivan más magos iba a equivaler a un aumento de mals? —dije—. Los *mataremos*.

Me dirigió una mirada que no era del todo compasiva, pues no disponía de la compasión suficiente como para adoptarla.

—Generaremos más mals de los que seremos capaces de matar. ¿Creías que eran obra del típico maléfice chalado que se carcajea en su laboratorio o de simples descuidos? Los mals se crean al hacer trampas, ¿no te acuerdas? *Nunca se debe usar maná que no haya generado uno mismo. Toda utilización de malia provoca la creación de maleficaria*. Aparece en la primera página de todos los libros de texto, en el manual de orientación para los alumnos de primero y en el contrato que se firma antes de entrar en el colegio.

Me acordaba, y de forma bastante amarga, porque todo el mundo ignoraba esa parte. La auténtica razón por la que nadie utilizaba malia en el colegio era porque no había demasiadas formas de conseguirla. En el exterior, casi todo el mundo hace trampas de vez en cuando: extraen el poder de las hormigas o de los escarabajos, dejan seca una enredadera o un trozo de hierba, sin reparar jamás en el daño que provocan. Mamá no me dejaba hacer este tipo de cosas, pero la mayoría de los padres emplean ese método ellos mismos.

Ophelia asintió.

—Cuando alguien necesita un poco más de maná del que dispone, lo roba de algún sitio… Parece una tontería, pero uno acaba con un flujo de maná negativo. Y cuando dicho flujo negativo crece lo suficiente, se crea un mal. No es ningún secreto. Pero la gente sigue haciéndolo de todas formas. —Alzó las manos hacia el cielo.

—¿Tengo que reírme? —dije, invadida por la rabia al verla ahí sentada, en apariencia exasperada con los demás, con unos críos que empleaban un pellizquito diminuto de malia debido a la desesperación…

Ophelia hizo una pausa.

—¿Por qué crees que lo hice?

—¿El *qué*? —gruñí—. ¿Convertirse en *maléfice*? Supongo que quería el puesto de Domina. ¿La hace eso mejor que a un pobre crío que hace trampas de vez en cuando para poder sobrevivir hasta la mayoría de edad?

Por el rabillo de ojo, vi que Chloe se encogía de forma involuntaria y se llevaba una mano a la boca; ya había estado bastante angustiada antes de que acusara abiertamente a la persona más poderosa de su enclave de ser una bruja malvada. Aadhya tenía mala cara. Liesel las había instado discretamente a que se colocaran en el extremo más alejado de la habitación, junto a Balthasar, supongo que porque si la cosa pasaba a mayores, era mejor no encontrarse al alcance de Ophelia.

Y el propio Balthasar… no estaba en absoluto sorprendido, según parecía. Simplemente nos miraba a ambas —sobre todo a *mí*— con una expresión como de triste preocupación; sí, qué lástima que me hubiera dado cuenta de que su mujer era un monstruo, era una pena que me resultara tan perturbador…

—¿Sabes, El? Voy a arriesgarme a decir que no conseguiste encerrar a la mitad de los mals del planeta con el maná que generaron todos los alumnos del colegio de forma honesta —dijo Ophelia con el tono mordaz de una adulta que se ha hartado de que una cría irracional le berree en la cara—. Seguro que alguno de ellos usó un hechizo de obligación para que otro le hiciera el trabajo pesado o le robó una pizca de maná a su mejor amigo mientras este dormía sobre una mesa de la biblioteca. Solo porque después te lo entregasen a ti no significa que supusiera alguna diferencia para el universo. Solo supone una diferencia para *ti*.

Fue un mazazo agudo y certero; desde luego, era cierto, y yo lo sabía, pero las únicas respuestas que me venían a la cabeza eran equivocadas: que no lo había sabido con seguridad, que yo no había hecho nada de eso, que mi intención había sido lo bastante buena como para justificar el uso de ese maná, que ella era peor.

Ophelia me dedicó una sonrisa carente de alegría, una fina esquirla de invierno.

—Mi motivación no era el poder. Soy miembro del enclave de Nueva York. Aquí hay maná de sobra. Todos con los que trabajo en el laboratorio dejan que me abastezca de ellos y luego se les devuelve el doble.

Me la quedé mirando horrorizada, imaginándome la escena vívidamente: un puñado de pobres desgraciados dejando que una maléfice les chupara el maná, cruzando los dedos en cada ocasión para que no se pasara de la raya y los dejara secos.

—¿Así que se deshizo de su ánima a propósito? ¿Lo de tener escrúpulos resultaba demasiado inconveniente?

—El ánima y los escrúpulos no están en modo alguno relacionados —dijo, una afirmación contundente que no me tragué ni por un segundo—. La clase de maléfice que se pone a asesinar a los demás de manera deliberada jamás los ha tenido. Pero los magos psicópatas no son el auténtico problema. El problema es que todo el mundo *hace trampa*. Y entonces se generan más mals y nuestros hijos mueren, pero la gente sigue haciendo trampa, porque ambas cosas están demasiado desconectadas entre sí. Uno puede vivir toda su vida sin hacer trampa ni una sola vez, como intentas hacer tú, y aun así su hijo tiene las mismas posibilidades de acabar devorado; mientras tanto, otra persona hace trampa todos los días y su hijo consigue salir adelante. La única solución que hemos encontrado hasta ahora para eso son los enclaves.

—Enclaves que se construyen con *malia* —dije, malia que sentía incluso ahora, las sutiles y desagradables sacudidas que seguía notando debajo de los pies.

Ni siquiera se molestó en negarlo.

—Es una cuestión de números —dijo en cambio—. La cantidad de malia que hace falta para construir un enclave y mantenerlo en funcionamiento puede parecer elevada, pero sigue siendo menor que la que se emplearía si no existiera el enclave y esos mismos magos hicieran trampa por su cuenta, intentando sobrevivir. La economía de escala se aplica también a la magia. Y la mayoría de los magos que pertenecen a un enclave no hacen trampa, ya que no lo necesitan. Pero los enclaves… —Se interrumpió, mirándome, y curvó la boca un instante, una flexión en su comisura—. Los enclaves tienen sus costes particulares. Y puede que los magos de los enclaves no hagan trampa, pero tampoco quieren compartir lo suyo con nadie. Por cada plaza nueva que añadimos y cada persona que contratamos estalla una disputa, ya que nadie quiere ceder ni un centímetro cuadrado de su espacio. Y cada año sobrevivimos más, por lo que la situación empeora. Nos hacen falta soluciones mejores.

—Lo que busca es un modo más eficiente de emplear la malia, ¿no? —dije, sintiendo náuseas. Me negaba a creer que hablara en serio, pero había algo terriblemente plausible en todo aquello. Era cierto que a un miembro del enclave de Nueva York no le hacía falta emplear malia. Se había deshecho de su propia ánima a *propósito*, probablemente por algún hechizo desproporcionado y horrible, o tal vez para poder manejar la malia sin tener que preocuparse por salir herida. Y seguramente limitaba su empleo de

manera tan cuidadosa como había hecho Liu, sin tomar jamás más cantidad de la estrictamente necesaria, rechazando los beneficios adicionales que se le ofrecían. Eso explicaba por qué su aspecto no era el de una maléfice, en ningún sentido.

Se había convertido a sí misma en algo así como la Escolomancia. Al colegio no le importábamos de forma individual; no había sido capaz de implicarse de forma individual. Las cifras habían sido su única preocupación, por lo que nos había hecho pasar sin miramientos por un proceso inhumano de triaje, manejando la situación como buenamente había podido. Pero Ophelia ni siquiera se creía la ridícula e inverosímil mentira que el colegio se había tragado, la enajenada ambición que se había grabado demasiado eficazmente sobre su acero y latón, la que lo había llevado a aprovechar la oportunidad que Orion y yo le habíamos brindado: *la de proteger a todos los niños dotados de sabiduría del mundo*. Ella no pensaba hacer eso. Ophelia entendía perfectamente que algunos niños debían morir.

Ophelia suspiró. Dejó a un lado su vaso de agua fría, se puso en pie de nuevo y se acercó hacia mí; la tensión se apoderó de mi cuerpo, pero la mujer se detuvo a un brazo de distancia y me miró a los ojos.

—El, se nota que eres buena chica —dijo. Era probablemente la primera vez en toda mi vida que alguien me decía aquello con sinceridad; ¿no era maravilloso que para conseguirlo hubiera tenido que toparme con alguien absolutamente horrible?—. Me alegro de que Orion te conociese. Aunque no te lo creas, lo quiero. Siempre quise que fuese feliz. Si yo hubiera podido hacerlo feliz… lo habría hecho. —Su rostro vaciló de forma extraña, casi más desconcertado que triste, como si le costara creerse sus palabras—. Aunque eso es parte del problema, desde luego. Los hijos hacen que sea más sencillo ser codicioso. Creemos que lo correcto es proporcionarles todo aquello de lo que podamos echar mano, a pesar de ser conscientes de que todo lo que les damos se lo estamos quitando a otro.

Entonces me tendió una cajita cuadrada y plana, del tamaño aproximado de una polvera de maquillaje: una caja que hacía un momento no tenía en las manos, con el símbolo del enclave grabado: las puertas y el destello estelar detrás.

—No puedo obligarte a volver a la Escolomancia si no quieres. Pero sí puedo proporcionarte el maná y la localización. Nadie más irá. Así que depende de ti.



Lo que debería haber hecho, y lo sabía perfectamente, era devolverle la caja, salir corriendo y olvidarme de todo el asunto. Pero no podía. No podía alejar a Orion de Paciencia, al igual que no podía alejarlo de Ophelia. Era incapaz de reescribir su vida, de sacarlo de la cuna, cruzar el océano y llevárselo a mamá o a alguna persona decente. Ni siquiera podía retirar todas las borderías que le había soltado. De haber podido, lo habría hecho; el recuerdo de cada palabra me taladraba el cerebro como un martillo hidráulico. Yo le había caído bien desde el principio porque no había intentado hacerle la rosca, pero podría simplemente haber sido maja y ya está, sin querer sacarle nada, y seguramente de esa forma también habríamos acabado siendo amigos. Pero era demasiado tarde. Lo único que podía hacer ya por él era matarlo, junto a todos aquellos que se encontraban atrapados en el interior de Paciencia. Así que tenía que hacerlo. Debía hacer lo único que podía hacerse por él.

De forma horrible, casi me alegraba de que no hubiera conseguido salir, ya que *no* habría venido a buscarme. Ophelia no lo habría retenido con muestras de amor ni apelando a su lealtad y sentimiento de culpa. Lo habría retenido a cualquier precio: utilizando una obligación o un collar o lo que hubiese hecho falta. Después de todo, Orion era una de esas soluciones que había mencionado ella. No podía pedirse nada mejor. Una extraordinaria máquina de matar mals que volvía a depositar el maná en las arcas del enclave. *No* le creía. No creía que hubiera hecho feliz a Orion de haber podido. Como mucho, podía creer que la felicidad de Orion habría sido para ella un extra agradable, y que le apenaba no haber hallado la forma de conseguirla, con todos esos juguetes que le había comprado, los amigos obedientes y las fichas de estudio. Pero no pensaba que hubiese elegido hacerlo feliz si realmente hubiera tenido que elegir entre su felicidad o usarlo en beneficio propio.

De lo contrario, seguramente no le habría tocado un hijo como él. Un cazador de monstruos que arriesgaba la vida por cada desconocido con el que se topaba; quien, además, había sido un *buen chico* que había intentado complacer a sus padres y ser amable con los demás niños, incluso cuando estos solo querían aprovecharse de él; había estado absolutamente convencida de que sus padres y su enclave lo habían obligado a comportarse así, pero desde luego a Ophelia ese tipo de cosas le traían sin cuidado. Después de todo, era algo que había nacido del propio Orion. Del mismo modo que

mamá, una mujer de infinita bondad, había acabado teniendo una malhumorada y letal hechicera como hija, Ophelia había engendrado a un héroe noble y abnegado que jamás en su vida había actuado movido por el interés, que no había hecho más que rescatar críos de forma indiscriminada, sin que le preocupase en absoluto el hecho de que la balanza quedase desequilibrada. Que había sido amable incluso con la chica que le había echado la bronca por haberse atrevido a salvarla.

Y si hubiera conseguido salir de la Escolomancia y no hubiera venido a Gales… Habría pasado de él, movida por un sentimiento egoísta de orgullo; me habría dicho a mí misma que me daba igual y habría fingido que no lo lamentaba. Lo habría abandonado a su suerte, presa de su madre y del enclave. No podría haber contado conmigo para que fuese a salvarlo.

Tal vez, muy en el fondo, había sabido qué era lo que se iba a encontrar si salía del colegio. Seguro que Ophelia había mantenido las apariencias frente a él; además, Orion no había sido capaz de distinguir a un maléfice del pomo de una puerta. Tal vez, al final, lo había adivinado. «La Escolomancia es el mejor sitio en el que he estado», me había dicho. Ahora sabía el motivo. Y ahora sentía, invadida por un dolor horrible y punzante, que tal vez —cuando llegó la hora de la verdad— Orion había *elegido* no volver a casa. Había elegido llevar a cabo un último acto de autosacrificio, dándose la vuelta para enfrentarse a un monstruo indestructible, para evitar volver a casa con el monstruo contra el que no soportaba luchar. No sabía si aquello era cierto, pero me parecía nauseabundamente posible, de un modo que aclaraba la pregunta que seguía sin poder responder, que no me había permitido formular: *¿Por qué no había salido?*

Pero si no me había hecho esa pregunta era, en parte, porque resultaba inútil. El por qué no importaba, ya no. No había conseguido sacarlo. Ya no podía salvarlo. Pero aun así debía volver y hacerle un último favor. Y después de eso… tendría que decidir si debía volver aquí e intentar destruir a Ophelia. A estas alturas, estaba más que convencida de que era ella quien estaba destruyendo los enclaves. Si su problema con los enclaves era que los miembros se negaban a compartir los recursos, una estrategia excelente era aterrorizarlos a todos con la amenaza de un misterioso maléfice que iba a destruir su enclave sin previo aviso. ¿Era aquella justificación suficiente para cargármela? ¿Si era ella la responsable de matar a toda la gente del enclave de Bangkok, a la gente de Salta, a aquellos que habían muerto en Londres y Pekín? Aunque no pudiera asegurarlo, tarde o temprano, haría *algo* absolutamente horrible.

Me imaginaba a mi madre apoyándome la mano en la frente para hacer desaparecer ese pensamiento, para hacer desaparecer todos aquellos pensamientos. Pero mamá no estaba allí conmigo, y ni siquiera podía llamarla, ya que si lo hacía, me diría lo que yo ya sabía, que no debía aceptar nada de Ophelia. Y no podía soportar oírle decir eso porque sabía que tenía razón. Pero aun así era incapaz de devolver la caja que iba a proporcionarme la única posibilidad de hacerle a Orion aquel último y desagradable favor.

Ophelia estuvo observándome un rato, supongo que para asegurarse de que no iba a lanzarle la caja a la cabeza o a arrojarla contra las ventanas, pero cuando pasó el tiempo suficiente y seguí con la caja en la mano, imaginó que iba a quedármela, lo que al parecer así era. Nos dirigió un educado asentimiento de cabeza, fue a darle a Balthasar un breve beso, como cualquier esposa afectuosa, y le dijo:

—Tengo que volver al consejo.

Tras aquello, salió del piso sin decir nada más ni mirar atrás.

Balthasar nos acompañó a la salida; incluso nos ofreció usar uno de los portales.

—No —dije de forma rotunda, sin molestarme siquiera en abrir la caja y averiguar a dónde me dirigía. Lo único que quería era salir de aquel lugar de una vez, y si para ello debía tomar un vuelo intercontinental de treinta horas, ¿qué más daba?

Chloe se vino detrás, lanzándome miradas de profunda ansiedad. Supongo que quería hacerme un montón de preguntas sobre su futura Domina. Pero no tuvo oportunidad. Nos acompañaron hasta la salida y Balthasar dijo:

—No tardarán en cerrar el perímetro. El…, gracias de corazón por venir. Me alegro mucho de haberte conocido. —Vaciló un instante y luego añadió —: Sé que todo te habrá parecido muy confuso…

En aquel momento, me di la vuelta y me alejé de él y de Chloe, antes de darle la oportunidad de que me explicara con toda sinceridad que las intenciones de Ophelia eran buenas y que le encantaría hablarme de los excelentes planes que tenía para mejorar el mundo. Debía de tener verdadera fe en ella: él ya era un miembro poderoso del enclave, de manera que no se había casado con Ophelia ni le había bailado el agua porque estuviera desesperado y quisiera unirse a ellos.

Liesel y Aadhya me pisaban los talones, y menos mal, porque no aminoré la marcha, a pesar de que no tenía ni idea de hacia dónde iba mientras recorría la apestosa y sucia estación de tren, la que había ocupado el lugar del pabellón de mármol que el enclave había robado. Simplemente me dirigí hasta el

letrero rojo más cercano señalizado como SALIDA hasta toparme con la luz del exterior. Cuando por fin salimos y, parpadeando, dejamos atrás las profundidades, Aadhya nos condujo hasta la parada más cercana y conveniente para no molestar a los viandantes; no era ni siquiera una cafetería, sino un puesto diminuto de yogur helado que tenía esparcidas alrededor un puñado de incómodas y desvencijadas sillas de metal. Le dijo a Liesel:

—No la dejes que se marche a ningún lado. —Como si me hiciera falta niñera.

—Date prisa —respondió ella.

Aadhya fue a buscar el coche —gracias a otro hechizo de lo más práctico; había encontrado aparcamiento sin problemas, a menos de una manzana de distancia— y en cuanto estuvimos dentro, se puso en marcha sin más dilación. Debido a alguna especie de acuerdo tácito e instintivo, ninguna de las tres dijo nada hasta que atravesamos el túnel y estuvimos de vuelta en Nueva Jersey, como si necesitásemos poner agua de por medio entre nosotras y el monstruo del otro lado, pero en cuanto salimos de debajo del río, Liesel soltó de inmediato:

—¿Es una *maléfice*?

—¿Qué cojones, El? —dijo Aadhya al mismo tiempo.

—Sí —repuse, mi respuesta para ambas.

—Crees que… lo saben —dijo Aadhya, pero dejó de ser una pregunta para cuando terminó de formularla. Desde luego que lo *sabían*, y me refería, concretamente, a los peces gordos: el resto del consejo de Nueva York y los magos veteranos del enclave. Para ellos sería un *plus*, sin duda, no un obstáculo. Una hechicera oscura fantásticamente contenida, capaz de cualquier cosa y más: estaba claro que cualquier enclave la recibiría con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, aquel había sido mi plan para conseguir una plaza de enclave, y era un plan excelente; solo se había ido a la porra por mi falta de inclinación para ponerlo en práctica. No era de extrañar que Ophelia fuera la favorita para convertirse en la próxima Domina. Lo más probable es que si no se había hecho ya con el puesto era porque no había querido.

Tenía la caja de Ophelia entre las manos —no de forma protectora, más bien asegurándome de que no fuera a darle por estallar— y me pasé el resto del trayecto observándola, hasta que Aadhya se detuvo frente a lo que al principio supuse que era una especie de club o restaurante, no demasiado diferente a la monstruosidad de Londres, solo que no se hallaba en ruinas. La vegetación era absolutamente formidable, todo el jardín parecía estar en flor.

Pero dejó el coche en la entrada y nos llevó hasta la puerta, así que dije con cautela:

—¿No será esta tu casa? —Casi esperaba que se riera de mí, pero contestó:

—Sí, perdona, voy a echarte a los lobos.

Y abrió la puerta.

Los lobos eran su familia al completo, que, efectivamente, se abalanzaron sobre nosotras en manada; su madre se dirigió directamente hacia mí, me agarró la cara con las manos, me besó ambas mejillas y luego me apartó un poco para poder dirigirme una profunda sonrisa con los ojos húmedos.

—Aadhya nos ha hablado de ti —dijo con la voz tomada. Yo tragué saliva con fuerza.

No se parecía en nada a los vagos fragmentos que recordaba de la catastrófica visita a la familia de mi padre. La descomunal vivienda estadounidense se encontraba plagada de detalles arquitectónicos ligeramente incorrectos y todas las comodidades imaginables, que eran agresivamente mundanas. Así era como la familia de Aadhya había protegido a la hija que le quedaba: habían escondido cualquier elemento mágico en las habitaciones de arriba, instalado un taller en el sótano, cerrado con llave, y habían abierto el resto de la casa a los amigos mundanos que Aadhya había hecho en el colegio del barrio, convirtiéndola en un lugar cálido y acogedor para estos y que así los mals no se acercaran.

Y no habían cerrado las puertas después de que ella se marchase al colegio. Mientras estábamos sentados alrededor de la piscina, con largos vasos de té helado repletos de fruta y un cuenco de aperitivos recién hechos del que no podía dejar de llevarme puñados a la boca, una vecina mundana se presentó sin avisar con una cesta llena de tomates maduros. Comentó que tenía el huerto abarrotado y lanzó una exclamación de sorpresa al ver a Aadhya hecha toda una mujer y de vuelta en casa tras acabar el internado; se mostró muy amable con Liesel y solo vaciló un poco al aproximarse hacia mí con una ligera expresión de incomodidad en el rostro que se apresuró a disimular con una sonrisa aún más enérgica antes de marcharse con un pretexto algo pobre en vez de tomar asiento y tomarse algo.

Probablemente la familia de Aadhya también había notado la misma sensación, ya que era lo habitual. Pero si lo hicieron, no dieron muestras de ello. No eran mundanos y yo no era una amiga cualquiera del colegio, sino la aliada de Aadhya. Había sacado a su hija de la Escolomancia y su hija me había sacado a mí. Para la mayoría de nosotros, los pobres desgraciados que

carecemos de un enclave que nos acoja al salir del colegio, constituye el vínculo más importante de nuestra vida, a excepción del matrimonio, y a veces es aún más significativo. Había necesitado la mayor parte del año anterior para asimilar la idea de que hubiera personas que estuvieran dispuestas a ser mis aliadas, mis aliadas y mis amigas, y no solo alguien a quien usar con recelo. Nunca había pensado en cómo sería contar con ese tipo de vínculo después de salir del colegio. Y lo que me encontré fue que me sentía *acogida*.

Así que, después de todo, fue como la visita a la residencia de mi familia paterna a las afueras de Bombay, aunque solo durante los primeros prometedores momentos de dicha visita, los cuales seguía teniendo grabados tantos años después, cálidos, maravillosos y familiares; y, en esta ocasión, el encanto no desapareció. Y yo no dije *Tengo que irme ya*, aunque si pensaba marcharme, debía hacerlo. Fue como aplicar un bálsamo al dolor abrasador que me había provocado el conocer a Ophelia, el contemplar la vida de Orion.

Las abuelas de Aadhya continuaron sacando aperitivos deliciosos sin descanso. En realidad no hubo ninguna pausa entre la merienda y la cena: simplemente abandonamos las tumbonas y nos trasladamos a la gran mesa exterior del patio, situada bajo unas lámparas colgantes doradas. El padre de Aadhya llegó a casa —esa semana estaba trabajando en el enclave de Boston; literalmente había hecho todo el trayecto en coche para cenar con nosotros— junto con el primo de esta, del enclave de Calcuta, que estaba formándose en Boston con un especialista veterano en artificios computacionales. Era un chicarrón guapo y robusto de veintidós años del que comentaron que, por cierto, todavía no estaba comprometido antes de sentarlo junto a mí y preguntarme por mi madre, a la que esperaban que llevara de visita algún día.

Aad puso los ojos en blanco de forma dramática a espaldas de su madre y me dirigió una disculpa silenciosa, pero a mí no me dio la sensación de que estuvieran alcahueteando de forma superdescarada ni nada por el estilo. En realidad, no esperaban que ni él ni yo quisiésemos empezar a salir de inmediato, simplemente… estaban mostrándome una puerta, diciéndome que si quería atravesarla, no se opondrían; era una reacción tan poco habitual que no era capaz de encontrarla molesta. Y él me dedicó una sonrisa e incluso coqueteó un poco conmigo, de un modo que, en cualquier otra ocasión, me habría dejado a cuadros e incluso, quizá, encantada. Las insinuaciones de Liesel ya me habían resultado bastante sorprendentes, pero al menos ella tenía un interés oculto racional. No estaba preparada para que un completo desconocido diera señales de querer conocerme porque sí.

En otras circunstancias, habría manejado la situación a tientas, sin apenas creer que estuviese sucediendo; habría seguido con el flirteo de forma torpe, tal vez le hubiera dado mi nuevo y flamante número de teléfono, puede que incluso hubiésemos llegado a hacer planes, de un modo magníficamente corriente, para ir a tomar un café. Ojalá Orion hubiera estado vivo y yo hubiera podido decirle que no pensaba comprometerme todavía, que esperaba que él también saliese con otras personas durante un tiempo para asegurarnos de que lo nuestro no era solo un rollete escolar, y todas esas frases sensatas con las que, en principio, comulgaba, pero que no se me habían antojado una opción que tuviera que molestarme en considerar. Me había imaginado a mí misma con Orion o sola; nunca con nadie más. Y desde luego que era bueno y sano y maravilloso imaginarme con otra persona, imaginarme con Liesel, con el primo de Aadhya o con alguien que aún no había ni conocido, pero yo podía hacerlo y Orion no, porque Orion estaba muerto y gritando.

Así que en lugar de mantener una charla amena, tuve que excusarme para ir al baño, donde me encerré, tomé aire profundamente y me lavé la cara; después de secármela, por fin me saqué la caja de Ophelia del bolsillo y abrí la tapa. Se desplegó más y más hasta casi sextuplicar su tamaño; estaba forrada de terciopelo negro y en su interior tenía un prestamagia. Parecía un reloj de bolsillo con correa y en la tapa estaba grabado el símbolo del enclave. Igual que el que Orion llevaba en el colegio, solo que obviamente este me permitiría sacar maná. Al lado, en un trocito de papel grueso con los bordes rugosos, estaban escritas unas coordenadas de GPS y, debajo, las palabras *Sintra, Portugal*.

Tesoro salió del bolsillo algo adormilada —se había atiborrado del arroz inflado de la mezcla de aperitivos, así que esperaba que no acabara con una indigestión— y saltó sobre la repisa, al lado de la caja. Apoyó una pata en el prestamagia como si quisiera impedir que lo tomase, me miró con sus brillantes ojitos verdes y profirió un chillido cargado de ansiedad: esperaba que fuera consciente de dónde me estaba metiendo.

—Pues ya somos dos —dije. Retiró la pata y observó con desazón cómo me ponía el prestamagia; a continuación, la recorrió un escalofrío y volvió a metérseme en el bolsillo.

Me guardé el papel de Ophelia en mi otro bolsillo, como un contrapeso, y salí a despedirme.



Tuve que hacer frente a las protestas de forma casi inmediata:

—En primer lugar, yo me voy contigo, y en segundo, nos iremos *por la mañana* —dijo Aadhya en cuanto me la llevé a un lado—. Tienes pinta de que te haya pasado un camión por encima varias veces.

—Aún tendremos peor pinta si no queda suficiente maná en la Escolomancia cuando intentemos entrar —discrepó Liesel, que se había acoplado a nuestra conversación privada y ya estaba trasteando con el móvil —. El vuelo que mejor nos viene sale dentro de cuatro horas. Deberíamos marcharnos ya al aeropuerto.

Después de que Liesel nos dibujara unas gráficas para explicarnos las cosas horribles que nos ocurrirían si demasiados enclaves cortaban el grifo de maná mientras nos encontrábamos dentro del colegio, Aadhya cedió en cuanto a la hora de salida, pero insistió en que la acompañase a su cuarto mientras hacía las maletas.

—Vale, en serio, ¿qué se trae Liesel entre manos? —exigió saber Aadhya al tiempo que metía sus cosas a toda prisa en un baúl enorme. Apenas llevaba allí una semana, pero su armario estaba ya abarrotado de ropa y yo tuve que sortear un campo de minas compuesto de bolsas de marca para llegar hasta la cama y sentarme; había cúmulos de papel de seda por todas partes que

evidenciaban un arrebato consumista—. ¿Por qué quiere acompañarnos? ¿Y cómo es que ha venido aquí? ¿No se había unido al enclave de Londres?

—Si consigues averiguarlo, me lo cuentas —respondí—. Aunque supongo que querrá quitarse de encima todo esto cuanto antes. Alfie la espera en Londres y ella ya tiene un plan trazado para entrar en el consejo.

—¿Y aun así anda siguiéndote a todas partes? —dijo Aadhya—. El, no tiene sentido. Debe de haber algún motivo, y si no te lo ha contado, es que no te va a hacer gracia. ¿Hay alguna razón por la que no le hayas dado la patada ya? —No pude evitar avergonzarme por dentro, lo que postergó mi respuesta lo suficiente como para que Aadhya le diera la espalda al baúl y me mirase con los ojos entornados—. Dime, *¿hay* alguna razón? —insistió con tono peligroso.

—Verás —dije con un hilillo de voz. Sabía que acabaría preguntándomelo y que no tenía ninguna excusa aceptable.

—Vale, *no* —respondió Aadhya—. *¿Liesel?*

Gemí, me dejé caer en la cama y me tapé la cara con las manos.

—Fue un momento de debilidad —dije con la voz amortiguada.

—¡Más bien un momento de locura total! —exclamó Aadhya—. Eso me alucina todavía más. El, Alfie es su *enchufe*. La metió en el enclave y ahora va a meterla también en el consejo. Ni de coña se arriesgaría a ponerle los cuernos a no ser que tuviera una buenísima razón.

—No está poniéndole los cuernos —murmuré—. Él está al tanto.

—Genial, porque todo forma parte de una especie de plan para llegar hasta ti —dijo Aadhya sin compasión.

Y a pesar de que había rechazado la oferta de alianza de Liesel, era consciente de que Aadhya tenía razón en el fondo. Aun así, no era capaz de arrepentirme; incluso ahora me sentía agradecida a Liesel de un modo casi patético por el desahogo físico y el reposo carente de pesadillas que me había proporcionado, los cuales habían resultado profundamente paliativos, por no hablar de que me había *traído* hasta aquí. Aunque desde luego debería haberla obligado a que me contara qué pretendía sacar a cambio, en lugar de permitir que siguiera acompañándome a todas partes y prestándome su ayuda, como si ese fuera su único objetivo. Ese no era el objetivo de nadie y Liesel ni siquiera era de esas personas que se dejan pisotear y que fingirían durante un tiempo que lo era. Se trataba de una persona tremendamente estratégica que estaba esperando a lanzar su ofensiva y exigirme una compensación adecuada justo cuando me encontrara en una situación vulnerable, y debería haberlo sabido de sobra. Incluso si la Escolomancia no me hubiera hecho aprender por

las malas, mi vida entera constituía una lección sobre los peligros de no saber el precio de las cosas por adelantado.

—Te digo desde ya que si te mudas al enclave de Londres y empiezas un trío con *Liesel* y *Alfie*, iré a por ti y te encadenaré —dijo Aadhya—. Es más, si la Escolomancia no fuera una bomba de relojería a punto de estallar, estaría ya poniéndote las cadenas. El… No fue culpa tuya.

Tomé aire de forma entrecortada y este atravesó la tirantez de mi pecho de forma dolorosa; me incorporé y me encorvé ante sus palabras.

Aadhya vino a sentarse a mi lado y me rodeó con el brazo.

—La muerte de Orion no fue cosa tuya —dijo—. El plan *funcionó*. Estabais frente a las puertas. Lo único que tenía que hacer era saltar. No sé por qué no lo hizo, pero actúas como si lo hubieses dejado tirado y no me hace falta haber estado allí para saber al cien por cien que no fue así. Y él no era ningún imbécil; no se le pasó por la cabeza ni un instante que quisieras dejarlo allí. —Resopló—. ¿Para qué iba a darte el empujón si pensaba que ibas a largarte? Sabía que *jamás* harías eso.

Aadhya tenía razón, por supuesto, y yo lo sabía, pero si no había sido culpa mía…

—¡Entonces fue un gilipollas que murió porque sí! —dije entre dientes.

—A veces la gente la caga —dijo Aahya sin rodeos—. Cometes una estupidez y resulta que no hay arreglo posible. Orion tomó una decisión en un segundo y metió la pata durante el enfrentamiento más jodido de vuestra vida, mientras Paciencia se abalanzaba sobre vosotros. No significa que fuera un inútil. Y tú no eres imbécil por quererlo o porque su muerte te entristezca. *Eres* imbécil por dejar que Liesel te liara para echar el peor polvo de consolación de la historia —añadió con un matiz cáustico y dándome un empujón en el hombro antes de levantarse para terminar la maleta—. ¡Si ni siquiera te cae bien!

Hice una mueca.

—Acabas pillándole cariño. Un poco.

—Sí, tanto como a un sarpullido —repuso Aadhya sin tragárselo.

No tenía más prendas salvo la que llevaba puesta, el amplio vestido de lino que mamá usaba de diario, pero a pesar del hechizo de limpieza de Liesel, había llegado a un punto en el que había que lavarlo sí o sí, cosa que yo no tenía tiempo de hacer. Ninguna de las estupendísimas prendas nuevas de Aadhya me iba a estar bien, pero me dio un paquete de bragas sin abrir y fue a buscar a su madre, que me llevó un atuendo en el que había estado trabajando, un *salwar* kameez de algodón satinado con runas de protección

bordadas a lo largo de la abertura del cuello con hilo dorado; debía de haberlo confeccionado con la cantidad equivalente a un año de maná, pero me obligó a quedármelo.

Su padre se empeñó en llevarnos al aeropuerto, aunque durante el trayecto le lanzó varias miradas ansiosas a Aadhya por el espejo retrovisor. Me hizo sentir culpable, pero ni siquiera intenté quitarle de la cabeza la idea de que me acompañase. Deseaba demasiado que estuviese conmigo. No pretendía que entrase en la Escolomancia cuando fuese a cazar a Paciencia —esa excursión pensaba hacerla sola—, pero sí quería, invadida por un egoísmo desesperado, que me esperase fuera, frente a las puertas. Quería que me esperase alguien con quien me sintiera obligada a tener que volver a salir.

El vuelo salía lo bastante tarde como para que cierto aire semidesértico reinara en el aeropuerto: no estaba ni mucho menos vacío, aunque sí más apagado; la mayoría de las tiendas estaban cerradas y la gente arrastraba sus maletas de un lado a otro con cara de cansancio. Aadhya se negó a dejarme a solas con Liesel ni siquiera un momento, hasta el punto de hacerme ir a buscar el café cuando nos apalancamos de nuevo en la sala de espera.

El asunto no le pasó a Liesel desapercibido.

—¿Qué crees que voy a hacerle *yo* a *ella*? —le dijo cortante a Aadhya en cuanto pensaron que ya no las oía, lo cual no era así porque me había escabullido y colocado detrás de la jardinera para escuchar a escondidas y tal vez pillar a Liesel diciendo algo que me diera una excusa para mandarla de vuelta a Londres con Alfie.

Aadhya se había cruzado de brazos y la fulminaba con la mirada:

—Sé que tú no tienes ni un ápice de vergüenza, pero El está *traumatizada*.

—Sí —respondió Liesel—. ¿Y te crees que he empeorado las cosas? Te prometo —prosiguió, con el tono sombrío que aporta la experiencia— que sentirte bien a nivel físico *mejora* las cosas, incluso cuando la situación es jodida, y ahora mismo lo es.

—Sí, y me da a mí que estás intentando echarle el lazo a El mientras está hecha una mierda para poder sacar tajada después.

Liesel le dirigió un gesto impaciente de desdén.

—¡Sí! Y tú también le has echado el lazo. ¿Y cuál es esa tajada de la que hablas? ¿Hacer que nos proteja, que nos salve la vida? Eso ya lo hace por cualquiera sin pedir nada a cambio. ¿Qué más? Tú eres su aliada. ¿Le has pedido algún favor? ¿Que te consiga una plaza de enclave o un contrato de artífice? ¿Por qué no? ¿Porque eres otra mártir que no aspira a nada de eso? —Resopló mientras Aadhya le lanzaba una mirada ceñuda—. ¡No! No le

pides nada porque sabes que te dirá que no. Yo ya lo intenté. Pero si no actúa de forma egoísta en *beneficio propio*, mucho menos va a hacerlo en beneficio de los demás. Y no le falta razón —añadió de mala gana, como si la hubiesen convencido muy a su pesar—. Es demasiado poderosa. En cuanto empezara, no habría forma de parar. De manera que nuestros lazos tienen un único propósito: ayudarla a *parar*. Deberías alegrarte de que la tenga atada en corto, y tú deberías hacer lo mismo.

Dejé de escuchar a escondidas y me alejé indignada. No podía negar que estaba traumatizada y, obviamente, era una buenísima idea estar rodeada de gente que pudiera volver a meterme en vereda si empezaba a descontrolarme. Pero no entendía qué iba a sacar Liesel convirtiéndose en una de esas personas, y no pude evitar percatarme de que había hecho precisamente eso. Porque lo que quería, la razón por la que me ayudaba, era *evitar que me convirtiera en maléfice*, que era lo único que me había aterrorizado desde los cinco años, y no dudaría ni un instante en aceptar la ayuda de Liesel con ese asunto en particular.

Compré los cafés y les entregué uno a cada una de mal humor. Aadhya seguía mirando ceñuda a Liesel desde el otro lado de la mesa, pero con la misma sensación de fastidio que sentía yo misma: sí, después de todo, no nos quedaba más remedio que aguantarla.



Aterrizamos en Lisboa cuando era de día. No había estado en Nueva York el tiempo suficiente como para sufrir el *jet lag* y ahora habíamos vuelto a la zona horaria a la que estaba acostumbrada mi cerebro, cosa que debería haberme hecho sentir mejor, pero que en cambio provocó que todo el interludio se convirtiera en una pesadilla caótica que se fundió con las otras pesadillas medio olvidadas que había tenido en el avión al intentar dormir; la presencia de Ophelia se había extendido por ellas como una figura distorsionada flotando sobre la superficie de un lago estancado. Tenía tres mensajes de voz de Chloe y media docena de mensajes de texto pidiéndome que la llamara cuando tuviera la oportunidad. Me los quedé mirando fijamente y pensé en llamarla, pero sabía lo que iba a preguntarme, ¿y qué iba a decirle yo? ¿Recoge tus cosas y sal pitando del enclave? Ophelia no era en absoluto una amenaza para Chloe, a no ser que a esta última le diera por

ponerse a gritar por ahí que la futura Domina era una maléfice. En todo caso, era mejor no decirle nada más.

Liesel nos condujo directamente a un tren con rumbo a Sintra y desde allí a un hotelito con encanto del centro de la ciudad. Mientras Aadhya y ella se encargaban de hacer aparecer una habitación para nosotras —con dinero, no con magia—, yo permanecí en el encantador vestíbulo repleto de antigüedades y observé la horda de turistas que se dirigían al pintoresco casco antiguo de la ciudad, una marea procedente del tren que ascendía a ambos lados de la carretera montañosa mientras los taxis y los carros de golf circulaban por en medio, llevando a aquellos que no estaban dispuestos a subir de pie.

Al principio solo miraba porque era lo que tenía delante, pero al cabo de un rato empecé a preguntarme por qué, según parecía, habían emplazado las puertas de la Escolomancia en medio de una zona turística. Hay entradas a enclaves en Nueva York, en Londres y en la mayoría de las ciudades más grandes del mundo, pero eso es porque la gente construye enclaves donde ya vive, y la gran mayoría vive en ciudades, por lo que tienen que lidiar con todos los inconvenientes y dificultades y gastos que supone el construir entradas allí, donde las colisiones con lo mundano representan un peligro constante.

Pero se suponía que la Escolomancia debía estar lejos de cualquier otro enclave, en un lugar que a los mals les costara encontrar: ¿por qué no la habían embutido en algún rincón recóndito del mundo? Aún me quedé más perpleja cuando localizamos las coordenadas y descubrimos que estaban en medio de un museo: una antigua propiedad histórica, aunque ni siquiera demasiado *histórica*; el lugar se había construido a principios de 1900, después de que la Escolomancia llevara ya más de diez años abierta. Tenía que ser algo deliberado, pero no tenía sentido.

Las coordenadas se extendían a tres sitios, así que tuvimos que buscar en toda la extensa propiedad, ya que podría referirse a cualquier lugar del recinto. Y ni siquiera pudimos saltarnos la cola de las entradas y colarnos por una pared cuando nadie miraba; había demasiada gente paseando por los pintorescos alrededores y haciéndose *selfies* frente a los muros exteriores. Aunque nos hubiéramos quedado solas un momento, no hubiésemos podido confiarnos: cada pocos minutos aparecía otro vehículo.

De manera que hicimos la cola y compramos entradas como todos los demás y luego tuvimos que tragarnos una aburrida y larga visita guiada por el edificio, en la que nos hablaron del engreído propietario, del arquitecto y de la

fascinación de ambos por los rituales del Tarot, los ritos de iniciación y el primitivismo —con lo que claramente se referían a una naturaleza idealizada que no hubiese sido mancillada por gente que no se parecía a ellos; Aadhya puso los ojos en blanco y me dijo sin emitir ningún sonido: *qué gilipollas*; así como de las lujosas fiestas que habían celebrado en los jardines. Seguimos buscando algún rincón por el que alguien pudiera escabullirse, alguna puerta que condujese a un lugar separado del mundo, pero un molesto crío de nueve años que formaba parte del grupo se nos adelantó cada una de las veces, tirando de los viejos pomos de latón y abriendo armarios antiguos mientras su pobre madre le pedía, harta, que dejara de tocarlo todo.

Cuando la visita guiada nos llevó finalmente a los jardines, yo había empezado a creer que Ophelia nos había mandado allí para distraernos, pero cuando lo comenté en voz alta, Liesel dijo: «¡Nos habría mandado al culo del mundo!», lo cual era cierto, de manera que empezamos a deambular por los jardines, intentando encontrar la entrada al enclave de poder místico más secreto del mundo, pisándoles los talones a todo un tropel de turistas mientras su guía hacía ondear una bandera de Hello Kitty a la cabeza.

Los terrenos eran de una belleza deslumbrante, enormemente exuberantes, etc. Además, hacía un calor de mil demonios, por utilizar el término más pintoresco posible, y lo que el primitivismo parecía significar era que los senderos trazaban círculos y serpenteaban de forma agresiva, y que todo el recinto estaba repleto de escaleras que imitaban los típicos escalones de piedra irregulares formados de manera natural. Intentamos evitar las aglomeraciones de gente y, como resultado, acabamos dando tres vueltas seguidas, algo de lo que solo nos percatamos tras pasar una y otra vez por la misma escalera cubierta de musgo. Yo estaba acaloradísima, hecha polvo y con falta de sueño, y cuando nos topamos con la escalera de las narices una cuarta vez, me eché a reír sin poder parar, por lo que Aadhya y Liesel tuvieron que llevarme a la cafetería y espabilarme con un vaso de agua fría y un café cargado.

Para entonces, Liesel estaba ya cabreadísima —me parece que el primitivismo no acababa de gustarle—, así que volvió a las taquillas, pidió un mapa del recinto y, después de que me hubiese recuperado, nos obligó a recorrer el lugar de forma exhaustiva e incluso insistió en que hiciésemos una cola dolorosamente larga para bajar al pozo de iniciación. El folleto decía que formaba parte de un rito místico inventado de iniciación a la masonería que al dueño y sus amigos les gustaba llevar a cabo. A mí me pareció que las novatadas de la universidad les habían sabido a poco y que para justificar

semejantes patochadas como hombres adultos, se habían tenido que construir un palacio y aparentar que todo el asunto constituía un complicado rito espiritual en el que ninguno de ellos creía en realidad, como si fueran capaces de retroceder en el tiempo hasta una época pagana que se habían inventado en su mayor parte.

No estaba de humor para juzgarlos con mayor benevolencia, y en cierta medida, había dejado de pensar en hallar las puertas. Por dentro me sentía como si me encontrase en un horrible viaje escolar y no pudiera largarme. Era incapaz de imaginarme que la Escolomancia estuviera en aquella especie de Disneyland para adultos, de modo que no me preguntaba el *motivo* por el que se encontraba allí ni qué sentido tenía. Recorrí la cola de mala gana, envuelta en un aire de sudoroso fastidio y entré en el pozo, que resultó no ser literalmente un pozo: era una torre que se encontraba excavada en el suelo en vez de estar construida en el aire, con una larga escalera de caracol que descendía en torno al espacio vacío del centro; la gente se asomaba por los bordes para sacar fotos de arriba, de abajo y del otro lado.

Para cuando descendimos tres tramos, había dejado de sudar y ya no albergaba la menor duda: la Escolomancia estaba por allí cerca, en algún lugar, y la persona que había construido aquel sitio, fuera quien fuera, sabía con exactitud lo que hacía.

Las voces de los turistas, decenas de conversaciones en decenas de idiomas, rebotaban en las paredes y se entremezclaban en un clamor incoherente, profundo e insistente: un coro griego que se dirigía a ti con urgencia desde el otro lado de la pared, intentando decirte algo. Lo que decían no parecía tener importancia alguna, ni si se reían o se asomaban por el borde para hacer fotos; el eco lo inundaba todo y lo transformaba en un único mensaje reverberante y grave.

La oscuridad del interior de las paredes había engullido el mundo de arriba, que había disminuido hasta convertirse en un fragmento de cielo blanco y redondo, demasiado brillante como para contemplarlo desde allí abajo. No quería seguir avanzando, pero el pasillo era demasiado estrecho para detenerse demasiado rato; la gente se agolpaba por delante y por detrás de nosotras, y nos obligaba a seguir adelante. De todas formas, debía continuar. Debíamos seguir bajando. Teníamos que *entrar*.

Lo normal era que en una ciudad la entrada al enclave estuviera lo más oculta posible para poder entrar y salir con facilidad, sin llamar la atención. Si un mundano viera a un mago entrando en el enclave, atravesando, de forma

imposible, una pared, el desembolso de maná por parte del enclave sería enorme, si es que la entrada no acababa derrumbándose literalmente.

Pero nadie atravesaba de forma física las puertas de la Escolomancia a diario. Los alumnos son introducidos con un hechizo de incorporación que nos conduce de forma incorpórea a través de las puertas y las guardas hasta los dormitorios de primero, a un coste espantoso, durante la brevísima oportunidad que se nos presenta justo después de que los mals se hayan atiborrado durante la graduación o hayan sido eliminados con la purga. Y durante la graduación, volvíamos a atravesar las puertas, pero no salíamos a Portugal; el hechizo portal nos devolvía al lugar de donde veníamos.

Los únicos que utilizaban las puertas eran los mals y aquel enorme enjambre de mundanos solo les dificultaba el paso. Los creadores habían comenzado con fiestas y ceremonias elaboradas: seguramente el propietario había sido un mago; o tal vez solo el arquitecto; en cualquier caso, habían convertido aquel lugar en un destino orientado a los mundanos desde el principio. Y entonces habían intercambiado la solemnidad de los rituales falsos por una enorme cantidad de grupos turísticos.

Cuando, una vez cada cuatro décadas, los enclaves necesitaban introducir algo a través de las puertas del salón de grados —como cuando los golems de Nueva York colocaron los equipos nuevos de la cafetería tras la guerra— seguramente lo que hacían era alquilar el lugar, fingiendo ser un equipo de grabación, y ya de paso rodaban un documental. Un documental que atraería todavía a más turistas que repetirían el ritual una y otra vez, aportando, uno tras otro, un poco de maná entre un *selfie* y otro: un instante de deleite y asombro, una pizca de inquietud, el medio segundo en el que cerraban los ojos y se imaginaban que estaban a solas, se sumergían gustosamente en la historia que las guías y los folletos les contaban sobre la iniciación, y se adentraban de buena gana escaleras abajo, rumbo a una oscuridad total.

El pozo nos condujo a un túnel deforme con muchas ramificaciones que no llevaban a ninguna parte y que estaban hechas de un tipo de piedra caliza extrañamente blanda, como si alguna criatura viviente las hubiera perforado a mordiscos. El peso de la tierra era palpable por encima y la tira barata de luces LED que habían instalado para evitar que la gente se tropezara no lo hacía menos terrible, en parte porque era evidente que estaba fuera de lugar: no era más que un débil intento por contener la oscuridad. Ni siquiera se veían los rostros de la multitud. La gente hablaba y murmuraba, y más adelante, alguien estalló en risas. Las lágrimas me empeñaban los ojos, difuminando la luz anaranjada, y mi propia respiración me retumbaba en los oídos. Lo único

que quería era seguir avanzando hacia los destellos de luz que vislumbraba de vez en cuando a lo largo del trayecto, entre el torrente de turistas. Quería seguir adelante y *salir* de allí con ellos. Esa era la otra razón por la que habían construido aquel elaborado pasaje: para que unos mundanos confiados recorrieran el mismo camino que esperaban que hicieran sus propios hijos, el viaje hacia la asfixiante y horrible oscuridad y la vuelta al exterior al otro lado.

Pero notaba una ligera corriente de aire a lo largo de la pared, acompañada de un tenue y familiar olor a ozono, hierro y aceite de máquina, junto con un toque de abono en descomposición: el olor de la Escolomancia. Tomé aire y percibí lo cerca que estaba, lo cerca que estábamos, y dejé de avanzar junto al torrente de turistas. Ninguno de ellos sabía que estaba allí. Ninguno de ellos podía verme. Yo era una sombra más entre las miles que se movían con ellos en la oscuridad, carecía de importancia, y ellos ni siquiera se darían cuenta, no se dieron cuenta cuando me adentré por la siguiente oscura bifurcación y dejé de estar allí.

Mi pie aterrizó con fuerza sobre una piedra rota y dentada. Estuve a punto de caerme de bruces antes de recuperar el equilibrio; apreté los músculos abdominales con fuerza en lugar de usar las manos, y me enderecé con una evocación de rechazo en la punta de la lengua y las manos extendidas frente a mí, preparada para lanzar el hechizo, pero no hizo falta. Nada me atacó.

No veía nada, pero percibía una fuerte sensación de *espacio* a mi alrededor, y al cabo de un momento, Liesel y Aadhya se encontraron cada una a ambos lados de mí. Estuvimos a punto de caernos de nuevo mientras ellas adoptaban de inmediato posiciones defensivas. El suelo era tan irregular que prácticamente nos tropezábamos las unas contra las otras. Un instante después apareció una tenue luz: Aadhya había sacado una esfera luminosa, un intrincado recubrimiento de latón dorado que dejaba ver el interior de cristal, con un anillo de latón a modo de satélite alrededor y unas hélices diminutas parecidas a las de un dron. La lanzó hacia arriba y la esfera cobró vida y se iluminó lentamente, revelando una enorme caverna, tan grande que debía de tener casi el mismo tamaño que los jardines de la superficie, un socavón hueco que infundía, de modo tardío, una sensación de precariedad a todo lo que se encontraba por encima.

Se notaba que en el pasado había habido una plaza gigantesca allí abajo, con columnas y fuentes talladas en las paredes de alrededor: probablemente se trataba de algún tipo de artificio de protección. Ahora no eran más que vagas evocaciones de cariátides y cabezas de león sepultadas bajo gruesas capas de

tierra y lodo. Un líquido verde goteaba por todas partes y el ambiente estaba impregnado de un hedor a moho, agua estancada y óxido; había restos antiguos de maleficaria esparcidos por todas partes, caparazones chamuscados y trozos agrietados de constructos.

En la losa central del suelo de piedra se habían tallado las conocidas palabras que se encontraban en el corazón de la Escolomancia: **OFRECER SANTUARIO Y PROTECCIÓN A TODOS LOS NIÑOS CON SABIDURÍA DEL MUNDO**; alrededor, en patrones curvos, había versiones gigantescas de los mismos hechizos que se habían grabado en las puertas de la Escolomancia, una letanía de protecciones. Vislumbré las palabras: **ATRÁS**, **MALICIA**, **ESTA PUERTA PROTEGE EL REFUGIO DE LA SABIDURÍA**. El oro que colmaba las profundas letras seguía resplandeciendo a pesar de la lámina de algas que las recubría.

Pero el hechizo se había resquebrajado en la palabra **PUERTA**, y una amplia y oscura grieta atravesaba la forma curva de las letras. Unos enormes bloques de piedra se alzaban en todas las direcciones con pronunciados ángulos, en un cúmulo de fragmentos desmoronados. Toda la plaza se hallaba recubierta de una erupción de grietas irregulares que emergían de las inmensas puertas de bronce de la Escolomancia, las cuales colgaban torcidas del marco de piedra de la pared. Parecía… en fin, parecía como si alguien hubiese hecho estallar un supervolcán no hacía mucho.

No había movimiento alguno en toda la cámara, salvo por el agua que se filtraba desde alguna zona de arriba y goteaba cada pocos momentos. Entre las puertas y el marco había unas grietas lo bastante grandes como para poder contemplar el otro lado, pero incluso con la luz que proyectaba la esfera luminosa, no se veía nada más que una oscuridad total. Podría ser un hueco poco profundo de la pared de la caverna; tal vez fuera el salón de grados, sumido en sombras. Tal vez se tratara del vacío. O del costado de un enorme milfauces apoyado contra el otro lado de las puertas, intentando salir.

—Voy a entrar —dije. Mi voz resonó de forma extraña en las paredes que me rodeaban, descompensada—. Quedaos aquí.

—¿A esperar a que Paciencia salga por aquí huyendo de ti? —dijo Liesel con sarcasmo—. No. Estamos más seguras contigo que solas.

Aadhya se limitó a decir:

—Vamos.

No protesté. Tal vez sabía desde el principio que iban a acompañarme y solo me había dicho a mí misma que se lo impediría porque era horriblemente egoísta arrastrarlas conmigo, y por eso había tenido que fingir que no pensaba hacerlo. Supongo que siempre resulta más fácil hacer algo aberrante si eres

capaz de convencerte de que no lo vas hacer; hasta que llega la hora de la verdad, hasta que lo haces.



Entramos en la Escolomancia.

No sé cómo describir la experiencia de volver a atravesar las puertas sabiendo lo que había al otro lado. No me refiero a Paciencia. No solo a Paciencia. *La Escolomancia* estaba al otro lado y eso era mucho peor que cualquier mal. El año anterior, durante nuestra frenética búsqueda de ideas, habíamos considerado unos cuantos planes que entrañaban la salida temporal de los alumnos más jóvenes, los cuales regresarían, al cabo de un tiempo, a la Escolomancia, y todos habían quedado descartados. Solo podías entrar en la Escolomancia una vez, cuando no eras consciente de con qué ibas a tener que lidiar: con la constante y horrible esperanza de poder salir algún día, una esperanza que solo verías cumplida gracias a otras personas, que a su vez te necesitaban a ti para lograr lo mismo, y con las fauces abiertas de Paciencia y Fortaleza que te aguardaban al final de la aventura para que ni siquiera la muerte te asegurase la salida del colegio. En cuanto lo entendías, en cuanto habías estado en la Escolomancia y habías conseguido salir, no podías volver a entrar. Pero nosotras teníamos que hacerlo.

Cruzamos con dificultad el destrozado suelo de piedra hasta llegar a las puertas. Apoyé las manos en la de la derecha, que seguía anclada más o menos en su bisagra superior y podía empujarse. No procedí de inmediato.

Cerré los ojos y me dije que el colegio seguía allí, justo allí. Había estado allí siempre, durante más de cien años, siendo una constante en la vida de decenas de miles de magos, por supuesto que seguía allí. Seguía allí, al igual que Paciencia, y no quería volver a entrar, pero tenía que hacerlo. Así que tenía que estar allí.

Liesel me puso la mano en el hombro.

—Las puertas están aquí, así que no hay duda de que podemos volver a entrar —dijo con una certeza férrea—. Solo hace falta maná. Haznos pasar. Yo tendré preparado un hechizo rebote. Te proporcionará el tiempo suficiente para levantar la evocación.

Aadhya no había estado con nosotras en Londres, pero captó la idea. Recuperó la esfera luminosa y cerró la mano con fuerza a su alrededor para que la luz no nos mostrara lo que había o dejaba de haber al otro lado de las grietas. Me apoyó también su mano libre en el hombro.

—Volveré a hacer flotar la esfera en cuanto atravesemos las puertas.

No sé si estaban tan seguras de que íbamos a pasar como me dejaban ver a mí, pero en realidad no importaba, ya que consiguieron que *yo* estuviera más segura de ello. Respiré hondo y empujé la puerta.

Al menos debería haber crujido, pero no cedió en absoluto. Una horda de mals podría haberse encontrado perfectamente al otro lado intentando mantenerla cerrada. Agaché la cabeza y apuntalé los talones, empujando con más fuerza mientras una sensación de ardor empezaba a recorrerme los omóplatos. No hice uso del maná de forma consciente, pero el prestamagia que llevaba puesto alrededor de la muñeca empezó a calentarse, como si el maná fluyera a través de mí con tanta rapidez que ni siquiera lo notase.

—Venga, déjanos entrar —susurré; en realidad no se trataba de un hechizo: supongo que estaba hablándole al colegio, el cual me había respondido ya en alguna ocasión y tal vez pudiera oírme. Las puertas gimieron y se movieron, y entre ambas se abrió un triángulo de oscuridad lo bastante grande como para agacharse y atravesarlo.

Crucé la abertura mientras Aadhya y Liesel, que seguían agarradas a mis hombros, se agachaban justo después que yo. Liesel sacudió rápidamente la mano que tenía libre antes de enderezarse, y noté cómo el hechizo rebote salía disparado desde nuestra posición. Si chocó contra algo, no lo oí. Estaba preparada para recibir un ataque de inmediato, pero ninguna criatura se abalanzó sobre nosotras. No percibí que nada se moviera ni se agitara a mi alrededor.

Aadhya hizo flotar la esfera luminosa por encima. Nos encontrábamos en la tarima del salón de grados; en la única parte de la tarima que quedaba intacta. Había estado justo aquí cuando lancé mi asolador supervolcán, y lo sabía porque el contorno de mis huellas se encontraba marcado en la superficie con espacio negativo: una demencial erupción de grietas irradiaba desde ese punto en todas las direcciones y recorría todo el salón.

El suelo de alrededor de la tarima estaba cubierto por una densa y horrible costra de limo seco y en descomposición que todavía relucía en algunas partes. Sentí náuseas ante el tenue y familiar olor: los restos de un millar de cadáveres, las vidas que les había arrebatado a Paciencia o a Fortaleza, esparcidas por el suelo. Todavía se veía una gruesa línea chamuscada alrededor de la parte inferior de la tarima que señalizaba la zona donde había levantado un escudo para contener a la horda.

Orion había estado justo a mi lado cuando Paciencia se había abierto paso y se había estrellado contra el escudo, intentando llegar a nosotros. Intentando salir, igual que nosotros. Y detrás del milfauces, los maleficaria habían atestado el espacio de una punta a otra. Habían vuelto a irrumpir en el salón de grados, colmando cada centímetro de aire y espacio disponible.

Ahora la sala estaba vacía. No había ni un aglo arrastrándose por los rincones oscuros.

—¿Dónde…? —dijo Aadhya, sin terminar la frase; la palabra resonó de forma anormal en las paredes de mármol antes de apagarse de forma igualmente anormal. De todas formas, no hizo falta que terminase la frase. Todas nos preguntábamos lo mismo.

—No pueden haber escapado todos —dijo Liesel casi con rabia—. Portugal estaría plagado de mals.

Cometí el error de volver la mirada hacia las puertas destrozadas y descubrí que no podía ver la caverna por la que habíamos entrado. Los agujeros en torno a las puertas se veían igualmente negros, como si fuera no hubiera nada más que el vacío. No creía que los mals hubieran escapado. Volví la mirada para dejar de pensar en ello. Aquella sala todavía daba la impresión de ser lo bastante sólida; no resultaba tan espeluznante como el pabellón medio irreal de Yancy. Sin embargo, los mals habían desaparecido, y si no habían escapado…

—Puede que simplemente… se hayan precipitado al vacío —dijo Aadhya —. El colegio sigue en pie debido al maná externo, pero dentro no queda nada que puedan comerse los mals, así que… —Se interrumpió, dubitativa, y con razón; aquello habría sido demasiado bonito para ser cierto. Liesel meneó la

cabeza, desestimando la idea, pero no ofreció ninguna alternativa; simplemente frunció el ceño, irritada, lo que significaba que no tenía ninguna conjetura que le convenciera lo bastante.

A mí tampoco se me ocurría nada, pero no necesitaba explicación alguna. Me traía sin cuidado a dónde habían ido los mals. Lo único que me importaba era el motivo por el que estaba allí, pero no podía pensar en ello porque si no me pondría a gritar. Me limité a atravesar el salón de grados y Aadhya y Liu vinieron detrás de mí. Los enormes huecos de mantenimiento seguían abiertos a ambos lados de la estancia, los mismos que habíamos utilizado para guiar a los mals hasta el resto del colegio. Una delgada escalera ascendía por la pared interior; su aspecto era diminuto y precario en contraste con el enorme espacio abierto. Me encaramé a ella y comencé a subir.

La esfera luminosa zumbó y revoloteó por encima de nosotras a medida que avanzábamos, proyectando un orbe de luz a nuestro alrededor que se desvanecía hasta fundirse con la oscuridad total de encima y de debajo. Yo hubiera seguido subiendo de forma mecánica, pero después de que el suelo desapareciera en la oscuridad, Aadhya dijo desde abajo:

—Los huecos miden veinte metros y doce peldaños equivalen a tres metros. No deberíamos tardar demasiado.

Liesel se puso a contarlos en voz alta, uno tras otro, anclándonos al espacio. Y cuando terminó de contar el último, alargué los dedos sin mirar y me topé con el borde del suelo. Subí los últimos peldaños y llegué al suelo del taller; la esfera de luz flotó en el enorme espacio que teníamos delante.

Hallamos señales del paso de la horda. El borde del hueco por el que había salido estaba repleto de marcas de garras; las mesas de trabajo estaban volcadas y destrozadas; había marcas de abrasiones y rastros de baba seca en el suelo, y alrededor, miembros cercenados y caparazones, en su mayoría roídos y agrietados: los mals se devoraban unos a otros cuando había escasez de deliciosos niños magos. Pero seguimos sin ver rastro alguno de maleficaria. Liesel incluso tomó uno de los atizadores de horno y se puso a golpear los paneles del techo, lo cual debería haber despertado al menos a unas cuantas crías de lanzadores o a larvas de digestores, pero no ocurrió nada.

Aadhya sacó a Pinky del bolsillo.

—¿Qué me dices? ¿Crees que podrás rastrear al milfauces? —le dijo.

No se trataba de un acto de crueldad ni nada parecido; en circunstancias normales, los ratones —incluso los mágicos— no captaban en absoluto la atención de un milfauces. La mayoría de los milfauces no se molestan

siquiera en zamparse a un solo mago. Su idea de un tentempié implica al menos a diez de nosotros. Pero Pinky se limitó a proferir un agudo chillido de protesta, saltó desde su mano hasta un lado de su vestido y volvió a meterse en el bolsillo. Tesoro asomó su naricita rosada el tiempo suficiente para chillar en señal de acuerdo.

—¿Y *tú* qué? —dije en voz alta, dirigiéndome al propio colegio—. Creía que querrías que quitara de en medio a Paciencia. Desde luego así protegería a los niños dotados del mundo.

Me arrepentí en cuanto las palabras abandonaron mis labios: lo único que obtuve fue lo contrario a una respuesta. El sonido de mi voz se apagó con demasiada rapidez en el aire, el cual ahora notaba extraño y enrarecido. Nuestro aliento formaba nubes de vaho. Hacía frío, pero era muy diferente al frescor que habíamos percibido en los túneles tras padecer el calor de los jardines del exterior. El taller debería haber estado colmado de ruidos: los chirridos de los engranajes, el zumbido de los ventiladores, el gorgoteo de las tuberías y el rugido de los hornos. En cambio, estaba en silencio, apagado.

La Escolomancia se moría.

Y sí, seguía alimentándose de maná y del recuerdo colectivo. Pero se notaba que estaba desvaneciéndose. Tenía la sensación de estar experimentando el momento anterior a que un árbol viejo y podrido caiga en el bosque, sumida en un aliento contenido, a la espera.

En nuestro caso, esperando debajo del árbol chirriante.

—Creo que deberíamos ponernos a buscarlo ya —dijo Aadhya con un tono sensato de urgencia.

—Sigamos el camino que hubieran tomado los mals —dijo Liesel y señaló los cables de los altavoces instalados en el techo, desde donde se había emitido la melodía que había atraído a todos los mals. Largos trozos de cable colgaban del techo como hilos de oruga: fue una suerte que todas las conexiones contasen con media docena de salvaguardas.

Seguimos los cables a través de la madriguera que conformaban las aulas de seminario y por fin subimos las escaleras hasta el siguiente piso. Durante un buen trecho solo tuvimos el profundo vacío a nuestra izquierda, donde deberían haber estado los dormitorios de tercero; al parecer, se habían venido abajo y se habían llevado consigo la pared exterior de la zona principal del colegio. Avanzamos pegadas a la pared interior, casi aferrándonos a esta, y al no toparnos con ningún mal en los laboratorios de alquimia, nos desviamos, en vez de seguir los cables hasta la escalera principal, y encontramos la escalera interior. La cosa no mejoró demasiado. Las escaleras y los pasillos

siempre habían sido las partes más exiguas y flexibles del colegio. Tardamos mucho en subir a las aulas de idiomas; las piernas me ardieron con el punzante dolor provocado por el esfuerzo. Solo la esfera luminosa de Aadhya nos parapetaba de la oscuridad total: ninguna de las luces funcionaba. Cada músculo del cuerpo, desde el primero hasta el último, se me tensó con un sentimiento de ansiedad muy familiar: así era cómo uno acababa muerto; tomando, de forma estúpida, el camino que no era. Siempre había algo al acecho, alguna criatura que se abalanzaba sobre ti. Y alguna criatura *debería* haberse abalanzado sobre nosotras.

Pero nada ocurrió. El extraño y antinatural silencio se vio interrumpido por chirridos y crujidos ocasionales que parecían provenir no tanto de la maquinaria como de algo enorme que estuviera a punto de romperse y caernos encima. Por fin, llegamos a las aulas de idiomas y las tres nos sentamos en el suelo del pasillo para recuperar el aliento y darles tregua a nuestras piernas. No habíamos hecho ninguna parada en mitad de las escaleras: probablemente no habría pasado nada, pero nadie que hubiera durado más de seis meses en la Escolomancia se habría arriesgado a averiguarlo.

—No tiene ningún sentido —dijo Aadhya entre jadeos—. Es imposible que Paciencia se haya comido a todos los otros mals. Había como un *millón*. —Tal vez aquello fuera una exageración, pero es la impresión que nos dio en su momento—. Algunos tendrían que haber escapado o se habrían escondido.

—No ha sido solo Paciencia —dijo Liesel—. Los maleficaria llegaron atraídos por nuestra presencia. Cuando todos nos marchamos, se alimentaron unos de otros, y el colegio ha devorado a todos los que ha podido atrapar con las guardas.

Parecía plausible, pero me di cuenta de que no se creía sus propias palabras. Solo intentaba sonar convincente, como cuando haces un examen y te inventas la respuesta a una pregunta porque no tienes ni idea.

—Da igual —respondí tajantemente—. He venido a por Paciencia. —Me puse en pie—. En marcha.

A Aadhya y a Liesel no les hacía mucha gracia lo de levantarse, pero lo hicieron. Me adelanté un poco y me puse a comprobar las aulas de idiomas: fui abriéndolas una a una de un golpe, examinando el interior y volviendo a salir. Me conducía con agresividad, dando portazos. El ruido no se propagaba como debía, pero el estruendo continuado casi era capaz de colmar el denso y amortiguado aire.

Ambas me dieron alcance y Liesel me impidió abrir la siguiente puerta:

—¡Escuchad! —siseó.

Las tres contuvimos la respiración y, entonces, oí un tenue murmullo al final del pasillo, como si alguien estuviera hablando al otro lado de la pared. Permanecí inmóvil durante un instante. Casi deseaba sufrir un ataque, que Paciencia se abalanzara sobre mí rugiendo de forma horrible y sin perder ni un instante, tan rápido que pudiera matarlo en el acto, matarlo sin tener que oír nada de lo que sus bocas pudieran decirme.

Finalmente, me obligué a ponerme de nuevo en marcha y las tres seguimos avanzando por el pasillo. El murmullo se hizo más fuerte; todavía resultaba ininteligible, pero quedó claro que se trataba de una única voz, hablando sin descanso. No distinguía las palabras. Permanecí frente a la puerta otros mil años antes de abrirla de un empujón y acceder al interior.

Era una de las aulas de idiomas avanzados, las cuales eran más pequeñas y contaban con bonitos cubículos privados y auriculares acolchados. Yo había cursado la rama de idiomas durante toda mi estancia en la Escolomancia, pero jamás se me había asignado a una. Debería haber dado al menos una asignatura allí durante mi último curso, pero en lugar de eso, me habían endosado cuatro seminarios interdisciplinares y ni una sola clase en la que estudiase idiomas únicamente, y sí, todavía estaba resentida por ello, o al menos intentaba estarlo, intentaba aferrarme a aquella leve y agradable sensación de resentimiento con todas mis fuerzas.

El aula no era particularmente grande para lo que estábamos acostumbrados en la Escolomancia. Paciencia, el milfauces que yo recordaba, apenas habría cabido dentro. Pero la mitad posterior estaba sumida en sombras y el murmullo provenía de allí. Tensé todo el cuerpo mientras Aadhya dirigía la esfera luminosa hacia allí; pero la estancia seguía vacía. En algún momento se había producido una pelea: unos cuantos cubículos estaban destrozados y unas gigantescas hendiduras de garras recorrían en paralelo el techo, pasando por encima de las lámparas superiores hasta descender la pared más lejana, como si un dragón hubiera arrasado el aula. El murmullo provenía de los auriculares que colgaban de uno de los cubículos, repitiendo una lección en un idioma que no conocía.

Aadhya dejó escapar una exhalación explosiva que me ayudó a expulsar la que yo había estado conteniendo y las tres permanecimos allí plantadas, algo temblorosas, hasta que Liesel alargó la mano, tomó los auriculares y los desenchufó para hacer cesar el interminable murmullo.

Avanzamos rumbo a la cafetería; los restos de nuestro último desayuno todavía cubrían las mesas: nadie se había molestado en recoger su bandeja.

Seguimos el recorrido de los altavoces a través de las estanterías de la biblioteca, aunque fue un paseo extrañamente corto: secciones enteras parecían haber desaparecido y las que quedaban estaban repletas, en su mayoría, de libros de texto introductorios en pésimo estado. Supongo que los libros abandonaban los estantes a puñados y se marchaban a donde fuera que se ocultaban los libros de magia cuando no querían permanecer en las estanterías. Me invadió una punzada de alarma al pensar en los sutras de la Piedra Dorada, que había dejado en casa con mamá. No les había prestado la suficiente atención, debería haber limpiado la cubierta, debería haberles dicho lo maravillosos que eran… poner en práctica la rutina que había fomentado durante mi último curso.

Y me di cuenta, con una punzada de dolor, de que los echaba de menos; echaba de menos a *mamá*, echaba de menos estar en casa, deseaba volver con cada fibra de mi ser, como si mi regreso a la Escolomancia hubiese erradicado la confusión y la desdicha que me había provocado la revelación de mamá, y en su lugar hubiese aflorado la aflicción mucho mayor de tener que estar *allí*, a la caza de lo que quedase de Orion, para poder matarlo.

Avanzamos a través del laberinto de los estantes de la biblioteca y volvimos a bajar por la otra mitad del colegio. Pasamos junto a los restos del auditorio de *Estudios sobre maleficaria*: habíamos destrozado aquel odioso lugar en busca de suministros a finales del año anterior, y los daños no habían hecho más que empeorar, pues las paredes exteriores habían quedado abiertas. Los nuevos dormitorios de primero deberían haber quedado visibles al otro lado, pero lo único que se veía más allá del puñado de vigas raquíticas que aún se tenían en pie era el vacío, negro como el carbón. Unas cuantas criaturas, que solo eran mals en parte, nos miraban desde las paredes, pero permanecieron en el mural destrozado y no cobraron vida, como solían hacer de vez en cuando en clase; ahora no eran más que meras pinturas.

Aquello fue lo más cercano a ver un mal o, dicho sea de paso, algo que se moviera.

—El milfauces de Londres huyó de ti. Sabía que eras capaz de matarlo antes de que tú lo supieras —dijo Liesel mientras bajábamos las escaleras hasta la planta del taller—. Paciencia debe de haberse escondido.

—¿Cómo va a *esconderse* un milfauces del tamaño de un granero? —preguntó Aadhya.

—Los milfauces son mals de tipo limo —repuso Liesel—. Podría haberse extendido entre dos plantas.

Todas contemplamos el suelo con un estremecimiento involuntario, incluso Liesel.

—Salvo porque ya hemos escudriñado todo el colegio —dijo Aadhya después de un momento, como si quisiera convencerse a sí misma—. En la mitad de las habitaciones faltan algunos paneles del suelo y del techo. Lo habríamos visto.

No acababa de convencerme; ninguna de nosotras había visto a Paciencia antes de la graduación, ¿verdad? A falta de una idea mejor, entramos en un aula y Aadhya le quitó las patas a una vieja silla de metal y les dio la forma de unas barras para hacer palanca. Nos pusimos a levantar los paneles del suelo a medida que seguíamos adelante, iluminando el interior con la esfera luminosa. Aquello ralentizó aún más nuestro avance. Para llevar a cabo una búsqueda exhaustiva, deberíamos haber vuelto a subir a la biblioteca y empezar desde allí, pero no lo hicimos; como cuando eres consciente de que tienes que dejar de leer e irte a la cama porque si no a la mañana siguiente estarás zombi perdido y, sin embargo, sigues adelante. De todos modos, nos hubiera resultado imposible haber hecho una búsqueda exhaustiva en la Escolomancia. Era un edificio que se había construido para albergar a cinco mil magos. Un ejército de maleficaria podría haberse pasado años dándonos esquinazo, y ya no digamos uno solo.

Aunque eso debería haber dado igual. Estábamos buscando a una criatura con la que ninguna de nosotras quería toparse. En la Escolomancia, aquella circunstancia debería haber facilitado las cosas. Lo normal era que nos hubiéramos encontrado a Paciencia al doblar la esquina, esperándonos, con los ojos y la boca de Orion contemplándome a la altura de la vista. Buena parte de lo que hacía agonizante aquella búsqueda era la certeza de que acabaría encontrando exactamente lo que buscaba. Aunque Paciencia estuviera escondiéndose a conciencia de nosotras, la más leve intención por nuestra parte de dar con él habría orientado la balanza a nuestro favor. Sin embargo, por mucho que buscáramos, seguíamos sin encontrarlo.

—Voy a intentar invocarlo —dije finalmente, mientras bajábamos la última escalera, de vuelta a la planta del taller.

—Suena de fábula —dijo Aadhya—. ¿Cómo vamos a tener que *invocar* a un milfauces? Literalmente, es lo que ofrecerías a cambio de algo *bueno*. ¡Universo, tráeme una cesta de soma y a cambio me enfrentaré al milfauces más grande el mundo! Tal vez deberías probar así.

—No funcionará de ninguna de las dos formas —dijo Liesel bruscamente, y tiró la palanca al suelo. Aadhya y yo nos detuvimos y la miramos—. ¡No

está aquí! Si estuviera, ya lo habríamos encontrado. No está en el colegio.

—Ah, vale, así que ahora crees que deberíamos considerar la posibilidad de que haya escapado del colegio —dijo Aadhya, dejando caer también su barra; se apoyó las manos en las caderas con una mirada de indignación.

—¡No! —exclamó Liesel—. Si Paciencia hubiera podido salir del colegio, los demás también lo habrían hecho. Ninguno escapó. El colegio sigue aguantando, pero los maleficaria ya no están. Sobrevivieron todo el tiempo que pudieron, pero se les agotó la malia y se desvanecieron en el vacío. Son historia, al igual que Paciencia.

Dijo aquello con la agresiva seguridad de alguien que intenta imponerle al universo su verdad, solo que en ese caso, comprendí enseguida que intentaba imponérmela *a mí*. No creía realmente que Paciencia y toda la horda de maleficaria se hubieran precipitado tranquilamente en el vacío. Simplemente había llegado a la conclusión —y le repateaba de que a Paciencia y a los mals les había ocurrido algo que no entendía en absoluto, por lo que por mucho que quisiéramos, no íbamos a encontrar a Orion. Y no quería que yo llevase a cabo una invocación, pues le preocupaba lo que podría llegar a ofrecer para liberar a Orion. Hacía bien en preocuparse. Mi ofrenda tendría que ser lo bastante extraordinaria como para compensar el horror de lo que les hubiera ocurrido a los mals, cosa que, al parecer, era peor que la suma de todos ellos.

—Voy a intentarlo —dije con rotundidad, respondiendo a lo que quería decir realmente—. Primero volveremos a las puertas y así vosotras podréis marcharos antes de que lo haga.

—No seas idiota —dijo Liesel—. Escucha…

—Lo siento —dije, lo que significaba: *vete a la mierda*, e hice caso omiso. Me alejé por el pasillo rumbo al gimnasio, donde nos esperaba otro hueco de mantenimiento para llevarnos de vuelta al salón de grados. Sabía que Paciencia no estaría allí, pero, de camino, seguí levantando las baldosas del suelo, y cuando llegué a las enormes puertas, las abrí también con la palanca, y comprobé que tenía razón: Paciencia no estaba allí. A pesar de que la mitad del colegio se había derrumbado y la otra mitad amenazaba con seguir su ejemplo, el artificio del gimnasio seguía funcionando en plena forma: la fruta de finales de verano colmaba los árboles y el horriblemente maravilloso aroma de los melocotones en su estado óptimo de maduración impregnaba el aire; un arroyo sinuoso borboteaba sobre las piedras y un puentecito encantador lo cruzaba por encima; las ramas entrelazadas enmarcaban la pagoda que se alzaba a lo lejos como un cuadro.

Y Orion se encontraba sentado en el porche mirando el horizonte.

Al principio, permanecí plantada en la puerta. Podrías pensar que, como mínimo, me habría permitido dar rienda suelta a una fantasía, a la remota ilusión de encontrar a Orion con vida y poder rescatarlo de verdad, pero no. La Escolomancia te enseña a no esperar milagros. Los únicos milagros que experimentábamos eran los que llevábamos a cabo nosotros mismos, y pagábamos cada uno de ellos por adelantado. No había albergado ninguna esperanza.

Justo cuando me disponía a desgañitarme y a echar a correr hacia él, Liesel me agarró del brazo con ambas manos y tiró hacia atrás con todo su peso para refrenarme. Intenté zafarme, pero Aadhya me sujetó el otro brazo y me tapó la boca con la mano, mientras Liesel siseaba:

—¡No es él! ¡Es una trampa!

Habría sido una trampa maravillosa y me habría dirigido a ella de cabeza, solo que antes de que pudiera librarme de ambas, Orion volvió la cabeza y nos vio. Se puso en pie y se dirigió a nosotras abriéndose paso a través de los melocotoneros.

Liesel y Aadhya se quedaron completamente inmóviles, como un animal de presa al advertir que ha quedado expuesto frente a un cazador. Las manos de ambas, aún adheridas a mí, me lo confirmaron. Al igual que mis propias entrañas encogidas. Orion me miraba directamente, y ojalá hubiese sido una *trampa*, ojalá hubiese podido imaginar, aunque fuera por un momento, que no era él, pero sí que lo era. La diferencia era que yo no era yo, al menos en su cabeza. Me miraba con la misma expresión de absoluta concentración que ponía cuando cazaba mals, donde lo único que ocupaba sus pensamientos era su siguiente movimiento.

Habría vomitado o chillado de buena gana, pero no pude, porque venía hacia nosotras, y lo que quiero decir es que venía a *matarnos*. Liesel sacudió a Aadhya por detrás de mí hasta que esta me soltó el otro brazo y yo quedé libre, como si pensara que iba a tener que enfrentarme a Orion. Y lo peor era que yo también lo pensaba.

—*Orion* —dije—. Orion, soy yo. ¡Soy *El*!

Mi voz se elevó hasta formar un grito, pero él no vaciló ni un instante. Era como si se hubiera quedado a solas con todos los mals del universo, con los peores mals del universo, y él hubiera matado y matado y matado, hasta que en su interior no quedó nada más que el ansia por matar, y hubiera perdido la capacidad de desear otra cosa, de *hacer* cualquier otra cosa que no fuera matar mals. Exactamente lo que habían querido todos los demás.

No me imaginaba enfrentándome a él, pero tampoco me imaginaba quedándome ahí plantada y dejando que nos matara. Así que hice lo único que podía hacer: le lancé a la cara la evocación de rechazo de Alfie. Ni siquiera la llevé a cabo de forma correcta; simplemente se la arrojé y dije: «No. *No*, gracias», impulsada por la intensa sensación de repugnancia que me había invadido al contemplar la horrible máquina de matar en la que se había convertido.

Orion chocó directamente con ella y se detuvo de golpe. Permaneció inmóvil durante un instante, aturdido, pero entonces colocó ambas manos en la superficie de la cúpula y a mí se me revolvió el estómago, porque lo que percibí fue a *Paciencia*. No era más que Orion, sus dos manos, pero la sensación que me provocó cuando tocó la cúpula era la misma que la de un milfauces adherido a mi escudo, intentando llegar a mí, rezumando sobre la superficie y empujándola en busca de algún punto débil.

No había ninguno. Toda yo estaba detrás de aquella cúpula, un muro sólido e inquebrantable de *No*, con el respaldo del interminable recipiente de maná de Nueva York. Salvo por una pequeña grieta: a través del tenue brillo dorado del hechizo, contemplaba el rostro de Orion y sentía anhelo. Quería que Orion viniese directamente hacia mí para poder chillarle y decirle lo idiota que era antes de permitir que me estrechase entre sus brazos y ponerme a llorar contra su pecho durante un mes o algo así. Y el Orion que estaba al otro lado empujando la superficie del escudo, el Orion que no quería que se acercara ni un poco, se detuvo un instante y entornó los ojos. Y acto seguido, volvió a apoyar las dos manos en la cúpula y empezó a abrirse paso sirviéndose de la fuerza de aquel anhelo, que no habría podido evitar ni aunque mi vida y la de todos aquellos a los que quería dependieran de ello.

No muy diferente a las circunstancias en las que ahora me encontraba.

—¡El! —dijo Liesel entre dientes, pero no hacía falta que me advirtiera. De haber podido, habría acabado con la vulnerabilidad, pero me habría resultado igual de fácil abrirme en canal y sacarme el corazón un rato. El maná brotaba desde el prestamagia de Nueva York y fluía a través de mí hasta la cúpula, manteniendo a raya como podía la grotesca avidez que se hallaba al otro lado, una avidez que no pertenecía a Orion, pues era como si de alguna manera hubiera matado a Paciencia y luego se hubiera *convertido* en Paciencia.

Recordé con horror cuando di con él a través del charco escudriñador el día de la graduación, estando en Gales; el momento en que intenté agarrarlo y palpé en su lugar a un milfauces. Orion jamás se había enfrentado a un

milfauces. Yo había matado al único que había llegado a los pisos superiores de la Escolomancia. ¿Y si su poder, el poder que le permitía succionar el maná de los mals, se había visto desbordado al tomar aquel torrente de malia contaminada? Un siglo de tormento y malicia ingerido de golpe. No podía evitar querer llegar hasta él…

Y él se estremeció de arriba abajo, apoyó todo el cuerpo contra la cúpula y se zambulló en la fría miel de la superficie, insertando una yema del dedo tras otra, abriéndose paso hacia el interior; a continuación, sus manos y su rostro emergieron del resplandor dorado mientras este se desvanecía, y luego metió los hombros con esfuerzo, uno y después otro, antes de incrustarse de golpe y caer al suelo. No podía enfrentarme a Orion, no podía, pero cuando se levantó y se dirigió hacia mí, le gruñí, invadida por la rabia y la agonía: *Cabrón, como te acerques más, te machacaré el cráneo*, y levanté la pata de la silla convertida en palanca para atizarle, porque *aquello* sí podía imaginarlo, del mismo modo que era incapaz de imaginarme transformándolo en un cúmulo de gusanos u ordenándole que dejara de existir o derritiéndole la carne. Pero podía golpearlo con un palo, ya que durante casi todo el tiempo que lo había conocido, no me habían faltado ganas; y como si hubiese creído mis palabras, Orion redujo la velocidad, a medio camino entre un paso y otro, y se detuvo justo fuera de alcance.

Su rostro había permanecido impasible hasta entonces, inhumanamente inexpresivo, pero ahora un levísimo atisbo de arruga hizo amago de asomar en su frente. Todas permanecimos en posición de ataque, sin movernos. Yo seguía tragando saliva, haciendo retroceder por mi garganta la rabia y el horror, y entonces él dijo:

—Galadriel. —Movió los labios de forma errónea en torno al sonido de mi nombre, dividiéndolo en demasiadas sílabas, como si intentara recordar cómo se hablaba—. Galadriel. —La segunda vez le salió mejor, y entonces volvió a decirlo—: Galadriel —y no lo dijo *bien*, de la forma en que Orion había pronunciado mi nombre una vez, cuando casi consiguió que me gustase oírlo, pero al menos parecía un ser humano hablando.

Tras aquello se detuvo, como si se hubiese quedado satisfecho por haberlo logrado. No dijo nada más. Tampoco volvió a acercarse a nosotras. Simplemente se quedó ahí plantado, mirándome.



Las tres permanecimos paralizadas durante lo que a posteriori me pareció un lapso ridículo de tiempo, hasta que Orion siguió *sin* intentar matarnos el tiempo suficiente para que finalmente empezásemos a creer que no iba a volver a intentarlo. Y en cuanto nos lo creímos, nos pasamos otro rato debatiendo entre susurros sobre qué puñetas íbamos a hacer con él. Liesel propuso dejarlo en el colegio mientras buscábamos a alguien que nos ayudase, cosa que yo ni siquiera me molesté en vetar en voz alta y a la que Aadhya respondió poniendo los ojos en blanco. La siguiente solución obvia era llevarlo directamente a Nueva York con sus padres, solo que aquella idea era, sin duda también, aún peor.

—Nueva York irá a buscarlo allá donde lo lleves —dijo Liesel—. Y si no, irán *otros*. Es imposible esconder a Orion en ningún lugar del mundo.

—Aun así lo voy a intentar —dije con amargura—. Lo llevaré con mi madre.

No tenía ni la menor idea de lo que haría mamá con Orion. Según mi experiencia anterior, no querría saber nada del asunto, solo querría que me alejase de él. Por horrible que me pareciera, podía llegar a entenderla. Orion no estaba intentando matarnos en aquel momento, pero aquella afirmación parecía sumamente *temporal*. La piel todavía me hormigueaba por el terror

visceral que me provocaba la idea de encontrarme siquiera a su alcance. Y no era la única; Liesel no le quitaba el ojo de encima, con las manos extendidas a los lados, lista para adoptar una posición ofensiva; y Aadhya seguía poniéndome la mano delante cada vez que yo lo miraba, creo que movida por el mismo instinto de detener a alguien que está asomándose demasiado por un acantilado, a un niño o a un borracho, alguien que sabes que puede acabar precipitándose al vacío.

Aad hacía bien en no fiarse. Habría hecho cualquier cosa, por estúpida e imprudente que fuera, para intentar salvarlo, aunque a un nivel visceral entendía que no serviría de nada. Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido, fuera lo que fuera lo que le había hecho Paciencia, yo no iba a poder arreglarlo. El único hechizo que habría funcionado habría sido justo el hechizo que había ido a lanzarle: podría haber mirado a Orion a los ojos y haberle dicho que ya estaba muerto, y él no habría tenido más opción que creerme, al igual que Paciencia. Orion estaba muerto, desde luego. Se había quedado encerrado solo en la Escolomancia con la mitad de los mals del mundo, con el peor mal del mundo. Yo había acudido sabiendo que estaba muerto, y aún lo sabía. Y también podría haberlo convencido a él.

Lo que hacía falta ahora era que alguien nos convenciera a los dos de que *seguía vivo*, que seguía estando en algún lugar de su interior, asfixiándose bajo el peso de un millón de maleficaria. Y la única persona que conocía que tenía la posibilidad de conseguirlo era mamá.

—¿Y cómo vamos a *llevarlo* hasta allí? —soltó Liesel, profundamente molesta por mi continua negativa a lidiar con la realidad—. ¿Te lo vas a llevar de la mano? ¿Lo subirás a un avión, tal vez? ¿Cómo vamos a sacarlo siquiera de este pozo turístico?

No tenía respuesta para ninguna de aquellas excelentes preguntas. Contemplé a Orion, que tenía la mirada brillante y clavada en mí, y me alejé un paso en dirección a las puertas del gimnasio. Volvió la cabeza para seguirme. Tragué saliva y di unos cuantos pasos más, con el cuerpo en tensión, y a punto estuve de lanzar un gemido cuando él volvió a ponerse en marcha; Liesel y Aadhya se apresuraron a ponerse en cabeza, pero él se acercó solo unos cuantos pasos más y volvió a detenerse. Tuve que tomar aire profundamente varias veces antes de que se me apaciguara el corazón, y se me saltaron las lágrimas. No estaba bien, *nada nada nada* bien tenerle *miedo* a Orion. Nadie en su sano juicio habría sido borde con esa criatura que llevaba su cara.

—Me trae sin cuidado —dije, cuando fui capaz de articular las palabras —. Me lo llevaré a Gales aunque tenga que ir andando.



Por suerte para mí y, probablemente, para muchas otras personas, tras pronunciar mi grandilocuente declaración, Liesel renunció a intentar persuadirme de que hiciera algo sensato y, en su lugar, empleó el cerebro para resolver un montón de problemas que consideraba innecesarios pero que yo me había empeñado en generarme a mí misma y, por extensión, a ella. Nos condujo de vuelta al taller y Aadhya improvisó un portahechizos con los materiales que había por allí. Por suerte, entre estos había varios trozos de maleficaria y Aadhya tenía afinidad para manipular materiales exóticos. Fabricó un colgante con la cuenca del ojo en forma de lágrima de un chillón, rodeada de fragmentos de los caparazones de plañideros sujetas con seda de arañas cantoras; Liesel añadió un conjuro de ofuscación al colgante y me lo entregó.

—Pónselo —dijo.

Orion había permanecido exactamente a la misma distancia mientras me seguía hasta el taller; nos separaba ese mismo y maravilloso metro de espacio. Tener que acercarme a él era tan malo como tener que meterme en un túnel donde me esperaba un milfauces. Pero cuando lo intenté, cuando tomé aire y di un paso hacia él, este *retrocedió*. Me quedé inmóvil y volví a intentarlo, pero él retrocedió de nuevo, como si tampoco quisiera que yo me acercase. Me detuve, con ganas de echarme a llorar otra vez.

—¡Pues póntelo tú! —dije, y dejé el colgante en el banco de trabajo más cercano (bueno, en el banco de trabajo partido por la mitad que aún seguía en pie) y me retiré. Se acercó y volvió la cabeza lentamente para mirar el colgante, y al cabo de un momento, lo tomó y se lo puso.

Con el artificio colgado al cuello, lo vi de una manera que no lo había visto antes. El colgante brillaba inapropiadamente sobre los restos de su vieja camiseta de Transformers, que había quedado reducida a jirones que colgaban entre los ribetes del cuello y las mangas, y los bordes tenían manchas marrones de sangre seca. También llevaba los pantalones hechos polvo: las perneras tenían agujeros que se extendían de una costura a otra y los dos bolsillos traseros colgaban, desgarrados. Sus zapatillas de deporte parecían

más bien sandalias de gladiador; una banda alrededor de los tobillos y la puntera de metal eran lo único que las mantenían en su sitio. Había estado simplemente sentado en el pabellón, podría habérselas arreglado. No era capaz de preocuparse por ese tipo de cosas.

—Eres un desastre, Lake —le dije, porque era lo mismo que le habría dicho en cualquier otra circunstancia, salvo que después de pronunciar las palabras, rompí a llorar; ni siquiera podía enterrar la cara en las manos, ya que era incapaz de quitarle los ojos de encima por si acaso *se acercaba*.

—¿Tengo que ponerte otro a ti? —dijo Liesel de forma sarcástica.

—¿Hablas en serio? —le dijo Aadhya, irritada, pero lo agradecí. Me restregué la cara con los brazos y tomé el trapo que me tendió Aadhya para sonarme la nariz y limpiarme la mayor parte de las lágrimas y los mocos.

A continuación, salimos de la Escolomancia y volvimos al hotel.

Voy a dejarlo ahí, porque en realidad no recuerdo la mayor parte. Lo sobrellevé minuto a minuto, desprendiéndome de cada uno en cuanto pasaban, pues enseguida me concentraba en el siguiente. De todos modos, eran todos el mismo minuto, el minuto en que percibía a Orion con vida a mi espalda, apenas a unos pasos de distancia, y era la sensación más horrible del universo. Tenía que seguir abriéndome paso entre la multitud, gente normal y corriente que estaba de vacaciones, acalorados y sudados y riendo o aburridos, con niños quejándose y pidiendo algo de beber, y sabía que si me volvía y miraba a Orion aunque fuera una vez, entre aquella multitud pegajosa, ruidosa y llena de vida, vería que estaba muerto de una forma tan vívida que lo habría estado, así que no podía girarme. Debía seguir adelante, debía dejar que me siguiera a espalda descubierta.

Para cuando llegamos al hotel, era incapaz de pensar en nada. Si lo hubiera hecho, la idea de intentar meterlo en un avión me habría provocado un ataque de risa histérica, a no ser que lo hubiéramos metido en una caja y lo hubiésemos facturado como equipaje. Me parece recordar vagamente que Liesel y Aadhya tuvieron una conversación al respecto en la habitación del hotel, pero en aquel momento, no presté la suficiente atención como para saber lo que hacían, como si hubiera dejado de ser el personaje principal de mi propia vida y me hubiera convertido en un elemento decorativo de fondo que no hacía más que mirar a Orion. Lo único bueno era que la preciosa y ornamentada habitación de hotel carecía tanto de sentido como él, por lo que Orion podía existir en su interior y devolverme la mirada fijamente.

Liesel y Aadhya fueron a buscar una furgoneta, metieron a Orion en la parte de atrás y nos llevaron de vuelta a Gales. Permanecimos en un ferry

durante buena parte del viaje: recuerdo la marejada del océano, las oleadas de náuseas provocadas no solo por lo que ocurría en mi interior sino también por el entorno, entremezclándose y multiplicándose por dos. Debí de ir al baño y dormir un poco, o al menos, perder el conocimiento de vez en cuando, pero no albergo recuerdo de ello. Solo recuerdo estar acurrucada en el asiento del pasajero, contemplando a través del parabrisas las paredes vacías de la bodega mientras el rostro de Orion flotaba en un reflejo nebuloso del cristal. En una ocasión, Tesoro salió del bolsillo y vino a acariciarme la oreja con su naricita, intentando reconfortarme, pero volvió a meterse dentro cuando vio que no había nada que hacer. Y entonces, volvimos a ponernos en marcha; Liesel y Aadhya se turnaron al volante, hasta que de pronto las carreteras me resultaron demasiado familiares como para no reconocerlas. Entramos en el aparcamiento de la comuna y vi a mamá ahí plantada, en la oscuridad; los faros del coche iluminaron su pálido rostro.

Apenas habíamos dejado de movernos cuando corrió hasta mi puerta y me sacó de un tirón. Me agarró la cara con las manos, mientras todo su cuerpo temblaba y me palpó los brazos de arriba abajo, como si no acabara de creerse que siguiera de una pieza. Yo tampoco estaba segura del todo. Aadhya y Liesel salieron también e intentaron explicarle el asunto a mamá, ya que yo no era capaz, pero antes de poder entrar en detalles, Orion salió de la furgoneta.

Había permanecido inmóvil todo el trayecto; no había bebido ni un sorbo del agua que le habíamos ofrecido, no había probado bocado. No emergió de la furgoneta en plan dramático, como si fuera Hulk o algo así. Simplemente salió de la forma más directa posible, que en este caso significaba hacer un agujero a la puerta del vehículo y escurrirse por el hueco en cuanto este fue lo bastante amplio como para que pasara. Mamá profirió un gemido estrangulado de horror y retrocedió, pero yo me agarré a ella, desesperada, para que se quedase callada, para que no dijese nada que no pudiera soportar escuchar.

—¡No es él! —dije—. No es Orion. No es culpa suya.

Intenté explicarle que se había quedado atrapado con todos los mals del mundo y que tenía que ayudarlo.

Mamá no me dejó terminar.

—¿Quién le ha *hecho* esto? —dijo con un susurro, y me dispuse a decirle que había sido Paciencia, que había estado encerrado con Paciencia, pero en vez de eso, respondí:

—Su madre. Ophelia Lake.

Y las demás palabras se me atascaron en la garganta, porque en cuanto su nombre abandonó mis labios, estuve segura de que era la verdad, a pesar de que no entendía qué había hecho, ni cómo.



Aadhya y Liesel se quedaron en la yurta sin que hiciera falta convencerlas demasiado; ambas parecían exhaustas tras el viaje. Yo podría haber dormido una semana entera, pero mamá no quería esperar ni un instante, y yo compartía el sentimiento de urgencia. Nos llevó a Orion y a mí directamente al bosque, sumidos en la oscuridad e invocando a la luz de la luna para que iluminase el camino. Si algún mundano nos hubiera acompañado, solo habría pensado que era una noche inusualmente brillante, que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y que, de algún modo, la luna nos alcanzaba a través de los árboles.

Mamá no siempre acude al mismo lugar con su círculo. Siempre que sale, presta atención al ambiente, y si ve que la zona no está por la labor, no trabaja allí. No tengo ni idea de cómo los árboles y la hierba le hacen saber que no están por la labor, pero al parecer lo hacen. Sin embargo, cuenta con zonas habituales a las que vuelve con bastante frecuencia y con otras que se guarda para ocasiones especiales. Siempre sabía que alguien estaba en muy mal estado si se lo llevaba a la más alejada de la comuna: un prado circular en el que hacía una década un roble se había venido abajo durante una tormenta. El tronco hueco y dentado sigue en pie, y ella sitúa al paciente dentro mientras el círculo lo rodea.

Esperaba que nos llevara allí directamente, y durante el primer tramo del camino, tomamos esa dirección, pero al llegar al desvío, siguió adelante y continuó adentrándose en el bosque. Al cabo de un kilómetro más o menos llegamos a un enorme matorral de zarzas que bloqueaba por completo el paso, igual que un muro. Se detuvo delante, extendió las palmas y dijo suavemente: *Por favor*. Después de un momento, las zarzas se apartaron lo suficiente como para que pudiéramos pasar.

Tras aquello, seguimos caminando durante otra hora. No había ningún sendero, pero mamá siguió adelante con paso firme, como si supiera a dónde iba, aunque, por lo que pude ver, ningún ser humano había pasado por allí por lo menos en una década, y posiblemente tampoco ningún ciervo. No se

trataba de ningún lugar al que me hubiera llevado antes. La maleza fue apartándose lentamente todo el trayecto, dejándonos paso y volviendo a su sitio en cuanto Orion, que iba en la retaguardia, la atravesaba; el tenue brillo de la luz de mamá conformaba un círculo a nuestro alrededor.

Pero no era para nada como desplazarse a través de los lugares olvidados, los cuales estaban medio metidos en el vacío. Sino todo lo contrario, como si estuviésemos adentrándonos aún más en lo *real*, en un lugar que rechazaba por completo la presencia de la magia y solo estuviera dejándonos pasar a regañadientes mientras hacía la vista gorda.

Las zarzas nos llevaron finalmente a un pequeño claro donde se hallaban los últimos vestigios de una antigua casa circular: la mitad superior de la pared estaba podrida, pero el anillo de piedra de los cimientos seguía en pie. La puerta, dos grandes losas de piedra y una tercera en la parte superior, seguía allí. El tejado hacía tiempo que se había desmoronado, pero en su lugar había un enorme tejo junto a los cimientos, casi encorvado sobre las paredes. Dos grandes ramas se extendían sobre la parte superior de las paredes, brindando cobijo, y una tercera se prolongaba sobre el marco de la puerta, bloqueando la entrada. El interior estaba demasiado oscuro como para poder ver nada.

Supe de inmediato que alguien había vivido y muerto en aquel lugar hacía mucho tiempo. Alguien como mamá. Alguien poderoso, que había permanecido allí toda su vida, ofreciendo su poder a cualquiera que llamara a su puerta, pero que había decidido no servirse de este cuando la muerte hizo acto de presencia. Alguien que no había hecho tratos con nadie que perteneciese a un enclave, tal vez antes incluso de que hubiera miembros de enclave con los que negociar. Lo supe porque me provocaba la misma sensación que la yurta, solo que más intensa.

—Siento pedírtelo —dijo mamá. No sabía si hablaba con el tejo, con la cabaña o con el espíritu de la sanadora que había vivido allí. Con todos, me parece; aquel era un lugar repleto de poder, de generosidad, de vida, y no podía dividirse en elementos individuales. Todos formaban parte de él. La sanadora había construido la cabaña y plantado el tejo; las paredes de piedra y las ramas le habían brindado cobijo y sombra, al igual que a aquellos que acudían allí en busca de sanación, y ahora todavía la recordaban, mucho después de que hubiera abandonado el mundo y los recuerdos humanos—. Pero no puedo hacerlo sola. ¿Me ayudarás?

Se volvió y señaló a Orion, y todo el claro se apartó de él, de algún modo, de la misma manera que había retrocedido mamá, estremeciéndose de forma

instintiva: las ramitas y las hojas se enroscaron, y el propio tejo se quedó quieto a pesar del viento. Durante un momento todo permaneció inmóvil, y yo sentí la visceral negativa. Me habría gustado gritar, pero no había nadie a quien gritarle. Comprendía lo que mamá había hallado allí, su forma de vincularse con el lugar, pero yo no era capaz. Si le gritaba al árbol, no sería más que un ruido aleatorio en el bosque, nada que el árbol entendiera o percibiera. Aquel lugar no se podía someter con gritos ni tomarse por la fuerza. Algún imbécil codicioso podría haberse presentado allí, podría haber absorbido el maná del entorno y dejado que el árbol muriese y las rocas se desmoronasen, pero no podría haberlo obligado a que lo curase a él ni a nadie más.

Sin embargo, mamá contempló el tejo con las palmas extendidas y dijo:

—Lo sé. Yo también tengo miedo. Pero no fue algo que eligiese él. Se lo hicieron.

Se produjo otro silencio interminable e insoportable y entonces la rama que estaba frente a la puerta crujió lentamente y se apartó. Mamá se volvió hacia Orion; lo miró por primera vez desde que salió del coche y todo su rostro volvió a estremecerse. Su voz apenas se elevó a un susurro.

—Tienes que entrar —le dijo—. Nadie puede obligarte. Tiene que ser decisión tuya.

Orion permaneció ahí plantado como si no la hubiera oído. Seguía mirándome solo a mí.

—¡La cabaña! —dije, y la señalé con ambas manos. Volvió la cabeza lentamente para seguir la dirección del gesto y contempló la mística cabaña en ruinas como si no hubiera reparado antes en su existencia; me acerqué y le indiqué con gestos aún más exagerados que ENTRASE por la puerta, y finalmente dio uno o dos pasos en dirección a ella. Me puse a asentir con la cabeza como quien anima a un niño o a un perrito: ¡sí, muy bien! Él siguió acercándose hasta que se detuvo justo frente al umbral.

Sentía tanto alivio por haber conseguido llevarlo hasta ese punto que no me di cuenta de que estaba *acercándose a mí* hasta que estuvo justo a mi lado, y me miró y no era Orion en absoluto. No era más que anhelo, un anhelo incapaz de hallar satisfacción y que solo me seguía porque quería devorarme y esperaba tener la oportunidad de hacerlo: ¿sería aquella dicha oportunidad?

Me aparté de él, de eso. Podía haberlo destruido. *Quise* destruirlo en aquel mismo instante, antes de que pudiera acercarse a mí o a mamá o a cualquier ser vivo del mundo. La única opción lógica era destruirlo y eso era lo que Liesel había intentado decirme en realidad cuando sugirió dejar a Orion en la

Escolomancia o mandarlo a Nueva York o simplemente alejarnos de él; me había instado a destruir aquella cosa que no debería existir, que jamás debería haber existido, a dejarlo volver al vacío donde pertenecía. Tenía las palabras en la punta de la lengua. *Ya estás muerto*.

—Orion —dije en cambio, desesperada, queriendo convertir su nombre en un hechizo diferente, pero él se quedó ahí plantado. Si hubiera servido de algo, lo habría empujado. Habría sido lo más justo, ya que él me había empujado *a mí* por las puertas de la Escolomancia. Me habría metido dentro para que fuera tras de mí. Pero ni siquiera tenía que preguntarle a mi madre para saber que eso no funcionaría. No intentábamos meterlo físicamente en la cabaña para que un poder mágico que no llegaba hasta el exterior pudiera ocuparse de él. El poder se encontraba a nuestro alrededor, por todas partes. Lo que importaba era que Orion tomara la decisión. Tenía que elegir entrar, tenía que elegir curarse. Porque aquel poder no podía actuar por cuenta propia. Ni siquiera para ayudar a alguien que no estaba lo bastante bien para tomar una decisión. Si Orion era incapaz, si no quedaba nada de él, entonces la elección era solo mía, una elección horrible y solitaria: dejarlo permanecer en el mundo hasta que empezara a cazar de nuevo o hacer que lo abandonase para siempre.

—Dijiste que vendrías a Gales a buscarme —le dije—. Pero no estás aquí, en realidad no, así que entra *ahí y vuelve a mí*. ¿Te queda claro, Lake? Me lo prometiste. ¡*Dejé* que me lo prometieras, so capullo! ¿Quieres entrar en la puta cabaña?

Pronuncié las últimas palabras a gritos, y en un arrebato, agarré un palo del suelo y le di un golpe en la cadera. Él dio un saltito y me miró con un destello de humanidad en el rostro, un destello del antiguo Orion, y antes de que pudiera reaccionar, volvió la vista a la cabaña… y vi que tenía miedo.

Nunca había visto a Orion tenerle miedo a nada, incluso cuando una persona en sus cabales debería estar aterrorizada; ni a los monstruos, ni a las alturas, ni a los deberes de recuperación. Pero contempló la diminuta y vacía cabaña y vi que era él, era Orion, y que fuera lo que fuera lo que había en el interior, lo aterrorizaba. Volví a golpearlo, invadida por mi propio sentimiento de horror, que solo se había visto intensificado por aquel instante de esperanza.

—Solo es un montón de piedras, no un colegio plagado de mals, ¡deja de ser tan cagón y *entra de una vez*! —aullé, y tal vez me oyera, porque cerró los ojos por primera vez y atravesó el umbral.

Todo el claro enmudeció. Mamá dejó escapar un grito ahogado de terror y, acto seguido, se acercó a mí, me tomó la cara entre las manos, me besó la frente y me dijo:

—Cariño mío, te quiero, pase lo que pase.

En mi desesperación por que ayudase a Orion, no había caído en la cuenta de que tendría que dejar que mamá entrara allí con él, sola. Solo había pensado en cómo persuadirla, no en lo que le estaba pidiendo que hiciera. Pero no me dio la oportunidad de decirle: *espera, no*, lo cual prefería, supongo, a tener que decidir si se lo decía o no. Me soltó y entró en la cabaña sin dudar, y las ramas del tejo volvieron a descender detrás de ella.

No pegué ojo, con lo que quiero decir que me senté en el suelo a esperar, me tumbé de lado al cabo de dos minutos y me quedé dormida casi al instante. Volví a incorporarme cuando Tesoro me mordió la oreja para despertarme; me levanté de un salto, medio dormida, moviendo las manos instintivamente para levantar un escudo, aunque de forma inútil. El tejo gemía profundamente por encima de mi cabeza y la luz emergía de la cabaña, se filtraba por el tejado de ramas y hojas y por cada grieta entre las piedras, y convertía el musgo en resplandecientes brasas verdes; una luz que me humedecía los ojos y me dejaba en la boca una sensación de frescor, una luz que solo recordaba haber visto una sola vez en toda mi vida. Cuando mamá había tomado la decisión de salvarme de las garras de la profecía y me había acunado, a salvo, en sus brazos, en su corazón, dedicando su vida a convertirse en un refugio para protegerme de mi terrible destino.

No estaba sufriendo ningún ataque; no había nada que hacer.

—¡Mamá! —llamé desesperada. No respondió nadie. No la veía a ella ni a Orion. Dentro de la cabaña solo había luz y, de pronto, esta se desvaneció hasta apagarse del todo, de forma tan rápida que mis ojos no pudieron seguir el ritmo y yo quedé sumida en la oscuridad más absoluta, con las brillantes y confusas imágenes residuales todavía adheridas a mi visión.

Cuando la vista por fin se me acostumbró, vi todavía unos cuantos destellos de luz: estaba amaneciendo. Todas las hojas estaban desprendiéndose del tejo; se enroscaban y caían con un leve golpeteo. Las ramas desnudas se habían marchitado y enmagrecido, secas por dentro, y el dintel de la puerta se partió de pronto en dos con un sonido parecido al de un disparo y se vino abajo; rompió las ramas de la puerta, que quedaron hechas astillas, y destrozó el umbral. Salí disparada y me precipité al interior de la cabaña; mamá estaba tirada en el suelo, hecha un ovillo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —chillé, agarrándola y acunándola entre mis brazos, que eran capaces de envolver por completo su cuerpo acurrucado, horriblemente frágil y ligero. Respiraba, y al volverla hacia mí, abrió los ojos y me miró, con la mirada vidriosa por el cansancio. No alargó la mano para tocarme la mejilla, pero el brazo se le sacudió un poco, como si quisiera hacerlo pero no pudiera; a continuación, apoyó la cabeza contra mí y se sumergió en algo a medio camino entre el sueño y la inconsciencia. La estreché contra mí e intenté controlar mi respiración y entonces desvié la vista hacia el único rincón que seguía ensombrecido por el entramado de ramas moribundas; Orion estaba allí de pie, con la espalda apoyada en la pared.

Orion estaba allí de pie: era *él*. Mamá lo había conseguido. Podría haber gritado, podría haberme echado a llorar; en lugar de eso, le tendí la mano, invadida por la alegría, por el anhelo, creyendo por primera vez que el milagro podía haberse hecho realidad, que tal vez estaba de vuelta conmigo, y él dijo, con la voz ronca y desgarrada:

—Deberías haberme dejado allí.



Podría haberlo desmembrado, la verdad, pero en lugar de eso, agarré a mamá y le gruñí:

—Pues púdrete aquí si quieres. —Y salí de la cabaña.

Quise marcharme a casa directamente, pero no me había criado una manada de lobos, así que a pesar de que me invadía toda la rabia que no había sido capaz de sentir hasta que el alivio la había dejado aflorar, no seguí adelante; me detuve en el claro, me volví hacia la puerta rota y el tejo y dije:

—Quizá él sea un cretino ingrato, pero yo no. Gracias.

No sabía muy bien qué más hacer. Tenía la intensa sensación de que debía hacer *algo*: el pobre tejo seguía desprendiendo hojas marchitas en una exigua lluvia gris, y estaba segura de que, de haber estado consciente, mamá me habría dicho qué hacer. Pero a mí no se me ocurría nada, y si se me hubiera ocurrido algo, sospecho que solo la habría cagado. Bajé la mirada al bolsillo.

—¿Tienes alguna idea?

Tesoro descendió por mi cuerpo y se puso a corretear alrededor y por encima del árbol, olfateando la corteza con su naricita rosa hasta dar con una zona que al parecer le gustaba, en la parte baja del tronco, junto a la ramificación más grande. Colocó la pata encima y me miró. Yo no lo tenía nada claro, pero ella me lanzó un chillido decidido.

—Si estás segura —dije. Deposité a mamá con cuidado en una zona cubierta de musgo, apoyándole la cabeza sobre unas hojas secas, y luego transmuté trabajosamente una rama caída y una piedra en una pequeña hacha.

Golpeé el tronco durante casi una hora, mientras el sol ascendía de forma gradual, hasta que, por fin, la enorme sección ramificada se resquebrajó con un chirrido y se desmoronó, fragmentándose como un trozo de madera que se ha secado y curado durante una década. Sin embargo, un leve goteo de savia rezumaba de la zona del tronco cercenada.

Orion aún no había salido de la cabaña, pero al cortar la sección más grande, la mayoría de las ramas que le daban sombra se habían caído al suelo, y él estaba ahí plantado, tras las paredes bajas de piedra, casi como su madre lo había traído al mundo; suponía que el resto no tardaría en quedar expuesto, teniendo en cuenta el estado precario de sus andrajos.

—¿Vas a ayudarme o prefieres quedarte ahí plantado como un inútil? —le dije con frialdad. Aparté los trozos sueltos del dintel, despejando el umbral, y luego rodeé la cabaña: limpié la maleza, recogí las piedras caídas y las puse de vuelta en su sitio. No iba a encontrar un dintel nuevo tirado en el suelo, pero al menos podía recomponer las paredes. Al cabo de un rato, Orion se puso a ayudarme, pero desde dentro, como si prefiriera no arriesgarse todavía a acercarse a mí.

Cuando acabé de hacer todo lo que estaba en mi mano, volví con mamá, cuyo rostro había recuperado, por suerte, algo de color. Orion se sobrepuso lo suficiente como para salir de la cabaña, pero permaneció a un lado, observando cómo intentaba hallar algún modo de cargarla; hizo el amago de moverse un par de veces, como si quisiera ayudar, pero no pudiera, al parecer porque se encontraba tan horriblemente contaminado *que debería haberlo dejado allí*. Con cada una de sus sacudidas, me cabreaba más y más, porque Aadhya tenía razón, joder, no era culpa mía, nada había sido culpa mía, había sido culpa *suya*, había sido *él* el que me había empujado, me había hecho todo aquello, y seguía haciéndomelo, así que me puse en pie y le gruñí:

—Llévala *tú* y procura no dejarla caer.

Al cabo de un momento, se acercó a nosotras y yo permanecí ahí plantada con los brazos cruzados, fulminándolo con la mirada hasta que tuvo a mamá en brazos.

Me llevó mucho más tiempo conducirnos de vuelta a la yurta de lo que le había costado a mamá llevarnos hasta la cabaña. Tesoro se me sentó en el hombro y fue dándome mordisquitos en la oreja para asegurarse de que no me metía por donde no era, pero sus indicaciones no bastaron. Orion no dejó caer

a mamá. Ni siquiera pidió hacer una pausa durante el trayecto, y, por fin, salimos del bosque dos horas más tarde, a media mañana.

Aadhya y Liesel estaban sentadas frente a la yurta, discutiendo sobre qué hacer. La expresión de Liesel cuando vio a Orion caminando con cuidado por detrás de mí con mamá en brazos fue de una incredulidad tan absoluta que casi habría resultado divertida si no fuera porque estaba muy claro que lo que le parecía inconcebible era que, a pesar de ser unas idiotas de cuidado, hubiéramos sobrevivido, cosa que tampoco sabía si era buena o mala.

Orion llevó a mamá al interior de la yurta y la depositó en su cama cuando se la señalé, y luego volvió a salir a toda prisa. Le di un poco de agua y la metí debajo de las sábanas; mientras tanto, él se situó en el extremo más alejado de la pequeña hoguera y se sentó en un tronco. Al principio, no les dijo ni una palabra a Aadhya ni a Liesel, hasta que oí a Aadhya diciéndole:

—Orion, no me malinterpretes, estoy supercontenta de que ya no estés en modo zombi, pero tienes pinta de estar flipando un poco. ¿Estás bien?

Volví la vista hacia la puerta para escuchar la respuesta —tenía bastante curiosidad—, pero él se la quedó mirando como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces de que estaba allí.

—¿Sí? ¿No? ¿Una frase entera, tal vez? —insistió ella—. Si no se te ocurre nada: *Gracias por salvarme de una muerte segura hará el apaño*.

—Debería haberme quedado allí —dijo categóricamente en su lugar.

Salí, dispuesta a cantarle las cuarenta, ahora que mamá estaba descansando, pero antes de que pudiera encararme con él, Liesel dijo, malhumorada:

—Aunque nosotras no hubiéramos ido, no te habrías quedado. Tu madre estaba organizando un grupo de búsqueda para ir a por ti.

—¿Qué? —dije, deteniéndome.

Liesel señaló a Orion con impaciencia.

—¡Tú misma lo dijiste! Esto fue cosa de Ophelia, ella le dio este poder. Sabía que ninguno de los maleficaria podría matarlo. Sabía que estaba vivo. Por eso insistió tanto en seguir suministrando maná al colegio. Pensaba ir a por él. ¿Sabías que era una maléfice? —le preguntó a él.

Yo le habría hecho la misma pregunta si se me hubiera ocurrido el modo de formularla. Orion no había hablado demasiado de sus padres en el colegio, pero aun así los había mencionado alguna vez. Si sospechaba que su madre era una maléfice, se lo guardó para sí. Desde luego, yo no había tenido ni idea de lo que iba a encontrarme al ir a Nueva York.

—No —dijo Orion; una respuesta extraña. O bien debería haber respondido que sí o debería haber dicho indignado algo tipo: *mi madre no es ninguna maléfice*.

—¿Y ahora sí lo sabes? —dijo Liesel, extrañada también por su respuesta —. ¿Qué te hizo?

Orion no respondió. Simplemente se levantó y se alejó. No llegó a la siguiente parcela; solo caminó unos cuantos metros hasta el árbol grande más cercano y se sentó detrás.

—Ni que te cobraran por hablar con tacto —dijo Aadhya.

—¡No hay tiempo para ir con tacto! —exclamó Liesel.

—No es como si lo tuvieras alguna vez.

Liesel la miró ceñuda.

—¡Su madre está al tanto! ¿Entiendes lo que eso significa? A nosotras nos pilló por sorpresa. A ella no. Sabía que encontraríamos a Orion y lo sacaríamos del colegio. Lo más probable es que haya enviado ya a alguien aquí. Debe de haber puesto un rastreador en el prestamagia. —Me señaló la muñeca.

—Por mí puede enviar a medio enclave de Nueva York. No dejaré que se lo lleven —dije.

Liesel alzó las manos, exasperada.

—¿Y qué harás cuando te corte el grifo de maná?

—Vale, chicas, antes de que os pongáis a gritar, permitidme señalar que nadie va a llevarse a Orion a ningún sitio que *él* no quiera —dijo Aadhya—. ¿Podemos preocuparnos menos por dichos planes malvados y centrarnos en él? No sé si es por su madre, o por haber matado a todos esos mals o por haber estado medio metido en el vacío, pero *no* está bien, por mucho que tu madre haya intentado curarlo.

Liesel frunció el ceño; puede que yo también lo frunciera un poco. Aquella era una idea demasiado sensata y amable; lo que yo quería era chillarle a Orion hecha una furia y arrancarle la piel a tiras por haberme hecho pasar por todo aquello y tener el morro de… no estar bien. Como era evidente.

Entré en la yurta de mal humor y me puse a rebuscar en los armarios; serví un cuenco con la sopa de verduras de mamá, tomé media barra de pan y un plato de verduras en escabeche, lo puse todo en una bandeja y lo llevé hasta donde estaba Orion, que seguía sentado en la ladera.

—Come algo.

—No tengo hambre —dijo, salvo que sonó como si aquella frase le horrorizara. Y de hecho, no parecía haber perdido peso a pesar de llevar dos semanas sin probar bocado. Como si hubiera estado alimentándose de otra manera.

Reprimí las náuseas solo de pensarlo.

—Da igual. Come algo, a ver si cambias de opinión —dije, y le acerqué la bandeja; acto seguido, me senté en un tocón que había cerca a esperar.

Al cabo de un rato, tomó el cuenco y bebió un sorbo; luego se terminó la sopa y devoró el pan y las verduras a toda velocidad, sin dejar nada más que las migas para cuando volví tras un segundo asalto a la despensa.

Los armarios fueron quedando vacíos, y cuando finalmente dejó a medias el último paquete de galletitas rancias, me invadió una oleada de alivio: quedaba una hora para el almuerzo y no me apetecía nada ir a las cocinas de la comuna a mendigarles a los que estuvieran trabajando ese día para que me sacaran la comida antes. A mamá le habrían sacado todo lo que quisiera, pero yo nunca había tenido suerte, y me daba miedo lo que podría hacer si me decían que no.

Entonces, Orion apoyó la frente en la mano y dijo crudamente:

—El. Lo siento. Lo siento mucho.

No especificó, pero podría haber enumerado una lista larguísima de cosas que, según creía yo, debería lamentar. Me las tragué todas.

—Ven a acostarte —dije en cambio, porque eso es lo que hacía uno por alguien que acababa de salir de la Escolomancia: le dabas de comer hasta reventar, lo metías en una cama con sábanas limpias y luego lo llevabas a la ducha y le dabas ropa limpia. Lo mismo que mamá había hecho por mí, lo mismo que todas las familias del mundo habían hecho por sus graduados. Y a falta de un plan mejor, eso era lo que iba a hacer por él.

No volvió a decirme que debería haberlo dejado en el colegio y tampoco discutió. Se puso en pie, me siguió de vuelta a la yurta, se acostó en mi cama y se puso a dormir, al otro lado de donde estaba mamá. Saqué a Tesoro del bolsillo y la dejé allí para que les echara un ojo a ambos.



Pasé los siguientes tres días con la cabeza gacha, siguiendo las normas, proporcionándole a Orion una dosis regular de comida y reposo e higiene y

comida y, a la vez, evitando milagrosamente —para mí— arrancarle la piel a tiras. Aadhya, colmada de paciencia, se fue con la furgoneta a la ciudad —después de arreglar el lateral— y le compró unas cuantas cosas de Primark: una camiseta blanca, un par de vaqueros, calcetines nuevos y unas zapatillas.

Liesel se pasó los tres días elaborando fortificaciones místicas y estrategias defensivas, y manteniendo conversaciones telefónicas con Alfie repletas de susurros irritados. Al parecer, pretendía establecer un canal de comunicación extraoficial para poder negociar cuando Nueva York se presentase en la comuna y quedaran asqueados con uno de sus numerosos planes. Intentó compartirlos conmigo repetidamente hasta que finalmente perdí los estribos frente a la hoguera y le dije de mal humor —no se me da muy bien cuidar de los demás, y entre mamá y Orion, estaba desbordada:

—¡Liesel, Nueva York no está a tres días de distancia! Si hubieran querido venir, ya estarían aquí.

En cuanto las palabras abandonaron mis labios, todas nos dimos cuenta de que tenía razón, y el rostro de Liesel adoptó una expresión de desconcertada indignación: ¿cómo se atrevía Ophelia a *no* venir a por nosotras?

Así que, por supuesto, ese mismo día tuvimos noticias suyas.

Aquella mañana mamá había sido capaz de sentarse y caminar un poco sin quedarse sin aliento, pero estaba claro que no se encontraba en condiciones de cocinar. Mi intento conjunto con Aadhya durante la primera noche había acabado con la hoguera apagada bajo un chorro de agua y las tres intentando engullir unas judías a medio cocer.

—Mis abuelas siempre hacen que parezca facilísimo —dijo Aadhya cabizbaja, dejando a un lado su cuenco en señal de derrota.

De manera que, después de todo, había tenido que acudir a las cocinas colectivas. En teoría, cualquiera podía ir a por una ración, nadie se quedaba con hambre, y luego uno contribuía como podía: todo muy bonito y utópico. En la práctica, presentarme allí sin mamá siempre había sido una experiencia infernal: tenía que aguantar que me preguntasen de forma seca qué creía que hacía, que me regañasen por la cantidad de comida que pedía y me dijeran que por qué creía que tenía derecho a llevármela.

Pero ahora tenía demasiadas cosas de las que preocuparme, y tal vez se me notaba en la cara. Tras el desastre de las judías, descendí la colina y ayudé con la limpieza de los cacharros que se llevaba a cabo de forma continua en la parte de atrás; después, llené nuestras dos ollas más grandes con arroz, judías y curry de verduras y nadie hizo ningún comentario. Cuando bajé a la mañana

siguiente, uno de ellos incluso me preguntó por mamá, y después de eso me preguntaron por ella con frecuencia, queriendo saber si estaba mejor.

Y aquella tercera tarde, Ruth Marsters apareció mientras estaba allí y me dijo, casi como si yo fuera otro ser humano cualquiera, empleando únicamente un matiz muy leve de resentimiento: «Ha llegado una carta para ti», y me entregó un sobre de papel grueso, suave y cremoso, con el sello de Nueva York cerrando la solapa, dirigido a Galadriel Higgins.

Me lo llevé de vuelta a la yurta, sujetándolo con dos dedos, y lo abrí en el bosque, alejada de los demás, mientras Tesoro, ansiosa, me observaba a lo lejos por si del interior salía alguna especie de humo o veneno. Pero no salió nada de eso; dentro solo había una nota enrollada en torno a otro sobre:

Querida El:

Te agradezco mucho que hayas sacado a Orion. Espero que esté bien. Por favor, entrégale la carta adjunta cuando creas que está listo para leerla.

Con mis mejores deseos,
Ophelia Rhys-Lake

Su letra era oblicua, elegante y fácil de leer, y la firma apenas desplegaba un atisbo de floritura, refinada y de buen gusto. Me la quedé mirando estupefacta. Sí que era un puto monstruo. Si me hubiera dicho que le entregase la carta a Orion, y punto, le habría prendido fuego encantada; si me hubiera amenazado o pedido algo, la habría mandado primero a la mierda en voz alta y luego le habría prendido fuego a la carta. En vez de eso, me invitaba a ocultársela como si formáramos parte del mismo equipo y tuviésemos que cuidar del pobrecito Orion, que no tenía ni voz ni voto en el asunto, como siempre, pues ya se había encargado *ella* de que fuera así. Era una maniobra de manipulación muy hábil, pero a pesar de ser consciente, me encontraba atada de manos.

Liesel asintió con admiración.

—Y si se la ocultas, encontrará la forma de hacérsela llegar y se asegurará de que sepa que le ocultaste la primera carta.

Liesel pensaba que debía abrir la carta de Ophelia de inmediato y leerla sin Orion, pero no soportaba la idea de hacer eso; entonces me dijo que

debería dársela a Orion enseguida y pedirle que me la enseñara para saber qué era lo que quería Ophelia. Pero tampoco me decidía a hacer aquello.

Orion no estaba físicamente hecho polvo como estaba mamá; lo suyo iba más allá, no se encontraba *bien* en absoluto. De habérselo permitido, se habría pasado los días acurrucado como un goblin junto a la leñera que había al fondo de la yurta, intentando fingir que lo *habíamos* dejado en la Escolomancia. Como no pensaba tolerarlo, me había puesto a reorganizar de forma agresiva la leñera a su alrededor, tirándole encima bichos y trozos de corteza, haciendo que me sujetara montones de leña y comentándole de forma mordaz que necesitaríamos más para el invierno, hasta que por fin articuló algunas palabras, concretamente:

—¿Quieres que vaya a buscar más madera?

—Sería un detalle —le dije con dulzura, y le tendí un hacha.

Entonces trajo de vuelta un montón de retoños verdes destrozados y unos cuantos trozos completamente podridos de un árbol caído, medio devorado ya y probablemente repleto de termitas, y apenas conseguí apartarlo a tiempo antes de que los dejara caer sobre el resto de la pila. Pero después de aquello se dirigió al bosque por su cuenta cada mañana, lo que me pareció una mejora, a pesar de que no conseguí sonsacarle más palabras: solo volvía y comía en el extremo más alejado de la hoguera, sin articular más que monosílabos, y se iba a dormir de nuevo. Aadhya se había agenciado una ramita larga que usaba para pinchar a Liesel cada vez que a esta le invadía el impulso de ponerse a interrogarlo de nuevo. No hacía uso de ella más de cinco veces por noche.

Sí, vale, a mí también me daba con el palo a menudo. Si mamá hubiera sido capaz de permanecer despierta más tiempo del que tardaba en ir al baño, habría estado de acuerdo con mi forma de proceder: vivía el presente, minuto a minuto, comía, me iba a dormir y no pensaba en el futuro. Me repateaba. La primera noche habíamos colocado colchonetas de yoga para dormir, pero a la mañana siguiente, Aadhya y Liesel bajaron a las oficinas de la comuna y pagaron para alojarse en una de las bonitas cabañas para turistas. *Estábamos* de vacaciones, descansando tras el éxito de nuestra misión imposible. Pero aquello no iba a durar para siempre. Tarde o temprano —más bien temprano —, Aad volvería a casa con su maravillosa, sensata y querida familia, donde la esperaba un futuro maravilloso, sensato y cabal; Liesel regresaría a Londres con Alfie y su plan a treinta años, del cual estos días no habían sido más que un breve desvío. ¿Y yo iba a…? Había un enorme espacio en blanco al final de la frase. No tenía ningún punto de partida al que volver.

Podría haberme inventado uno. Podría haberme acercado a la caja que estaba sobre la mesa de trabajo de mamá y haber sacado los sutras. Podría haberles dicho que dentro de poco seguiríamos con nuestro gran proyecto. O podría haberme puesto a construir un arsenal de armas y a buitrear maná del prestamagia para volver a Nueva York y enfrentarme a Ophelia. Al menos en teoría: dudo que mamá me hubiera dejado llevar a cabo aquel último plan, pero podría haberlo intentado. O podría haberle dicho a Liesel que, después de todo, pensaba irme a Londres con ella. Al menos se habría alegrado. Después de que llegara la carta, me acorraló en privado para que hablásemos sobre el futuro, y yo se lo permití, sobre todo porque estaba segura de que a mamá le decepcionaría que no hablásemos en absoluto sobre nuestros sentimientos dadas las circunstancias, aunque personalmente me parecía que había experimentado demasiados sentimientos últimamente y me habría gustado reprimir muchos de ellos. Apenas había tenido tiempo de llorar a Orion, y ahora ya no estaba muerto, y aunque de forma cerebral seguía pareciéndome extremadamente sensato lo de ver a otras personas, lo único que en realidad quería en aquellos momentos era seguir viéndolo a *él*. Aunque de momento no se trataba tanto de un impulso romántico como del deseo literal de no quitarle la vista de encima hasta que esa parte de mí que seguía farfullando se calmara y aceptara por fin que estaba vivo. Todavía me parecía increíble cada vez que lo miraba. Además, mi deseo de arrearle en la cabeza con un palo no había disminuido ni un ápice, y seguro que aquello era una señal de amor verdadero.

Así que no tenía ni idea de dónde nos dejaba eso a Liesel y a mí. Por suerte, estaba tratando con Liesel, que se limitó a decir con un tono que equivalía a poner los ojos en blanco:

—¿Qué más dan ahora los *sentimientos*? Está a punto de estallar una guerra de enclaves. ¿Qué vas a hacer? —No ocultó en ningún momento su opinión sobre lo que pensaba que yo *debía* hacer—. Deberíamos volver todos a Londres y ayudar al padre de Alfie a asegurarse el control del consejo y reparar los daños. De ese modo contaremos con el apoyo de uno de los enclaves más poderosos del mundo.

—Sabes que no voy a irme a Londres, así que deja de sugerirlo solo porque te moleste que no tenga dos dedos de frente —dije, y di en el clavo lo suficiente como para que me fulminara con la mirada—. Mira, Liesel, tú puedes convertirte en la Domina de Londres si quieres y vengarte de tu padre y de su horrible mujer, porque lo más probable es que no acabes siendo peor que Christopher Martel o Sir Richard o *ellos mismos* —Aquello hizo que un

furioso tono rojo le tiñera las mejillas y ella apretara los labios—, pero ¡sabes que yo no puedo!

—¿Y entonces qué *puedes* hacer? —soltó, y por supuesto no pude responder a esa pregunta porque no tenía ni idea de lo que pensaba hacer Orion a continuación, y al parecer era incapaz de averiguar lo que iba a hacer yo en ausencia de aquella información. Ni siquiera sabía lo que *quería* hacer. Lo que me exasperaba a múltiples niveles. Casi quería darle a Orion la carta, poner las cosas en marcha, pero no me fiaba de aquel impulso.

A la mañana siguiente, mamá se encontraba lo bastante bien como para pedirme que la acompañara al claro del bosque más cercano, donde se sentó durante varias horas con los ojos cerrados, mientras respiraba profundamente; después volvió poco a poco por su cuenta y se sentó junto al fuego, lanzando un largo suspiro, en lugar de volver a la cama. Pero no pudo darme ningún consejo.

—No lo sé —susurró, frotándose de arriba abajo los brazos con las manos, un escalofrío en pleno julio, cuando le pregunté que qué le había pasado a Orion, qué le había hecho Ophelia a su propio hijo para convertirlo en una imparable máquina de matar mals para Nueva York—. No lo sé. Sea lo que sea, no he podido hacer nada al respecto.

Me la quedé mirando.

—¡Sí que has hecho algo! Ahora Orion está bien.

Mamá me miró; su rostro aún seguía algo abotargado por el agotamiento y sus ojos azules lucían pequeños y cansados, pero me puso la mano en la mejilla y meneó la cabeza un poco a modo de disculpa.

—No conseguí solucionar lo que le pasa. Solo pude darle esperanza. Y no sé si debí hacerlo.

Cerró los ojos, respiró hondo y, acto seguido, se puso en pie, volvió a la yurta y se fue a dormir otra vez.

Al día siguiente, cuando subí de las cocinas con el almuerzo, vi que se había llevado a Orion al bosque. Fui a buscarlos, y es posible que me deslizase de forma más silenciosa que de costumbre para tener la oportunidad de escuchar a escondidas, aunque para el caso, podría haber hecho tanto ruido como un elefante. Orion estaba arrodillado frente a mamá en el bosque; ella le había colocado las manos en la cabeza, hecha un mar de lágrimas, y al apartárselas, dijo:

—No, cariño. Lo siento. No es algo que pueda sacar de tu interior.

Orion agachó la cabeza como si acabaran de decirle que iban a ejecutarlo.

—Soy así y ya está.

Mamá lo miró apenada, totalmente desolada, tanto como cuando tiene que decirle a alguien que su hijo va a morir y no puede hacer nada por evitarlo.

—Pero no es todo lo que eres. La parte de ti que ha pedido ayuda no es así. La parte de ti que quiere a El tampoco.

Orion se puso en pie.

—Pero sí la parte que importa.

Se volvió y me vio.

—¿*Qué* parte? —pregunté, pero él se limitó a mirarme fijamente y a continuación sacudió la cabeza y pasó junto a mí—. ¡Lake, puto idiota, dímelo! —le grité, pero no obtuve respuesta.

—El —pidió mamá con suavidad, como diciendo: *haz el favor de dejar de acosar a mi paciente*, pero ¿por qué iba a hacerlo, si era lo único que parecía funcionar?

Corrí tras él, y como si entendiera que no iba a poder librarse de mí, siguió avanzando hasta llegar a una de las incómodas parcelas abandonadas que se encontraban aún más arriba de la colina, totalmente oculta, con la hoguera cubierta de maleza y un par de árboles jóvenes asomándose por el tejado derrumbado de la antigua yurta. No creo que estuviera intentando deshacerse de mí, pero si así era me traía sin cuidado. Al menos se sentó en uno de los troncos y no salió escopetado cuando me senté a su lado.

Probablemente tampoco debería haberle dado la carta en aquel momento, pero no se me ocurrió qué otra cosa hacer. No creía que estuviera preparado para leerla, pero jamás iba a estar preparado para la puñalada de Ophelia. Y al menos sabía a qué me enfrentaba, así que tras unos momentos de reflexión, la saqué y se la di.

Le dio la vuelta y contempló la letra de su madre durante un rato antes de abrirla; observé cómo sus ojos recorrían el texto, con el diminuto reflejo del papel crema en sus pupilas, y al terminar volvió a doblar la carta y se quedó sentado sin decir nada. Extendí la mano y él me la entregó sin la menor objeción, lo cual cobró sentido después de leerla, ya que esta no revelaba la menor información.

Mi estrella:

No sé si volverás a dejar que te llame así, pero en esta ocasión lo haré.

Sé que debes de estar enfadado y molesto conmigo. Tienes todo el derecho a estarlo y ni siquiera puedo disculparme, porque si hubiera tomado otras decisiones, no te tendría. Así que no me arrepiento.

Tampoco quiero que tú te arrepientas. Al margen de lo que estés sintiendo, al margen de lo que temas, necesito que creas en ti mismo y si no, que creas en papá y en mí. Los dos te queremos y confiamos en ti, pero si te cuesta confiar en ti mismo, ten claro que puedes acudir a nosotros y haremos lo que sea necesario para ayudarte.

Hemos conocido a El. Es una persona extraordinaria. Ojalá hubiera dado antes con ella. Pero la encontraste por ti mismo.

Sé que me tiene miedo. Pero a ti no te lo tiene. Eso es un regalo maravilloso. No creo que haga falta que te diga que lo atesores y lo cuides. Solo me alegro de que te lo haya brindado.

No tengas miedo. Cuando estés listo, vuelve a casa.
Te queremos.
Papá y mamá

Estuve a punto de hacerla trizas tras leerla la primera vez, invadida por la indignación. Me daba cuenta de que había todo tipo de anzuelos en aquella carta, solo que no podía localizarlos, porque Ophelia había plantado todos los anzuelos hacía años, sin que yo estuviera presente. Era como verla meter una carretilla repleta de adoquines y minas en un jardín, oírla cavar afanosamente al otro lado del seto y, a continuación, presenciar cómo salía alegremente, dispuesta a enseñarme el magnífico camino que había dispuesto; ahora yo tenía que recorrer dicho camino sin tener ni idea de cuál era el adoquín que me iba a hacer saltar en pedazos.

—¿De qué habla? —pregunté, aunque ya sabía que Orion no iba a decírmelo, y no lo hizo, ni una palabra—. *No vas* a volver a Nueva York —le dije de forma salvaje. Ni siquiera levantó la cabeza. Lo agarré por los hombros y lo obligué a mirarme—. Vamos a llevarnos los sutras a Cardiff —le dije—. Tú cazarás a los mals que ronden por allí, yo construiré un enclave dorado para el círculo de la ciudad, y luego seguiremos recorriendo el mundo. Tal y como habíamos planeado.

Arrugó un poco la cara y dijo:

—El…

—Cierra el pico a menos que tengas una idea mejor. —Lo sacudí—. Estás *vivo*. Has salido de la Escolomancia. Y eso es más de lo que cualquier persona razonable podría desear. Es más de lo que ha logrado cualquier persona razonable en más de un siglo, así que al margen de lo que ocurra, al

margen de lo que se te pase por la cabeza, no tienes excusa para quejarte. Deja de intentar echarte tierra encima. Estás vivo, ¡así que vive la vida!

Terminé el discurso entre gruñidos de rabia, y él me rodeó con los brazos, me acercó hacia sí y enterró la cara en mi hombro. Olía a sudor, a humo y a bosque, y yo lo envolví con los brazos y él se estremeció. Lentamente, de forma vacilante, levantó la cabeza. El aliento se me entrecortó, inundado de esperanza, mientras su mejilla y sus labios fueron chocando de forma suave y cálida contra mi piel hasta llegar a mi boca y besarme.

No fue más que un leve roce, pero yo no pensaba dejar la cosa ahí; lo agarré de la nuca y lo besé con más fuerza, lo besé sin molestarme en tomar aire entre medias, hasta que tuve que detenerme, sin aliento, y él captó la idea, me rodeó con los brazos y me besó de forma salvaje, por todas partes, a lo largo de la mandíbula y el cuello, como si todos aquellos días hubiera estado desesperado por besarme y solo ahora se dejara llevar. Me desató el cordón del cuello del vestido y yo retorcí los brazos para sacarlos de las mangas y la parte superior; dejé que la prenda se deslizara hasta mi cintura y él siguió besándome, descendiendo entre los pechos, mientras yo le sacaba la camiseta del interior de los vaqueros y me detenía solo para poder quitársela por la cabeza.

Me levanté y dejé que el vestido cayera hasta el suelo. Él se puso en pie también para colocarse a mi altura y volvimos a besarnos de inmediato mientras yo le desabrochaba los vaqueros y se los bajaba de un tirón. A continuación, nos detuvimos de nuevo para recoger mi vestido y extenderlo sobre una gruesa zona de hierba; nos tumbamos juntos y, con su cuerpo pegado al mío, increíblemente cálido y agradable, tomé aire y le dije:

—Me dan ganas de matarte, cabrón. —Porque podríamos haber estado haciendo *aquello*, podríamos haber estado aquí juntos, envueltos por el sol, la hierba y el mundo exterior, en lugar de tener que soportar los horrores por los que nos había hecho pasar a ambos. Él profirió un jadeo estrangulado, algo a medio camino entre un sollozo y una risa.

—El, te quiero —dijo, y era imposible, pero estaba *vivo*, estaba *aquí*, y habíamos logrado salir; después de todo, habíamos salido de la Escolomancia.



Mamá me lanzó una mirada preocupada y apesadumbrada cuando volvimos a la yurta. Estaba bastante claro lo que habíamos hecho; el vestido iba a necesitar un buen lavado, al igual que nosotros, la verdad, porque estábamos sudados y llenos de brillos. Pero no se lo tuve en cuenta, ya que se preocupaba por los *dos*, y hasta me sonrió un poco cuando le pregunté cómo se encontraba.

—Estoy mejor, cariño —dijo, y cuando le conté mis planes, nuestros planes, todavía parecía triste, pero asintió con la cabeza y no me dijo que le parecía una idea horrible.

Llevé la caja con los sutras a la hoguera, la abrí y vi que seguían allí; los elementos dorados y el cuero brillaban intensamente, y yo coloqué la mano encima con un nudo en la garganta. Saqué el aceite para cuero que mamá tenía en su estantería y unos cuantos trapos y limpié y pulí cada centímetro de la cubierta, tal y como había prometido hacía eones, y les dije con suavidad:

—Siento haberos dejado solos tanto tiempo. No volveré a hacerlo. No tardaremos en irnos a Cardiff, puede, incluso, que pasado mañana.

—El, ven aquí —dijo entonces Aadhya desde el otro lado de la hoguera, donde había estado hablando por teléfono. Su expresión era de consternación.

—Le ha pasado algo a tu familia —dije mientras el horror se apoderaba de mí. ¿Había ido Ophelia tras ellos? ¿Por qué no había pensado en aquello? ¿Por qué…?

—No, es Liu, algo va muy mal —dijo Aadhya; yo me apresuré a ir al otro lado de la hoguera, con los sutras aún en los brazos, y Aadhya puso a Liu en manos libres.

No sirvió de mucho. Estaba llorando suavemente, se oía cómo tragaba saliva al otro lado del teléfono, sin decir nada.

—¿Qué ha pasado? —dije, presa del pánico, aun pensando en Ophelia—. ¿Ha ido Nueva York a por ti? ¿La guerra ha…?

—No creo que sea eso —dijo Aadhya—. Hablé con ella mientras volvíamos de Portugal. Estaba en Pekín. Su familia llevó a cabo el trato, el enclave de Pekín iba a darles los hechizos de construcción que aún les hacían falta y ellos situarían el nuevo enclave adherido a lo que quedaba del de Pekín y lo apuntalarían.

—¿Y qué es lo que ha salido mal? —pregunté. Desde luego, a primera vista, parecía un buen plan para la familia de Liu: estaban establecidos cerca de Xi’an, de modo que tendrían que mudarse de forma colectiva, pero aquello no era más que una minucia, pues se ahorrarían treinta años de trabajo y la

buena porción de suerte que les habría hecho falta para erigir por fin su propio enclave.

—¡No lo sé! —exclamó Aadhya—. No ha dicho, literalmente, nada. La llamé dos veces durante estos dos últimos días, pero no contestó al teléfono. ¡Y esta vez responde y no hace más que llorar!

Liu siguió sin decir nada. No sollozaba de forma incontrolable, apenas era algo más intenso que una respiración, unos leves y suaves jadeos que se oían extrañamente lejanos. Entonces, Tesoro saltó del bolsillo y le lanzó un potente chillido a Pinky, que salió también, recorrió el brazo de Aadhya hasta el teléfono y apretó con la pata el botón para iniciar una videollamada. Al cabo de un momento, el vídeo se conectó; la naricita rosada de Xiao Xing casi ocupaba toda la pantalla, pero el ratoncito se retiró un instante después y detrás pudimos ver a Liu, con el rostro enrojecido y lleno de lágrimas, devolviéndonos la mirada. Debía de haber apoyado el teléfono sobre un escritorio o una mesa; ella estaba sentada enfrente, en una cama de madera, rodeándose las rodillas con los brazos. La habitación desprendía cierto toque desértico, pero no tenía pinta de prisión, y ella no estaba sangrando ni magullada ni encadenada. Aunque seguía sin decir nada, ni siquiera hizo ningún gesto. Y no es que no supiera que estábamos allí, al teléfono. Nos miraba directamente, con las lágrimas cayéndole por el rostro.

—Vale, ¿qué cojones pasa? —dijo Aadhya mirándola.

—Se encuentra bajo una obligación, obviamente —dijo Liesel, que se había acercado a mirar—. No puede deciros nada ni pedir ayuda.

—¡Allí no hay nadie con ella! —exclamó Aadhya—. ¿Verdad, Xiao Xing? —Xiao Xing podía hablar, o al menos chillar, y profirió un chirrido que nos pareció de confirmación. Tanto Tesoro como Pinky lanzaron chillidos de conformidad—. Jamás he oído hablar de ninguna obligación que impida que la persona pida ayuda, aunque sea entre susurros, si el conjuro se lleva a cabo desde otra habitación.

Resulta que yo conocía siete, pero no se trataba de ninguno de ellos, ya que, básicamente, todos convertían a la persona en un esbirro sin cerebro. Dicho aquello, Aadhya no se equivocaba acerca del principio básico. Es muy complicado tener pleno dominio de alguien y aun así dejar que muestren sus sentimientos. Si les has permitido conservar esa cantidad de control sobre su propio rostro, normalmente son capaces de articular al menos un susurro o, ya que estábamos, apretar un botón para descolgar el teléfono o apañárselas con algún otro método alternativo. Aquello era diferente. El propio cerebro de Liu

estaba colaborando con el enemigo y solo hay un modo de someter a alguien de esa forma.

—Dio su consentimiento —dije—. Accedió por adelantado a no contar nada de lo que sea que está pasando. —Y en cuanto dije aquello, adiviné el resto. *Los enclaves se construyen con malia,* había dicho mamá—. Son los hechizos de creación de enclaves. Pekín se los entregó bajo la obligación de no revelar el secreto. Deben de acarrear algo horrible, pero Liu no puede contárnoslo.

Estaba casi segura de que Liu tenía ganas de ponerse a llorar más fuerte, pero se trataba de una obligación de primera categoría: ni siquiera podía hacer eso. Simplemente siguió mirándonos y las lágrimas y los mocos siguieron fluyendo exactamente igual que antes. El problema es que no se me ocurría qué hacer. Podía subirme a un avión rumbo a Pekín, irrumpir en mitad de la ceremonia y mandarlo todo a la mierda con mi socorrido prestamagia de Nueva York, pero ¿y luego qué? Pekín se vendría abajo, la guerra entre enclaves se desataría con toda seguridad y otros crearían más enclaves en algún otro lugar. No podía impedir que la gente construyera más enclaves.

Entonces, contemplé los sutras que tenía sujetos y dije lentamente:

—Liu, no puedes hablar con nosotras…, pero ¿y con tu familia? Tengo otra forma de construir enclaves. Tal vez de ese modo sea capaz de salvar a Pekín. Si están de acuerdo, iré allí y lo intentaré. Y si funciona os construiré también a vosotros un enclave. No será un rascacielos ni nada parecido, pero tampoco hará falta malia. ¿Se lo dirás?

—¡No puede decirte si está de acuerdo o no! —dijo Liesel—. Estaría confirmando tu suposición. Si se tratara de una obligación tan incompleta, resultaría demasiado fácil sonsacarle a alguien la información. —Me miró ceñuda y luego añadió con determinación—: Iremos a Pekín y nos hospedaremos en un hotel de la ciudad, y desde allí le mandaremos un mensaje. Si su familia ha accedido, será capaz de hablar con nosotras.

No me hizo ninguna gracia terminar la llamada mientras Liu seguía contemplándonos con lágrimas en los ojos, pero no le hacíamos ningún favor quedándonos mirándola y agotándole la batería del móvil. De modo que le dije: «Aguanta, vamos para allá», y Aadhya colgó el teléfono.

Ya tenía la mochila preparada detrás de mí, y al darme la vuelta para tomarla, vi a Orion ahí plantado, con ella en la mano: había escuchado la conversación.

—Vamos a ir a ayudar a Liu —dije, a pesar de que acababa de oírnos.

Pero era una pregunta, y él tragó saliva y me respondió.

—Os acompañaré —dijo, aunque durante un instante, pareció asustado de nuevo: era la misma expresión de miedo que había puesto frente al umbral de la cabaña, justo antes de entrar.



En aquel viaje fui una persona mucho más funcional, a pesar del maravilloso *jet lag*, así que me negué a hospedarme en otro hotel de lujo, pese al cabreo de Liesel e incluso las quejas mudas de Aadhya.

—Alguien tendrá que pagarlo, si no somos nosotras —dije.

En aquellos momentos estaba poco dispuesta a aceptar nada de ningún enclave. Una cosa era saber de un modo más o menos académico que los enclaves se construían con malia, y notarla agitándose bajo mis pies mientras recorría sus pasillos, y otra muy distinta ser consciente de que todos se habían construido a partir de algo lo bastante horrible como para que Liu hubiese adoptado aquella expresión de miseria.

Obviamente, todavía llevaba el prestamagia de Nueva York, pero la coherencia es la pesadilla de los necios, así que las arrastré a un albergue, que era el único tipo de alojamiento que había reservado siempre mamá, aunque nunca transcurría más de un día antes de que alguien nos invitara a quedarnos en su casa. Supongo que, técnicamente, la invitación se extendía más o menos a mí también, salvo que con alguna que otra diferencia.

Reservamos una habitación, le mandamos un mensaje a Liu y fuimos a sentarnos exhaustos en el patio, donde bebimos limonada y evitamos tocar la excelente cuestión de lo que haríamos si nadie venía a buscarnos. Ninguno

sabía dónde estaba la entrada del enclave de Pekín, y el año que había pasado estudiando chino resultaba claramente insuficiente para movernos por allí. Dominaba con fluidez al menos treinta formas de decirle a alguien que esquivase algo que estaba a punto de matarlo, así que si por alguna casualidad nos topábamos con algún viandante que fuera a ser arrollado por un camión, este me entendería a las mil maravillas; sin embargo, la única razón por la que había logrado con éxito recibir indicaciones hasta el albergue era porque estábamos en una zona turística y todos aquellos con los que había hablado me habían respondido en nuestro idioma.

Por suerte, supongo, la pregunta no llegó a plantearse. Una mujer instaló un instrumento de cuerda en un rincón bajo la puerta y se puso a tocar una melodía suave y armónica. Hacía calor y humedad, y acabábamos de pasarnos once horas en un avión —en esta ocasión no volamos en primera clase—, así que todos nos amodorramos hasta que Tesoro salió del bolsillo y me mordió la oreja; yo me incorporé de golpe y vi a dieciocho magos formando un círculo a nuestro alrededor, armados con unos tubos largos en forma de cañerías.

Los activaron en cuanto me vieron moverme; cada uno de los tubos se conectó, abriéndose, con los que tenía a cada lado y juntos crearon una enorme red de haces de luz entrelazados. Estaba intentando resistirme lo suficiente al pesado sopor que me provocaba la música para evaluar el mejor modo de no matarlos a todos, cuando Orion levantó la mirada; no es que hubiera conseguido liberarse del hechizo, simplemente levantó la vista del folleto turístico que estaba ojeando, como si no se hubiera visto afectado en absoluto. Alargó el brazo, agarró la red con la mano y toda esta se desprendió de los tubos y se introdujo en su *interior*, como si hubiera succionado los haces de luz con una pajita.

Me lo quedé mirando tan boquiabierta como nuestros inoportunos visitantes. Pero entonces uno de ellos soltó su tubo y agarró otra arma. Orion se levantó y empezó a… moverse hacia él, y todo se torció de forma horrible. Parecía que Orion estuviese dando un paso, pero algo no cuadraba, el aire se distorsionaba a su alrededor como si en *realidad* no estuviese caminando, sino que, de alguna manera, nadara a través de la realidad y el paso fuera solo la forma que tenía mi cerebro de compensar la escena con algo que tuviera sentido.

Mi reacción no fue la única: el semblante del hombre se tornó de un verdoso enfermizo y todos los magos de aquel lado retrocedieron al unísono, fracturando la curva perfecta del círculo. Los demás, presa del pánico, se

pusieron a gritar instrucciones que entendí sin problema: *mantened la posición, no dejéis que se abran paso, levantad un escudo*, etcétera, pero solo los que retrocedían actuaban con sensatez, ya que nada de lo que hicieran iba a impedir que la situación acabase fatal. Tanto para ellos como para Orion. Sabía que si los tocaba sucedería algo insoportable.

Apoyé un pie con fuerza en el suelo y llevé a cabo un despiadado hechizo con el que alguien había pretendido ahogar a un pueblo entero de pescadores sumergiéndolo en un remolino oceánico, solo que yo lo lancé al aire y retorcí el poder con la mano, formando un círculo, mientras el viento protestaba a mi alrededor. El hechizo los alcanzó a todos, azotando sus ropas como si fueran banderas, y provocando que los tubos salieran volando. Retorcí la mano una vez más y el hechizo comenzó a arrastrarlos; el aire se agitó, conformando unos torrentes visibles a medida que recogía polvo y hojas del suelo y un par de sillas que había por en medio; al retorcer la mano por tercera vez, el hechizo los levantó del suelo, sumiéndolos en un estruendoso vórtice, y yo llevé el torbellino hasta el tejado.

Nuestros visitantes debían de haber alejado del patio al personal del albergue y a los demás huéspedes antes de llevar a cabo su aproximación, pero desatar un tornado y arrojar a dieciocho personas sobre el tejado era demasiado. Los mundanos comenzaron a asomarse por las ventanas y las puertas para ver qué puñetas pasaba, lo que significaba que ninguno de los magos a los que acababa de lanzar sobre el encantador tejado inclinado podía hacer uso de la magia para evitar rodar por este y precipitarse dos plantas hasta el suelo. No obstante, aquello era mejor que experimentar lo que fuera que hubiera estado a punto de pasarles, así que tampoco me sulfuré.

—¡Vamos! —gritó Aadhya. Estaba tirando de Liesel, que no había tenido ningún ratón que la despertase y todavía intentaba resistirse al amodorramiento del encantamiento musical. Orion se encontraba ahí plantado sin más, así que eché a correr hacia él y me puse a darle empujones hasta que comenzó a mover las piernas como un ser humano normal. Pasamos frente a la única maga que quedaba en pie (la mujer del instrumento, que no había asimilado el cambio brusco de la situación como para que el pánico la invadiera todavía) y atravesamos corriendo el albergue rumbo a la calle, mientras la bolsa con los sutras me golpeaba en el pecho.

No sabíamos a dónde nos dirigíamos, ni siquiera sabíamos dónde estaba la estación de metro más cercana, pero no tuvimos que lidiar con aquel problema. Para cuando Orion y yo llegamos a la calle, Aadhya y Liesel nos hacían señas para que subiéramos a un taxi monovolumen; al entrar, vimos

que el primo de Liu, Zheng, se encontraba dentro, acurrucado en una esquina para que no lo vieran desde fuera y visiblemente asustado.

El conductor ya había sido informado de a dónde íbamos y, al parecer, se le había pedido que se diera prisa, porque en el instante en que cerramos la puerta detrás de nosotros, el coche salió escopetado, circulando todo lo deprisa que nos permitió el tráfico y un poco más.

—¿Y Liu? —quise saber—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —dijo Zheng. Se puso a llorar como si hubiera estado llorando hacía poco y solo hubiera hecho una breve pausa; se limpió la cara—. Llevamos cinco días sin verla.

—¿Te han lanzado a ti también la obligación? —dijo Liesel con brusquedad—. Los hechizos de enclave…

Él negó con la cabeza.

—Min y yo no somos lo bastante mayores, y Nienie es demasiado mayor. No fuimos a la ceremonia de intercambio. Y nadie de nuestra casa volvió. Uno de nuestros otros primos vino a nuestra habitación de hotel y nos dijo que teníamos que ser pacientes, que todo iría bien, pero sabíamos que no era verdad. Parecía muy disgustado. —Se le quebraba la voz—. El miná de Liu no deja de venir al balcón pidiéndonos que la ayudemos.

—Un momento, ¿cómo que no ha vuelto nadie de tu casa? —dijo Aadhya —. ¿No solo falta Liu?

—No volvieron ni Liu ni sus padres, ni mamá ni baba —respondió—. El resto de nuestra familia de Xi’an volvió al hotel. Pero ellos no. Y nadie nos cuenta lo que está pasando.

Su hermano Min y la abuela de Liu nos esperaban en un parquecito a pocas manzanas de su hotel; el miná estaba posado en la rama del árbol que había sobre ellos. Saltó a una rama más alta cuando nos acercamos e inclinó la cabeza, con uno de sus ojos negros y brillantes fijado en Orion, a pesar de que este se encontraba situado detrás del resto.

La abuela de Liu era tan menudita como una muñeca, frágil y con el pelo gris: había mandado a seis hijos a la Escolomancia y solo había vuelto a ver a dos: contra todo pronóstico, se había tratado de los más jóvenes. Había tenido a sus hijos tarde, después de pasarse una larga temporada trabajando a destajo para su familia, y luego tuvo que lidiar con la política de un solo hijo, por lo que se vio obligada a esperar a que cada uno de ellos se marchase a la Escolomancia y desapareciese debidamente de la faz de la Tierra para tener al siguiente sin llamar demasiado la atención. De manera que tuvo al padre de Zheng y de Min con más de cincuenta años y al de Liu con más de sesenta; si

crees que la magia tuvo algo que ver con aquello, estás en lo cierto, y sin duda era la razón por la que ahora se la veía tan frágil, pues era parte del precio que había pagado. Sin embargo, su mirada no carecía de fuego, y al extender sus nudosas manos para agarrarnos a Aadhya y a mí, dijo: *Tongzhimen*. No hablaba inglés, pero no hacía falta; todos sabíamos cómo se decía «aliados» en casi todos los idiomas que se hablan en la Escolomancia.

—Sacaremos a Liu —le dijo Aadhya. Ella asintió cuando Zheng le tradujo.

—¿Puedes preguntarle si sabe dónde tienen retenida a Liu? —pregunté con urgencia, pero ella negó con la cabeza y nos contó, en voz baja, que habían convocado al resto de la familia en el enclave de Pekín hacía unas horas, lo cual no era una buena señal. A estas alturas, quienquiera que hubiera encerrado a Liu sabía que la emboscada no había funcionado. Si no teníamos suerte, llevarían a cabo a toda prisa el nauseabundo plan que tuvieran pensado. Y debía de ser algo realmente monstruoso, porque Liu no era la única que estaba en contra. Los padres de Liu la habían mandado a la Escolomancia con un montón de ratones para que se convirtiera en una maléfice menor: ellos precisamente no habrían puesto el grito en el cielo si el asunto se redujera a tener que emplear una cantidad moderada de malia.

Liesel hizo una mueca en cuanto comenté aquello en voz alta, y cuando Aadhya y yo la miramos con los ojos entornados, dijo con amargura, como si detestara tener que admitirlo:

—El proceso de construcción de un enclave debe de requerir un *sacrificio*. Van a hacerle algo a Liu, o puede que a uno de los otros, y el resto de la familia se ha negado. Por eso han tenido que retenerlos.

Sentí náuseas, pero supe de inmediato que tenía razón. Aquello era lo que había sentido, el horrible y nauseabundo torrente de malia bajo mis pies, en los preciosos jardines de Londres, en los resplandecientes y vastos pabellones de Nueva York: un *sacrificio*. Y por supuesto que iban a llevarlo a cabo, nadie se negaría. Después de todo, ¿qué importancia tenía una vida en comparación con todas las vidas que el enclave salvaría? Ophelia ni se habría inmutado. *Los enclaves tienen sus costes particulares*.

—Pero ¿por qué uno de *ellos*? —dijo Aadhya—. No tiene sentido. Los padres de Liu son poderosos dentro de la familia y su tío es candidato para el consejo. Incluso Liu… puede que no les haya contado que está viéndose con Yuyan, pero deben de estar enterados de que tiene amigas en Shanghái. Por no hablar de *ti*. Si tuviera que llevarse a cabo un sacrificio humano, ¿por qué iba a escoger la familia a alguno de ellos?

Liesel me lanzó una mirada que me hizo comprender que se imaginaba por qué, pero se encogió de hombros y prefirió no especular.

—Eso da igual —dijo—. ¿Acaso no crees que vaya a suceder algo malo?

Yo estaba absolutamente convencida de que sí.

—¿Puedes llevarnos hasta ella? —le pregunté al miná en chino, pero el ave se limitó a volver la cabeza hacia mí y decir: *¡Liu!, ¡Liu!, ¡Liu!* adoptando tres voces humanas diferentes que parecían gritos de horror.

—No hace falta que nos lleve —dijo Liesel—. Sabemos lo que van a hacer, y solo hay un lugar donde pueden hacerlo. —Miró a Zheng—. ¿Conoce tu abuela alguna entrada al enclave de Pekín?



El trayecto hasta el templo Tanzhe fue largo, y cada minuto pareció durar el doble de lo que debería, dilatados, fríos y huecos. No sabía qué iba a hacer. El plan de Liesel estaba claro: atravesar las puertas de Pekín y decirles que si no dejaban marchar a Liu y su familia de inmediato, le daría una buena sacudida al enclave y lo mandaría derechito al vacío.

No había sido capaz de decir: *No, ni de broma*. No podía decir aquello cuando Liu estaba encerrada en alguna habitación con un cuchillo en la garganta y no tenía otro modo de salvarla. Pero sentía la profecía acorralándome como algo físico, una capa fina y viscosa sobre la piel. *Llevará la muerte y destrucción a todos los enclaves del mundo,* ¿y si todo daba comienzo en este momento, sintiéndome absolutamente justificada, teniendo la mejor razón del mundo para dar rienda suelta a mi poder, y ya no me detenía?

El taxi nos dejó frente a la elaborada entrada y todos accedimos entre los dispersos grupos de turistas; estábamos lo bastante lejos del centro de la ciudad como para que su número fuera relativamente escaso. El lugar estaba en muy buen estado —recién pintado con vivos colores, budas y elementos dorados por todas partes— y era diametralmente opuesto a la zona de juegos pagana de Sintra: aquí la gente seguía mostrando su devoción; no se trataba de un juego, sino que los visitantes eran verdaderos creyentes que intentaban alcanzar algo que se encontraba más allá de los límites de la realidad. Todas las estructuras estaban situadas entre árboles centenarios, y al atravesar los edificios más grandes, los más modernos, nos topamos con un jardín repleto

de pagodas de piedra que descansaban silenciosas entre los árboles y arbustos en flor.

Distaba mucho de nuestra experiencia en busca de las puertas de la Escolomancia. En aquella ocasión contábamos con las coordenadas que nos había dado alguien con autoridad y, en cierto sentido, considerábamos el colegio como algo *nuestro*, ya que todas éramos graduadas. Aquí, el enclave no quería que diéramos con él. Las guardas se colocaban exactamente para individuos como nosotros, el enemigo a las puertas. Zheng hizo todo lo que estuvo en su mano, pero ni siquiera él mismo iba a ser capaz de atravesar las guardas con facilidad. Aún no pertenecía al enclave de Pekín, y las guardas impiden el paso a los magos vecinos con la misma vehemencia que a los enemigos lejanos, si no más.

Su abuela nos había contado que aquella entrada apenas se usaba ya. Pero seguía en pie tras el ataque porque por allí se accedía a la parte más antigua del enclave, la que llevaba abierta mil años. El centro de gravedad del enclave se había desplazado con la propia ciudad, dejando que aquella parte se convirtiera en el equivalente a las afueras de Londres. Probablemente solo los magos de nivel inferior vivían todavía en la zona más antigua y pequeña, y seguro que incluso ellos utilizaban la mayor parte del tiempo la entrada principal en vez de acceder por la puerta trasera.

Sabíamos que la entrada se encontraba por allí cerca, pero podríamos habernos pasado perfectamente semanas caminando en círculos sin dar con ella. Las guardas discurrían a través del suelo, palpitando ligeramente; podría haberme puesto a arrancarlas sin ton ni son, aunque si lo hacía, había muchas posibilidades de que acabara lanzando lo que quedaba del enclave de Pekín al vacío, con Liu y su familia todavía en su interior.

No obstante, estaba quedándome sin opciones, según veía, y entonces Liesel se volvió por fin hacia Orion, que llevaba desde el principio siguiéndonos en silencio y con la cabeza gacha; no había abierto la boca desde que habíamos huido del albergue. Si no hubiera estado preocupadísima por Liu y por mí misma, habría buscado un palo con el que atizarle; tenía pinta de que le habría venido bien.

—Los mals que haya por aquí estarán intentando atravesar las guardas mientras el enclave está debilitado. ¿Puedes localizarlos? —le preguntó Liesel.

Orion levantó la cabeza y parpadeó, como si se hubiera sorprendido ligeramente al verla.

—¿Qué?

—La entrada del enclave que estamos intentando encontrar —dijo Liesel con énfasis—. ¿Podrías localizar a algún mal para que demos con ella?

La miró fijamente, frunciendo un poco el ceño, y entonces dijo:

—Eh… ¿la entrada de allí?

Todos nos lo quedamos mirando y, entonces, pasó por delante de nosotros y desapareció por detrás de una de las pagodas, tras torcer la curva de un sendero que habíamos recorrido al menos dos veces; cuando fuimos tras él, vimos que estaba frente a una estrecha senda, cubierta en su mayor parte de maleza, que conducía a una vieja y desgastada pagoda de piedra que no había estado allí antes ni por asomo. Nos miró con una expresión que transmitía no solo sus dudas acerca de nuestra cordura sino también de nuestras aptitudes en general.

—Sí —dije entre dientes—. La entrada que llevamos media hora intentando encontrar. Lake, ¿es mucho pedir que prestes un poquitín de atención mientras hacemos todo lo posible por colarnos en un enclave?

Me fulminó con la mirada.

—¡Está justo ahí!

—¡Antes *no estaba*! —repliqué con elegancia y madurez.

—¿Es mucho pedir que intentemos entrar ya? —dijo Liesel con énfasis.

El primer obstáculo: nuestra recién descubierta pagoda estaba construida de piedra maciza y no tenía ninguna puerta por la que pasar. Solo había una pequeña abertura de piedra tallada a modo de ventana, a unos cuantos metros de altura del suelo.

—¿Podemos abrirla? —preguntó Aadhya.

—No, ni siquiera es una abertura de verdad, solo lo parece —respondió ella—. Recuerdo haber leído sobre ello en el colegio. La arquitectura enclávica de la antigua China utilizaba entradas espirituales, no físicas. La puerta no se atraviesa con el cuerpo, sino con la mente. Creo que para entrar tendremos que meditar.

Mi estado de ánimo no era el ideal para ponerme a meditar, aunque por otro lado, casi nunca lo era, así que tampoco me costó tanto obligarme a hacerlo. No obstante, parecíamos todos imbéciles, sentados con las piernas cruzadas alrededor de aquella recóndita pagoda; cada vez que algún que otro turista mundano se paseaba por el sendero que había detrás de nosotros, se nos quedaban mirando —podían ver ya la pagoda sin problemas ahora que estábamos acampados alrededor—, lo que significaba que no podríamos atravesarla hasta que se hubieran marchado. No era una entusiasta de los

enclaves modernos en casi ninguna dimensión, pero debo decir que las puertas físicas constituían, sin ninguna duda, una mejora.

Y tampoco es que le diéramos demasiadas vueltas al asunto; simplemente nos sentamos y nos pusimos a ello a la vez, ya que lo teníamos ahí delante y todos sufríamos *jet lag* y estábamos hartos y desesperados por entrar, así que obviamente, el primero que consiguió abrirse paso fue Zheng: con los ojos cerrados, advertí cómo lanzaba un profundo suspiro a mi lado, y acto seguido se levantó, siguió adelante y ya no estaba a mi lado; durante un momento me sentí enormemente aliviada: ¡había conseguido entrar! Y entonces me di cuenta de que acababa de dejar que un niño de doce años entrara solo en un enclave que muy probablemente iba a intentar matarlo.

—¡Zheng! —grité, abriendo los ojos—. ¡Espera, Zheng, vuelve!

Cosa que no sirvió de nada, salvo para que unos cuantos mundanos que andaban por allí cerca se acercasen para averiguar el motivo de los gritos. Entonces, Orion dijo: «Iré tras él», y para cuando me volví para echarle la bronca por no haber entrado antes, dado que tan fácil le parecía, vi que ya había desaparecido también. Me quedé con Aadhya, Liesel y cuatro visitantes del templo que me miraban ceñudos por haber perturbado el ambiente. Permanecieron allí varios minutos más, murmurando entre ellos con desaprobación, obviamente intentando hacernos sentir avergonzadas para que nos marchásemos, pero como nos empeñamos en seguir inmóviles, finalmente se dieron por vencidos y se marcharon de nuevo, y yo volví a cerrar los ojos e intenté encontrar mi extremadamente esquivo lado zen.

Estábamos allí sentadas, tomando profundas y, en mi caso, furiosas bocanadas de aire, y entonces Aadhya alargó el brazo, me dio la mano y dijo en voz baja: «Vamos a buscar a Liu», antes de darme un apretón reconfortante. Yo volví a inspirar y me desprendí de la rabia: exacto, aquel era el truco, se habían acabado las tonterías; agarré a Liesel con la otra mano sin abrir los ojos, y las tres nos levantamos y entramos en el enclave.

La entrada era un pasillo corto y ancho, de paredes viejas y desgastadas, que conducía a un portal que daba a un muro de piedra tallado con un dragón de aspecto extraño. En lugar de estar esculpido, lo habían tallado al revés; la escamosa huella del cuerpo surcaba la piedra, como si el animal se hubiera sumergido en hormigón húmedo y luego hubiese salido y se hubiese marchado.

Entonces miré a Zheng, que estaba apoyado cerca del pórtico, sin aliento, y con el rostro pálido y una expresión afligida, y me di cuenta de que algo *había* salido de la piedra: cuatro marcas de garras le recorrían

superficialmente la parte delantera de la camisa y unas gotas de sangre manchaban el borde de uno de los desgarrones. Pero su miedo no tenía que ver con aquello. Estaba mirando a Orion, que se encontraba al otro lado del pasillo, de espaldas a nosotros y con los hombros rígidos.

Apreté la mandíbula y me acerqué a él. Había unas cuantas marcas de garras extendidas por el suelo, como si alguna criatura larga y serpenteante hubiera intentado evitar, aunque de forma inútil, ser arrastrada hacia él.

—¿Estás bien? —le dije de mala gana. Detestaba tener que preguntárselo. Lo que quería era darle un puñetazo en el brazo y decirle que dejara de hacer el capullo, pero no podía, porque era evidente que *no estaba bien*, y no sabía qué decir o hacer para mejorar la situación.

—Sigamos adelante —dijo escuetamente.

Rodeamos con precaución el muro de piedra y salimos al patio de la casa. Había un estanque rocoso en un rincón cercano a nosotros, con el lecho de un riachuelo que se extendía hasta el otro lado, un pequeño puente que lo cruzaba por encima —muy bonito, aunque todo se había secado— y un par de árboles muertos que habían quedado reducidos a unas ramas esqueléticas. Sobre nuestra cabeza no había nada más que el vacío. Todos estábamos ya acostumbrados a ello, es decir, todo lo acostumbrado que se puede estar después de pasarte tu trayectoria en la Escolomancia con una pared de tu dormitorio abierta de par en par al vacío. Pero eso era lo raro: el resto de la casa contaba con un tejado gris de tejas de arcilla, y las paredes interiores de los pabellones que nos rodeaban estaban hechas de paneles desmontables, de esos que se quitan para dejar pasar la inexistente luz y el aire, como si se hubiera construido aquella casita en el exterior.

Que era probablemente lo que había pasado, según advertí mientras avanzábamos con cuidado, ya que no se notaba ninguna sacudida horrorosa por debajo. Aquel lugar no albergaba ni una pizca de malia. No había sido introducido en el vacío. En cambio, los magos habían construido aquella casa en algún lugar de los terrenos del templo, y habían vivido en ella y hecho magia en su interior mientras el mundo seguía su curso, hasta que por fin, la propiedad en su totalidad había abandonado discretamente la realidad: era uno de esos inusuales enclaves naturales.

Pero el enclave de Pekín no se había detenido ahí. De hecho, no creía que ningún miembro del enclave viviera allí todavía, ni siquiera los nuevos reclutas. El suelo exhibía huellas recientes que trastocaban las gruesas capas de polvo, y las cajas y los cofres que había amontonados en los edificios laterales y que rebosaban hasta el patio parecían incorporaciones recientes: un

intento de salvar algo del naufragio que se avecinaba. Seguimos el rastro de las huellas a través del patio, en dirección al edificio principal; las huellas continuaban hasta toparse con la pared trasera, perfectamente cerrada. Había incluso media huella que sobresalía de esta.

Me dispuse a intentar abrir una brecha, pero Tesoro lanzó un chillido y yo volví la vista hacia el costado: el salón principal estaba dividido en tres partes y a la izquierda había un hombre mayor con mucho bigote sentado tranquilamente a una mesa baja; iba ataviado con una elaborada vestimenta que parecía sacada de una película histórica y practicaba la caligrafía con un pincel de tinta bajo un orbe de luz brillante.

No tenía pinta de estar a punto de abalanzarse sobre nosotros ni nada parecido, pero por otro lado, podría haber estado escribiendo la maldición más horrible de la historia.

—*Wŏ cào* —dijo Zheng débilmente a mi espalda.

—¿Lo conoces? —siseé.

—Eh… Creo que es el Séptimo Sabio de Pekín —dijo Zheng, su voz apenas más fuerte que un susurro, y todavía mirándolo. El anciano proseguía con sus pinceladas con toda serenidad, como si nuestra presencia y el tiempo mismo carecieran de importancia—. El que fundó el enclave.

—Pero ¡si este enclave tiene mil años! —dijo Aadhya en señal de protesta.

—Era el séptimo maestro, el que se encontraba aquí cuando la casa abandonó el mundo —explicó Zheng—. Se dice que no llegó a morir. Siguió enseñando a todos los que acudieron a él, hasta que un día desapareció. Hay historias que cuentan que vuelve de vez en cuando, cuando el enclave tiene problemas serios, pero hace cientos de años que nadie lo ha visto.

—Ya veo —dije de forma lúgubre. No tenía ni idea de lo poderoso que había que ser para llevar a cabo aquello, pero me parecía impresionante—. ¿Y esas historias explican qué *hace* cuando aparece?

Zheng se encogió de hombros con cierta impotencia, pero el anciano había acabado de trazar la última pincelada y, tras dejar el pincel cuidadosamente a un lado, se volvió y nos hizo una seña. Ninguno de nosotros se movió, pues no éramos idiotas, pero él se limitó a esperar sentado, con la disposición paciente y ligeramente familiar que mamá adoptaba a veces cuando yo era pequeña y me ponía a berrear. Me hacía tanta gracia ahora como me la había hecho entonces, aunque también me resultaba reconfortante, o al menos todo lo reconfortante que puede parecerte algo cuando acabas de colarte en la casa de un mago de mil años que entra y sale

de la realidad a voluntad. De todos modos, vi que íbamos a tener que pasar por el aro. Teníamos que atravesar la puerta que debería estar en la pared del fondo y me apostaba lo que fuera a que no podríamos hacerlo sin antes hablar con él.

De manera que me acerqué y él siguió irradiando paciencia hasta que, de mala gana, me senté en el suelo frente a uno de los otros lados de la mesa e hice una reverencia, aunque de forma no muy elegante. Pero el intento lo dejó lo bastante satisfecho como para decirme algo, lo cual entendí igual de bien que entendería a Chaucer un alumno que cursara primero de Literatura. Miré a Zheng, que parecía apurado, pero este dijo:

—Creo que ha dicho… «No tengas miedo, hija de las piedras doradas», ¿le encuentras el sentido?

Me aferré a los sufras, que seguían sujetos a mi pecho. Los sufras que había querido mi padre, ya que su familia había vivido y perdido un enclave de Piedra Dorada. Un enclave como este, erigido sin malia.

—Sí —respondí. Le encontraba sentido, pero no sirvió de nada; si acaso, tenía más miedo. El anciano me miraba con demasiada dulzura, como si le diera pena.

Me dijo algo más y capté el nombre de Liu antes de que me tendiera el enorme pergamino donde había estado escribiendo. Zheng se quedó sin aliento y dijo:

—Ha dicho: «Esto te llevará a Guo Yi Liu».

Tomé el pergamino: los caracteres estaban trazados de forma estilizada y no conocía su significado —Liu me había enseñado de oído los pocos hechizos chinos que conocía—, pero aun así le creí; me dio la sensación de que estaba contemplando un mapa, algo diseñado para ayudarme a llegar a algún sitio. El anciano asintió y dijo una frase que sí entendí:

—Acaba lo que has empezado.

Acto seguido, añadió algo en un tono más seco, alargó la mano y tocó con un dedo la bola de luz dorada. Esta se apagó de inmediato, y para cuando se me acostumbró la vista, el anciano había desaparecido; lo único que quedaba allí era la mesa, llena de polvo, y el pergamino que me colgaba de las manos.

—Eh, creo que ha dicho: «Estoy harto de que se cuelen demonios en mi casa» —dijo Zheng dubitativo.

—No me extraña —murmuré mientras me levantaba.

Eché a correr hacia la pared lisa y apoyé el pergamino en ella. De inmediato, las letras destellaron con una luz dorada y, acto seguido, el papel entero se iluminó por los bordes, ardió de golpe y dejó un estrecho rectángulo

que se abría a un angosto callejón —y era un callejón, no un pasillo; la parte superior estaba abierta al vacío—; las paredes a ambos lados tenían desperdigadas puertas envueltas en sombras. Todos los faroles que colgaban junto a estas se encontraban apagados, salvo uno que brillaba en rojo en la puerta del fondo.

Atravesé la abertura mientras las ascuas de los bordes seguían brillando, y al hacerlo el callejón se difuminó, desplazándose hacia mí, o tal vez fuera yo la que se desplazase; me tambaleé un poco cuando mi pie aterrizó justo delante de la puerta con el farol encendido. Agité los brazos ampliamente para no perder el equilibrio y caerme; al otro lado de la puerta, el callejón se precipitaba a una escalera tan oscura como la tinta que se parecía mucho al metro de Pekín.

Se oía un estruendo bajo e inquietante proveniente del interior y por debajo notaba como si el suelo se estuviera ondulando, resquebrajándose. Igual que en la Escolomancia: un gigante aferrándose a duras penas a la arraigada solidez de la casita de la parte trasera. Pero el peso estaba demasiado desequilibrado. Ignoraba qué parte del enclave de Pekín se hallaba allí abajo, pero era evidente que se trataba de casi todo. Hacía un milenio, la casa del sabio se había escurrido del mundo por sí sola, convirtiéndose en el primer punto de apoyo en el vacío. Otros magos fueron ampliándola poco a poco, agregando aquel largo callejón repleto de casas, construyendo una comunidad. Y entonces, hacía unas cuantas décadas, se construyó una enorme ampliación situada en el bullicioso centro actual de la ciudad de Pekín, vinculada a esta parte únicamente por su propia línea de metro. Allí, en el otro extremo, se encontraban los laboratorios, las bibliotecas y los enormes bloques de pisos. Y todos ellos estaban ahora a punto de precipitarse al vacío.

Y al otro lado de la puerta que tenía delante, se oían, a intervalos regulares, unos golpes fuertes y acompasados que propagaban ondas sísmicas por el suelo: estaban llevándose a cabo arcanos mayores. El hechizo, fuera cual fuera, que estaban empleando para intentar salvar el enclave. El hechizo que iba a hacerle daño a Liu.

Volví la vista hacia la casa del sabio: los demás seguían allí todavía; Orion, en el centro del rectángulo chamuscado, me miraba. Tenía la rodilla suspendida en el aire, congelada entre un paso y otro. Fuera cual fuera la magia que el sabio hubiese inoculado en el pergamino, esta servía, al parecer, para una única persona, y el callejón debía de contar con algún tipo de hechizo retardante.

Tenía la fuerte sospecha de que el sabio nos había prestado su ayuda porque sabía que, sin él, no llegaríamos a tiempo. De todos modos, no iba a quedarme esperando para comprobarlo. La puerta estaba cerrada, pero apoyé las manos en los postes del marco a cada lado y pronuncié un encantamiento que había empleado un maléfice romano para abrir un emplazamiento druida fortificado místicamente durante las guerras del César y poder acceder al depósito de maná que había dentro. No era para nada el hechizo que andabas buscando cuando se te atascaba la cerradura del cuarto y llegabas tarde a la cafetería para desayunar, momento en el que la Escolomancia me lo había mandado a mí, pero ahora agradecía tenerlo, porque la puerta de madera estalló de inmediato frente a mí y arrojó una lluvia de astillas por la cámara.

La habitación con la que me topé no era nada del otro mundo: era redonda y pequeña, y la iluminación del único y diminuto orbe hechizado resultaba tan tenue que el farol de la puerta dejaba entrar más luz, proyectando un rectángulo de color rojo brillante en la estancia. Este bañaba a los padres y los tíos de Liu. Me había enseñado una pequeña foto de ellos en la Escolomancia, pero aunque no la hubiese visto, no habría tenido problema en reconocerlos, ya que estaban atados de espaldas los unos contra los otros, perfectamente amordazados y con los ojos vendados; se encontraban encima de una rejilla metálica colocada de forma precaria sobre lo que parecía un enorme sumidero que se perdía de vista.

Otros ocho magos —el futuro consejo del nuevo enclave, supuse— trabajaban afanosamente en un artefacto a poca distancia del sumidero: un cilindro metálico del tamaño de una mesita. La cubierta exterior era delgada: parecía una versión más grande del típico molde en forma de anillo que se usa para montar un postre elaborado; estaba hecho de metal negro y brillante y tenía unas ranuras estrechas alrededor de la parte inferior para dejar salir el aire. En el interior del anillo, había un disco elaborado con un metal teñido de azul que presionaba la parte inferior gracias al peso de unos ladrillos pequeños. Uno de los magos del consejo tomaba ladrillos de un montoncito e iba colocándolos encima uno a uno, copando el círculo. Los demás llevaban más ladrillos desde una trampilla en la pared que se abría y se cerraba como si fuera un buzón. Incluso mientras irrumpía en la estancia, veía cómo la trampilla se cerraba sin nada dentro y se abría de nuevo llena, como si alguien estuviera metiendo ladrillos por el otro lado, desde una habitación en la que no se podía ver lo que ocurría en esta.

Los futuros miembros del consejo no tardaron en reaccionar. Apenas pisé la sala, empezaron a lanzarme hechizos asesinos. Les habría ido mejor

arrojándome pelotas de goma, pues intercepté los hechizos con toda facilidad. Podría habérselos devuelto, pero en cambio los desvié por encima del hombro, en dirección al callejón, y les lancé un hechizo propio: un maravilloso encantamiento que conozco que convierte a la gente en piedra. El único inconveniente es que a la gente no le hace ninguna gracia estar convertida en piedra, incluso si vuelves a transformarlos después en carne y hueso, tal y como había descubierto el año anterior al usarlo con unos cuantos alumnos durante los circuitos de obstáculos para salvarles la vida. Dadas las circunstancias, no tenía ningún inconveniente en que los miembros del consejo sufrieran dichas molestias.

Por desgracia, aquellos magos no estaban corriendo por voluntad propia un circuito de obstáculos conmigo, ni tampoco eran críos aterrorizados que seguían en la Escolomancia. Casi en el instante en que lancé el hechizo, las estatuas comenzaron a arquearse y sacudirse como si hubiera algo en su interior moviéndose e intentando salir. Nunca me había puesto a descascarar la superficie de piedra para averiguar hasta qué profundidad llegaba la transformación, pero estaba claro que no duraría mucho. Crucé corriendo la habitación hasta llegar a la madre de Liu y le quité la venda y la mordaza. Sacudió la cabeza y tuvo que parpadear varias veces para que la vista se le acostumbrase; al verme, retrocedió de forma instintiva, pero yo no tenía paciencia ni para molestarme. Me daba igual si el motivo era que mis ojos destellaban de forma siniestra o es que simplemente desprendía mi habitual aura de hechicera oscura en ciernes.

—¡Liu! —dije mientras le desataba las muñecas—. ¿Dónde está?

Li zài nălǐ?

—Ahí —dijo su madre con un sollozo desgarrado—. Está ahí.

Me volví hacia la habitación de nuevo, desconcertada, y entonces… durante un instante me invadió una sensación de horror hueco, antes de echar a correr hacia el anillo de metal, abriéndome paso a través de las temblorosas estatuas que había alrededor, y quitarle el peso de encima al disco que se hundía.

Los ladrillos se negaban a moverse. Agarré el que estaba en lo alto y fue como intentar levantar un imán de cincuenta kilos de un suelo hecho de hierro. Tuve que arrastrarlo a un ritmo grotescamente lento hasta el borde interior y luego deslizarlo por el costado sin soltarlo hasta que pude pasarlo por encima del borde y hacerlo caer hasta el suelo. Para cuando logré quitar el primer ladrillo, los magos del consejo estaban ya empezando a liberarse; la

piedra se desprendió de las puntas de los dedos, la nariz y los labios, que boqueaban en busca de aire.

Comencé a mover el segundo con los dientes apretados. La madre de Liu se acercó corriendo e intentó ayudarme, pero ni siquiera pudo mover los ladrillos ni un milímetro, a pesar de usar la espalda para empujar. Había desatado ya a su marido, así que al cabo de un momento, este se unió a nosotras, junto con el tío y la tía de Liu, pero incluso empujando todos juntos, fueron incapaces de mover ni uno solo de los ladrillos.

—¡Entretened a los magos todo lo que podáis! —dije. El sudor me resbalaba por la cara, me goteaba por las cejas, me recorría los brazos y la espalda mientras arrastraba el segundo ladrillo por el borde; los dedos se me tornaron resbaladizos. No se trataba de un peso físico. Supe de qué estaban hechos los ladrillos en cuanto los toqué: de *maná* y *voluntad*. Al otro lado de la pared, un mago acababa de embutir en aquel ladrillo treinta años o más de maná, esfuerzo y anhelo. Lo habían fabricado a partir del deseo de tener un enclave, y daba igual que no supiera exactamente lo que estaba sucediendo en esta habitación. Porque sabían, tenían que saberlo, que algo horrible y malvado iba a llevarse a cabo. Se encontraban en la otra estancia porque no querían *presenciarlo*. Seguramente habrían preferido estar en algún lugar aún más alejado, pero no podían; el hechizo requería tanto de su poder como de su intención, de manera que tenían que permanecer allí, debían formar parte del ritual.

No obstante, habían hallado el modo de aislarse de aquello. Solo tenían que estar dispuestos a entregar su esfuerzo a aquellas ocho personas, unas personas que ansiaban de tal manera un puesto en el consejo que no les importaba mancharse las manos. Y todas las personas de aquella otra sala estaban dispuestas a pagar el precio con tal de salir convertidas en miembros de enclave, con una vida de lujo y seguridad por delante. Así que querían que los ladrillos permanecieran justo donde estaban y por eso apenas podía moverlos. La familia de Liu se había situado frente a mí, de espaldas a los miembros del consejo, salvo su tío, que se había vuelto hacia los otros tres. Se puso a dirigirlos ejecutando un intrincado patrón de movimientos; algo parecido a un grupo de personas haciendo *tai chi*, aunque perfectamente sincronizadas. Era un ejercicio para generar maná que claramente habían practicado juntos durante un montón de años, lento y muy deliberado, y cuando los miembros del consejo fueron desprendiéndose del estado de piedra uno a uno, el ejercicio se *apoderó* de ellos y tuvieron que unirse a la maniobra.

Tuve que apartar la vista porque sentía cómo intentaba apoderarse de mí también. Agaché la cabeza y me concentré en seguir arrastrando el ladrillo por el lateral, milímetro a milímetro. Tardaría muchísimo tiempo, un lapso agónicamente largo, en sacar a Liu, si es que lo conseguía. Ya habían llenado la parte superior del disco casi hasta la mitad. La habitación estaba tan en penumbra que no conseguía distinguirlo del todo, pero parecía que hubiese algo húmedo filtrándose por las ranuras de la parte inferior; las ranuras no estaban ahí solo para dejar salir el aire. Quería ponerme a llorar.

—Aguanta, Liu, ya voy —dije entre jadeos, en caso de que pudiera oírme—. Ya voy. ¡Tesoro! Tesoro, ¿la ves?

Tesoro asomó la cabeza del bolsillo y bajó hasta el disco de un salto; a continuación, sin ni siquiera bajar por el lateral, me lanzó un chillido urgente, apoyó la pata sobre la superficie y su pelaje blanco comenzó, literalmente, a brillar. Con ayuda de aquella luz, vi que había caracteres chinos grabados por todo el disco.

Distinguía lo suficiente como para saber que no se trataba de un único hechizo. Era idéntico a lo que había visto en las puertas de la Escolomancia: una compilación de hechizos con un mismo propósito, reforzándose unos a otros. Antes de que la luz de Tesoro se desvaneciese, detecté las mismas palabras repetidas una y otra vez en unos cuantos: *vida eterna, longevidad, inmortalidad*, y entendí con una mezcla de alivio y rabia que Liu estaba viva ahí dentro. Porque se suponía que su sufrimiento no debía acabar demasiado pronto. Debía morir *lentamente*. Incluso si su cuerpo acababa destrozado y sus caderas y hombros quedaban aplastados bajo el peso de todos aquellos ladrillos, de aquellos putos ladrillos que se negaban a moverse; proferí un aullido de rabia y lancé el segundo ladrillo por el borde. El disco ascendió ligeramente, puede que un milímetro.

Pero era solo el segundo ladrillo. Los brazos, la espalda y las piernas me temblaban del esfuerzo, y el tiempo se me acababa. Tres de los miembros del consejo habían empezado a entonar un encantamiento: seguían obligados a continuar con el ejercicio generador de maná, pero este no les impediría lanzarlo, y por las palabras que pude captar, no iba a ser demasiado agradable. Aquellos desconocidos que intentaban asesinar a mi amiga, aquellos desconocidos que coincidían con Ophelia, de Nueva York, con Christopher Martel, de Londres, con el puto Sir Alfred Cooper Browning y los dirigentes y fundadores de los demás enclaves del mundo, pensaban que merecía la pena hacerle a *otra* persona algo tan horrible como aquello para evitar todas las cosas horribles que podían sucederles a *ellos*.

No sabía qué hacer y, al mismo tiempo, sabía exactamente lo que hacer. Podría haberles apuntado a cualquiera de ellos con el dedo y haberlos hecho desaparecer de la faz de la Tierra con un simple movimiento de la mano; eran insectos insignificantes, molestándome. Podría haberles exprimido la médula de los huesos y dejarla rezumar de su cuerpo mientras se desplomaban, retorciéndose y aullando, como habían estado a punto de hacer con Liu. Podría haberles arrancado el cerebro del cráneo y haberlos convertido en esbirros obedientes, igual que ellos habían hecho con las personas de la otra habitación que habían accedido a sacrificarla en pos de aquel ritual.

En cambio, me volví hacia la pared donde se hallaba la trampilla. Estaba hecha de piedra, así que mi hechizo romano no servía, pero daba igual. Nos encontrábamos en el interior de un enclave y aquella pared apenas existía; era una ilusión cortés, una cortina donde esconderse, tanto los de un lado como los del otro, para eludir a los demás y lo que estaban haciendo.

—*À la mort* —dije, y con un gesto la pared desapareció.

La madre de Liu profirió un chillido de protesta. Al otro lado de la pared había un enorme auditorio, casi del tamaño del aula de *Estudios sobre maleficaria* del colegio, repleta de magos sentados en pequeños grupos. Los últimos aguardaban para bajar hasta un artificio semejante a una troqueladora que fabricaba los ladrillos, los cuales, al parecer, no eran obra de un solo mago, sino de *diez*.

Los miembros del consejo habían dejado de entonar su hechizo, posiblemente por la perplejidad que les producía que hubiera hecho algo tan supuestamente estúpido; los magos del otro lado seguían paralizados por la sorpresa y la confusión. Estaban distribuidos por el anfiteatro de forma totalmente ordenada. Durante un instante tuve la maravillosa oportunidad de hacerles cualquier cosa que quisiera, a cualquiera de ellos.

Cerré los puños a ambos lados y usé el estúpido hechizo de obligación que había creado de pequeña, el mismo que había dejado de usar porque cada vez que lo intentaba, mamá lo neutralizaba con suavidad antes de que pudiera hacer nada con él y luego mantenía una larga conversación conmigo y me explicaba por qué estaba mal obligar a los demás a hacer lo que queríamos, cosa que obviamente nadie les había explicado a ninguno de aquellos cretinos. *Lo que yo diga harás, y así me obedecerás, que con esta letanía, tu voluntad sea mía*, entoné, una evidente obra maestra de virtuosismo mágico, salvo que la lancé sirviéndome del poderosísimo torrente de maná de Nueva York, y luego dije en chino:

—¡Y lo que quiero es que paréis y me escuchéis para no tener que *mataros a todos*!

Lo dije con total sinceridad, y como ellos tampoco querían morir, su interés propio se acomodó a mi obligación, lo cual resultó muy útil. Se produjo un silencio absoluto al tiempo que todos se detenían; incluso el ordinario roce de las vestimentas y las tenues toses desaparecieron.

Inspiré profundamente y señalé el foso cilíndrico.

—Eso es lo que estáis haciendo. Habéis metido a una chica dentro de esa cosa, alguien que confiaba en vosotros, alguien que quería ayudaros, y estáis aplastándola lentamente. Lo estáis haciendo todos. Absolutamente todos. Así estáis creando vuestro enclave. Eso es lo que estáis depositando en su mismo centro. Tortura, dolor y traición y…

Me interrumpí. Iba a decir asesinato, pero comprendí de repente, con una claridad nauseabunda, que el asesinato era lo único que no formaba parte del plan. Desde luego que no. *Inmortalidad, vida eterna, longevidad*.

—Un milfauces —dije. Las palabras abandonaron mis labios de forma tenue y serena y se precipitaron en el silencio de la estancia como piedras al caer en un pozo profundo—. Estáis creando un milfauces.

En cuanto lo supe, me pareció obvio. El propósito de las pequeñas ranuras del fondo del cilindro era que algo saliera rezumando del interior. Habían atado y amordazado a cuatro personas sobre la rejilla del sumidero para que no pudieran protegerse del monstruo hambriento y neófito que iría a buscar su primera comida. Y que a continuación caería por la rejilla mientras hacía la digestión. Muy bien pensado. Después de todo, no querían que se diera la vuelta y se ensañase con los miembros del consejo. Seguramente el sumidero desembocaba en algún lugar del mundo real, tal vez en las calles de Pekín, donde la criatura se alejaría sigilosamente para ir a la caza de los magos independientes de la ciudad, aquellos pobres desgraciados que rondaban el enclave en busca de trabajo.

Y en cuanto supe lo que estaban haciendo, también supe por qué. Un milfauces se lo llevaba *todo*. Se adueñaba de todo el maná que generabas, de todo lo que originaba tu desesperado y fallido intento por evitar que se introdujese en tu interior, y seguía exprimiéndote para siempre. No solo se apoderaba de ti y de tu agonía, se apoderaba de todo el maná que tu agonía iba a generar, tomándolo prestado de antemano. Y ellos necesitaban ese maná para construir un enclave… porque el hechizo final debía llevarlo a cabo de corrido un solo mago.

Me había fijado hacía mucho en aquel fragmento que aparecía en los sutras de la Piedra Dorada: *una voz llamando al vacío con un solo aliento*. Un círculo de magos no servía. Se requería un único encantador que convenciera al vacío de que, en serio, aquella parte de él era fija y permanente, a pesar de que el vacío era exactamente lo contrario y ansiaba serlo todo y nada a la vez. Un encantador que canalizase un enorme torrente de maná para poner en práctica dicha persuasión.

Simplemente no había prestado demasiada atención a aquella restricción en particular, ya que para mí no iba a suponer ningún problema. Yo debía asegurarme de no cometer ninguna equivocación al llevar a cabo los veintiséis encantamientos diferentes que había que combinar. Aquello era en lo que había estado trabajando, intentando aprendérmelo. En cuanto lo tuviera todo claro, no había más que darme un cargamento entero de maná y una palmadita en la espalda, y sería capaz de construir un enclave en un santiamén.

Aunque, desde luego, habría supuesto un problema para cualquier otro mago del mundo. Después de todo, era lógico que los sutras hubieran acabado extraviándose. El mago que había escrito los sutras hacía eones, el mismo que se había recorrido la India erigiendo los primeros enclaves artificiales para otros magos… había sido como yo, una entidad de orden terciario o, en todo caso, alguien capaz de lanzar aquel enorme conjunto de hechizos. De manera que aunque los hubiese dejado por escrito para que otros los usaran, no había servido de nada, ya que nadie más podía lanzarlos.

Aun así, aquellos otros magos deseaban fervientemente construir enclaves propios. Purochana les había mostrado que era *posible*, que los enclaves podían *crearse*, de modo que una vez entendieron la idea, lo intentaron una y otra vez hasta que por fin, algún cabrón lo bastante inteligente y despiadado encontró una solución. Un modo de canalizar esa ingente cantidad de maná a través de un solo mago, un modo de acotar el poder en ese punto en particular. Por desgracia, el proceso originaba un efecto secundario de lo más desafortunado, pero, en fin, qué se le iba a hacer. Podías deshacerte de inmediato de aquel asqueroso milfauces para que se las apañara solo. Y si para apañárselas solo debía comerse a los hijos de otros magos… bueno, desde dentro de tu flamante enclave no tendrías que oír los gritos.

Las lágrimas me surcaban el rostro. No era la única. Nadie decía una palabra, pero frente a mí había un anfiteatro repleto de rostros que me miraban invadidos por el horror, la repulsa y el rechazo. Oía mi propia respiración entrecortada mezclada con la de ellos. Del mismo modo que uno

oía a un milfauces acercarse, exhalando una infinidad de voces humanas estranguladas.

Un milfauces es lo peor que le puede pasar a un mago. Son los monstruos que nos quitan el sueño por las noches. Probablemente cada uno de los magos del anfiteatro había salido de la Escolomancia pasando, a toda prisa, por delante de Paciencia y Fortaleza, a meros centímetros de un infierno eterno. Todos aquellos magos habían sabido que iba a ocurrir algo malo, que Liu no iba a salir con vida, pero no se imaginaban lo horrible que iba a ser en realidad. Seguro que se habían contado a sí mismos una historia para justificarlo: que solo era una muerte, un único sacrificio por el bien de todos. Tal vez se había echado a suertes o habían acordado cualquier otra cosa para poder convencerse a sí mismos de que era lo justo.

Y las ocho personas de esta sala —quienes se negaron a mirarme a los ojos cuando volví la vista hacia ellos, quienes habían sabido lo que estaban haciendo— se habían justificado a sí mismos con una historia diferente: la historia de Ophelia. La misma que cada uno de los miembro del consejo de cada uno de los enclaves se había contado a sí mismo a lo largo de miles de años, desde la primera vez que alguien *construyó* un enclave con muerte en vez de oro. Era *responsabilidad* suya llevar a cabo aquel acto horrible por todos los demás. Sobrellevar las cicatrices como un lastre, como si hacer una cosa tan monstruosa por el bien de una aprensiva mayoría, que era incapaz de hacer eso mismo, albergase alguna nobleza.

Quería hacerlos desaparecer a todos de la faz de la Tierra. Pero, al fin y al cabo, eran personas normales y corrientes. La gente de aquella sala no era peor que los alumnos de enclave que había conocido en el colegio, y estos no habían sido peores que los marginados del colegio; la única diferencia es que habían pertenecido a un enclave, y aquello no había sido elección suya, en realidad no, o al menos, no se trataba de una decisión consciente que la gente normal tomara. Los miembros de enclave habían nacido siéndolo, y los marginados habían nacido fuera del sistema, y yo era más o menos la única marginada del mundo que había *elegido* no ser miembro de enclave.

Y era una decisión que *yo misma* no había querido tomar. Había intentado no tomarla. Era decisión de mamá y sabía que, en el fondo, la decisión que importaba era la de perdonar, incluso a las Philippa Waxes y Claire Browns del mundo; incluso a las Ophelias; a las personas más horribles y miserables, que no merecían ser perdonadas, porque de lo contrario, nadie merecía el perdón.

Y si mamá no hubiera tomado esa decisión —si hubiera optado por no perdonar a alguien, si le hubiera negado la curación y el cuidado a alguien porque dicho alguien era una persona horrible—, lo peor que habría pasado es que esa persona se habría marchado enferma y desesperada. Pero en cuanto *a mí*… debía elegir entre hallar el modo de perdonar a aquellas personas, a aquellas personas horribles, o marcharme y ponerme a arrasarlo todo. Porque todos los enclaves del mundo, todos los enclaves que se habían construido a lo largo de miles de años, se habían creado de esa misma manera. *Los enclaves se construyen con malia*, había dicho mamá, y vaya si había tenido razón. Si pensaba erradicar aquel, ¿por qué no seguir adelante? Las personas de aquella sala no eran peores que las que habitaban las frías y elegantes bóvedas de Londres, aquellas que tanto me habían agradecido que los ayudase a luchar contra el milfauces que había aparecido a sus puertas, tras haber engendrado uno propio y haberlo soltado por el mundo.

Así que, ¿por qué no volvía a Londres y echaba el enclave abajo junto con cada hombre, mujer y niño que albergaban sus muros? ¿Y por qué no me dirigía a Nueva York inmediatamente después y a todos los demás enclaves de la lista, llevando conmigo la muerte y la destrucción, tal y como estaba previsto? ¿Solo porque no había presenciado su ceremonia personalmente? ¿Solo porque la persona a la que habían lastimado no era mi amiga? Aquello me equipararía a las personas del anfiteatro, las que se ocultaban tras su reconfortante pared.

Pero yo *era* igual que aquellas personas. La única diferencia era la pared. Yo no contaba con ninguna. No solo tenía el poder sino que también tenía que cometer el acto en el interior de mi cuerpo y de mi mente. No podía darle un cachito de maná a otra persona para que hiciera el trabajo sucio ni tampoco podía decirme a mí misma que estaba haciendo lo que los demás querían que hiciera, y que si no era yo, lo haría otra persona. Debía enfrentarme a mi propio egoísmo todas y cada una de las veces. Y no me hacía ninguna gracia, ¿verdad? Después de todo, la pared no estaba simplemente de adorno.

Y eso no significaba que no fueran a hacer las cosas mal de todos modos si tenían la oportunidad. Al fin y al cabo, podían decirse a ellos mismos que el resto del mundo había hecho lo mismo. Pero me obligué a mirarlos a la cara, a contemplar las lágrimas y el horror y a albergar la fe suficiente como para darles una alternativa, la única que se me ocurrió.

—No dejaré que sigáis con esto —dije—. Aunque tenga que echar abajo el resto del enclave con todos nosotros dentro. Lo hice en la Escolomancia y lo haré aquí. Y no podréis detenerme. —Mi voz resonó en las paredes y

alrededor del enorme espacio, reverberando a través del silencio forzado. Nada más lo interrumpió. Señalé el círculo de ladrillos, aquella horrible carga —. O podéis quitárselos de encima y yo intentaré salvar el enclave. No sé si funcionará. Pero si me entregáis el maná en vez de usarlo para esto, lo intentaré.

La obligación se desvaneció y un murmullo se extendió por la sala, acrecentándose más y más a medida que los allí presentes se volvían hacia sus vecinos: *¿Lo sabíais?, yo no, no lo sabía*; todos se contaban aquella mentira a medias. Me repugnaba y a la vez me proporcionaba esperanza. Necesitaba que ansiaran aquella mentira lo suficiente para aceptar mi propuesta, para intentar tomar otro camino.

Sin embargo, uno de los miembros del consejo me dijo:

—Soltaremos a Guo Yi Liu y os marcharéis…

—No —respondí, con un aullido que resonó en las paredes de la pequeña sala, como si una manada de lobos lo rodease—. Ya os he contado cuáles son vuestras opciones. No os molestéis en buscar una tercera. No permitiré que se lo hagáis a Liu, pero no pienso dejaros con este estupendo montón de ladrillos para que se lo hagáis a otro. Si no queréis que intente salvar el enclave, ya podéis empezar a lanzarlos por esa alcantarilla y poneros a evacuar.

—La mayor parte del maná es *nuestro* —dijo otra miembro del consejo, una mujer de mediana edad, más joven que el resto—. Decidimos emplearlo no solo para construir nuestro enclave, sino también para ayudar a Pekín, pero no vamos a entregarles el esfuerzo que llevó a cabo toda nuestra familia durante generaciones…

—¡Han optado por crear un *milfauces* con el esfuerzo de su familia, así que cierre el pico! —dije, pero aquel arrebato era fruto de la indignación que sentía en mi interior, burbujeando a fuego lento; sabía que debía ofrecerles una respuesta de verdad—. De acuerdo, si el maná no es de Pekín, supongo que tendrán que hacerles una oferta como es debido si lo que quieren es que intente salvar el enclave.

Seguía siendo sobre todo un arrebato, pero uno útil; imaginaba que se habían pasado la mayor parte de la semana anterior, mientras Liu esperaba encerrada en aquella habitación, negociando aspectos fundamentales como cuántos escaños iban a ir a parar al equipo original de Pekín y cuántos a los recién llegados, quién iba a vivir en las mejores zonas del nuevo enclave conjunto, cuántas plazas crearían para las nuevas incorporaciones y quién se encargaría de repartirlas. Así que ahora se encontraban en territorio familiar, a pesar de que les había arrebatado la mitad del botín que iban a repartirse.

Se pusieron a debatir apresuradamente entre susurros, todos apiñados, pero entonces uno de los magos que estaba en el anfiteatro se levantó con brusquedad: un chico que reconocí del grupo de entrenamiento chino del circuito de obstáculos, Jiangyu, un alumno de enclave de último curso. Había sido uno de los últimos en unirse a los entrenamientos, no tanto porque pensara que estaba intentando matarlos como porque nos estábamos saltando las reglas, por las que albergaba sentimientos extremadamente apasionados. Incluso después de que entrase por fin en razón y accediese a unirse a nuestro amistoso grupito para una sesión práctica, había venido a hablar con Liu y conmigo para quejarse de que nuestras tácticas iban en contra de los consejos del manual de la graduación… el cual llevaba para entonces varios meses obsoleto. Le habíamos lanzado una mirada de reojo y entonces otro de los alumnos de enclave de Pekín había aparecido y se lo había llevado, exhibiendo un aire de hartazgo. Sin embargo, ahora se levantó y dijo:

—Quiero decir que si Xi'an accede a salvar a Pekín y no queda espacio suficiente para todos, estoy dispuesto a renunciar a mi plaza.

Su madre, que estaba sentada a su lado, lo agarraba con expresión alarmada, pero otros cinco chicos, el resto de los alumnos de enclave de Pekín de último curso, se levantaron con él y se ofrecieron a hacer lo mismo, y como si el corcho de una botella hubiera saltado por los aires, de pronto la estancia quedó envuelta en un bullicio discreto aunque general. Los miembros del enclave de Pekín se pusieron en pie y fueron a hablar directamente con aquellos que pertenecían al clan de Liu: los superaban en número, eran casi tres veces más, y seguro que *habría* espacio para todos.

Suponiendo que el enclave no quedara reducido a cenizas después de mi intento. Pero si me daban la oportunidad de intentarlo, aquello me la traía floja. Era la única manera que tenía de salir de allí. Porque hablaba en serio; no podía marcharme sabiendo que iban a hacerle aquello a otra persona, pero tampoco podía marcharme y asolar el mundo. No pensaba hacer nada de eso. Si me veía obligada a derribar aquel enclave, si me veía obligada a hacer realidad una parte de la profecía para evitar que aquello sucediera en mi presencia… mi presencia tendría que terminar allí mismo. Y tal vez aquello no solucionase nada; Liesel me diría que era idiota, y que si iba a dejar que los demás enclaves se salieran con la suya, podía simplemente hacer eso en lugar de lanzarme al pozo de cabeza. Pero, vale, elegía ser una idiota, porque no podía hacer otra cosa. Me había pasado toda la vida esforzándome por no cumplir la profecía, por no convertirme en un monstruo, y no pensaba tirar la toalla ahora.

Los miembros del consejo habían dejado de negociar y miraban al resto de los magos con una expresión de consternación; las riendas se les habían escapado de las manos. Lo que significaba que no había nadie que pudiera volverse hacia mí y decirme: *fenomenal, estamos de acuerdo, adelante,* aunque se oyó un débil chirrido proveniente del cilindro: el disco se había elevado un poco. Volví a probar a mover los ladrillos y conseguí levantar uno: me costó lo suyo, no era como si fuera un ladrillo normal, pero al menos parecía un ladrillo hecho de plomo y no de agujero negro; le di un tirón, dejé que saliera volando y fui a por el siguiente ladrillo. El impacto sobresaltó a todo el mundo, que se volvió para mirarme, y a medida que proseguí quitando ladrillos, los restantes fueron tornándose más y más ligeros, ya que la gente empezó a entrar en razón, y la madre de Liu pudo quitar uno también; a continuación, Jiangyu y algunos de los otros alumnos de último curso de Pekín se acercaron para ayudar junto con el resto de la familia de Liu, y al llegar al último ladrillo, coloqué las manos en el disco, que había subido del todo…

No me detuve, aunque hubo un momento durante el que quise hacerlo. Era incapaz de leer las inscripciones sin contar con más luz, pero las notaba bajo los dedos; si habían ido demasiado lejos —si Liu se encontraba en las últimas—, entonces cuando le quitara aquella cosa de encima, ella moriría. Y les había hecho una promesa, así que incluso si apartaba el disco y ella estaba ahí dentro hecha pedazos y sangrando y tenía que verla morir, no me quedaría más remedio que ayudar a los responsables. Tendría que salvar el enclave de todas formas.

Terminé de quitar el disco y lo lancé violentamente contra la pared; los padres de Liu profirieron un grito y se inclinaron para agarrarla: estaba en el fondo, desnuda y acurrucada en posición fetal; las bandas de cuero con las que la habían atado se encontraban marcadas con runas. Recordé con una oleada de náuseas la figura que había visto en el interior de los milfauces que había matado, el cuerpo aplastado en el mismísimo centro. Había creído vagamente que eran los restos de algún maléfice: alguien como Jack, solo que más eficaz, que había seguido dejando seca a la gente hasta desmoronarse finalmente sobre sí mismo para seguir devorando sin cesar cualquier cosa con la que se topara. Había temido convertirme en una de esas personas.

En cambio, habría sido Liu la que habría permanecido atada allí dentro para siempre, la amable y tranquila Liu, que solo había empleado la malia para salvar a sus primos pequeños y había renunciado a ella en cuanto tuvo la oportunidad. Tenía los brazos envueltos sobre sí misma y la mano de arriba,

la que usaba para tocar el laúd, aplastada contra el hombro y llena de sangre; unas rayas moradas le recorrían el costado allí donde la piel, en carne viva y empezando a desprenderse, se había prensado contra sus costillas. Cuando sus padres le quitaron la capucha de la cabeza, vi que le sangraba la boca; tenía los hombros y las caderas torcidos. No abrió los ojos.

Pero respiraba, y siguió haciéndolo. Gimió débilmente cuando cortaron las correas para moverla, pero un par de sanadores se acercaron corriendo desde el anfiteatro; le lanzaron media docena de hechizos de curación rápida, el equivalente a ponerle morfina y una máscara de oxígeno y, siguiendo sus directrices, todos nos agachamos y la sacamos de allí. Unos cuantos habían transmutado una de las sillas del anfiteatro en una camilla. Al subirla encima, Xiao Xing se asomó desde el hueco de su garganta y extendió sus patitas en dirección a mí. Lo agarré y lo acuné contra mi mejilla, con lágrimas en los ojos.

—Ella habría querido que tú escaparas —le dije, pero él se limitó a lanzar un chillido, se escurrió de mis manos y volvió a saltar encima de ella; se acurrucó debajo de su oreja mientras levantaban la camilla.

Su madre se encontraba a su lado, pero su padre se volvió hacia mí un momento. Tenía los ojos húmedos y los labios, vacilantes, como si no supiera qué decirme, y entonces se dio por vencido, unió las manos y me dirigió una reverencia, a modo de agradecimiento; yo le devolví la reverencia, cosa que probablemente no era apropiada, pero no importaba. La que importaba era Liu; estaba viva y la habíamos sacado, pero cuando su padre volvió a enderezar la espalda, la habitación osciló un poco, como un barco en aguas agitadas, a la deriva.

—¡Sacadla de aquí! —le dije y acto seguido me volví hacia el montón de ladrillos esparcidos por el suelo y me los quedé mirando un instante. No todo estaba perdido; no pensaba quedarme a la deriva. La primera mitad de los sutras de la Piedra Dorada era, en su conjunto, un manual de instrucciones para crear el equivalente a esos ladrillos, salvo que los que se fabricaban con los sutras eran guijarros y cada uno equivalía, en cambio, al trabajo de un único mago. Pero partía de la misma idea: eran *materiales de construcción*. Naturalmente, dicha parte de los sutras no me haría falta aquí. Y menos mal, ya que además del año de trabajo requerido, el proceso para comprimir los guijarros tardaba en llevarse a cabo una semana de la que no disponíamos.

La segunda parte de los sutras —la cual no conocía tan bien como la primera— explicaba con todo detalle cómo abrir, con mucho cuidado, un orificio, parecido a la madriguera del Conejo Blanco, en el vacío, al margen

del mundo, durante el transcurso de tres días. De nuevo, aquella parte ya estaba hecha, ya que nos encontrábamos dentro. Y las tres últimas páginas —que había hojeado brevemente— se centraban en el gran hechizo final, en el que se tomaban los guijarros y se usaban en un extenso proceso junto con el resto de los encantamientos para construir los cimientos del enclave.

El texto original en sánscrito consideraba aquella última ejecución como algo bastante obvio, lo que sospecho que podría ser posible tras efectuar lenta y laboriosamente la primera y segunda parte. El comentario en árabe medieval lo había considerado un proceso anticuado y pintoresco, y lo habían incluido en los textos solo por su interés histórico, más o menos del mismo modo que un manual de arquitectura moderna podría describir la construcción de una cabaña de barro de una sola habitación: como algo que nadie querría poner en práctica. Obviamente, para entonces ya habían descubierto una técnica mucho más conveniente que implicaba la tortura infinita.

Así que no es que estuviera a la deriva, pero *sí* que estaba en una isla desconocida con una brújula rota y un mapa incompleto, y me iba a hacer falta una pizca de suerte para llegar a mi destino. Sin embargo, no pensaba compartir aquello con el resto, que me miraba con expresiones ansiosas; no necesitaba que sus dudas me dificultaran el trabajo aún más.

—Marchaos antes de que me ponga a ello —le dije a Jiangyu—. Si no funciona, es mejor que no estéis aquí. Sacad a Liu y…

Jiangyu ya estaba negando con la cabeza.

—Nadie puede marcharse. Un círculo de magos está reforzando el enclave desde el exterior. Por eso pudimos volver a entrar para arreglarlo después de que hubiéramos evacuado. Pero se nos advirtió que si alguno de nosotros intentaba salir de nuevo, antes de que estuviera listo el nuevo enclave, lo que haríamos sería empujarlo en dirección contraria, y el apuntalamiento se vendría abajo. Y el enclave entero se derrumbaría.

Maravilloso.

—Estoy seguro de que lo conseguirás —añadió con aparente sinceridad. Qué majo. Hubiera preferido que me dijera de forma burlona que era imbécil y que no lo conseguiría ni en sueños; siempre soy más eficiente cuando estoy cabreada.

—Gracias —respondí con amargura, y acto seguido cerré los ojos y respiré hondo unas cuantas veces, intentando alejar todo pensamiento para empezar a trabajar en el hechizo. Sin embargo, seguía teniendo el fuerte impulso de abandonar aquella sala y, al cabo de un momento, caí en la cuenta de que no se trataba solo de una sensación de desagrado: aquel no era el lugar

donde debía estar. El consejo había estado a punto de construir un enclave nuevo y luego acoplar el antiguo para mantenerlo en pie. Pero eso no era lo que iba a hacer yo. Los sutras de la Piedra Dorada no servían para levantar un enclave moderno y gigantesco. Mi única posibilidad era intentar arreglar el antiguo. Abrí los ojos y miré a Jiangyu—. ¿Dónde están los cimientos del antiguo enclave? Los que se han desplomado.

Incluso a Jiangyu le costó arrancarles la información a los miembros del consejo: desde luego, no confiaban tanto como él en mis posibilidades de éxito. Aunque tampoco tenían demasiadas alternativas, algo que fue aún más evidente cuando otra oscilación sacudió el suelo y las paredes a nuestro alrededor. Cuando las sacudidas cesaron, el consejo dejó finalmente de discutir y me condujo de vuelta al callejón.

Todavía veía a Orion y a los demás al otro extremo, atrapados en el tiempo: daba la impresión de que ni siquiera se había movido, la rodilla todavía flotaba en el aire.

—Anulad lo que quiera que sea eso —le dije a la mujer del consejo, pero ella contemplaba la escena con verdadera preocupación.

—No es un hechizo —dijo—. El vínculo con el enclave original está fragmentándose. Están al otro lado.

Después de todo, no había sido un hechizo acelerador; el pergamino del sabio debía de haberme propulsado hacia el enclave de Pekín a través de lo que claramente era una disyunción en el vacío. Y si se desgarraba del todo… todos nos iríamos a tomar viento.

Ya no mostraron más dudas. Al otro lado del callejón, junto a la entrada del metro, se alzaban dos imponentes casas adosadas; entre ambas había un huequecito, apenas perceptible sobre la pared frontal compartida que atravesaba sus plantas bajas. Dos de los miembros se aproximaron, apoyaron las manos a ambos lados del hueco y tiraron; la pared se abrió y dejó al descubierto un pasadizo corto y estrecho que daba a una pequeña cámara al otro lado.

Entré con el estómago revuelto. Allí dentro se habían salido con la suya. Hacía cincuenta o cien años, un grupo de magos se había reunido en aquella sala, habían metido a alguien como Liu en una lata y lo habían aplastado, provocándole un tormento sin fin, porque necesitaban el grotesco poder procedente de aquel acto para construir no ya un enclave, sino un enclave más *grande*. Tuve que obligarme a entrar, preparándome para sentir en las paredes y en el suelo de debajo de mis pies la monstruosidad que se había perpetrado

en aquella habitación. Sin embargo, al traspasar el umbral con los puños cerrados, me topé únicamente con una habitación vacía, expuesta y aburrida.

En el suelo había un solo disco, parecido a una tapa de alcantarilla, con un orificio cuadrado en el centro y una frase de cuatro caracteres grabada que reconocí de la lista de proverbios que había tenido que aprenderme para el colegio: *Elude una muerte segura*. Mucho menos complejo que el que habían utilizado aquel día; siempre es agradable ver lo que se ha avanzado en materia de artificios y encantamientos. Pero el disco se había roto en cuatro trozos y los caracteres habían quedado separados, como si un gigante lo hubiera golpeado en el centro y lo hubiera destrozado. Lo único que quedaba ahora era un espacio hueco donde habían estado los cimientos y en el que el vacío liberado se afanaba por recuperar su cualidad de caos informe. El enclave aguantaba solo porque aquellos magos seguían creyendo en él, pero no era suficiente para mantener en pie toda una ciudad mágica.

Así era cómo el maléfice había derribado los enclaves, me di cuenta de pronto. Había descubierto el secreto de su construcción y averiguado que aquel punto débil central existía en todos ellos. Probablemente se había colado en el enclave y atacado dicho punto, y mientras el enclave se tambaleaba y las guardas se venían abajo, él robaba todo el maná que podía y dejaba que el resto se fuera a la mierda.

Y yo no quería que eso pasase. No quería que Pekín acabase arrancado de sus cimientos y se precipitase al vacío. Jiangyu estaba organizando una fila de personas que se pasase los ladrillos de una a otra hasta llegar hasta mí; no se merecía aquello. Ninguno de nuestros compañeros de curso, que habían visto peligrar su salida casi segura de la Escolomancia para ayudarnos a conseguir que el mundo fuera un lugar más seguro para todos, se lo merecía. Ni siquiera las demás personas de aquel anfiteatro, las que al final me habían permitido entre todos quitarle a Liu los ladrillos de encima, se lo merecían del todo. O aunque se lo merecieran, el hecho de destrozar todas esas torres, asolar la línea de metro y derribar las bibliotecas y laboratorios no le haría ningún bien a nadie. Tenía que evitar que volviese a suceder; y después de arreglar aquel desaguisado, tendría que pensar cómo ponerle fin a aquello, cómo conseguir que se dejaran de construir enclaves nuevos. Sin embargo, no quería que aquel lugar se derrumbase, al igual que tampoco había querido que los jardines de Londres se hundieran en el vacío.

De manera que me descolgué los sutras, los saqué de la bolsa y los abrí por la primera página con el borde iluminado con pan de oro; las preciosas letras del encabezado revelaban que se trataba de uno de los hechizos de la

Piedra Dorada, los que había que emplear en la ejecución final. Tomé una profunda bocanada de aire y me sumergí en el hechizo.

Había llevado a cabo algún que otro fragmento de los sutras con anterioridad, aunque ninguno de los hechizos principales. Sin embargo, había pasado muchísimo tiempo contemplándolos, soñando con ellos, con todas las cosas que pensaba hacer. El sánscrito antiguo fluyó de mis labios como un trago de agua fresca, un soplo de aire cálido, un toque a miel y rosas, y los ojos se me llenaron de lágrimas, ya que no se parecía a ninguno de mis hechizos. Daba la impresión de ser uno de los hechizos de mamá, precioso y repleto de luz.

En aquel momento, me invadió la firme y alegre certeza de que me daba igual cómo hubiesen llegado los sutras a mí o el precio que hubiese tenido que pagar por ellos. No podía recuperar aquel coste, igual que tampoco podía borrar lo que se había hecho para construir el enclave. Quería dedicar mi vida a aquello. Y también sentí por primera vez que los sutras querían permanecer conmigo, que realmente me *pertenecían*, de un modo en el que no había creído hasta entonces, a pesar de todo el tiempo que me había pasado puliéndolos cuidadosamente, mimándolos y guardándolos a buen recaudo por la noche.

Como si coincidieran conmigo, las páginas comenzaron a brillar con una tenue luz dorada, iluminándose a sí mismas en la habitación en penumbras. Un momento después, el libro se sacudió con suavidad y, al retirar los dedos, se elevó en el aire y flotó justo frente a mis ojos, mientras pasaba a la siguiente página y me dejaba las manos libres, pues me hacían falta para la siguiente parte del hechizo. Los encantamientos siguieron fluyendo de mi interior, casi como una canción, y yo me di la vuelta y dejé que Jiangyu, el último de la fila, me entregara el primer ladrillo. Me arrodillé, entonando todavía el hechizo, y con ambas manos deposité el ladrillo en el mismísimo centro del disco roto. Las afiladas puntas de las piezas triangulares se desmoronaron. Noté que el ladrillo se atascaba durante un momento y, entonces, casi como si lo hubiera lanzado a una ciénaga, fue absorbido y se hundió en la oscuridad de debajo del disco.

Salvo que no se trataba de mera oscuridad. Era el vacío, dispuesto a tragarse todo el enclave. Otro trozo del disco se desmoronó en su interior y unas delgadas grietas de vacío se extendieron siguiendo las fisuras del disco. Me di la vuelta, agarré el siguiente ladrillo y lo deposité tan rápido como pude, y el siguiente, intentando llegar al ladrillo que se hundía un poco antes de que se sumergiera, como para ofrecerle al siguiente un punto de apoyo.

Al principio resultó sencillo, pero solo porque daba la casualidad de que estaba dejando caer los ladrillos directamente en el vacío. En cuanto conseguí unir dos ladrillos lo noté de inmediato. Deposité un ladrillo, el noveno o el décimo, y una descarga me recorrió los brazos y el cuerpo, y de ahí se extendió a todo el enclave, una temblorosa oleada de… no se trataba de poder; la única palabra para definirlo era *solidez*.

Cualquiera pensaría que resultaría alentador. El problema era que, a medida que se iba extendiendo, era imposible no notar el contraste entre aquello *y todo lo que nos rodeaba*, pues lo cierto es que el enclave en su totalidad se mantenía en pie con polvo de hadas y pensamientos positivos o, más bien, con pensamientos egoístas; pero, por muy poderosos que estos fueran, no eran equiparables a la realidad material. Y aquello fue lo que se abalanzó sobre nosotros: la realidad, con el claro mensaje de que todo el enclave era un sinsentido inventado y de que éramos idiotas por pensar que podíamos existir en su interior.

De manera que, al mismo tiempo, las diminutas fisuras se extendieron por fuera de la cámara como árboles en crecimiento, en vez de como las grietas de un terremoto. Se dispersaron como si el enclave fuera una pintura magnífica, obra de algún antiguo maestro, impregnada de una sensación de riqueza y profundidad, pero agrietándose por todo el *lienzo*. Las líneas se dispersaban en direcciones disparatadas, una recorría el suelo del estrecho pasadizo y luego se elevaba por la pared del callejón que se veía por detrás; otras, de forma aún más preocupante, trazaban contornos parciales alrededor de algunas de las personas que conformaban la fila de los ladrillos, como si fueran personajes de cómic en lugar de personas reales.

Dejé de mirarlas y me concentré en los ladrillos, pero estos pesaban cada vez más, y ya tenía los hombros y la espalda tensos y cansados. Tuve que empezar a balancearme, agarrando cada ladrillo mientras trazaba un arco con los brazos y lo trasladaba con el mismo movimiento hasta dejarlo caer en el montón del centro, que no estaba tan ordenado como el círculo perfecto que el consejo había estado erigiendo encima de Liu. Intentaba depositar los ladrillos conectándolos de algún modo, procurando colocar al menos un extremo sobre alguno de los otros. Por una parte funcionaba, pero por otra, estaba destrozando el disco que había estado soportando el peso de la ampliación del enclave todos aquellos años, sustituyéndolo por algo que no estaba a la altura de los estándares de construcción.

Jiangyu también estaba teniendo problemas con los ladrillos, pero a pesar de ello, se acercó un poco para ayudarme a acortar la distancia; apretaba la

mandíbula y le temblaba todo el cuerpo. Entonces, una de nuestras compañeras de clase, Xiaojiao, me parece que se llamaba, dijo en chino: *¡Hay que ponerse de dos en dos!*, y cuando Jiangyu me tendió el ladrillo que tenía en las manos, ella no le pasó el siguiente, sino que dio un paso adelante, tambaleándose, como si llevara un cubo pesado, y le acercó un extremo sin soltar el otro.

Los dos juntos me lo acercaron aún más y aquello me proporcionó un control mayor: pude colocar el ladrillo en un hueco que había entre otros dos y fortalecer el espacio entre ambos. La fila se desplazó hacia delante lentamente, comprimiéndose a medida que el siguiente ladrillo iba pasando de mano en mano, y más gente se unió a esta. Antes incluso de que la fila se redujese, Xiaojiao le dirigió un gesto urgente a la persona que estaba detrás de ella y los tres me pasaron el siguiente ladrillo

Al final, todo el mundo se unió a la hilera. Los últimos ladrillos, más que pasar de persona en persona, surfearon a través de la multitud, desplazándose por encima de las manos amontonadas. La estrecha entrada rebosaba de gente: treinta personas se encontraban ya embutidas en la pequeña cámara conmigo, e incluso los miembros del consejo se habían puesto a ayudar, aunque no había suficientes manos que pudieran agarrar los ladrillos para poder aguantar el peso de forma adecuada. Un hombre que estaba en la entrada jadeó cuando llegó el siguiente; él y otras dos personas cayeron de rodillas y el ladrillo se les escapó de las manos, se estrelló contra una de las fisuras y desapareció, provocando unas grietas en forma de telaraña. Una de ellas atravesó por encima la pierna del hombre de forma horrible, y cuando esté profirió un grito e intentó agarrársela, el resto de su cuerpo se movió, pero la parte que había quedado cortada permaneció inmóvil, desligada del resto, y acto seguido desapareció mientras él se caía al suelo.

Tuve que seguir recitando el conjuro, así que no pude decir nada, pero agarré a Xiaojiao y señalé las paredes de la cámara con urgencia; ella captó la idea y gritó:

—¡Abrid la pared! ¡Rompedla!

Algunas personas lo entendieron mal o se vinieron arriba, porque al cabo de unos instantes, todas las paredes a nuestro alrededor fueron derribadas: la gente había irrumpido en las dos casas adosadas que flanqueaban la cámara secreta y había tumbado las paredes laterales. Toda la multitud se agrupó a mi alrededor con los ladrillos restantes; se acercaron tanto que apenas tuve que agarrarlos. Y menos mal, porque tres ladrillos después, estos se habían vuelto demasiado pesados incluso para mí. El siguiente no lo deposité *realmente*: lo

situé a duras penas sobre un hueco y se deslizó los últimos tres centímetros desde mis manos y cayó con un golpe, recubierto con mis huellas de sudor; a continuación, Xiaojiao extendió una mano e impidió que agarrase el siguiente. Se volvió y agitó los brazos para que todos se acercaran más y se agruparan en torno al sólido círculo que había dispuesto con los últimos ladrillos.

—¡Colocadlos todos a la vez! —dijo, y por supuesto tenía razón: si agarraba los ladrillos uno después de otro, los que quedaran se volverían cada vez más pesados y no sería capaz de colocar el resto. Por eso los enclaves dorados no habían sido demasiado grandes: ni siquiera una *entidad de orden terciario* era capaz de construir unos cimientos tan gigantescos por sí sola, algo que soportara el peso de las torres modernas y las líneas de metro.

Así que en su lugar, di un paso hacia el centro de los ladrillos. Los sutras se acercaron flotando y yo seguí llevando a cabo el encantamiento mientras a mi alrededor todos exclamaban: *sān, ér, yī,* y hacían descender los ladrillos al mismo tiempo. Crearon un borde circular alrededor del resto y aplastaron los últimos trozos del disco antiguo mientras yo entonaba las últimas palabras.

Todo el enclave tembló y las fisuras empezaron a ensancharse, emitiendo un profundo gemido. No sabía qué más hacer; estaba en la parte final del encantamiento, la última página con el borde dorado, la última con comentarios anotados. Las páginas restantes del libro no eran más que un epílogo en el que el escriba agradecía efusivamente a sus patrocinadores el honor de considerarlo merecedor de una plaza en el enclave de Bagdad después de que toda su familia hubiera sido asesinada por los maleficaria, y dicho fragmento me había cabreado tanto que solo lo había leído una vez.

Pero en cuanto terminé el encantamiento, las páginas se pasaron solas hasta la parte posterior de la última página, donde había escrita una frase en sánscrito con tinta negra, como si el escriba la hubiera copiado y luego no se hubiera molestado en iluminarla porque no pensaba que formase parte del hechizo. Nunca la había leído o traducido, pero era tan sencilla que no tuve problema; incluso a simple vista no se parecía en nada a las inscripciones del disco. No hacía mención alguna a la inmortalidad ni a la permanencia, ni obligaba a nada; era una simple petición, un grito de anhelo: *quédate, por favor, brinda protección, brinda un hogar, déjate querer*. Tras entonarla en sánscrito, la traduje como buenamente pude al chino y la pronuncié con apremio.

Todos estaban encorvados, sin aliento, y muchos se aferraban a otros con los ojos cerrados o contemplando fijamente el suelo, intentando no mirar las

horribles fisuras que se abrían a nuestro alrededor. Pero al otro lado del pasaje, desde la sala donde habían intentado aplastarla, Liu me había oído. Oí su voz vagamente, débil y frágil, entonando la frase también.

Otras personas se unieron, y las voces se alzaron por todos lados: algunas palabras cambiaron al pasar de unos a otros, como en un juego infantil, pero no importaba: el significado era el mismo y todos entonaban la frase a la vez. A medida que recorría la multitud y aquellos que me rodeaban pronunciaban el cántico, yo volví a recitarlo con ellos, y una luz dorada emergió de los ladrillos como si fuera cemento, uniéndolos en forma de mosaico redondo. La luz llegó al borde y salió disparada, inundó las grietas del vacío y las reparó; los faroles rojos se prendieron a lo largo del callejón, iluminando los segundos y terceros pisos de todos los edificios, y un letrero de neón sobre el metro cobró vida mientras las luces se encendían en la escalera descendente.

Los sutras se cerraron de golpe, y yo los agarré en el aire y me dejé caer con ellos al suelo, no porque ahora pesaran sino porque las piernas me habían cedido de pronto. A nuestro alrededor, todos lloraban, reían y se abrazaban, invadidos por la ebria sensación de alivio de saber que no iban a morir y que su hogar no se había derrumbado. Volvieron al callejón en tropel para reunirse con sus amigos y familiares; bailaron, exultantes, como si estuvieran de fiesta; algunos incluso lanzaron fuegos artificiales al vacío.

Sentada de piernas cruzadas sobre los sólidos ladrillos, me abracé a los sutras, me encorvé sobre ellos y le di las gracias al libro, al escriba, a Purochana, al universo; agradecí el regalo de poder hacer aquello, *aquello*, en lugar de ocasionar la muerte y la destrucción, tal y como estaba destinada.

Y entonces Tesoro chilló con fuerza y yo levanté la cabeza. Los miembros del consejo no se habían ido a ningún sitio. Cinco de ellos se habían situado entre mí y el resto de la multitud, tapándoles la vista, y los otros tres, tomados de las manos, estaban a punto de lanzarme un hechizo letal.

Por desgracia, la advertencia no sirvió de nada. Estaba totalmente agotada. Ni siquiera podía matarlos. No podía hacer otra cosa más que verlos acercarse a mí, mientras los brazos se me tensaban en torno al libro. Entonces, se pusieron a gritar, gritaron de forma tan horrible que casi podría haberlos matado, después de todo, para ahorrarles el sufrimiento de lo que fuera que estuviera ocurriéndoles, pero antes de que tuviera la oportunidad de moverme, se desplazaron como si alguien hubiera tirado de ellos y… desaparecieron. Como si jamás hubieran estado allí.

Orion ocupaba su lugar, justo detrás. Durante un momento, su semblante permaneció inexpresivo y totalmente inmóvil, y entonces me miró y yo

debería haberle dicho: *Vale, ya van catorce. Supongo que estamos empatados*, pero no pude decírselo; fui incapaz de decirle nada parecido, y él se dio la vuelta sin decir nada y se marchó; todos los que habían contemplado la escena desde el exterior se apartaron de él, sorprendidos, e hicieron a un lado a aquellos que querían ver lo que había pasado, y una burbuja de espacio se desplazó con él mientras se abría paso entre la multitud.



Le di alcance en el aeropuerto gracias a Liesel, que dijo a regañadientes: «¡Piensa irse a Nueva York, obviamente!», después de verme salir del enclave casi a rastras y ponerme a dar tumbos por los terrenos del templo en su busca. Primero intentó convencerme para que me echara un rato y no me preocupase por él, pero tiró la toalla al ver que aquello no funcionaba.

—¡No te vas a ir a Nueva York! —le gruñí, interponiéndome entre él y la cola para pasar el control de seguridad—. Te juro que me pondré a gritar que eres un terrorista y haré que te detengan. ¡Esa mujer no te va a poner las manos encima de nuevo! ¿Has perdido la puta cabeza?

No me devolvió los gritos. Simplemente siguió plantado en medio de la terminal, con una pinta mucho mejor que la que debería haber tenido, con su camiseta blanca aún impoluta, los vaqueros que le habíamos comprado estando en la comuna y el pelo plateado artísticamente despeinado. Yo, por el contrario, parecía una zarrapastrosa; mi ropa, manchada de sudor y polvo, estaba cubierta con las tenues marcas rojas que me habían dejado los ladrillos y desgarrada en algunas zonas. A él no lo detendrían ni por asomo: si empezaba a gritar, a la que se llevarían esposada sería a mí, y permanecería encerrada en algún lugar durante semanas hasta que Liesel y Aadhya

consiguieran sacarme, suponiendo que Liesel no saboteara toda la operación para *dejarme* encerrada por, lo que ella consideraba, mi propio bien. La gente ya estaba lanzándome miradas de reojo.

Pero Orion me miraba como si fuera un oasis en medio del desierto, de modo que respiré hondo unas cuantas veces y me obligué a calmarme.

—Lake, sé que es tu madre, pero es una *maléfice* —dije, serena y moderada—. Sea lo que sea lo que ocurra, es *culpa suya*. Te lo ha provocado ella. Y no lo va a arreglar.

—Tal vez sea la única capaz de hacerlo —dijo—. Si cualquier otra persona hubiera podido… —Se interrumpió, y recordé a mamá, apoyándole las manos en la cabeza, apenada, después de haber hecho todo lo que estaba en su mano. *No conseguí solucionar lo que le pasa*, había dicho. Lo único que había logrado era darle esperanza. La suficiente como para que se abriera paso a través de la desesperación que se había apoderado de él, la suficiente como para permitirse a sí mismo creer que merecía vivir, al margen de lo que ocurriera… de lo que le ocurriera *a él*, las palabras que me había callado pero de las que Orion era perfectamente consciente.

—No hay nada que *arreglar* —dije, e intenté decirlo en serio—. Has dedicado cada minuto de tu vida a *salvar a los demás*.

—No —respondió—. He dedicado cada minuto de mi vida a *cazar mals*. Quería… —Apartó la mirada, con un destello de miseria en los ojos—. Quería creer que estaba salvando a los demás. Quería ser un héroe.

—No me vengas con esas, so tarugo, ¡sí que eres un héroe! —dije con ferocidad—. Sí que has salvado a gente. ¡Nos salvaste a todos, joder!

—*Tú* fuiste la que nos salvó —dijo él.

—¡La horda no habría tardado ni diez minutos en devorarme, igual que al resto! —dije—. De no ser por ti, yo no habría podido hacer nada; ni siquiera hubiéramos conseguido arreglar la maquinaria si hubieras pasado de todo y te hubieras limitado a matar mals solo cuando estabas aburrido. —Me aferraba desesperadamente a cualquier cosa—. ¡Purgaste *toda la Escolomancia*! Mataste a la mitad de los mals del mundo.

—¡Me los *comí*! —estalló él.

Me detuve de golpe.

—¿Qué?

—Me los comí —repitió con la voz rota—. A todos los mals del colegio. No los maté. Simplemente… los absorbí. Intentaron resistirse, pero no sirvió de nada. —Apartó la mirada, su rostro adoptó una expresión terriblemente

tensa—. Estoy convencido de que es lo que llevo haciendo desde siempre. No los mato.

—¡Yo te he visto matar mals! —exclamé.

—Lo hacía de la manera difícil —dijo—. Tal vez antes me hacía falta… atravesar su piel de algún modo. Pero ya no. No tengo más que agarrarlos y… —Hizo un gesto horrible, como si estuviera sorbiendo fideos—. Lo absorbo todo.

—¿Qué, como un milfauces? —dije, con una exclamación de protesta, y entonces me detuve, notando una sensación de caída libre en el estómago.

—Sí —respondió Orion sonriéndome, dedicándome una sonrisa horrible y carente del todo de alegría—. Exactamente así.

Quería discutírselo a gritos, pero era incapaz de hacerlo con esa mirada desprovista de esperanza que reflejaba su rostro. Habría estado fingiendo que no lo entendía. No *quería* entenderlo, pero lo entendía de forma horriblemente clara: aquello era lo que le había hecho Ophelia. El monstruo al que no podía matarse, el monstruo al que temían todos los demás monstruos. El monstruo que extraía hasta la última pizca de poder de sus víctimas. Ophelia había hallado el modo de conferir aquel poder horrible e insaciable a una *persona*, y luego había enseñado a dicha persona a introducir la malia de la que se apoderaba en el enclave, donde volvía a convertirse de forma superficial en maná, ya que al entregarse de manera voluntaria, quedaba purificada. Apabullantemente eficaz.

Era como si estuviera, como si *estuviéramos*, de nuevo en la Escolomancia, en aquellos momentos finales plantados frente a las puertas mientras el peor monstruo del mundo se cernía sobre nosotros. Le había gritado a Orion que corriera, le había dicho que teníamos que correr y él… él no había dejado de mirar a Paciencia. Nunca antes se había enfrentado a un milfauces; ni siquiera creo que hubiese visto nunca a uno, no así de cerca, no *al alcance de sus manos*. Cuando estábamos en tercero fue a buscar al que apareció ese año, pero no llegó a dar con él. Lo maté yo antes de que él pudiera darle caza. Pero en el salón de grados se había encontrado cara a cara con Paciencia y había visto… algo que reconoció. Un espejo en el que mirarse.

Y cuando le había gritado a Orion que *teníamos* que salir corriendo —que no había nada que hacer frente a un monstruo como aquel, poseedor de un horrible e indestructible poder, más que dejar que se precipitara en el vacío— él había *coincidido conmigo*. Así que me sacó de un empujón y se quedó allí. Como si yo le hubiera dicho que lo hiciera.

Ahora me miraba de la misma forma que entonces: como si fuera la última vez, grabándose mi recuerdo en su interior, preparándose para volver a darme un empujón. Y yo estaba precipitándome ya, sumiéndome en una sensación de horror, pero Aadhya había tenido razón. No había dejado tirado a Orion. Era incapaz de hablar, pero di un paso hacia él, alargando el brazo.

Sin embargo, Orion no dejó que lo tocase. Retrocedió un paso, dispuesto a salir corriendo.

—No —dijo—. No. Tengo que irme. Tengo que hacerlo.

—Escucha —dije con la voz entrecortada; notaba un nudo en la garganta, pero me obligué a pronunciar las palabras—. Orion, escúchame un momento. Desde que tengo uso de razón, cuento con el poder de hacer las cosas más monstruosas que pueda imaginar. Y lo único que he querido siempre es que alguien me dijera que no me preocupase. Que jamás haría algo tan horrible como para no poder dar marcha atrás. Pero esa persona no existe. No hay nadie que vaya a entregarte una chapita y hacer que estés bien. El único modo de estar bien es seguir adelante lo mejor que puedas.

—Me es *imposible* estar bien —dijo Orion con rotundidad, y me hizo callar—. El, no pretendas mirarme a los ojos y decirme que puedo hallar la forma de estar bien. En este estado es imposible. Sabes perfectamente lo que son los milfauces. Lo que les hacen a las personas. Y eso es lo que les he hecho, lo que he estado *haciendo*, a esas personas de Pekín.

Y durante un momento, volví a estar de rodillas en aquella estrecha cámara, oyendo sus gritos, los insoportables gritos de unas personas devoradas por un milfauces; solo que a aquel milfauces no le hacía falta aferrarse a los ojos y la boca de esas personas porque tenía ojos y boca y manos propias, unas manos con las que incluso podía lanzar hechizos.

—Pensé… Después de que tu madre me ayudara, pensé… que tal vez sería capaz de controlarlo —dijo Orion—. Pensé que podría seguir cazando mals y seguir adelante. Pero no puedo. Me es imposible estar bien. Ni siquiera sé si… —Tragó saliva—. Me comí… *a Paciencia*. Y no creo… no creo que el hecho de que me lo comiera *destruyera* a Paciencia. Creo que todas esas personas siguen todavía…

Se interrumpió, pero no hacía falta que continuara hablando, porque yo sabía perfectamente lo que era un milfauces. Todas esas personas devoradas seguían en su interior, gritando, siendo trituradas hasta la extenuación sin poder morir, porque aquello era lo que los milfauces les hacían a la gente y él tenía razón. No pude decir nada. Puede que incluso una de esas personas gritando en su interior fuera *mi padre*.

Tal vez el horror que me producía aquel pensamiento se reflejase en mi rostro. Esperaba que no. Pero Orion dijo con crudeza:

—El, si mi madre es incapaz de deshacer esto…

No quería que terminase la frase.

—Si *no le da la gana* —gruñí.

—Da igual —dijo—. Si no lo deshace…

—No es culpa tuya —dije, aullándole al universo, al que se la traía tan floja como siempre. Al igual que a mí, a él nadie le había pedido permiso para hacerlo quien era, pero aquí estábamos ambos, sufriendo las consecuencias: un milfauces y una asesina de milfauces, y sabía lo que Orion intentaba pedirme, pero no soportaba dejar que me lo pidiera.

No volvió a intentarlo. Cerró los ojos y dio un pasito hacia mí, moviéndose tan rápido que ni siquiera tuve la oportunidad de aferrarme a él; me agarró la cara con las manos y me besó, mientras las lágrimas se nos pegaban a los labios, y entonces le rocé el brazo con las yemas de los dedos un instante antes de que él se alejara de mí, se adentrara tras las puertas de seguridad y se marchara.



Estaba sentada en un banco de la terminal, con la mirada perdida, cuando Aadhya apareció y me llevó de vuelta al enclave. No a la zona nueva: la familia de Liu se había instalado en la casa del sabio. Parecía existir el acuerdo tácito de dejársela a ellos, a pesar de que el resto del enclave se encontraba ahora bastante abarrotado: los antiguos miembros del enclave habían tenido que ceder algunas habitaciones de sus pisos y dividir el espacio de trabajo para dejar sitio a los recién llegados que habían aportado todo el maná.

Y Liu debía permanecer dentro del enclave. Tres de los mejores sanadores estaban encargándose de ella, turnándose para mantenerla flotando, sumida en una especie de complicado hechizo curativo en medio del patio. La escena me dejó descolocada cuando Aadhya me condujo de nuevo al interior. No había prestado mucha atención hasta entonces, pero al entrar, me fijé en que toda la casa tenía un aspecto diferente: las fuentes volvían a estar llenas y el agua corría de nuevo, emitiendo un suave gorgoteo sobre las piedras; a los árboles y arbustos les habían salido hojas nuevas y las flores salpicaban una estrecha

enredadera. Y Liu flotaba a un metro del suelo en el interior de una burbuja brillante que uno de los curanderos hacía girar a su alrededor.

—¡Tranquila! —me dijo Aadhya, cuando me detuve, alarmada—. Es un hechizo regenerador.

La burbuja estaba hecha de filamentos de agua que se elevaban del arroyo y se entrelazaban con unos hilillos de polvo que emergían de unas cuantas vasijas de porcelana dispuestas por el patio. Algunas me llegaban a la altura de la cintura y eran enormes, tanto que casi podría haberme metido dentro, y otras tenían el tamaño de un azucarero; un cofrecito de oro macizo expulsaba un grano de color rojo brillante cada diez minutos por una abertura minúscula en la parte superior. Era ciertamente asombroso, y al acercarme y contemplar a Liu a través del caparazón translúcido, vi que ya tenía mejor aspecto: los hombros y las caderas se le habían enderezado, la piel le brillaba ligeramente y las moraduras habían desaparecido.

Cometí el error de preguntarle a uno de los sanadores cuánto tiempo duraría el tratamiento y él me respondió con una explicación exhaustiva que no entendí en absoluto. Se dirigió a mí en inglés, no en chino, pero no sirvió de nada. Los sanadores de Pekín no eran como mamá: eran los típicos que al salir de la Escolomancia, se sacaban un título en medicina mundana y luego se ponían a trabajar como aprendices de un sanador veterano durante diez años. Todos los que pasan por dicho aprendizaje acaban hablando en una jerga tan enrarecida que dudo que otro ser humano, salvo que se trate de un sanador mágico, sea capaz de entenderlos. De vez en cuando, acuden a mamá para intentar comprender su trabajo, pero casi siempre acaban marchándose al cabo de unos días hirviendo de frustración.

No obstante, resultó que en cierto sentido eran exactamente como mamá. Dejé de intentar entender lo que estaban haciendo y me limité a preguntarles específicamente a qué hora o qué día, semana o año saldría Liu de la crisálida y ellos respondieron: *Cuando esté lista*.

Liesel y Aadhya me preguntaron —con distintos niveles de tacto— qué había ocurrido con Orion y que qué le pasaba. No pude contárselo, ni siquiera a Aad. Si no se lo decía, si no pensaba en ello, podría volver a zambullirme en el cuento que había decidido contarme mí misma mucho antes de la graduación: una chica a la que dejan plantada y un romance escolar que llega a su fin; lo normal y esperado. Orion seguiría vivo en Nueva York, tras haber decidido permanecer allí por propia voluntad. Y yo podría seguir con mi vida.

Supongo que en cierto modo ya sabía que en cuanto lo intentara, descubriría de inmediato que no era capaz. Pero no tenía ni idea de lo que se

tenía que hacer y menos aún de lo que yo podía hacer. Ophelia se merecía que le arrancaran el cerebro y se lo desmenuzaran como una col, pero Orion tenía razón: si ella no era capaz de deshacer el daño que había hecho, nadie lo sería. Mamá lo había intentado ya, y no creía que ningún otro sanador del mundo pudiera hacer algo más. Y tampoco veía cómo podía ser yo de ayuda. Lo único que podía haber hecho era lo mismo que le hacía a cualquier milfauces, y no pensaba hacerle eso a Orion. Estaba *vivo*, estaba *presente*, se merecía vivir tanto como el resto y yo no iba a mirarlo a los ojos y a decirle que ya estaba muerto.

Pero ignoraba qué otra cosa podía hacer. Acabé sentándome en el patio con Zheng, Min y la abuela de Liu, observando cómo la burbuja giraba suavemente y cabreándome cada vez más, como un supervolcán incrementando la presión en las profundidades de la Tierra, listo para entrar en erupción y estallar en cualquier dirección. El padre y el tío de Liu se habían llevado a Aadhya y a Liesel para que los ayudasen a negociar varios términos con el resto de los miembros del enclave en representación mía, supuse, lo que probablemente era lo mejor para todos los involucrados, ya que la furia ardiente no ayudaba demasiado en dichos casos.

Detrás de la casa del sabio, unos tenues y cálidos destellos de luz se filtraban a través de las persianas de todas las casas del callejón y los faroles rojos se habían atenuado, aunque de forma deliberada. Todos se habían acomodado en algún que otro rincón para pasar la noche, y el enclave empezaba a asentarse mientras un ambiente de tranquilidad se instalaba en el lugar. Incluso se oían unos cuantos grillos cantando suavemente en el patio, como si se hubieran colado o los hubieran traído del exterior. Nada evidenciaba lo que había estado a punto de pasar. Salvo Liu, que seguía flotando con los ojos cerrados, aún recuperándose de lo que todos habían intentado hacerle.

—Se echó a suertes —nos había contado Jiangyu con toda seriedad, y se quedó perplejo cuando me carcajeé en su cara. No se había echado a suertes, como mucho, se habría fingido que se echaba a suertes. Sí, seguro que habían disimulado divinamente, pero la elección no había sido en absoluto cosa del azar. Lo sabía porque, tras ejecutar el encantamiento final, descubrí la razón por la que Liu había sido la elegida. Porque la persona vinculada al vacío, la voz solitaria que le pedía al vacío que *les brindara protección y hogar* tenía que ser alguien que emplease exclusivamente maná. Que no hiciera ni la más mínima trampa, pues su ánima no podía estar dañada en absoluto. El maná debía fluir sin problemas.

Y aunque Liu había sido durante tres años una maléfice poco dispuesta, había aceptado tomar tal camino por amor a sus primos, y luego había sido la receptora involuntaria de una estupendísima limpieza de aura gracias a mí. Desde entonces había empleado únicamente maná. A lo largo de todo un año en la Escolomancia, incluso bajo el peso del miedo y la graduación: probablemente había sido el equivalente a que su ánima pasara por un proceso de psicoterapia.

A los miembros del consejo debió de parecerles que les había tocado la lotería. No es sencillo encontrar a un mago que use maná de forma exclusiva. Casi todo el mundo hace alguna trampita que otra de vez en cuando. Supongo que la mayoría de las veces tienen que conformarse con alguien que usa maná exclusivamente por necesidad y no por convicción: el típico crío marginado que acaba de salir de la Escolomancia, uno de esos que no tienen el poder suficiente para robarles el maná a otros, ya que los únicos objetivos disponibles son otros niños magos; esos que acaban acoplados a algún grupito por los pelos, generando maná a destajo y siendo lo bastante afortunados para no verse obligados a usarlo, para que así los demás puedan utilizarlo durante la graduación.

Pero en aquella ocasión, el consejo no había tenido que recurrir a uno de esos críos. Disponían de una poderosa bruja que, de forma consciente, se había empeñado en no usar ni una gota de maná que no hubiera generado ella misma —es decir, que fuera robado de otro ser vivo—, la habían capturado deliberadamente y convertido en su vínculo con el vacío. Y seguramente el hechizo habría salido mejor de esa forma. Debido a que Liu era esa clase de persona y ellos habían decidido usarla como sacrificio. Y nadie los habría detenido.

Excepto yo. Yo los había detenido, pero para ello no los había matado, no había destruido su enclave. Sino que le había proporcionado a la gente normal y, en su mayor parte, decente, aquellos que no habían sido capaces de presenciarlo, *otro modo*. No había destruido Pekín. Lo había *salvado*, al igual que también había salvado Londres. A la hora de la verdad, había tomado las decisiones que habría tomado mamá. Allí, y también en la Escolomancia, con el cuchillo de Jack clavado en el vientre; en el pasillo de la biblioteca, al ver a un milfauces ir tras un centenar de alumnos indefensos de primero. Había optado por elegir el camino de mamá todas y cada una de las veces durante mi último año en el colegio, con la graduación acercándose cada vez más. Jamás iba a convertirme en la despiadada y monstruosa destructora de mundos que había vaticinado mi tatarabuela, porque de ser así, *ya lo habría hecho*.

Y eso significaba que, por mucho que me repateara, no podía ir a Nueva York a matar a Ophelia, a pesar de que se lo merecía más que nadie en el mundo, y como no podía ir a matarla, me di cuenta poco a poco que lo que sí que podía hacer, que lo que pensaba hacer, era echar abajo las puertas de la puñetera residencia de Deepthi Sharma y obligarla a mirarme a los ojos y a admitir que *se había equivocado*.

Me puse a trastear con el móvil para averiguar cómo ir de Pekín a Bombay. La cosa fue tan bien como te imaginas, dado que hasta hacía una semana jamás había utilizado un móvil, pero Zheng, que estaba sentado a mi lado, no pudo soportar más tiempo mi incompetencia y me lo quitó de las manos para mostrarme los vuelos. No pude reservar ninguno, ya que no tenía dinero ni tarjeta de crédito, pero acababa de tomar la decisión de volver al aeropuerto y apañármelas como pudiera, cuando Liesel y Aadhya aparecieron por el callejón y Aadhya dijo de inmediato:

—Procura no perder los papeles.

Obviamente lo primero que quise hacer fue perder los papeles, pero antes de poder abrir la boca, Liesel dijo:

—¡No, los miembros del enclave no han hecho nada!

—Eso, no tiene que ver con nada de aquí —repuso Aadhya. Alzó el móvil —. Ibrahim acaba de mandarme un mensaje desde Dubái. Jamaal le pidió que lo ayudara a localizarte. Te pide, por favor, que vayas a verlos. Dicen que van a ser los próximos en sufrir un ataque.

—¿Cómo que van a ser *los próximos*? —dije—. ¿Y desde cuándo se creen los enclaves que pueden llamarme en caso de emergencia?

—Perdona, pero a la que llaman es *a mí* —respondió Aadhya con énfasis.

—Y lo creen desde hace siete horas, cuando has evitado que *un segundo enclave* se vaya a la porra.

—Pues no me da la gana que llamen —respondí—. Si son conscientes de que va a haber un ataque, que desalojen el enclave y se vayan a vivir como la gente normal.

—Eso no va a pasar —dijo Liesel—. Lo que harán es dejar seco el depósito de maná, llevarse los artificios más valiosos, los libros y el dinero y, cuando el enclave haya caído, utilizar el espacio que ya poseen en el mundo mundano y los hechizos de construcción que ya conocen y construir *otro enclave nuevo*.

Cosa que era tan evidentemente cierta que no pude discutírsela lo más mínimo. Aunque me recorriera el mundo de arriba abajo y les contara a todos los magos la verdad, lo que los miembros de enclave estaban haciendo para

construirse sus cómodos rinconcitos en el vacío, no serviría de nada, pues aquello no frenaría a nadie, no durante mucho tiempo. La gente vacilaría, sentiría rechazo en un principio, pero luego, poco a poco, se harían a la idea. Porque verían cómo los demás vivían en sus fantásticos enclaves, construidos todos de la misma manera grotesca, y dirían *¿Y por qué yo no puedo?*, y sería una pregunta razonable, después de todo. ¿Por qué no podían ellos hacer lo mismo?

Me levanté y salí furiosa del enclave, rumbo al recinto del templo. Los turistas se habían ido ya todos, pues había anochecido ya. En el exterior todavía hacía un calor sofocante en comparación con la fresca penumbra del enclave, pero la brisa corría entre la vegetación que recubría todo el terreno; encontré un banco y tomé asiento, malhumorada y cabreada. Al cabo de unos quince minutos, Aadhya salió y se sentó a mi lado.

—Vas a ir a Dubái —dijo. Sonaba algo lúgubre.

—Y un cuerno —dije con ferocidad—. Me voy a…

Me tendió el móvil. Se lo quité de la mano y leí el último mensaje que aparecía en la pantalla.

Por favor, dile a El que tiene que venir, había escrito Ibrahim. *No tenemos más detalles, pero sabemos que va a ocurrir. Nos avisó la Profetisa de Bombay*.

Contemplé el mensaje mientras la rabia se acrecentaba en mi interior. No me extrañaba que estuvieran cagados: por lo que sé, de entre las numerosísimas profecías pronunciadas por la Profetisa de Bombay, la que vaticinó sobre *mí* es la única que no se ha hecho realidad. *Sin embargo*, ha sido la sombra que me ha acompañado toda la vida, desde que vaticinó que estaba condenada a llevar la muerte y la destrucción por todo el mundo. Era como si me hubiera *oído* pensar que iba a ir a cantarle las cuarenta y hubiera hallado el modo de que alguien me agarrara por los tobillos y me frenara.

Le devolví el móvil a Aadhya.

—No pienso ir —le dije—. ¡No quiero ir!

No discutió conmigo. Simplemente me rodeó los hombros con el brazo, y yo me volví y la abracé; ella me devolvió el abrazo con firmeza, dejando que me aferrase a ella.



—Me quedaré yo con ella —dijo Aadhya, agarrándome con fuerza la mano mientras nos poníamos en pie y mirábamos a Liu, que seguía flotando en la burbuja, sin estar preparada todavía para salir—. Te avisaré en cuanto se haya recuperado.

—Mándame un mensaje todos los días —le pedí.

Incluso sentada en el taxi rumbo al aeropuerto, seguía considerando en serio la idea de plantarme en Bombay. Pero Ibrahim había conseguido sonsacarle a Aadhya mi número y me había llamado directamente a medio camino. Lo cierto es que era la primera llamada que recibía, razón por la cual respondí. El teléfono sonó a todo volumen desde el bolsillo, inundando el interior del coche, y yo lo saqué y me peleé con los botones hasta que el ruido cesó; entonces, oí la voz metálica de Ibrahim:

—¿El? —Parecía estar al borde de las lágrimas.

Me llevé el teléfono a la oreja y respondí: «Sí», de mala gana.

No tenía ninguna razón para estar lloriqueando. Ni siquiera *pertenecía* al enclave de Dubái. Pero aquella era, obviamente, una ocasión irrepetible, su oportunidad de oro para conseguir una plaza, y, aunque cualquiera de las mil seiscientas personas a las que hubieras preguntado habrían coincidido, sin excepción, en que él era infinitamente más simpático que yo y una compañía mucho más grata, dicha oportunidad se le había presentado únicamente porque podía localizarme por teléfono.

—Muchísimas gracias, El —dijo, como si ya hubiera aceptado ir—. Sé que los enclaves no te hacen demasiada gracia. Incluso le advertí a Jamaal que no creía que fueras a ayudarnos. Pero me suplicó que te lo pidiera. Su hermana está a punto de dar a luz. Ya han trasladado el apartamento y han abandonado el enclave, pero los sanadores no son tan eficientes en el exterior. Tendrá que ir al hospital. Y todos están muy asustados.

No me extrañaba. Casi me entraban ganas de contarle cómo se había construido el enclave que quería que rescatara y preguntarle sin rodeos si *él* habría elegido seguir adelante tras conocer el precio. Pero ¿por qué iba a hacerlo sentir mal? Sabía, sin tener que preguntárselo, que la respuesta desde cualquier punto de vista práctico era que no, y no porque fuera alguien puro y desinteresado, sino porque jamás, ni en un millón de años, se vería en la tesitura de tener que tomar una decisión como aquella. En la Escolomancia ninguno hablábamos sobre nuestros planes de futuro, no comentábamos nada específico, pero sí compartíamos nuestros sueños y fantasías de forma vaga: *no sería maravilloso que o si te dieran a elegir o no habría nada mejor que*, y todas sus fantasías habían consistido más o menos en sentarse con tres o

cuatro amigos en algún bonito lugar y tomar helado de chocolate. Jamás sería miembro de ningún consejo; el poder no le interesaba. Lo único que quería era *vivir*.

—Si quieren mi ayuda, los ayudaré —dije en cambio, y lo interrumpí en cuanto prorrumpió en agradecimientos—, pero no sé si les interesará. —Y entonces le conté que tendrían que deshacerse de todo el consejo y reclutar los magos suficientes que generasen el maná que me iba a hacer falta para reemplazar los cimientos. El enclave acabaría más abarrotado que el de Pekín, ya que no tenían a mano ningún clan cercano que se hubiera pasado varias generaciones ahorrando maná—. Pero puedes decirles que al menos no tendrán que ir a buscar a alguien que emplee maná de forma exclusiva —añadí de forma salvaje.

No entendía por qué estaba tan enfadada, pero sabía que lo decía en serio; ni siquiera intentó discutir nada, solo me dijo que les trasladaría mis condiciones y volvería a llamarme.

Casi esperaba no volver a tener noticias de él. Supongo que si la petición hubiera venido directamente del consejo de Dubái, habría sido así. Pero el abuelo de Jamaal y sus tres esposas, un equipo de creadores de portales, se habían unido al enclave en calidad de miembros fundadores hacía unos cuarenta años, tras una subasta. No formaban parte del consejo, pero influían en el enclave de forma considerable y no se los podía desestimar sin más. Supongo que tanto a ellos como a los demás les parecía un precio razonable librarse del consejo.

En cualquier caso, Ibrahim me mandó los billetes de avión antes incluso de que llegáramos a las máquinas expendedoras de la terminal y, en cuanto los tuve en la mano, me los quedé mirando.

—Bueno, ¿qué? —dijo Liesel, con aire impaciente; yo apreté la mandíbula y *volví* a tomar la decisión que habría tomado mamá.

—Vale, nos vamos —dije.

Eran billetes de primera clase, naturalmente. Liesel seguía sulfuradísima conmigo, y yo con ella, pero después de subir a bordo y de que las azafatas nos enseñaran la lujosa y privada cabina de ducha mientras nos dirigíamos a nuestros asientos, ambas permanecimos sentadas en silencio durante el despegue, sin intercambiar nada más que una mirada de reojo, y entonces ella se levantó y se fue. Tras un momento de debate conmigo misma, me saqué a Tesoro del bolsillo —me lanzó una mirada de arriba abajo y, a continuación, se acurrucó en la manta sin añadir nada más— y me escabullí tras ella.

Era la clase de estupidez ante la que habría puesto los ojos en blanco si alguien me la hubiera contado. ¿Por qué querría nadie embutirse en el baño de un avión cuando podías esperar a estar en tierra? Pero el hecho de encontrarme en el avión, en aquel extraño y temporal fragmento del mundo, lo hacía más fácil.

Y Liesel tenía razón: sentirme bien a nivel físico me ayudaba; notar sus manos y el agua recorriéndome la piel me recordaron que seguía entera, a pesar de que a mí no me lo parecía, me mostraron que, al menos por fuera, seguía de una pieza.

Como era de esperar, Liesel trató de sonsacarme información después; estábamos secándonos cuando me preguntó abruptamente:

—¿Me dirás *ahora* qué ha pasado? ¿Por qué se marchó Orion?

Y resultó que aquella era la auténtica razón por la que lo había hecho. Aquí era más fácil decírselo, y tenía que contárselo. Porque no sabía cómo ayudar a Orion, y eso significaba que para hacerlo tenía que pedir ayuda: la lección que había aprendido a base de tortas el año anterior en la Escolomancia.

Así que me senté en la tapa del retrete y se lo conté allí mismo, con el rugido del avión a nuestro alrededor, intentando no escuchar las palabras que tanto me estaba costando pronunciar. Deseaba desesperadamente que resoplara y me dijera que era una idiota, pasando por alto la respuesta obvia al problema. En cambio, cuando acabé, tomó asiento en el estrecho banco del interior de la cabina de ducha y se quedó contemplando la pared durante un rato mientras su cerebro maquinaba; a continuación, meneó la cabeza.

—Ophelia es de lo más astuta —dijo escuetamente, adoptando un tono demasiado parecido a la admiración. Después se levantó, me dio una palmadita en el hombro que venía a significar: *hay que seguir adelante*, y agregó—: *Deberíamos dormir un poco*.

Ibrahim y Jamaal fueron a recogernos al aeropuerto, ambos hechos un manojo de nervios y comidos por la ansiedad. Mi aparición no les levantó el ánimo —raramente lo hace—, sino que solo añadió una capa adicional de leve esperanza e inquietud. Apenas pronunciamos palabra de camino, salvo cuando le pregunté a Ibrahim por Yaakov, y él bajó la mirada y dijo, sofocado: «He oído que le va bien», como si acabara de apuñalarlo con un hierro al rojo vivo. Tal vez aquella fuera la razón por la que estaba tan desesperado por entrar en el enclave. A mí me parecía que invitar a alguien a que dejase atrás su hogar y su familia para unirse a los tuyos era una petición desmesurada. Yo había intentado evitar que Orion me hiciera la misma oferta

pero a la inversa. Era demasiado, una deuda que podrías pasarte la vida intentando pagar, y eso sin mencionar el problema adicional al que tendrían que enfrentarse Ibrahim y Yaakov, pues a menos que se marcharan totalmente por su cuenta, si se mudaban con cualquiera de las familias de ambos, uno de ellos se enfrentaría a la desconfianza e incluso al odio de los mundanos de alrededor y puede que también de, literalmente, la totalidad de los parientes del otro.

Pero todo cambiaría si Ibrahim pudiera ofrecerle en su lugar una plaza en el enclave de Dubái, que es grande, moderno y practica la tolerancia, lo que significa que cualquiera es recibido con los brazos abiertos, al margen de su religión o su nacionalidad o su preferencia a la hora de compartir la cama, para vivir allí como le plazca, siempre y cuando sea espectacularmente poderoso o cuente con el equivalente a veinte años de maná acumulado para comprar la plaza.

La entrada del enclave estaba en un edificio de oficinas de altura media al otro lado de las fantásticas vistas al Burj Khalifa; la mitad de las puertas del pasillo junto a las que pasamos carecían de identificación, y daba la sensación de que si el edificio hubiera sido un barco, se habría volcado por el peso de todos los pasajeros situados en uno de los lados.

Salvo que en aquel momento los despachos sin rotular estaban abarrotados de miembros de enclave, asustados, sudorosos y sumidos en la oscuridad. Habían devuelto todo el espacio que habían podido al mundo real y se habían escondido allí, pero, por supuesto, no se habían molestado en contratar la luz ni el agua en los despachos que habían alquilado; por no mencionar que debían guardar silencio si no querían arriesgarse a que los mundanos del resto del edificio metieran las narices para averiguar qué ocurría.

Jamaal me llevó a la enorme sala de conferencias que se encontraba al final del pasillo, donde los magos veteranos del enclave, excepto los antiguos miembros del consejo, se habían reunido.

En la sala hacía un calor insoportable, a pesar de las dos tandas de abanicos de hojas de palma con mangos de madera tallada que oscilaban de un lado a otro por sí solos.

Me recibieron con lo que me parece que consideraban unos agasajos imperdonablemente exiguos; a pesar de los leves aunque literales crujidos que emitió la espléndida mesa bajo el peso de la comida que había dispuesta encima, un banquete que las numerosas personas allí reunidas no habrían podido terminarse ni en una semana. Sin embargo, nadie probaba bocado: el

hecho de que su enclave estuviera a punto de venirse abajo les había quitado el apetito. No obstante, nos insistieron a Liesel y a mí para que comiéramos un poco y me sirvieron una taza de té de una preciosa y antigua tetera que desprendía un débil aroma a un encantamiento para fomentar una postura favorable. Yo aparté la taza y dije de forma borde:

—No he venido a perder el tiempo.

Como era de esperar, pasaron a preguntarme si de verdad decía en serio todo lo que le había dicho a Ibrahim y si no había alguna alternativa para tal o cual parte del plan. Yo, como siempre, los decepcioné.

—Y tampoco pueden echar mano de personal *temporal* —dije—. Tiene que ser *su* casa la que vayan a construir.

—Mi querida niña —dijo la esposa más mayor del abuelo de Jamaal (su abuela era la tercera)—. Seguro que con tu método podemos simplemente reforzar los cimientos existentes del enclave sin tener que emplear tanto maná.

—No seré yo quien lo lleve a cabo, pues —dije, y Liesel suspiró de forma ruidosa e intervino para contarles cómo se habían construido los *cimientos existentes*. Yo me levanté y me fui al baño mientras ellos hablaban, así que no tuve que oír ni su explicación ni el resto de lo que supongo que manifestaron: las apropiadas muestras de sorpresa y horror y las delicadas averiguaciones sobre si mi postura acerca del tema en cuestión era en realidad inflexible.

Supongo que Liesel, Ibrahim y Jamaal lograron darles una respuesta lo bastante clara; en cualquier caso, cuando volví del baño, nadie me sugirió ninguna otra hábil alternativa. Y por suerte para ellos, ya habían llevado a cabo los preparativos por adelantado de todas formas: motivados por la preocupante certeza de que la advertencia no especificaba *cuándo* iba a producirse el ataque, y la aún más preocupante evidencia de que, en lo referente a antigüedad y estabilidad, su enclave, construido hacía cuarenta años, se encontraba mucho más cerca del de Bangkok o Salta que del de Londres o Pekín, por lo que las probabilidades de que el lugar se fuera a pique eran bastante altas.

No les había resultado difícil reclutar ayuda, a pesar de no poder ofrecer ninguna garantía: *Hay una pequeñísima probabilidad de que ofrezcamos una plaza en el enclave a cambio de dos años acumulados de maná* era uno de esos comunicados que lograba que un millar de magos ansiosos se pusieran a hacer cola a las puertas del enclave en un abrir y cerrar de ojos, igual que se habían agolpado frente a las puertas del de Londres por un simple rumor. Solo tenían que tomar la decisión de dar luz verde al asunto, lo que les llevó mucho

más tiempo del que me hubiera gustado, ya que después de presenciar quince minutos de urgente debate, se me acabó la paciencia y les dije:

—No pienso quedarme horas aquí esperando a que decidan si prefieren compartir el enclave con la plebe o que este acabe precipitándose al vacío. Si no quieren mi ayuda, me marcho.

En aquel momento, la abuela de Jamaal —la esposa más joven— estalló:

—¡Dejémonos de discusiones! El ataque podría producirse en cualquier momento, y todos tendremos que *entrar* para llevar a cabo el hechizo.

Era un argumento de peso, igual que lo era la muy evidente ausencia de una alternativa mejor, por la que seguramente habrían dado cualquier cosa.

Así que por fin me condujeron al interior a través de un abrasador cuarto de servidores plagado de ordenadores planos apilados en estantes de metal y el incómodo chorro de los ventiladores, y una pequeña puerta trasera con el letrero **CUADRO ELÉCTRICO** escrito en inglés y árabe. Detrás había un largo panel cubierto por un arcoíris de finos cables que se abría y dejaba al descubierto una abertura en la pared que apenas me llegaba a la altura del hombro.

Tuve que agachar la cabeza para pasar y, al volverme a incorporar, me dio la sensación de haber retrocedido en el tiempo cien años.

El abuelo de Jamaal nos condujo por un estrecho callejón flanqueado por las uniformes paredes de color marrón dorado de las casas que se alzaban a ambos lados. Unos doseles parecidos a unas velas de barco colgaban superpuestos entre los edificios, a suficiente altura como para ocultar el artificio que utilizaban para dejar entrar la luz del sol. No se veía el interior de ninguna de las casas: las puertas de madera oscura estaban cerradas a cal y canto y las ventanas, con las cortinas echadas; los pocos patios junto a los que pasamos se hallaban cubiertos con opacas y pesadas colgaduras.

Aquel enclave no se encontraba al borde del derrumbe, como se había encontrado Pekín, pero casi lo hubiera preferido. En cambio, bajo las suelas de mis finas sandalias, notaba la cimentación, grotescamente suave, maleable y robusta. *Los enclaves se construyen con malia. Al entrar en ellos se nota*. Y ahora era consciente de lo que notaba, de lo que había notado en Nueva York y en Londres. Me sentía horriblemente culpable por haberle gritado a mamá de pequeña, suplicándole para que me llevara a vivir a un enclave, a cualquiera de los que la habría recibido con los brazos abiertos, para que llevara a cabo sus curaciones en su interior. En una ocasión, había ido incluso a visitar un antiguo enclave, famoso por los sanadores que allí residían, pero había vuelto ese mismo día y me había dicho que era incapaz, que no podía

concederme aquello. Y yo me había puesto hecha un basilisco y me había pasado semanas gritándole porque no había estado dispuesta a vivir sobre un montón putrefacto de gente asesinada.

Entretanto, noté en el rostro una brisa fresca y agradable con un leve toque de humedad. No era como las lámparas solares mágicas de Londres; el sol y el viento eran reales, con el mismo color y aroma que en el exterior. Al llegar al final del callejón vi que el sol y el aire entraban en el enclave a través de unas torres eólicas: unos edificios cuadrados y huecos que se habían construido en el exterior hacía más de un siglo y que canalizaban la brisa en dirección a las calles amuralladas. Al meter en el enclave las antiguas edificaciones, habían dejado la parte superior en el exterior, situada, suponía, en la azotea de algún rascacielos, y habían instalado unos espejitos encantados que trasladaban la luz del sol junto con el viento.

Lo supe antes incluso de que el abuelo de Jamaal nos llevara hasta la del medio y abriera una enorme puerta de hierro: los cimientos estaban allí dentro. Resultaba retorcidamente irónico que la agradable y acogedora brisa, que la brillante luz del sol, se derramaran sobre el enclave a través de aquella monstruosidad. Por supuesto, no se trataba solo de un hecho irónico. Por sí mismas, aquellas torres no eran edificios mágicos, como sí lo había sido la casa del sabio en Pekín; no se encontraban imbuidos por el poder de siete generaciones de magos. Pero alguien, unos mundanos, las *habían* construido con un fervoroso y adecuado propósito, con esmero y cariño: intentando construir un refugio, un lugar fresco, donde resguardarse de las arduas condiciones del desierto. Los fundadores del enclave probablemente habían llevado a cabo un estudio místico y concluido que se trataba del lugar idóneo donde abrir un agujero en el vacío. Igual de apropiado que colocar bajo sus cimientos a alguien que usara maná de forma exclusiva.

No accedí al interior.

—Tendrán que echar abajo las paredes de alrededor —dije.

Al principio procedieron con parsimonia; no porque no estuvieran desesperados por salvar el enclave, sino porque les costaba creerse que se avecinara un ataque. El enclave seguía en pie, tan robusto como siempre. Era como recibir una alerta de huracán y ver el cielo despejado a lo largo de kilómetros y kilómetros a la redonda. Incluso a los magos veteranos, que ya habían dado su conformidad, les costó echar mano de sus picos metafísicos y abrir la torre.

O tal vez simplemente no querían abrirla para no ver lo que habían hecho. Porque en cuanto estuvieron metidos en faena, en cuanto hubieron quitado el

primer fragmento grande de la puerta y los rayos de sol que habían tomado prestados bañaron el liso disco de hierro que había en el suelo y ellos pudieron verlo, el ritmo empezó a acelerarse. Y para cuando consiguieron quitar los últimos fragmentos, iban a toda máquina, echando abajo trozos gigantescos y dejándolos en montones enormes, mientras una nube de polvo se levantaba a nuestro alrededor. Sin embargo, ninguna mota de polvo se adhirió al disco. Este permaneció robusto y pesado junto a las cálidas piedras doradas, y nadie se aproximó a él.

El resto de los miembros del enclave habían empezado ya a construir los elementos constitutivos. No hizo falta que sacara los sutras para ayudarlos, pues contaban con un artificio que realizaba la tarea. No era como la enorme troqueladora de Pekín —supongo que aquella había sido muy cara—, sino que parecía más bien un hornito. Pero tenían ya una decena preparados: cada uno de los magos se acercaba al artificio, metía dos puñados de polvo y fragmentos de la torre destrozada, colocaba las manos sobre el horno e inyectaba el maná; y cuando la luz se desvanecía, introducía la mano y sacaba una piedra plana, todas de diferentes colores, algunas más pequeñas y otras más grandes, tanto pulidas como rugosas.

Hicieron falta unas cuantas horas, cada vez más frenéticas; las nuevas incorporaciones se situaban en el carril central para confeccionar sus baldosas y luego iban a hacer cola a los otros dos carriles, donde esperaban apiñados. Ibrahim apareció con un disco verde y liso del tamaño de una moneda: tras salir del colegio, no había tenido tiempo de ahorrar nada de maná, pero obviamente lo habían dejado unirse por el servicio prestado al llevarme hasta allí y no pude evitar alegrarme por él. Su hermano y su cuñada, que llevaban años trabajando para el enclave, también estaban allí; su dispar alianza con el enclave daba, de pronto, sus frutos con creces. Sus padres no tenían ningún otro hijo que hubiera escapado de las afiladas mandíbulas de los maleficaria, pero sus tíos se habían presentado con su hija de diez años y su hijo de seis, los cuales no tendrían que verse obligados a acudir a la Escolomancia con la exigua esperanza de sobrevivir. La familia al completo había hecho acopio de todo el maná que habían podido, vendiendo precipitadamente reliquias mágicas e hipotecando años de trabajo para poder reunir los dos años de maná que los miembros más vulnerables debían pagar para unirse al enclave.

Era un coste absurdamente bajo para una plaza de enclave. Casi todos los magos eran capaces de reunir dicha cantidad. Naturalmente, había otro requisito significativo: el tener que acceder a un lugar condenado a muerte. Todos estaban al tanto de la advertencia. La presión se acrecentaba con cada

persona que accedía, nerviosa, al interior para fabricar su adoquín y luego se unía a las filas de los callejones y contemplaba, en tensión, las paredes a su alrededor, aguardando la primera señal de agrietamiento, aguardando a que la tormenta se desatara; todos sumidos en una carrera contrarreloj contra un rival que no éramos capaces de ver.

Pero cualquier mago se arriesgaría de todos modos a pesar de los costes, pues eran unos costes que *podían* asumir y, si lográbamos sobrevivir, llevarían aparejada una recompensa segura. Era muy diferente a tener que pasarse la vida sumidos en una sensación constante de miedo, deslomándose a trabajar, sin contar con nada más que una tenue esperanza para seguir adelante. Y debía reconocérselo, el enclave podría haber sacado mucha más tajada, podrían haber abierto la convocatoria a nivel mundial y haber incrementado el precio. En lugar de eso, se habían decantado por dejar acceder a aquellos que ya conocían: a sus trabajadores, a los aliados de los recién graduados de la Escolomancia, a cualquiera que pudiera llegar lo bastante rápido.

Divisé a Nadia, una de las aliadas de Ibrahim y Jamaal, en una de las colas y, antes de que el proceso llegase a su fin, Cora apareció también, recién llegada del aeropuerto, sin ni siquiera una mochila encima. Corrió a abrazar a Nadia, Ibrahim y Jamaal, secándose las lágrimas, antes de unirse a la cola, y entonces me vio y al cabo de un momento se acercó a mí. Yo me quedé plantada como un pasmarote, preguntándome qué querría hasta el mismísimo instante en que me rodeó con los brazos. Conseguí portarme como un ser humano normal y le devolví el abrazo con un nudo en la garganta.

Ibrahim siguió observando el último reguero de personas que avanzaba por el carril central mientras fingía no prestar atención, sin dejar de juguetear con su piedra verde; acto seguido, se la metió en el bolsillo y se dio la vuelta mientras los rezagados se situaban al final de la cola y los últimos miembros del enclave regresaban del exterior: los magos más ancianos y las madres con niños pequeños, que se acercaron, uno tras otro, a introducir un puñado de polvo en los hornos; incluso los bebés sacaban guijarros del tamaño de un guisante mientras sus madres les envolvían las manos con las suyas propias. Las viviendas fueron consolidándose, adquiriendo una sensación de solidez a medida que los últimos vestigios del espacio prestado volvían al interior del enclave desde las salas de conferencias y los despachos vacíos del exterior.

Miré a Ibrahim, que había permanecido conmigo junto a la torre en ruinas.

—Esperaré.

Ibrahim no levantó la mirada.

—Ni siquiera sé si ha recibido el mensaje.

Su voz sonó algo quebrada por la emoción y, entonces, Nadia profirió un grito: «¡Ibi!», y él se dio la vuelta y echó a correr por el callejón, esquivando a gente a diestro y siniestro: Yaakov había entrado con las tres últimas personas. Un anciano de aspecto frágil, encorvado prácticamente por la mitad, que avanzaba a duras penas, aferrado al brazo de Yaakov y a un enjuto bastón cuyas inscripciones talladas no resultaban lo suficientemente potentes como para mantenerlo erguido por sí solo. Una mujer menos anciana con la mirada exhausta se encontraba al otro lado y llevaba a un niño dormido en brazos. Ibrahim se detuvo frente a ellos y, acto seguido, Yaakov extendió el brazo que le quedaba libre y ambos enterraron el rostro en el cuello del otro.

Durante un momento, todos aguardaron impacientes e invadidos por el miedo, deseando que se apresurasen. Yo no pude evitar sentir lo mismo: cada uno de los chirriantes pasos del anciano se alargaba de forma agónica, a pesar de que Ibrahim se había situado a su otro lado para ayudarlo también a avanzar; y mientras tanto, yo me hallaba sobre un sumidero putrefacto, cargando sobre los hombros el peso de un millar de vidas inocentes, de todos aquellos que habían acudido debido a que yo les había pedido a los miembros del enclave que los dejaran pasar. Vi que el abuelo de Jamaal me miraba, instándome a que me pusiera manos a la obra, preguntándose si iba a llevarlo a cabo, y antes de que pudiera decir nada y yo tuviera que descubrir cuál era mi respuesta, me dirigí al montón de fragmentos de la torre, que ya casi había desaparecido, tomé un trozo y lo arrastré por el suelo, alrededor del disco de hierro; me puse a trazar círculos para marcar las posiciones, como si estuviera preparándome para lanzar el hechizo, a pesar de que no hacía falta, mientras Yaakov y su familia elaboraban sus adoquines.

Liesel, o bien se dio cuenta de lo que estaba haciendo, o no pudo resistir la excelente oportunidad de organizar mejor a los participantes; acorraló a algunos de los miembros del enclave y les explicó dónde debía situarse todo el mundo para que establecieran un circuito de tránsito ordenado y que así la gente pasara desde uno de los carriles, formase un círculo y luego saliera por otro.

—En Pekín —me dijo de pronto, después de que todos hubieran captado la idea y estuvieran haciendo cola—, dijiste que al final del proceso todos colocaron juntos los últimos ladrillos.

Asentí.

—Porque para entonces pesaban demasiado y no era capaz de levantarlos.

—¿Y por qué no colocamos *todas* las piedras al mismo tiempo? —dijo.

De manera que no toqué ni uno solo de los ladrillos; en su lugar, Liesel y sus ayudantes calcularon el número exacto de personas y las hicieron salir del carril y formar un círculo alrededor del disco de hierro con su adoquín. A continuación, todos lanzaron un sencillo hechizo sobre los adoquines —los padres de los niños que eran demasiado pequeños lo hicieron por ellos— y los dejaron flotando a escasos centímetros del suelo. Y después, todos se colocaron en el otro carril y dejaron espacio para el siguiente grupo.

Fue una forma magnífica de evitar que las piedras se volvieran insoportablemente pesadas a lo largo del proceso, y al acabar, cinco hombres con un potente torrente de voz llevaron a cabo una cuenta atrás, al igual que en Pekín. Todos cesaron a la vez el encantamiento flotante y los adoquines descendieron a modo de explosión invertida; primero aterrizaron los del anillo exterior y a continuación cada uno de los consiguientes anillos fueron posándose con más y más fuerza hasta que los que estaban más al interior se estrellaron contra el disco de hierro y lo enterraron en las profundidades del suelo. Todos juntos entonamos el encantamiento final —esta vez disponíamos de una traducción mejor, ya que había podido facilitárselo a unos cuantos profesionales con un pequeño aviso de advertencia— y el radiante hechizo emergió con un brillante resplandor desde abajo mientras un coro enorme de voces entonaba al unísono: *quédate, brinda protección, brinda un hogar*.



Después de aquello, sí se dio buena cuenta del banquete. Las puertas y los patios permanecieron abiertos durante la celebración y los miembros del enclave invitaron a los recién llegados a unirse a ellos. Los bailes y la música inundaron los callejones, haciendo sonar desde canciones tradicionales hasta pop moderno de diecisiete países diferentes, mientras el alcohol, los vapores encantados y la sensación de alivio embargaban a la gente.

Y por una vez, los demás *buscaban* mi compañía. Ibrahim y sus aliados nos abrazaron a Liesel y a mí y quisieron llevarnos a la residencia familiar de Jamaal, una enorme casa con patio que estaba justo al lado de uno de los extremos del carril derecho.

Me habría encantado unirme a la colosal catarsis y poder liberar la tensión de algún modo. Liesel me agarró la mano y me lanzó una mirada a modo de invitación, y yo quería quedarme, pero no podía.

Porque *seguía allí*. Le habíamos construido al enclave unos cimientos nuevos, una plaza amplia y redonda repleta de aquellas preciosas piedras…, pero los antiguos cimientos seguían allí, un amasijo esponjoso que todavía notaba por debajo, a pesar de que nadie más parecía notarlo, una horrible versión del cuento de la princesa y el guisante.

—Tengo que irme —dije de forma tosca e insensible; aparté las manos y me abrí paso a través del carril, dejando atrás la alegre aglomeración de cuerpos que querían que me uniera a ellos. Numerosas personas, cuyos rostros solo había vislumbrado durante un instante, me miraban y *sonreían*, me tendían las manos, pero yo no podía agarrarme a ninguno de ellos. Me limité a agachar la cabeza y seguí avanzando hasta el otro extremo, que estaba igual de atestado, y conseguí, gracias a una insistencia desesperada, que la salida se desplegase frente a mí, una escotilla baja en la pared que se abrió al darle un golpe. Me agaché y salí a trompicones hasta un armario de limpieza que estaba oculto tras el impersonal vestíbulo de mármol del edificio de oficinas. El guardia de seguridad me miró con sorpresa cuando pasé por delante de él; se puso en pie con el ceño fruncido, casi como si se dispusiera a interceptarme, pero vio que no llevaba nada y que avanzaba con rapidez, de manera que se dio por vencido y volvió a sentarse.

Seguí atravesando las puertas con decisión y me adentré en el sofocante calor de la tarde de Dubái. Este me obligó a hacer una parada antes de lo que hubiera querido; tuve que meterme en un gigantesco centro comercial del tamaño de una ciudad pequeña y sentarme junto a una fuente para recobrar el aliento. Me invadían demasiados sentimientos a la vez: la feroz alegría provocada por el hechizo de cimentación, pues seguía recorriéndome la enérgica esperanza de toda aquella gente, y mi propio rechazo ante el monstruoso horror que fluía por debajo, ambos entrelazados con el deseo de ver a Orion, que vivía con aquel mismo horror enterrado bajo la piel, incapaz de escapar a él. El cuerpo me temblaba por el cansancio, el calor y la energía acumulada, además de por el móvil, que vibró sin descanso en mi bolsillo hasta que lo apagué. Permanecí allí sentada durante quince minutos, recuperándome y dejando que mis emociones se apaciguaran, hasta que una única sensación afloró por encima de las demás, y si no adivinas cuál es, es que acabas de incorporarte a la historia justo ahora.

El ataque, el vaticinado ataque, no se había producido. Ni antes de que yo llegase al enclave ni durante la ejecución del hechizo de cimentación, y ahora ya no se produciría. ¿Qué sentido tendría? Había sepultado la vulnerabilidad del enclave bajo unos cimientos nuevos, una plaza construida a base de maná

y asegurada con esperanzas, sueños y amor; ahora era imposible robar maná del enclave. ¿Por qué iba a molestarse ningún maléfice en perder el tiempo atacándolo? De manera que ya eran dos las profecías que no se habían cumplido. Lo único que mi tatarabuela no había podido predecir correctamente era a mí y mis elecciones; como si su *don* hubiese asumido lo peor de mí, igual que había hecho siempre todo el mundo.

Me puse en pie y salí a la parada de taxis. Durante el trayecto desde el aeropuerto, me había fijado en que muchos de los conductores parecían ser indios, los cuales habían venido a Dubái a trabajar, en una versión mundana de lo que ocurría con los enclaves. Tres de ellos estaban fumando en la calle y yo me acerqué y les dije en inglés:

—Tengo que ir a Bombay.

—A mí me encantaría ir a Bombay —dijo uno de ellos con nostalgia—. ¿Eres de Bombay, guapa?

—Mi padre lo era —dije en maratí.

Me dijeron que esperase allí hasta que tuvieran que llevar a alguien al aeropuerto y entonces uno de ellos dejó que me sentara en el asiento del copiloto y los acompañara. Después de que Iqbal dejara a los pasajeros, me llevó hasta la terminal de los vuelos regionales más baratos. Me tumbé en un banco en un rincón tranquilo y me eché la siesta hasta que anocheció y el ajetreo de la terminal fue reduciéndose. Cuando el control de seguridad se quedó desierto, me dirigí al baño más cercano a las puertas de embarque, donde no había nadie. Dentro vi un carrito de limpieza. Agarré el spray con el líquido limpiador azul y tracé el contorno de un arco en la pared del fondo; acto seguido, cerré los puños y los apoyé en la parte interior de la pared, cerré los ojos y recité un moderno y útil hechizo estadounidense: *Preparados, listos, ya, ya, ya*, golpeando la pared al ritmo de las palabras; tras el último golpe dejé caer las manos a los lados y atravesé la pared hasta salir a los lavabos que estaban al otro lado del control de seguridad.

Vi en las pantallas que había un vuelo a Bombay. Me dirigí a las puertas de embarque, esperé hasta que todo el mundo hubiera embarcado y le pregunté al personal del mostrador si quedaba algún asiento libre. La mujer que me atendió empezó a explicarme cómo apuntarme a la lista de espera, pero la interrumpí.

—Sé que no puedo entrar —le dije—. No tengo billete ni dinero. Pero si queda algún asiento vacío y me deja embarcar, se lo agradeceré, eso es todo.

Tanto ella como las otras dos personas del mostrador me miraron confundidas.

—¿Estás gastándonos una broma? —dijo.

—Tengo que ir a Bombay —respondí—. ¿Se le ocurre alguna idea mejor?

—Voy a llamar a seguridad —afirmó ella.

—¿Por qué? —dije—. Puede decirme que no y ya está. No voy a abrirme paso a hostias.

Me parece que se disponía a llamarlos de todas formas, pero uno de los azafatos, que se encontraba junto al mostrador, se echó a reír y dijo: «No, espera», para detenerla, y a continuación, entró en el avión para hablar un momento con el comandante. Al parecer, andaban escasos de personal porque alguien se había puesto enfermo, así que me colaron a bordo disimuladamente a cambio de que los ayudase en la cocina durante el vuelo. De algún modo no me sorprendió. Era casi como una de esas cosas que solían pasarle a mamá cuando quería ir a algún sitio. No se me había ocurrido que ella compensaba siempre toda la ayuda que recibía, ofreciendo su asistencia sin coste alguno a cualquiera que se lo pidiera. Del mismo modo que había ofrecido yo mi ayuda en Londres, Pekín y Dubái. Incluso a aquellos a los que no quería ayudar.

Y el universo no me devolvía un viaje a bordo de un jet privado, pero me daba igual. Prefería pasar el rato en la cocina y ayudar a la tripulación que tener que ser maja con el dueño de un avión o, ya que estábamos, acomodarme en un asiento de primera clase sin nada más que hacer que darle vueltas al coco; además, ninguna criatura en absoluto intentó matarme de camino, lo que hizo que la experiencia resultara mucho más agradable que cualquiera de los turnos de mantenimiento que había tenido que llevar a cabo en la Escolomancia.

Al otro extremo, el azafato que me había colado a bordo me dijo, medio disculpándose:

—Será mejor que ahora te lleve con el personal de seguridad para que ellos se encarguen de ti.

Aquello habría sido tarea difícil. Lo miré y dije:

—Gracias, pero lo mejor es que te olvides de que iba a bordo.

No se trató de un hechizo exactamente, pero empleé algo de maná al pronunciar las palabras, y era una afirmación tan obviamente cierta que su cerebro se puso de mi parte y me echó un cable; se volvió un instante con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos, y yo aproveché la oportunidad para escabullirme entre el tropel de gente que desembarcaba, abandonando sus recuerdos al mismo tiempo.

Tardé nueve horas en total en llegar a la residencia de mi familia paterna. Si crees que fue tiempo suficiente para que se me pasara el cabreo, te

equivocas. Durante cada paso de los últimos cinco kilómetros que tuve que recorrer a pie, no hice otra cosa que enfadarme cada vez más, mientras un torrente de rabia se arremolinaba en el interior de mi cabeza. No sabía qué iba a decirle a Deepthi, ni a ninguno de ellos, salvo espetarle que era una mentirosa, una mentirosa de mucho cuidado que me había amargado la vida con una profecía falsa y que ya me había hartado.

Sabía dónde se encontraba el recinto porque mamá aún conservaba la carta de la familia de papá, esa que le habían enviado hacía tantos años, pidiéndonos que fuéramos a visitarlos. La tenía guardada en el interior de una cajita plana que había impermeabilizado con cera de abeja, junto con nuestras partidas de nacimiento, las notitas que papá le había escrito en la Escolomancia y el retrato que le había hecho tras la graduación; el papel, un papel sobre el que había llorado, estaba desgastado en algunas partes porque había tenido que borrar y volver a dibujar una y otra vez, intentando crear un recuerdo que poder darme cuando naciera. Jamás había mirado dentro de la caja, salvo todas las veces que lo había hecho; jamás había ojeado la carta, salvo todas las veces que la había sacado del sobre, había leído la falsa promesa de su interior, *Os querremos tanto como queríamos a Arjun*, y había intentado desesperadamente no desear ser otra persona, alguien con quien hubieran podido mantener su promesa.

Y ahora yo era otra persona, alguien que había demostrado que mamá tuvo razón desde el principio, que había hecho bien en salvarme, en quererme, igual que ellos habían decidido no hacerlo; ahora era alguien que había demostrado que se equivocaban, pues había salvado a gente, e incluso enclaves, uno tras otro, por todo el mundo, e iba a restregárselo por la cara y a obligar a mi tatarabuela a admitir que se había equivocado en todo lo referente a mí, una y otra vez.

Me lo prometí con cada paso que di, recorriendo, entre jadeos, el camino de entrada, que se hallaba envuelto con el exuberante sonido de la vegetación y la fauna, de las cigarras, los pájaros y los monitos, cuyas riñas impregnaban el ambiente; una selva circundante que ofrecía protección frente a las miradas escépticas de los mundanos.

Las sienes me latían con fuerza, y estaba dispuesta a plantarme frente a las puertas y echarlas abajo, hacerlas añicos y obligarlos a escuchar lo que tenía que decirles, excepto que cuando llegué a la cresta final tuve que detenerme, pues era la segunda en llegar.

Había un milfauces frente a las puertas.

Todavía no había atravesado las guardas. Un tenue brillo dorado recubría la superficie de las puertas y las paredes a ambos lados, bañando cada uno de los tentáculos extendidos por encima. Todos los residentes del recinto amurallado debían de estar lanzando el hechizo juntos, intentando mantener los escudos en pie durante el tiempo que fuera posible. Que no iba a ser mucho. La luz dorada titilaba y se desvanecía, una señal de apuro y debilidad creciente. El milfauces llevaba allí un tiempo, abriéndose paso de forma paciente a través de la barrera. No tenía ninguna prisa. Al final conseguiría pasar.

Cualquiera pensaría que una gran profetisa habría sido capaz de advertir a su familia de que debían mudarse si no querían acabar todos en el estómago de un milfauces. Y la única razón por la que iban a librarse era porque yo estaba allí para rescatarlos, la cría a la que habían traicionado por culpa de una profecía falsa, esa que decía *Llevará la muerte y la destrucción a todos los enclaves del mundo*. Ahora, frente a sus puertas se encontraba uno de los milfauces que los enclaves habían dejado vagar a su antojo, y si yo no estuviera allí para cargármelo…

Permanecí allí plantada un instante, mirando al milfauces mientras este tanteaba las puertas e intentaba colarse en el interior. No era ni de lejos tan grande como Paciencia, ni tampoco como el que había eliminado en Londres, aunque sí que era más grande que el que me había cargado en la biblioteca. Mucho más grande que el chiquitín al que había quitado de en medio en la graduación. Pero resultaba que Bangkok y Salta habían sido enclaves recientes. Probablemente no había habido más que 200 magos en Salta cuando el enclave se había ido al garete, llevándoselos a todos consigo.

Me saqué el teléfono del bolsillo y lo volví a encender.

Las notificaciones empezaron a acumulárseme en la pantalla, pero yo las ignoré todas y llamé a Ibrahim.

—¡El! —dijo, descolgando al instante; de pronto, oí un murmullo de voces de fondo—. El, ¿dónde estás? Estábamos preocupados, ¿va todo bien? Todos quieren darte las grac…

—El ataque está a punto de producirse —dije—. No sé si los cimientos nuevos conseguirán aguantar. Tenéis media hora para evacuar.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Cómo lo sabes, El? ¡El!

—Lo siento —dije. Colgué, volví a apagar el móvil y me senté en una piedra a esperar media hora antes de matar al milfacues, al mismo que había sido creado hacía cuarenta años, en la oscuridad, en el enclave de Dubái.



Empujé las puertas después de que el milfauces terminara de escurrirse sendero abajo. Se abrieron con facilidad. Las guardas no me detuvieron. Recordaba de forma borrosa el patio de columnas al otro lado: la fuente gorjeando, la abundancia de flores que salpicaban las paredes y trepaban por los arcos. Al entrar ahora, vi que las enredaderas de flores se habían marchitado y que la fuente estaba en silencio, pero cuando me adentré, esta emitió un barboteo atragantado y se puso en marcha de nuevo, expulsando al principio unos breves chorritos antes de volver a dejar caer una brillante cortina de agua; hojas nuevas e incluso unas cuantas flores comenzaron a brotar en las leñosas enredaderas.

Estaba desierto, salvo al fondo, donde una anciana se encontraba sentada sola a la sombra de una marquesina, esperándome. Crucé el patio y me planté frente a ella, que levantó la mirada hacia mí, pero sus ojos y los pliegues arrugados de su rostro reflejaron solo tristeza, no miedo; extendió las manos, temblorosas y enjutas, y agarró una de las mías; y yo noté sus huesos a través de su piel, tan suave y delgada como el papel.

Se lo permití. Se lo permití y no me puse a chillarle. Al fin y al cabo, no podía llamarla mentirosa. Lo que había dicho había resultado ser totalmente cierto. Yo era la que llevaba la muerte y la destrucción a los enclaves del

mundo. Cada vez que destruía uno de los monstruos sobre los que todos ellos estaban construidos.

—¿Por qué? —pregunté en cambio. No podía preguntarle nada más. Apenas era capaz de articular sonidos.

—Ya lo sabes —respondió Deepthi. Me acariciaba la mano con suavidad, dejando que las lágrimas le surcaran el rostro; estas dejaron manchas oscuras en la tela de su sari—. Al hablar del futuro se le da forma.

—¿Y este es el futuro que querías crear? —dije, de forma entrecortada, buscando a tientas los vestigios despedazados de mi ira. Ella había visto el futuro. Lo había sabido, había sido consciente de que no iba a convertirme en una maléfice, y aun así había pronunciado una profecía deliberadamente engañosa.

—Era el único en el que volvías a casa —dijo Deepthi—. El único en el que ella no daba contigo antes de que tuvieras la edad suficiente para protegerte.

—¿Quién? —pregunté, pero Deepthi tenía razón, como siempre. Jamás se había equivocado e, incluso mientras la pregunta abandonaba mis labios, lo supe. *Hemos conocido a El. Es una persona extraordinaria. Ojalá hubiera dado antes con ella*. Aquello era lo que Ophelia le había escrito a Orion. Ophelia, que había convertido a su propio hijo en un milfauces, una criatura que solo yo podía destruir—. ¡A los cinco años todavía no mataba milfauces!

—Ya estaba buscándote entonces —explicó Deepthi—. Sabía que debías existir, alguien o algo como tú. —Se llevó mi mano al rostro y se apoyó el dorso en la mejilla, cerrando los ojos durante un instante; luego se enderezó y palmeó un asiento bajo y acolchado que había junto a su silla, parecido a un reposapiés. Tomé asiento con las rodillas temblorosas—. Perpetró una tarea de inmensa oscuridad. Tan inmensa que les arrebató la vida a muchos niños para llevarla a cabo. Un año en el que nadie salió de la Escolomancia.

Había oído hablar de aquello. Pero en los libros de Historia se mencionaba a modo de relato aleccionador para que estuviésemos atentos a los maléfices que pudiera haber entre nosotros. Al parecer, un puñado de maléfices se habían compinchado y la habían liado parda en el salón de grados, donde procedieron a eliminar a toda la promoción de último curso para poder escapar del colegio con la malia adquirida. Pero los miembros de enclave con sed de venganza no habían tardado en capturarlos; aquello lo convertía también en un cuento aleccionador para cualquier aspirante a maléfice, recordándoles que en el futuro debían dejar en paz a los hijos de los miembros de los enclaves. Y en dichos libros de Historia… a Ophelia se la mencionaba

como la presidenta del Consejo Superior. Ella había sido la responsable de supervisar la búsqueda de los desalmados maléfices.

Y durante el año siguiente, en el enclave de Nueva York. Orion había sido concebido. Igual que yo. Porque papá y mamá habían estado ese año en el colegio.

—Tú brindas el equilibrio —dijo Deepthi—. Fuiste el regalo que Arjun y tu madre otorgaron al mundo para conferir luz a la oscuridad.

Las lágrimas me caían por la cara. Deepthi extendió la mano y me colocó el pelo detrás de la oreja, mirándome como si buscara en mi rostro algo que hubiera perdido.

—Vi muchos caminos en los que Arjun salía del colegio —explicó—. Pude haberle advertido, haberle dicho muchas cosas que lo trajeran de vuelta a casa. Pero no por mucho tiempo. Porque en todos ellos, habría seguido amando a tu madre y habría visto cómo la capturaban a ella en su lugar. De manera… que habría vuelto al colegio. Habría atravesado las puertas y dejado que el milfauces lo devorara también.

—¿Qué? —dije presa del horror—. ¿Por qué?

—Porque él entendía mi don —explicó Deepthi en voz baja y horrible—. La versión de Arjun que hacía caso a mis advertencias, que sobrevivía, habría sabido que yo tomé una decisión. Que solo podía haber salvado a *uno*, y que tanto ella como tú, que estabas en su vientre, habíais ocupado su lugar dentro del milfauces. Y él rechazaba dicha decisión. En ninguno de los futuros me permitía salvarlo. De modo que no le advertí. Simplemente le di mi bendición y lo dejé marchar.

Lo dejó marchar a pesar de su dolor, para que experimentase un breve lapso de amor que no estuviese enturbiado por el miedo, para regalarle lo que él mismo había elegido otorgarnos sin condiciones a mamá y a mí en todos los futuros posibles que Deepthi había podido vislumbrar. Tanto ella como papá y mamá habían elegido, uno tras otro, sembrar en el universo amor, coraje y el poderoso maná fruto de la abnegación y el altruismo.

Después de todo, yo no había sido la moneda de cambio para que ellos adquiriesen los sutras. Cuando mamá y papá le habían pedido los sutras al universo —acurrucados en las oscuras profundidades de la biblioteca de la Escolomancia, en el diminuto rincón de luz que habían creado el uno para el otro en aquel horrible lugar— lo que anhelaban era encontrar *otro modo* de hacer las cosas. Impedir que los enclaves siguieran construyéndose con el horror que constituían los milfauces. Y al ofrecerse ellos mismos, de manera incondicional, a cambio de aquella petición, no solo habían recibido un libro

de hechizos. Adquirieron lo que en realidad ansiaban. Una niña capaz de destruir milfauces y colocar, en su lugar, cimientos de piedra dorada.

Y parte de la razón por la que habían recibido lo que querían era que, al mismo tiempo, en Nueva York, Ophelia le había provocado una herida horrible al mundo con la malia extraída de un centenar de vidas para crear una herramienta perfecta y perfectamente eficiente. Un milfauces nuevo y mejorado que succionaría a todos los maleficaria esparcidos por el mundo, adueñándose del poder que estos últimos les habían arrebatado a los niños magos al comérselos y vertiéndolo de nuevo en su depósito de energía, íntegro y purificado. Y ya de paso, zampándose a los consejos de los enclaves rivales. Un milfauces que fuera capaz de criar de forma adecuada y al que pudiera adiestrar con fichas de estudio para que supiera quiénes importaban de verdad, a quiénes no debía comerse.

—Orion —dije con un nudo en la garganta—. ¿Cómo puedo ayudarlo?

Pero un ligero temblor recorrió a Deepthi, que encorvó los hombros un poco: me lanzó la misma mirada horrible y temerosa que le había visto a mamá.

—A él no lo veo —dijo—. Nunca supe lo que había hecho ella. Solo vi oscuridad…

—Tengo que… —Me llevé las manos a la cara y me enjugué las lágrimas. No sabía cómo terminar la frase. Solo sabía que tenía que hacer algo—. Tengo que ir a Nueva York…

—*No* —dijo Deepthi volviéndose hacia mí con una velocidad sorprendente. No tenía demasiada fuerza en las manos, pero se aferró a las mías con firmeza, como si intentara proteger todo mi ser con ese gesto—. No debes volver a Nueva York mientras ella viva. *Jamás*. Su poder radica allí y ahora te conoce. Estará esperándote.

—¡No puedo dejarlo allí!

Deepthi meneó la cabeza con urgencia, inclinándose hacia mí; tenía la boca curvada hacia abajo y unos profundos pliegues le recorrían ambos lados.

—Galadriel. Jamás he sido capaz de proporcionarte nada que no fuera dolor. Pero presta atención. Escúchame: quería a Arjun. Supe lo que había dado por ti, no solo en esta vida sino en las otras mil que pudo haber vivido. Yo deseaba con toda mi alma daros a tu madre y a ti todo el amor que él no fue capaz; todos lo deseábamos. En cambio, usé la boca para maldecirte, de forma tan terrible que nadie de la familia os tendió una mano para ayudaros, y os eché de casa en plena noche, a las dos solas, y permití que vivierais entre desconocidos.

Me estremecí; fue como si hubiera metido el dedo en la llaga, todavía en carne viva, y ella arrugó el rostro al ver mi expresión, al tiempo que más lágrimas le surcaban las mejillas.

—Lo sé —dijo—. Sé que vivíais con miedo. Cada vez que una muerte horrible te acechaba, yo lo veía. Por culpa del futuro que pronuncié frente a todos, Rajiv, mi propio nieto, el padre de Arjun, pudo haberte arrancado de los brazos de tu madre esa misma noche. Te habría llevado a la cima de la montaña, contigo aún en brazos, y habría saltado. En muchos de los posibles futuros, sucedió. Y aun así pronuncié la profecía. Porque era *mejor así*.

Sus palabras desprendían una firmeza absoluta y férrea, como estacas de metal afianzadas en el suelo: acotando los límites de la posibilidad. No me soltó las manos.

—Si Ophelia intenta atraerte hasta allí de nuevo —dijo—, haga lo que haga y al margen de sus amenazas, *no debes ir*. Aférrate al recuerdo del dolor que te causé y a todo el amor y el consuelo que te hubiéramos dado y que nunca te dimos, y ten una cosa clara: *fue mejor así*. Jamás debes caer presa de su poder.

No me dijo exactamente qué había visto, pero no me hizo falta. Había vivido con ello cada día desde que pronunció la profecía por primera vez. Había visto la maléfice que podría haber llegado a ser, la reina oscura en la que había procurado toda la vida no convertirme. En eso era en lo que Ophelia me habría convertido. En lo que aún podría convertirme, si le daba la oportunidad.



Deepthi me pidió que empujara su silla a lo largo de la columnata contigua hasta el ala más grande de la casa. Percibí un olor a incienso antes de oír los cánticos, y después llegamos a una sala donde todo el mundo se encontraba congregado alrededor de un altar elevado, formando un círculo de oración con muchos anillos; todos entonaban en grupo hechizos de escudo y protección, manteniendo todavía en pie las guardas contra el milfauces que ya era historia. Los niños estaban todos juntos en el centro, alrededor del altar; unos cuantos de ellos tenían la edad suficiente como para estar asustados y se acurrucaban junto a su madre. Nos atisbaron al fondo de la sala y uno de ellos exclamó:

—¡Aaji! ¡Aaji!

Los presentes empezaron a volver la cabeza sin romper el círculo ni dejar de entonar el cántico, pero entonces una mujer se dio la vuelta, y vi que era mi abuela Sitabai. Incluso después de la profecía, había mantenido en secreto el contacto con mi madre por e-mail, mendigándole fotos nuestras. Nunca había querido ver las que mamá le pedía a cambio, pero les había echado los suficientes vistazos de pasada como para reconocerla. En cuanto me vio, profirió un grito y el círculo se deshizo, presa de la confusión.

Fue una suerte que ya me hubiera librado del milfauces.

Se alzaron múltiples exclamaciones desde varios puntos hasta que los ánimos se calmaron lo suficiente como para escuchar lo que Deepthi tenía que decir y comprender que el milfauces ya no suponía un problema y, también, que era el momento de recibir a la hija de Arjun con los brazos abiertos. Del mismo modo que habría reaccionado cualquiera si alguien le hubiera pedido que le llevara una taza de té a Pol Pot, al principio hubo un intercambio de miradas desconcertadas, pero la familia no tardó en entender la situación. Todos comprendían también el don de Deepthi, como había hecho mi padre: *Al hablar del futuro se le da forma*. Debían de estar acostumbrados a que sus profecías se cumpliesen de formas inesperadas.

Pero mi abuelo se quedó rígido e inmóvil, y una expresión horrible le cruzó el rostro, e incluso cuando los demás empezaron a murmurar, él se acercó a ella, hasta quedarse a un metro de distancia, y dijo con una voz terrible que se elevó por encima del barullo:

—No vamos a volver a pisar tu casa.

Se giró hacia mi abuela y le pidió que hiciera las maletas; a continuación, se volvió hacia mí y dijo: «Perdóname, perdóname, perdóname», antes de enterrar el rostro entre las manos y echarse a llorar como si alguien le hubiera arrancado los órganos vitales.

Hasta las palabras coincidían casi al cien por cien con las de una de las numerosas y deliciosas fantasías que había albergado a lo largo de los años: yo, una aclamada y noble hechicera de renombre, entrando triunfante tras haberlos salvado a todos de algún horrible destino y demostrando de forma dramática que la profecía era falsa; y mientras tanto, todos los demás, deshaciéndose en disculpas por habérsela creído y cagándose en mi tatarabuela. Salvo que en realidad era horrible. Le agarré las manos y se las aparté de la cara, y entonces él me rodeó con los brazos y mi abuela echó a correr y nos abrazó a ambos.

Me desperté a las cuatro de la mañana con los ojos pegajosos y cubiertos de sal, y al encender el móvil, vi que tenía trece mensajes de voz, veintisiete llamadas perdidas y casi cuarenta mensajes de Ibrahim; el tono de los primeros dejaba entrever preocupación y cierta confusión con frases tipo *¿Cómo lo sabes?*, para luego pasar a *Lo hemos comprobado, pero no se ha colado nadie* y *Estamos vigilando los cimientos para asegurarnos*. Estuve a punto de ladrarle al Ibrahim del pasado hecha una furia. A continuación, los mensajes se transformaban en unos aterrorizados *¡No sabemos qué pasa!* *¡Todo el enclave se ha puesto a temblar!* y *¡Seguimos dentro!* y en súplicas de ayuda y peticiones preguntándome por mi paradero y diciéndome que por favor, volviera y que cuánto tardaría en llegar hasta que, unos minutos después, se apaciguaban con *El temblor ha cesado* y *Ya está, ya se ha acabado* y *Todo ha salido bien* y *¡El enclave sigue en pie! Solo unos pocos*… y borré ese último mensaje y los siguientes sin leerlos, todos los que me habrían dejado saber a cuántas personas había matado y cuántos destrozos había provocado al hacer pedazos el milfauces.

Tenía también un par de mensajes de Aadhya, contándome que Liu se había despertado y que estaba bien, y luego otro exigiendo saber qué pasaba y por qué estaba en la India; no supe cómo se había enterado de dónde estaba hasta que revisé la configuración del móvil y descubrí que en algún momento había activado disimuladamente la función para compartir mi ubicación.

No la desactivé. Pero tampoco le devolví la llamada enseguida. No creía que pudiera contárselo por teléfono. O al menos, no con una llamada. Seguramente podría haberle enviado un mensaje de texto: *Todo bien, he hecho las paces con la familia de mi padre. Por cierto, resulta que la maléfice que va por ahí destruyendo enclaves soy yo, acabo de meterle un meneo a Dubái, ya hablamos*. Pero tampoco me pareció que fuera buena idea. Así que opté por un: *Es una larga historia, no tardaré en volver*, y en cuanto lo envié, quise que aquella afirmación se convirtiera en realidad; quise subirme a un avión para estar con Aadhya y Liu y contarles lo ocurrido, como si fuera capaz de vaciarme, verterlo todo en ellas y desvincularme durante un rato de todos mis sentimientos.

A continuación había media docena de mensajes de Liesel, en los que me pedía que dejara de comportarme como una cría y que, si no estaba en el hospital con un golpe de calor, la llamara. Pero el último lo había recibido horas después de los otros y solo decía: *Así que ya lo sabes*. Yo me lo quedé mirando y entonces la llamé.

—Sí —respondió, como si hubiera estado esperando mi llamada, lo cual suponía que sí.

—¿Desde cuándo lo sabes? —exigí saber, algo mordaz—. ¿No se te ocurrió mencionarlo?

—Era mejor *no* mencionarlo —dijo con énfasis y, vale, no quería que todos los enclaves del mundo supieran que era yo quien estaba haciéndolos saltar por los aires. No creo que les importara el hecho de que no hubiera sido algo a propósito—. De todas formas, no estuve segura hasta ayer. ¿Ahora qué vas a hacer?

—Seguir durmiendo —respondí—. Y después… Tengo que ayudar a Orion.

—No puedes volver a Nueva York —dijo Liesel de inmediato.

—Eso me han dicho —dije—. ¿Tienes alguna idea mejor?

No se le ocurrió ninguna, así que colgamos. Intenté volver a dormir. Aún hacía calor, pero me encontraba en una cama colgante en el porche que estaba frente a la habitación de mi abuela, cubierta con un entramado de flores y una mosquitera imbuida con un suave hechizo que animaba a los mosquitos a marcharse a otra parte y a las libélulas a acercarse: estas volaban alrededor, mientras la oscilante lámpara resplandecía iridiscente contra sus cuerpos y el gorgoteo de la fuente se oía a lo lejos, a un patio de distancia. No se parecía en nada a Gales, salvo que era exactamente igual, como si estuviera en la yurta. Nada maligno acechaba por debajo de mis pies.

Estaba tan agotada que notaba la piel irritada y sensible, pero el cerebro me zumbaba como si las libélulas se me hubieran metido dentro del cráneo. La auténtica respuesta a la pregunta de Liesel era que no tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer a continuación. Apenas acababa de descubrir lo que estaba pasando. Al destruir los milfauces, no solo destruía al monstruo, sino que revertía la grotesca mentira de inmortalidad que los había creado en primer lugar, la mentira que anclaba los cimientos del enclave en el vacío. Y de esa forma… el enclave se iba a pique, junto con todos sus residentes, desde el miembro del consejo más corrupto hasta el crío más inocente. Me acordé de Sudarat, la pobre chiquilla que el año anterior me había contado su historia en el gimnasio: *Salí a pasear el perro de mi abuela y, al volver, todos habían desaparecido*. Su abuela, sus padres, su hermano pequeño, su casa. Yo había sido la causante, la había dejado sola en la calle, sin más compañía que la de un perrito, totalmente desamparada en un mundo repleto de criaturas que querían devorarla.

Pero no podía lamentarlo, ¿verdad?, porque la otra opción habría sido quedarme de brazos cruzados mientras el milfauces que mantenía su casa en pie se zampaba a un montón de, igualmente inocentes, alumnos de primero y los añadía al interminable y agónico festín que tenía lugar en el interior de su vientre. Los milfauces jamás se hartaban. Jamás dejaban de cazar. Nada podía matarlos. Excepto yo.

Pero ahora, si alguien me llamaba y me suplicaba ayuda para matar a uno, sabría que, además de a la criatura, estaría quitando de en medio a un enclave, y a todos los que estaban dentro. En el colegio, los alumnos de enclave me habían provocado una tirria inmensa, pero seguían siendo personas. Y aunque la creación de los enclaves estuviera vinculada con la malia, no veía la utilidad de hacerlos añicos. No era culpa de los edificios, ni siquiera de la mayoría de la gente del interior.

Los jardines de ensueño de Londres me habían dejado embelesada, a pesar de que había sido yo quien había saboteado las guardas al haberle arrancado a Fortaleza un sinfín de vidas durante la graduación; era el milfauces que debían de haber metido en la Escolomancia para que campase a sus anchas.

No lamentaba haber salvado los jardines; no lamentaba que Pekín y Dubái siguieran en pie, pues ahora contaban con más gente a salvo en su interior. Y sí me sabía mal lo de Salta y Bangkok. Pero no lamentaba haber matado a los milfauces. La gente que había muerto en Salta y Bangkok había muerto y ya está. No estaban siendo torturados eternamente para que otras personas pudieran vivir rodeadas de lujos. Dentro de un milfauces, la muerte era lo que *ansiabas*. La muerte era tu única oportunidad de huir.

¿Y qué significaba todo aquello? Sabía cuál sería la respuesta de mamá: *ante todo, no perjudiques a nadie*. Pero aquella respuesta no me servía. Si alguien me llamaba desesperado porque un milfauces iba a zampárselo, no podía quedarme de brazos cruzados. Pero si me lo cargaba, estaría lanzando al vacío a algún enclave y, muy probablemente, a todas las personas que hubiera dentro. Era un problemón de narices.

Renuncié a seguir durmiendo y fui a sentarme junto a la fuente, dejando que el sonido del agua me inundara los oídos. Abrí los sutras y me puse a pasar las páginas sin intentar leerlos, simplemente contemplándolos como si fueran una obra de arte, con sus preciosos y extensos renglones, el destello del oro y las intensas tonalidades de la tinta. Una resplandeciente promesa de protección que la gente estaba dispuesta a comprar con asesinatos. Y jamás dejarían de llevar a cabo dicho intercambio, porque era la única manera de

permanecer a salvo. No podía construirles enclaves a todos, ni siquiera podía arreglar los que estaban ya en pie y de todos modos, no querrían la clase de enclaves que les ofrecía yo. Seguro que ya había mucha gente en Londres, Pekín y Dubái que empezaban a estar resentidos y enfadados por el espacio que habían perdido, por los recursos que iban a tener que *compartir*. Magos que conocían el secreto que encerraba la construcción de los enclaves, que conocían los hechizos y que podían volver a lanzarlos. No sabía cómo detener nada de eso.

El amanecer asomaba en el cielo, el canto de los pájaros se elevaba y Deepthi salió lentamente del patio interior y sentó sus chirriantes huesos junto a mí. No sabía si quería hablar con ella. Había dado forma a toda mi vida con unas pocas palabras e, incluso si lo había hecho para ahorrarme el horror, era incapaz de sentirme agradecida. No quería que volviera a hacerlo.

Sin embargo, no dijo nada; simplemente se sentó conmigo y me hizo compañía, igual que había hecho mamá, y poco a poco fue creciendo en mí la sensación de que ella ya había pasado por aquello. Durante toda su vida había tenido que tomar decisiones por las personas a las que quería, sabiendo que al hacerlo tal vez aniquilara el amor que ellos sentían por ella. Al final, mi abuelo no se había marchado de casa la noche anterior, aunque tampoco la había perdonado. Sabía que a veces sus profecías se cumplían de forma enigmática, pero no se había imaginado que pronunciaría aquellas palabras, que condenaría a la única hija de su hijo, si estas no fueran ciertas en esencia y no solo en apariencia. *Te habría llevado a la cima de la montaña, contigo aún en brazos, y habría saltado.* Aquella era la única respuesta que había hallado en su interior, la única manera en que hubiese soportado salvar al mundo de mí.

Yo tampoco estaba segura de si iba a perdonarla. Igual que Sudarat podría no perdonarme a mí cuando descubriera la verdad. Igual que los alumnos de último curso de Salta, quienes al escapar de la Escolomancia se habían topado con su hogar destruido y sus familias desaparecidas.

—¿Cómo lo soportas? —le dije a Deepthi de pronto.

—A veces no he sido capaz —respondió ella—. A veces he intentado hacer que otros elijan, incluso siendo consciente de que al plantearles las opciones determinaba su decisión. Y cuando lo he hecho… He tenido que presenciar cómo lo escrutado en mis visiones se hacía realidad. Así que, cuando no puedo soportar que algo así ocurra, tomo una decisión. Y espero obrar sabiamente.

Como hoja de ruta, aquello no me reconfortaba especialmente. Al menos lo único que hacía Deepthi era ofrecerles sus palabras a los demás: aun así eran ellos los que tomaban sus propias decisiones. Cada vez que yo eliminase a un milfauces, estaría derribando un enclave con mis propias manos. ¿Podría compensarlo creando otros nuevos?

Le tendí a Deepthi los sutras y dejé que los sostuviera en el regazo; formó con la boca las palabras en sánscrito sin articular ningún sonido mientras pasaba las páginas.

—Arjun soñaba con ellos —dijo—. Incluso de pequeño. Desde que le contamos la historia de nuestro antiguo hogar. *Aaji, un día volveremos a vivir en un enclave dorado*. Cuando lo acostaba, me preguntaba si lo había visto. Si le respondía que no, él me decía: *todavía*.

—Os construiré uno —dije con un nudo en la garganta.

Cerró los sutras y acarició la cubierta con la máxima reverencia, aunque tenía los ojos húmedos. Pero entonces extendió los brazos por encima y me tomó la mano entre las suyas.

—Pero con esto no —dijo con suavidad.

Bajé la mirada: estaba sujetándome la mano izquierda. Donde llevaba el prestamagia de Nueva York. Tragué saliva. No lo había usado. Había ayudado a Dubái y a Pekín con su propio maná, sin usar ni una pizca del de Nueva York. Había llegado a Bombay con mi maná. Y había matado al milfauces también con el mío. Con mi nuevo hechizo apenas me costaba eliminarlos. Lo cierto es que solo señalaba un hecho obvio. Por supuesto que ya estaban muertos; los habían hecho papilla. Y por supuesto que no podía construirse una casa en el vacío. Era una mentira descarada, la misma mentira presente en ambos lados: la mentira de la *inmortalidad*.

Sin embargo… tampoco me había quitado el prestamagia. Lo llevaba puesto por si acaso me hacía falta. Incluso ahora que era consciente de lo que Ophelia había hecho para ayudar a llenar el depósito de maná que lo sustentaba. Me lo desabroché lentamente y me lo quité de la muñeca. Lo sostuve en las manos y luego lo borré de la existencia. No me costó nada. Solo me hizo falta una sacudida de la mano y una pizca de maná y desapareció.

Deepthi lanzó un leve suspiro de alivio, como si acabara de verme superar con toda seguridad un obstáculo que no estaba segura de que pudiera salvar.

—La familia tiene maná ahorrado —dijo—. Generaremos más. Y cuando tengamos la cantidad suficiente, y si el universo quiere, volverás y lo erigirás.

—¿A dónde voy a ir? —pregunté tras asentir, pues no podía volver a no ser que me marchara, pero antes de que tuviera ocasión de contestar, el móvil volvió a sonarme. Miré a Deepthi, que asintió escuetamente y yo descolgué el teléfono.

—Qué rapidez —dije lentamente.

—La guerra ha estallado —dijo Liesel sin rodeos—. Alfie acaba de llamarme. La Escolomancia ha sufrido un ataque.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamé.

—¡No he dicho que fuera cosa tuya! De ser así no te habría llamado para contártelo. —Casi podía ver su expresión exasperada—. Singapur y Melaka han organizado a un equipo para que vayan y derriben las puertas del todo y así poder dejar de pagar la cuota de maná. Nueva York ha mandado a un grupo para detenerlos, pero los atacantes han asegurado su posición y han solicitado la ayuda de sus aliados. Y Shanghái está de camino.

Liesel no tuvo que explicarme nada más: las cosas iban a ponerse muy feas a partir de aquel momento. Los miembros de enclave se encontraban aterrorizados. Ninguno sabía quién era el responsable de la destrucción de los enclaves y todos temían ser los siguientes y sospechaban del resto. Los enclaves de todo el mundo habían constituido un polvorín antes incluso de que hubiésemos entrado en la Escolomancia. Yo había encendido la mecha al borrar del mapa a Bangkok y la explosión acababa de tener lugar, la auténtica consumación de la profecía: la muerte y la destrucción que había llevado ya a todos los enclaves del mundo, incluso si nunca volvía a matar a ningún milfauces.



Existen todo tipo de normas oficiales en lo tocante a las guerras entre enclaves, recopiladas en un elaborado tratado del que prácticamente todos los enclaves del mundo son signatarios y que son ignoradas en cuanto está en juego una victoria significativa. Pero algunas de las normas son simplemente cuestiones prácticas

No se lucha por la ocupación de territorio ajeno. Al atacar el enclave de otro, uno no espera mudarse a este, ni aunque consiga quitarse de en medio a todos sus residentes, ya que los susodichos habrán dejado previamente hechizos de venganza por todo el interior. De manera que el único objetivo razonable para atacar a otro enclave es hacerlo pedazos y lanzarlo al vacío.

O, si eres una persona menos despiadada y más práctica, lo que buscas es establecer una posición donde tengas la *posibilidad* de hacer lo anteriormente mencionado y, una vez tomada la sartén por el mango, le exiges al enemigo un rescate en maná, uno tan inmenso que pagarlo limitará seriamente sus operaciones. Tal vez organices un equipo con diecisiete artífices para que se desplieguen de forma determinada dentro de los muros del enclave; tal vez cuentes con un único encantador que consiga hacerse con el control de la mente del Dominus y lo obligue a ejecutar algún tipo de maniobra autodestructiva; quizá viertas una cuba de ácido incontenible o envíes un

ejército de constructos devoradores, y seguro que en algún momento algún enclave le ha hecho todas esas cosas a otro.

Ese tipo de guerras de enclave las llevan a cabo principalmente pequeñas bandas de magos que maniobran entre sí con mucho cuidado, evitando toparse con cualquier mundano que se encuentre por los alrededores del enclave atacado. Los presuntos invasores intentan colarse en el interior y poner en marcha alguna operación y los defensores intentan detenerlos.

Pero también existe una versión más caótica de las guerras entre enclaves que puede resumirse en: *¡Al ataque!* El número total de combatientes de cualquier enclave suele ser, como máximo, de unos pocos centenares, así que socavar un enclave enemigo resulta bastante sencillo si reúnes a tus combatientes y a los suyos en un mismo lugar y te quitas de en medio a la mayor parte del equipo oponente, aunque, desde luego, ellos harán todo lo posible por aniquilar a muchos de los tuyos al mismo tiempo.

Aquella iba a ser una guerra de lo más caótica.

Nueva York podría haberse asegurado de que la confrontación se ejecutase de forma mucho más calmada al dejar que la horda de turistas sirviese como una especie de efecto amortiguador. Resulta bastante complicado librar una guerra mágica cuando hay un montón de mundanos pululando por los alrededores, totalmente convencidos de que tus arcanos explosivos no son más que fuegos artificiales. En cambio, según me contó Liesel, el enclave de Lisboa, por petición del de Nueva York, había cerrado a cal y canto el recinto del museo y evacuado todas las calles circundantes alegando una falsa fuga de gas, lo que requirió además la presencia de una decena de camiones de bomberos aparcados por los alrededores que desplegaron un festival de luces intermitentes e hicieron sonar de vez en cuando las sirenas: la tapadera perfecta para todo tipo de ruidos misteriosos.

Y eso significaba que había vía libre. Era una invitación para sacar la artillería pesada y desplegar todas las tropas y, más o menos, una declaración de Nueva York en la que dejaban saber al resto que *ellos* pensaban sacar también toda la artillería. Y ningún enclave con aspiraciones a tomar el poder querría quedarse al margen de las disputas.

Cuando mi avión procedente de Bombay aterrizó y salí a la zona de recogida de equipajes, me topé con magos pertenecientes a diecisiete enclaves diferentes que se lanzaban miradas incómodas mientras esperaban a los vehículos que los iban a trasladar al campo de batalla donde intentarían matarse unos a otros. Nadie utiliza hechizos de translocación durante la guerra, al menos no para trasladar a la mayoría de su equipo de combate. No

se trata de una norma, es simple sentido común: aunque los utilices, si el otro bando opta por prescindir de ellos, no puedes empezar a luchar hasta que lleguen, de todas formas, y adivina quién dispondrá de mucho más maná cuando os enfrentéis finalmente.

No conocía a ninguno de aquellos magos y ninguno de ellos me conocía a mí; y a diferencia de ellos, yo no llevaba ninguna maleta con forma extraña donde llevar guardados mis numerosos y peligrosos artificios. Así que pasé de largo junto a todos ellos y me dirigí al autobús. Liesel estaba de camino, aunque había quedado con Alfie y un equipo de Londres en algún lugar intermedio. Dubái y Pekín ya habían anunciado que no participarían en la contienda debido a los últimos acontecimientos. Londres tenía una excusa igual de buena, pero, al parecer, Martel se había aferrado al cargo de Dominus unos cuantos días más y se había tomado aquello como una excusa para alargar aún más su mandato. Había anunciado que Londres prestaría su ayuda a Nueva York sin ni siquiera convocar al resto del consejo: pensaba aprovechar la oportunidad que le confería la guerra para intentar quitarse de en medio a Sir Richard o, al menos, a un número suficiente de sus partidarios.

Aadhya y Liu también habían tomado un vuelo, aunque a ellas aún les quedaban cinco horas más de trayecto. Intenté convencerlas de que no acudiesen: con o sin curación mística, Liu no tenía por qué salir de la cama todavía, y Aadhya ni siquiera *pertenecía* a ningún enclave.

—No vamos a luchar en la guerra de enclaves —había dicho Aadhya exasperada; las dos estaban ya en el taxi de camino al aeropuerto—. Vamos a ayudarte a *detenerla*.

—¿Y qué narices planeáis hacer? —exigí saber.

—Te lo haremos saber en cuanto nos cuentes qué planeas tú —replicó Aadhya, y me colgó, de manera que me conformé con dirigirme al aeropuerto tan rápido como me fue posible para adelantarme.

Lo cierto es que no contaba con ningún plan elaborado. Si intentaba evitar el enfrentamiento contándole a todo el mundo que era yo quien lanzaba los enclaves al vacío, casi nadie me creería, a no ser, por supuesto, que lo hiciera de una forma muy convincente, como por ejemplo desplegando unos poderes oscuros del copón y flotando sobre ellos envuelta en una tormenta apocalíptica, pero en el mejor de los casos, dicha maniobra provocaría que todos los enclaves se unieran e intentaran destruirme, y la idea no me entusiasmaba.

Pensé en hacer justo aquello y a continuación salir escopetada para que todos vinieran tras de mí, pero no sería más que una solución temporal, si es

que la cosa llegaba a funcionar. Aquella guerra había estado fraguándose antes incluso de que los enclaves empezasen a irse al carajo. Yo solo era el acontecimiento más inmediato. Y en cualquier caso, era casi lo contrario de lo que yo pretendía, pues le estaría otorgando a Nueva York la victoria.

Como no soy del todo imbécil, le pedí consejo a Deepthi antes de marcharme. Me había colocado las manos en la cabeza y había entonado una suave bendición, y luego había meneado la cabeza y me había dicho:

«Ophelia estará allí y no soy capaz de ver más allá de su sombra».

De modo que lo único que tenía claro era que debía averiguar lo que fuera que estuviera tramando Ophelia y detenerla por una cuestión de principios, al margen de cualquier otra cosa que ocurriera. Por lo menos, podía alardear de sencillez.

Cómo iba a llevar a cabo dicho empeño era una cuestión mucho más espinosa. Deepthi, mi abuela y mi bisabuela me habían llenado las muñecas de pesados y tintineantes brazaletes de oro, imbuidos con el esfuerzo que se había invertido en cada uno de ellos: horas de meditación y concentración. El amor y la fuerza de mi familia —*mi familia*, todavía se me humedecían los ojos al pensarlo— los impregnaba. Pero tanto para bien como para mal, no se parecían en nada a los prestamagia y su océano de poder fluido e ilimitado, dispositivo que sí utilizaría el bando de Ophelia.

No obstante, era el único plan del que disponía, así que tomé el tren rumbo a Sintra —no había ningún otro mago a bordo; supongo que los demás viajaban en lujosos coches particulares o incluso en helicóptero— y me dirigí a pie a la propiedad, esquivando a los aburridos guardias de seguridad mundanos que habían contratado para vigilar el perímetro exterior. En aquella ocasión resultó bastante sencillo acceder al parque ya que, aparte de ellos, no había más mundanos que me impidieran simplemente atravesar las paredes y, a diferencia de los demás invitados, al menos yo sí sabía a dónde me dirigía.

En cuanto pisé los terrenos, sufrí el ataque de cuatro hechizos diferentes. No iban dirigidos a mí personalmente; supongo que los cuatro magos que los habían lanzado habían recibido órdenes de sus respectivos enclaves de vigilar el perímetro, hacer todo lo posible para dejar pasar solo a sus aliados y dar la voz de alarma en caso contrario. Al verme entrar sola y no tener ni la menor idea de quién era yo, todos tomaron exactamente la misma decisión: dejarme fuera de combate primero y hacer preguntas después. Ninguno de los hechizos era letal; es más, uno de ellos era un conjuro muy astuto de felicidad que te hacía sentir tan encantado con tu situación que no deseabas cambiar nada al respecto y, por lo tanto, te detenías justo en el lugar donde estabas.

Pero lo más seguro es que ese y otro de los hechizos, mucho más desagradable, pues provocaba un estado de depresión igualmente intenso, se hubieran anulado mutuamente de haberme alcanzado: los riesgos de lanzar ataques a lo loco en medio de una refriega general.

Los otros dos eran de tipo físico; uno te estrangulaba hasta dejarte inconsciente y volvía a constreñirte cada vez que empezabas a recuperar la consciencia; el otro directamente interrumpía el riego sanguíneo al cerebro a intervalos regulares. Los intercepté todos, dispuesta a devolvérselos, pero, en lugar de eso, pensé en lo que Deepthi me había dicho: «Tu don es conferir luz a la oscuridad», e intenté *contenerlos* sin más, como si de esa manera pudiera extraerles el maná y usarlo más tarde para otra cosa, casi lo que había hecho con el hechizo editor en el gimnasio de la Escolomancia.

No funcionó del todo. Condensé sin querer los cuatro hechizos, lo que básicamente los convirtió en lanzamientos fallidos, de manera que rebotaron de forma fragmentada alrededor, para, según me pareció, disgusto de los cuatro magos. Aunque sí conseguí extraer unas cuantas gotas de maná, las suficientes como para llegar a la conclusión de que si solo lidiaba con un hechizo a la vez, tal vez lo consiguiera. Al menos el intento me sirvió para sortear al grupo de guardias y acceder al oscuro y sinuoso circuito que conformaban los jardines.

Donde descubrí, casi de inmediato, que, después de todo, no tenía ni idea de a dónde me dirigía. En circunstancias normales, cuando la magia y lo mundano se encuentran, lo mundano sale ganando por goleada. Resulta tan complicado lanzar un hechizo ante una actitud de incredulidad que la mayoría de los magos ni lo intentan. Pero puedes conseguirlo si viertes suficiente maná en tu hechizo o si cuentas con un tropel de magos a tu alrededor que son conscientes de que la magia funciona de verdad. Y con el campo de batalla a rebosar, el entorno había empezado a cambiar.

Todos aquellos sinuosos senderos, que habían sido pensados para hacerte sentir como si vagaras por tierras salvajes, estaban extendiéndose en consonancia con la intencionalidad general, casi como si se hallaran en el interior de un enclave, y nuevas ramificaciones iban apareciendo para dar cabida a más magos que despilfarrasen aún más maná en todas las direcciones. Los árboles extendían sus ramas en forma de garras o daban frutos que intentaban persuadirte para que te detuvieras a comer; las numerosas estatuas descendían de sus zócalos y salían de sus rincones para unirse a la lucha. Unos extraños artificios se alzaban del suelo: las típicas estructuras imposibles que desafían las leyes de la física de forma tan

contundente que normalmente no podrían instalarse en ningún otro sitio que no fuera un enclave. Si una persona normal y corriente se colara en el perímetro en aquel momento o si hubiera algún pobre desgraciado viviendo detrás de alguno de los arbustos, se encontraría sumido de lleno en un mundo que había dejado de tener sentido.

Me arrastré por allí intentando dar con el pozo de iniciación, mientras por encima sobrevolaban hechizos silenciosos y letales que se desplazaban a tanta velocidad y con tanta contundencia que algunos debían de estar impactando donde no tocaba. Fui capaz de practicar hasta la extenuación lo de interceptar y aprovechar hechizos malintencionados sin tener que meterme en ninguna refriega. Intercepté hechizos letales y de desmembramiento y aflicciones diversas y me los guardé en la mochila metafórica hasta que las gemas de todos mis brazaletes adoptaron un brillante tono rojo; el cuarzo que llevaba alrededor del cuello también estaba repleto y noté la piel a punto de cuarteárseme como una ciruela demasiado madura.

Para entonces me había dado cuenta de que todos nos encontrábamos atrapados bajo algún hechizo de peregrinaje interminable que nos instaba a *permanecer* perdidos. Sospecho que ninguno de los demás magos había estado nunca por allí; ningún mago en su sano juicio se habría acercado jamás a la entrada de la Escolomancia. De manera que no sabían qué buscar, aparte de un contrincante con el que luchar, y los sinuosos jardines estaban repletos de ellos. Pero incluso estando a tope de maná, era incapaz de salir de allí.

O mejor dicho, podía *salir*, pero no *entrar*. Después de haberme perdido en el interior del enclave de Londres, me había propuesto buscar un hechizo buscarruta adecuado y memorizarlo cuidadosamente —no servía para matar ni destrozar nada, así que tuve que esforzarme para que se me quedara grabado—, pero al lanzarlo ahora, solo conseguí volver a la entrada principal del parque, donde las puertas estaban abiertas de par en par y las luces de los camiones de bomberos destellaban a lo lejos, al contrario que los jardines a mi espalda, que estaban envueltos en oscuridad: una invitación a seguir mi camino, si prefería no quedarme allí y formar parte del festival. Rechiné los dientes, me di la vuelta y me sumergí de nuevo en la creciente confusión del campo de batalla.

Casi nadie estaba prestándome atención; lo que cualquiera pensaría al ver a una maga adolescente haciendo todo lo posible por escabullirse disimuladamente por el campo de batalla, es que era una recién graduada que se había separado de su grupo y que ni siquiera valía la pena tenerla en cuenta. Pero en lo que sí que se fijaron los miembros de enclave era en que

ninguno de sus hechizos letales ni tampoco los que lanzaba el enemigo alcanzaba el objetivo. Oí a unos cuantos debatir sobre si Nueva York o Shanghái habría colocado algún tipo de encantamiento amortiguador sobre el terreno.

No obstante, la respuesta fue atacar con más agresividad todavía. Cada vez aparecían más magos y todos hacían lo posible por matarse entre sí con el maná que habían acumulado en sus enclaves. Yo no podía contenerlos todos, de manera que opté por convertir a la gente en piedra. Cada vez que alguien lanzaba un hechizo, yo lo interceptaba, me quedaba con el maná y devolvía el ataque, y al cabo de no mucho, los senderos por los que transitaba comenzaron a llenarse de elaboradas estatuas.

Las cuales tuve la oportunidad de admirar una y otra vez, ya que era incapaz de dar con el puñetero pozo. Era incluso peor que la última vez que había estado allí, cuando había caminado en círculos bajo el sol abrasador acompañada por una horda de turistas; al menos en aquella ocasión nadie había provocado *deliberadamente* que siguiera perdida. Además, no comprendía del todo el funcionamiento del hechizo, así que era incapaz de figurarme qué propósito tenía. Mientras seguía recorriendo el parque y mi ira iba en aumento, empecé a plantearme seriamente volver a las puertas y, tomándolas como atalaya, arrancar los jardines de cuajo para dejar al descubierto las capas subterráneas de debajo, lo que obviamente era una idea terrible, aunque cada vez se me antojaba más atractiva que seguir dando vueltas y más vueltas. Entonces, oí una voz masculina que me resultó familiar.

—¡El! ¡Galadriel! —gritaba alguien en la oscuridad.

Para entonces yo casi había empezado a echar espuma por la boca, como seguramente habrás podido dilucidar por la brillante idea que se me había ocurrido, así que no me lo pensé dos veces antes de desviarme hacia el lugar del que provenía la voz, un rinconcito esculpido y pavimentado que se había abierto en uno de los senderos. La mayoría de los diferentes equipos se habían instalado en aquella clase de escondites y los habían fortificado con hechizo defensivos y artificios generadores de escudo.

No me había molestado en intentar colarme en ninguno porque podía simplemente interceptar los hechizos que lanzaban. Pero aquel recoveco se abrió frente a mí, gracias a la invitación ofrecida, y al entrar, me topé con Khamis Mwinyo, que formaba parte de un equipo de cuatro: en aquel momento, otras dos personas y una encantadora estatua cuya superficie iba resquebrajándose lenta aunque inexorablemente y de la que irradiaba un flujo

continuo de ruidos amortiguados que, sospecho, eran maldiciones en suajili. Nunca he estudiado suajili, pero la emoción infundida resultaba totalmente reconocible.

—¿Qué haces, tía loca? —exigió saber Khamis, tan encantador como siempre—. ¿Por qué estás convirtiendo a todo el mundo en estatuas?

—Si te parece, dejo que todos os matéis entre vosotros —repliqué—. ¿Qué haces *tú* aquí? Zanzíbar apenas dispone de cinco plazas en el colegio, la cuota de maná no debe de ser demasiado elevada. ¿Qué más os da si la Escolomancia sigue en funcionamiento o no? ¡Ni siquiera estáis aliados con Nueva York ni con Shanghái!

Hizo un gesto de exasperación ante mi estupidez, que resultaba aún más preocupante porque estaba blandiendo una enorme y antigua lanza que no casaba con su magnífico traje rojo; cada vez que la movía dejaba escapar un rastro de tenues destellos, como si hubiera una segunda lanza hecha de luz medio superpuesta encima. La punta estaba hecha con un hierro viejo y picado con pinta de estar en las últimas, de manera que no se usaba del modo literal que uno esperaría al verla. Khamis era alquimista, así que sospechaba que esta funcionaba de forma metafórica y le permitía perforar los escudos del enemigo para que él pudiese golpearlos desde lejos con algún compuesto.

—¡Para eso hemos venido todos!

—¿Qué, para intentar caerle en gracia a alguien? —dije de forma sarcástica, y entonces caí en la cuenta de que había dado en el clavo. Pertenecían a uno de esos enclaves menores que, según Ophelia, no estaban atados a contratos místicos a largo plazo. Habían podido suspender sus contribuciones de maná a la Escolomancia y ahora contaban con una ventaja temporal sobre los enclaves intermedios desproporcionada en comparación con su tamaño. La cual intentaban convertir en una ventaja a largo plazo participando en el combate. Intentaban tomar una posición avanzada en el campo de batalla, algo valioso que poder ofrecer a Nueva York o a Shanghái cuando estos pasaran a la acción—. ¿Y por eso estáis aquí cargándoos a gente?

—¿*Qué deberíamos hacer*, si no? —me espetó—. ¡Tú eras la que quería destruir la Escolomancia y cambiar el mundo! Ahora todo será diferente. ¿Acaso deberíamos quedarnos al margen y esperar a que el enfrentamiento termine para que el ganador nos diga lo que debemos hacer? Al menos así tendremos voz en el asunto.

No se equivocaba. Como siempre, pensaba sacar tajada del tema, pero no se equivocaba. La Escolomancia había sido el mayor punto de controversia

entre los enclaves, la fuente de innumerables disputas durante un siglo y pico. Pero también había sido el principal punto de cooperación. Todo *iba* a ser diferente ahora que no constituía el único recurso que todos los miembros de enclave necesitaban y ansiaban y por el que valía la pena soportar lo indecible con tal de meter cabeza. Y algunas personas saldrían ganando con la nueva situación, pero otras saldrían perdiendo. Zanzíbar hacía muy bien al reconocer que aquella era su oportunidad de conseguir algo de margen de maniobra.

Y no solo ellos, desde luego: por eso la violencia parecía tener un matiz tan indiscriminado desde fuera. Cada uno de los enclaves miraba por sí mismo, y los más pequeños estaban enfrentándose en los jardines mientras los más poderosos permanecían al margen, esperando a decidir cuál de las partes supervivientes recogían. No estábamos atrapados en los jardines. Cualquiera podía marcharse a casa cuando quisiera. Pero nadie llegaría más lejos a no ser que demostrase su capacidad y su voluntad de hacer lo que fuera necesario para conseguir una invitación a la fiesta VIP. Igual que pasaba en la Escolomancia, donde los alumnos de enclave escogían a sus aliados de graduación entre los perdedores que acababan quedando en pie.

—Bien —dije secamente, entendiendo la situación—. Así que estáis aquí fuera peleándoos por las migajas de la mesa. Supongo que no sabes lo que está pasando dentro. ¿Sabes que hay una parte interior?

Me miró ceñudo —puede que mi tono destilara algo de sarcasmo— y luego dijo de mala gana:

—Sabemos que Nueva York ha establecido un perímetro frente a las puertas del colegio. Shanghái y Jaipur están preparando una ofensiva.

—Que no pondrán en marcha hasta que la movida de fuera haya quedado solucionada y decidan quién se une al club —terminé por él—. Bueno, pues en vez de eso me voy a colar en la fiesta, y no tengo ni idea de lo que va a pasar, pero la cosa se va a poner fea. Deberíais recoger vuestra estatua y largaros.

Un hombre mayor con un montón de cicatrices que había conservado deliberadamente —para dejar saber a los demás que era un luchador notable — le dijo algo a Khamis con lo que parecía ser un tono de incredulidad, moviendo la barbilla hacia mí y luego hacia la estatua, y sin esperar respuesta, azotó en mi dirección un látigo de intensa luz roja que a otra persona le habría causado, supongo, daños considerables. El mecanismo básico se asemejaba a un maravilloso hechizo que yo había recibido estando en primero y que servía para decapitar a un centenar de oponentes a la vez. Atrapé el látigo con la mano, dejé que diera dos vueltas y lo convertí en ese otro hechizo, arrojándole

de vuelta un fuego gélido de color blanco azulado. Sabiamente, lo dejó escapar antes de que el fuego lo alcanzara y yo hice retroceder el látigo y me lo enrosqué alrededor de la mano antes de arrojarlo a un lado. A continuación, lancé otra capa de piedra sobre el mago que casi había conseguido liberar el brazo; eso acalló las protestas.

—Si queréis quedaros aquí dándoos por saco los unos a los otros, me parece perfecto —espeté—. Pero como volváis a atacarme, os pasaréis también el resto de la noche intentando salir de un cascarón de granito.

Khamis les dijo algo a los otros dos que no entendí, dirigiéndome un gesto que dejaba claro que no estaba dedicándome ningún cumplido. No obstante, mi demostración los había dejado impresionados, sobre todo a la tercera miembro del grupo, una mujer más mayor, que discutió brevemente con el otro tío y dejó muy clarito su mensaje; esta se sacó un saquito negro y plano de debajo de la abaya, lo arrojó sobre la estatua —el saco permaneció del tamaño de un bolsito de mano, pero la estatua desapareció en el interior— y a continuación le tendió una de las asas al guerrero.

Se dispuso a darle la otra a Khamis, pero el chico dijo algo de forma hosca y ella asintió; acto seguido, los dos se marcharon y Khamis se volvió hacia mí y me dijo de mala gana:

—Vale, te acompaño.

—No me lo trago —dije, incrédula—. ¿Por qué ibas a querer acompañarme?

—Porque eres una chalada y no me fío —espetó; una razón fantástica para pegarse a alguien, ¿cómo es que no me había dado cuenta? Y entonces añadió, muy a regañadientes—: ¡Me lo ha pedido Nkoyo!

—¿Qué?

—Cuando le conté a Nkoyo que iba a venir me pidió que te cubriera las espaldas —explicó—. Eres su amiga, aunque no te lo mereces. Le dije que si te veía, lo haría.

El significado implícito de sus palabras era, claramente, que, muy a su pesar, su novia tenía una amiga que estaba mal de la azotea a la que había que tener atada en corto, por lo que a él, que era el mejor novio del mundo mundial, le había tocado pringar.

Me habría *encantado* pasarme la siguiente hora explicándole con palabras sencillísimas lo poco que se merecía *él* que Nkoyo le dirigiera siquiera la palabra y lo inútil que iba a resultarme su presencia en cualquier sentido, y si no nos hubiéramos encontrado, literalmente, en medio de una batalla campal,

casi seguro que le habría puesto los puntos sobre las íes. Dadas las circunstancias, me limité a soltarle:

—Dale las gracias a Nkoyo. Si vas a acompañarme, tendrás que apañártelas solo.

Y me marché furiosa en dirección al jardín.

Para entonces algunos de los demás miembros de enclave se habían dado cuenta ya de lo que pasaba y de quién era yo. Al parecer, todos habían oído hablar de mí: los alumnos que habían enviado a la Escolomancia habían vuelto a salir todos de golpe y les habían contado que la incorporación se había cancelado, que lo de ir al colegio se había acabado también y que la mitad de los mals del mundo eran historia. Seguro que los detalles habían suscitado un intenso y urgente interés y mi nombre había salido mencionado.

Desde luego, el hecho de que alguien destaque en el colegio no siempre significa que vaya a destacar fuera; mi nombre había pasado a formar parte de la lista de personas *a las que hay que tener vigiladas*, en vez de a la escuetísima lista de *personas que pueden influir en una guerra entre enclaves*. La noticia acerca de mi actuación en Londres, Pekín y Dubái me habría hecho escalar posiciones, pero todo había ocurrido muy deprisa; la mayoría de los miembros de enclave no considerarían lo acontecido más que rumores de carácter dudoso, y todos creían tener preocupaciones más urgentes entre manos.

Pero Khamis no era el único de mis compañeros de clase que estaba allí. Cualquiera podría pensar que un jovenzuelo de dieciocho años no era la mejor opción a la hora de mandar a alguien a un combate serio, pero un mago de dieciocho años que acaba de experimentar la desafiante graduación de la Escolomancia está en mejor forma de lo que lo estará en su vida. Algunos de ellos me habían visto y habían informado a los magos más veteranos de su equipo, por no decir que, a aquellas alturas, ya había pasado cuatro veces por delante de todos ellos y cada vez me importaba menos que me vieran.

Es posible que provocara una sacudida en el suelo al salir hecha una furia del rinconcito de Zanzíbar, y tal vez echara un poco de humo y emanara un aura verdosa visible.

Por la razón que fuera, en cuanto salí, sufrí once ataques, y debo decir que estos sí que iban dirigidos a mí personalmente: una oleada de hechizos deliberadamente destructivos y maliciosos que me habrían hecho arder en llamas, me habrían triturado los huesos hasta dejarlos hechos polvo, habrían convertido mi mente en una maraña delirante y habrían provocado que la tierra se abriese bajo mis pies. Y cada uno de ellos era apenas una burda

imitación de lo que podría haberles hecho yo. Noté cómo salían disparados; me dispuse a interceptarlos y extraerles el maná, pero solo nueve de ellos me alcanzaron. Miré alrededor para localizar el resto y vi a una chica a la que no conocía levantando un escudo psíquico a mi espalda; un poco más allá, Antonio, de Guadalajara, sujetaba en alto un disco de piedra con un rostro tallado, cuya boca en forma de cuadrado estaba aspirando la ráfaga de fuego; ambos habían estado en mi curso.

Casi al mismo tiempo, otros tres críos a los que conocía gritaron: «¡El!», y me hicieron señas desde diferentes zonas del sendero. Aproveché una pizca del maná que había absorbido de los hechizos de emboscada y llevé a cabo un encantamiento lux nada inusual: es el hechizo iluminador más fácil que existe, tanto que hasta la gente que nunca ha estudiado latín lo utiliza; no obstante, yo siempre he empleado otros más complicados y costosos, porque si no acababa ocurriendo lo que ocurrió en aquel momento: un rugiente destello afloró entre mis palmas, a lo Guy Fawkes, y entonces unas anchas franjas de luz fluorescente salieron disparadas en forma de zigzag, dejando tras de sí una neblina con olor a ozono; la propia luz era un orbe increíblemente brillante que flotaba, igual que un sol en miniatura, por encima de mi cabeza e irradiaba unas siniestras llamaradas de color verde y morado.

Amplifiqué la voz y grité:

—No he venido a enfrentarme a ninguno, pero si no tenéis el sentido común suficiente para marcharos a casa, tendréis que esperar a que me haya largado para volver a mataros entre vosotros.

El trueno amenazador que se produjo a continuación enfatizó mis palabras.

No hubo ningún ataque más, al menos no de inmediato. La chica del escudo psíquico se me acercó apresuradamente —la reconocí en cuanto examiné su rostro con más detalle: era una chica del enclave de Austin llamada Miranda que había esperado para llevar a cabo sus hechizos de transición hasta dejar el colegio—, tras lanzar una mirada ansiosa por encima del hombro, como si estuviera desobedeciendo las órdenes de su enclave. Al cabo de un instante, todos los demás alumnos de último año que habían exclamado mi nombre salieron y se unieron a nosotros, confluyendo en el lugar donde me encontraba con Khamis.

—Cuenta con nosotros si necesitas ayuda, El —dijo Antonio en español —. ¿Qué haces?

Me los quedé mirando, y una parte de mí quiso replicar: *No, no necesito ayuda. No necesito vuestra ayuda*. Porque eran miembros de enclave, todos

ellos, y no precisamente porque no les quedara más remedio; todos estaban allí luchando para que sus respectivos enclaves quedaran por encima del resto. Porque me negaba a necesitar ayuda. Porque sí que necesitaba ayuda y si aceptaba la suya, estaría arrastrándolos a un combate que no sabía cómo ganar. Habían estado allí luchando y, sin embargo, habían optado por abandonar la oscuridad, ofreciéndose a ayudarme.

—Por aquí cerca hay una torre que se adentra en el suelo —dije en cambio—. Ayudadme a encontrarla.

Estuvimos media hora intentando dar con ella; durante ese rato, esquivamos unos cuantos ataques sin demasiados inconvenientes. No logramos nada más. El problema era que todos mis nuevos aliados estaban especializados en el combate, razón por la cual se encontraban allí en primer lugar. Habríamos formado un equipo de graduación cojonudo —incluso sin contar conmigo—, pero ninguno de nosotros era uno de esos experimentados artífices capaces de desentrañar lenta y cuidadosamente un mecanismo de ocultamiento increíblemente complejo.

Y para colmo, todos éramos la mar de impacientes. Poco antes de que transcurriese la media hora, todos coincidimos en que, después de todo, lo mejor era poner en práctica un enfoque más centrado en la fuerza bruta y nos pusimos a debatir qué parte de los jardines debía arrancar primero. Habíamos empezado a transmutar un par de contenedores de basura en una especie de barra gigante que hiciera las veces de palanca metafórica, cuando Tesoro saltó del bolsillo y echó a correr.

Volvió encaramada al hombro de Liu, mostrándoles el camino tanto a ella como a Aadhya. Solté la palanca y corrí a darle a Liu el abrazo más fuerte que me atreví, que no fue ni la mitad de enérgico que el que me devolvió ella a mí.

—¿Estás bien? —susurré, y ella me dio un apretón aún más fuerte y me susurró también:

—No.

Al soltarme, vi que se estaba secando las lágrimas, aunque me sonrió. *Parecía* estar bien; me habría gustado dar con alguna lesión que me permitiera decirle: *No, esta vez te toca quedarte en el banquillo*, pero no podía, pues no tenía el más mínimo moratón ni cicatriz. De hecho, su aspecto era *demasiado* bueno. Llevaba el laúd de araña cantora colgado del hombro e iba vestida con prendas sueltas y elegantes. El pelo corto le llegaba a la altura de la barbilla y me dio la ligera sensación de que tanto uno de sus hombros como uno de sus pómulos *habían* estado un poco más altos que el otro en el

pasado y ahora eran perfectamente simétricos: como alguien en la portada de una revista al que le han editado los rasgos por ordenador. Y es cierto que sentirse a gusto en la piel de una ayudaba, al igual que la ausencia de dolor, pero aquello parecía más el intento de alguien que quería ocultarse *a sí mismo* el sufrimiento de Liu, algo que no le gustaba contemplar y que seguía presente por debajo de la superficie.

—¿Esto te ayudará? —pregunté sin rodeos, en cambio.

—Quedarme al margen sería peor —dijo ella sin más, y no me pareció mal del todo; al fin y al cabo yo había acudido por la misma razón.

—Vale, ¿estamos de acuerdo todos en que esta idea no tiene ningún sentido y que solo os habéis subido al carro porque supongo que era el método más rápido? —estaba diciendo Aadhya mientras examinaba la palanca improvisada—. No es como si hubieran tapado el pozo literalmente con tierra. Aunque arrancarais de cuajo el jardín, seguiríais sin dar con él. Para entrar debemos atravesar el artificio.

—¿Qué artificio? —pregunté.

—¿Has olvidado el folleto? —dijo Aadhya—. El jardín se diseñó para transmitir la sensación de que si no se sigue el camino adecuado, uno permanece perdido en plena naturaleza. Y después de que los mundanos se hayan pasado años y años recorriéndolo, la idea no ha hecho más que reforzarse. Lo único que le ha hecho falta a Nueva York es añadir otra capa de refuerzo, por lo que ahora es imposible acceder al pozo a no ser que sigas los pasos en el orden correcto. No es posible entrar a lo bruto. Tendremos que poner en práctica el ritual de iniciación.

Lo malo es que no teníamos ni idea de cuál era este. Los carteles distribuidos por el jardín resultaban notablemente imprecisos. Encontramos uno de los folletos medio chamuscado bajo un arbusto, pero no nos sirvió de demasiada ayuda: señalaba el orden en que debíamos visitar los distintos lugares, dónde había que llevar a cabo las vigilias y todo eso, pero no brindaba ningún detalle acerca de los juramentos o conjuros que debían pronunciarse. De modo que salimos de los jardines, nos colamos en la tienda de regalos de la parte delantera del museo y nos pusimos a hojear con urgencia los distintos tomos sobre masonería. Era casi como volver a formar parte de un grupo de estudio en el colegio y no resultaba muy alentador: no es muy agradable saber que tu vida depende de alguna referencia escondida en las notas a pie de página de un libro de historia tan aburrido que los ojos y el cerebro se te nublan durante los primeros diez minutos de lectura.

La ayuda de Liesel nos habría venido de perlas en aquel momento, así que, como no podía ser de otro modo, no apareció. Incluso llegué a enviarle un mensaje, pero no obtuve respuesta. Por supuesto, el equipo de Londres no iba a estar peleando en los jardines con la plebe; se les habría invitado a entrar directamente y estarían codeándose con Nueva York y el resto de los demás enclaves estadounidenses, París y Múnich. Y probablemente también con Lisboa; imagino que sería de mala educación dejar de lado al enclave anfitrión, aunque este ya no fuera tan poderoso como antaño.

Liu se puso a improvisar algo a partir de lo que había hallado en unos cuantos libros y yo lo traduje al latín. La mayoría de los rituales se vuelven algo más flexibles si los llevas a cabo en una lengua muerta: creo que está relacionado con el hecho de no tener el significado del todo interiorizado, por lo que hay margen para diferentes interpretaciones. Pero a la mitad, Liu se detuvo y dijo lentamente, contemplando lo que había escrito:

—El, el ritual requiere de un compromiso por adelantado. *Llevarás la ceremonia a cabo hasta el final*. Tenemos que prometer que seguiremos adelante una vez hayamos empezado. El pozo podría convertirse en una trampa. Si han bloqueado la salida… no podríamos marcharnos.

—¿Y qué hay del resto? —exigió saber Khamis.

—Les pasaría lo mismo —explicó Liu—. Nadie sería capaz de salir, ni siquiera la persona que hubiera bloqueado la salida. Pero puede que eso sea exactamente lo que quiera alguno de los que esté allí dentro… si lo que tiene es un arma que haga salir espantada a la gente.

Liu tenía motivos más que suficientes para desconfiar de cualquier ritual que te exigiera estampar la firma antes de saber lo que había al otro lado, pero era algo que resultaría peligroso para cualquiera.

—Iré sola —dije.

—No creo que puedas —dijo Liu.

—Y *no* vas a ir sola —repuso Aadhya, dándome un empujón en el brazo —. Yo también voy.

—Y yo —dijo Miranda, y un murmullo de asentimiento se extendió alrededor, antes de que Antonio dijera abruptamente y casi con fiereza:

—Tú nos sacaste a todos la última vez. Tú y Orion. —Se me formó un nudo en la garganta—. Nos sacasteis del colegio para siempre, y ahora van a empezar una guerra por los restos. Hay un modo mejor de hacer las cosas. *Sabemos* que hay un modo mejor. Y que estás intentando dar con él. Te acompañaremos todos.

Nos dirigimos a la capilla y ocupamos nuestras posiciones. Todos representábamos un papel: el gran maestro, los miembros de la orden y la recién iniciada, que debía ser yo, ya que había muchas posibilidades de que dicha persona fuera la única que pudiera abrirse paso si a nuestro ritual improvisado le daba por funcionar a medias. Y si todo salía mal, el gran maestro se llevaría la peor parte, de manera que no puse ninguna objeción cuando Khamis se ofreció para representar el papel, aunque estoy segura de que solo lo hizo por el placer que le provocaba la idea de que tuviera que arrodillarme frente a él, lo que al parecer compensaba el riesgo considerable de acabar herido. No es que quisiera que el ritual saliera mal, pero sentía que si al final era así, se lo tendría merecido.

Todos formaron un círculo, Khamis entonó su parte con prepotencia y yo me arrodillé ante el altar y prometí ser una caballera muy noble, intentando no sentirme ridícula: no es que sea difícil lanzar hechizos que te dejen un mal sabor de boca, pero la cosa se complica bastante cuando te sientes como una idiota redomada. Nos ayudó el hecho de que fuera de noche. Después, marchamos en fila desde la capilla hasta la gruta de las inmediaciones; todos llevábamos un pequeño hechizo iluminador anidado entre las manos y Liu se encontraba a la cabeza tocando el laúd. Desde la gruta, subimos por una estrecha escalera a través de una de las torretas de cuento de hadas que había dispersas alrededor hasta que esta se abrió de nuevo, guiándonos de vuelta al sendero, y empezó a aflorar la sensación de que nos dirigíamos más allá de lo real, de que la ceremonia funcionaba, mientras salíamos en silencio.

Para entonces, nos habíamos internado en las profundidades de los jardines, pero ya no se oían los ruidos del enfrentamiento. Aunque no es que los demás hubieran recogido los bártulos y se hubieran marchado. Íbamos de camino: estaba segura de ello. Tal vez los jardines tuvieran el mismo aspecto, pero nos habíamos desplazado a una parte del espacio totalmente diferente, como si hubiéramos accedido al piso superior de un edificio. Seguimos avanzando por el sendero más ancho, que zigzagueó varias veces, pasando junto a miradores con torretas y recovecos con estatuas que no recordaba haber visto anteriormente al caminar en círculos. Al llegar al siguiente sendero, advertimos el sonido de una cascada en la oscuridad; recordaba aquel sonido de los túneles subterráneos. Seguimos subiendo, y yo empecé a notar una sensación de ardor en la parte posterior de las pantorrillas, como si estuviésemos subiendo una pendiente mucho más pronunciada. Tras la siguiente curva del sendero, todos estábamos ya sin aliento, el aire se había vuelto espeso y la humedad se nos adhería a la piel; cada paso se tornó una

tortura mientras nos esforzábamos por seguir ascendiendo, por seguir abriéndonos paso al interior… hasta que por fin llegamos a una pared rocosa y, al volvernos, vimos que estábamos en lo alto del pozo, que se encontraba sumido en sombras.

Volví a arrodillarme. Khamis me ató la venda alrededor de los ojos y me agarró la mano. Al menos, Aadhya era la que llevaba la espada ritual, la cual había formado con la palanca original. No me habría hecho ninguna gracia que fuera él el que me acercara una tentadora y afilada cuchilla al pecho. Me levanté a tientas y los demás me apoyaron las manos sobre los hombros y la espalda; Liu siguió tocando el laúd con suavidad mientras descendíamos por el estrecho pasillo en espiral, y nuestros pasos resonaron extraños y amortiguados en la oscuridad.

Descender resultó más fácil, aunque en el mal sentido: en la Escolomancia, cuando los trayectos eran inusualmente rápidos, sabías que los pasillos te conducían a algún lugar al que no querías ir. Y allí era adonde nos dirigíamos ahora, con cada paso que dábamos: a un lugar donde no queríamos ir. Ya no fingíamos llevar a cabo un ritual. Estábamos bajando, adentrándonos en la oscuridad, y no teníamos ninguna garantía de que hubiese luz al otro lado.

Oía cómo algunas de las pisadas se alejaban a medida que avanzábamos, como si algunos de los demás se hubiesen desviado o se hubieran equivocado de camino. No me habría extrañado si hubiera sido la única en llegar al fondo. Pero cuando el suelo se allanó bajo mis pies, Khamis me quitó la venda de los ojos, con el semblante severo y sombrío, y vi que Liu y Aadhya estaban allí. Miranda, Antonio y un chico llamado Ernán del enclave de Lapulapu habían conseguido llegar también con nosotros y, al cabo de un momento, Caterina, del enclave de Barcelona, salió a trompicones del pasillo, temblando, y se unió a nosotros.

La boca del laberinto era negra como el carbón —allí abajo ya no había lucecillas que iluminasen nada— y no nos hacía falta que nadie nos explicase que aquel no iba a ser un paseo simbólico hasta el otro lado. Formamos una cadena, tomados de la mano, y yo me coloqué a la cabeza, antes de adentrarnos por el pasillo.

Las luces que llevábamos se apagaron de inmediato. En cuanto estuvimos sumidos en la oscuridad pude oír a otras personas, otras voces, un poco más adelante. Avancé con la mano apoyada en la escarpada pared y, al abrirse la boca de un túnel, las voces llegaron con más claridad, acompañadas de frías ráfagas de viento. Me detuve y presté atención, pero no fui capaz de distinguir

las palabras, ni siquiera el idioma, por encima del sonido de nuestra respiración. No sabía si desviarme por allí o no, y tenía que tomar una decisión. Finalmente seguí adelante: me parecía demasiado pronto. Teníamos que adentrarnos más.

Pasamos junto a otro túnel que se bifurcaba a la derecha y otro más a la izquierda, mientras los afilados susurros del viento me arañaban los brazos. Cada vez me entraban más ganas de desviarme, pero estaba aún más segura de que era demasiado pronto. La altura del techo del túnel empezó a reducirse y las paredes se estrecharon, tornándose más opresivas con cada paso, como si el terrible peso de la Escolomancia nos aplastara desde algún punto por encima.

Por fin, llegamos a otra bifurcación, una estrecha grieta en la parte izquierda apenas lo bastante grande como para atravesarla; no me daba la impresión de que pasar por allí fuera a suponer ningún alivio. En cambio, el soplo de aire frío se precipitó hacia nosotros desde algún lugar del túnel y yo noté una ligera sensación de amplitud. Extendí la mano por encima y comprobé que la parte superior del túnel se inclinaba un poco, elevándose. Me di la vuelta y me deslicé por la estrecha abertura, accediendo a la bifurcación.

Las voces empezaron a hacerse más fuertes casi al mismo tiempo, y el túnel tomó una curva y luego otra y nos arrojó bruscamente a otro pozo, de la misma anchura aproximada que el otro, pero hecho con losas y columnas toscamente talladas que parecían caer las unas sobre las otras, apuntalándose mutuamente.

Frente a nosotros había una rampa en espiral que ascendía hasta un círculo abierto repleto de estrellas y aire puro, aunque no era allí adonde nos dirigíamos. Recordaba el lugar de nuestra exasperante visita turística, cuando habíamos estado dando vueltas sin parar, intentando hallar el camino de entrada. En aquel momento, este pozo no había sido más profundo que el otro. Se detenía justo aquí. Pero ahora seguía descendiendo. Las voces provenían de abajo y resonaban, a través del centro hueco, desde algún lugar oscuro situado más al interior. Avanzamos espiral abajo, descendimos más y más y más, trazando tres círculos, y entonces, de forma abrupta, la rampa llegó al fondo y nosotros nos topamos con la enorme caverna frente a las puertas de la Escolomancia, la que Aadhya, Liesel y yo hallamos la vez anterior.

Solo que en esta ocasión, estaba repleta de magos.

Habían arreglado las puertas, colocándolas de nuevo en el marco, y un tropel de personas se encontraban plantadas frente a estas, encargándose de las fortificaciones, que cada vez eran más elaboradas. Reconocí a una de ellas: Ruth, la mujer que había visto en la estación de tren de Nueva York. Estaba sentada en una silla plegable justo frente a las puertas, en medio de la zona destrozada del suelo. Tenía un aspecto tan atribulado y cansado como la vez anterior, pero cada pocos instantes alzaba la mano, cosa que parecía costarle una barbaridad, y la movía un poco, del mismo modo sosegado con el que uno le acariciaría el lomo a un gato erizado, y otro metro cuadrado del suelo se alisaba frente a ella. Las palabras grabadas de los hechizos volvieron a su sitio a medida que ella movía la mano. Una de ellas acabó de recomponerse y empezó a emitir un brillo dorado con renovado vigor, lo cual no tenía ningún sentido: era imposible *enmendar* un artificio de tal complejidad, solo que obviamente ella sí que era capaz. Debía de estar controlando la totalidad del suelo a nivel atómico.

Pero frente al equipo de Nueva York, al otro extremo de la caverna, donde el suelo no estaba en tan mal estado, un segundo grupo de magos fraguaba la imagen opuesta, montando armas de asedio. De las mágicas: unas lanzas estrechas y largas instaladas sobre un ligero armazón de metal, imbuidas con encantamientos perforadores como el de la lanza de Khamis, pensadas para atravesar escudos. Se hallaban alineadas a ambos lados de un par de estandartes largos y rojos decorados con los caracteres de Shanghái en oro y de otro par de estandartes dorados con la palabra *Jaipur* escrita en rojo.

Al principio nadie nos prestó atención. Al fin y al cabo, solo éramos ocho, y ocho era un número insignificante teniendo en cuenta la escala del enfrentamiento. Otro puñado de magos aparecieron de repente a ambos lados, unos magos que no habían tenido que tomar el trayecto largo: junto a los estandartes dorados de Jaipur había instalada una polea horizontal, donde unas cuerdas se introducían en una enorme caja con cortinas, como si se tratara de un truco de magia.

—Es una ghandara —me dijo Aadhya en voz baja—. Un artificio de transporte a larga distancia. Es capaz de traer cosas que están a quince kilómetros.

Cuatro magos giraban los engranajes tan rápido como podían, y cada cuatro o cinco vueltas, las cuerdas emergían con un mago aferrado en el otro extremo que llevaba los ojos vendados; los demás lo ayudaban a salir a toda prisa y lo mandaban junto al resto para que se uniera a los frenéticos preparativos.

No veía qué clase de artefacto estaba utilizando el bando de Nueva York, pero en su zona también aparecían magos cada pocos minutos, como un tropel de payasos saliendo, de forma imposible, del interior de un coche. Había un centro de mando a un lado de las puertas, una base elevada de metal con unas secciones desplegadas a los lados, lista para volverse a cerrar de nuevo y convertirse en una caja blindada cuando el fuego enemigo se desatara. Divisé allí a Christopher Martel, que hablaba con una mujer japonesa que seguramente era Chisato Sasaki, de Tokio, y un hombre alto de pelo oscuro que, según dijo Caterina, era Bastien Voclain, el Dominus de París. Puede que el blanco de Liesel estuviese allí también: Herta Fuchs, de Múnich, se encontraba, desde luego, en aquel grupo, por lo que tal vez su hija y su yerno la hubiesen acompañado. Había unos cuantos magos estadounidenses más con una pinta tan impresionante que tenían que ser Domini o como quiera que sea el plural de la palabra. Y sentada en el centro, vi a una anciana de abundante cabellera plateada, ataviada con un vestido negro con el cuello ribeteado de diamantes y zafiros, que parecía haberse inspirado en alguna foto de Audrey Hepburn: Aurelina Vanee, la Domina de Nueva York.

En la zona de Shanghái, el centro de mando era menos obvio; había un puñado de carpas de tela en la parte trasera con ornamentadas colgaduras de color rojo, azul y verde y bordados dorados y plateados que ocultaban todo lo que ocurría en el interior. Pero seguro que los mandamases estaban también reunidos allí.

Mi plan se había ido ya al traste, porque a la única persona a la que *no* vi por ninguna parte fue a Ophelia. Me habría gustado creer que algo le había salido mal, que había perdido su influencia, pero sabía que no era así. El hecho de que no la viera por allí solo significaba que estaba llevando a cabo algo aún más horrible de lo que hubiera podido imaginar, y no tenía ni idea de qué se trataba ni de cómo detenerla. No sabía a qué zona dirigirme. Era de suponer que en el bando de Shanghái estuvieran más dispuestos a ayudarme a detenerla, pero lo más probable es que sacara más información sobre lo que se traía entre manos en el estadounidense.

Permanecí como un pasmarote dándole vueltas al asunto. Una vez tomase la decisión, no habría vuelta atrás. Me daba la sensación de que nos acercábamos a un volumen crítico, como si el espacio fuera incapaz de albergar a mucha más gente, incapaz de albergar más *maná*. Si no eran imaginaciones mías, el techo había retrocedido hasta alcanzar una oscuridad que no era propia de este mundo. El que hubiera tantos magos congregados

utilizando una cantidad de magia tan demencial estaba provocando que la estancia se volviera *menos real*.

Acababa de tomar la decisión de dirigirme a la zona de Nueva York e intentar localizar a Liesel, cuando un hechizo salió disparado de forma inesperada desde una de las carpas de Shanghái. Extendí la mano para interceptarlo igual que había hecho con los demás hechizos, los cuales había recolectado como si de fruta madura se tratase, pero fracasé estrepitosamente: el conjuro se me deslizó por los dedos como si fuera un globo de agua cubierto de aceite. Me encogí de forma automática, preparada para recibir el impacto, antes de darme cuenta de que no me había provocado ningún daño; no contenía ni una pizca de malicia. Solo era alguien que me agarraba amablemente del brazo para evitar que me topara con algo asqueroso, como una caca de perro, y me invitaba a tomar otra dirección: *¿Podrías hacer el favor de acercarte?*

Lo cual resultaba bastante preocupante: quienquiera que me hubiese lanzado ese hechizo había averiguado ya, seguramente basándose en los rumores que corrían y en mi demostración en los jardines de arriba, que los hechizos maliciosos no funcionaban conmigo, pero que los *neutrales* me alcanzaban sin problema. No le costaría hallar el modo de utilizar aquello en mi contra. La cortesía con la que había procedido tampoco me tranquilizaba, sino todo lo contrario; si había llegado a la conclusión de que era digna de recibir tales atenciones bajo aquellas circunstancias, significaba que había llegado a la conclusión de que era muy peligrosa.

Aunque por otro lado… al menos, estaba dispuesto a hablar conmigo. Y no localizaba a Liesel en el bando estadounidense; ni siquiera veía a Alfie ni a Sir Richard. La única persona que conocía de aquel bando era Christopher Martel, quien desde luego no me guardaba ningún aprecio y tal vez creyera que aún tenía alguna posibilidad de intentar utilizarme en beneficio propio. Ya había metido a todo su enclave en aquel lío por la única razón de seguir aferrándose al poder.

—De acuerdo —dije de mala gana—. Ya voy… —Terminé la frase con un grito: en cuanto dije *de acuerdo*, el cortés encantamiento tiró de mí igual que un hechizo yoyó y yo salí disparada a través de la estancia, en dirección a la carpa desde donde me lo habían lanzado. Ni siquiera tuve que preocuparme por recuperar el equilibrio: el hechizo me detuvo y me sujetó todo el cuerpo, por lo que tuve la impresión de que en realidad no había sido yo la que se había movido, sino que el mundo se había desplazado un poco por debajo de mis pies para situarme en el lugar adecuado.

Tenía una silla justo detrás de las rodillas, preciosa y tallada en madera con las patas como la de una cigüeña, y otra justo en frente. Ambas estaban colocadas allí a propósito, a pesar de que no había nadie sentado en ellas. Las únicas personas que había ahí dentro conmigo eran dos magos guerreros, ataviados con ropajes de seda guateados, que sostenían lo que parecían ser ametralladoras. No se inmutaron ante mi aparición, pero suponía que eso se debía a que tenían pinta de estar tan tensos como era capaz de estarlo cualquier ser humano. En el centro de la tienda, entre las sillas, había una especie de brasero de aspecto extraño: un portahechizos, me di cuenta al cabo de un momento. Aunque normalmente los portahechizos son artefactos del tamaño de un colgante y aquel tenía la envergadura de una parrilla enorme, con un lecho de carbones incandescentes tan grandes como un puño; cada uno de estos era un hechizo diferente, preparado para activarse bajo distintas circunstancias.

Uno de ellos —aquel estupendo hechizo yoyó— se estaba desvaneciendo, deshaciéndose en pálidas cenizas. Alguien había preparado aquel hechizo de antemano. No había sido consecuencia de mis andaduras por el jardín. Quienquiera que lo hubiera creado ya había deducido de algún modo que los hechizos maliciosos no tenían ningún efecto en mí, antes incluso de que yo lo hubiera descubierto.

Fui presa del pánico durante un momento al contemplar el montón de hechizos y preguntarme cuál de ellos estaba a punto de estallarme en la cara, pero entonces las cortinas del fondo de la tienda se abrieron y entró un hombre chino bajito vestido con un traje Mao elaborado con una tela que parecía casi vaquera y con botones de metal. Los guardias me miraron con una expresión que transmitía claramente tanto el deseo ferviente de coserme a balazos como el angustioso terror de ser conscientes de que no serviría de nada. El fénix tallado del respaldo de la silla estiró la cabeza y me lanzó una mirada similar de ansiedad.

—Señorita Higgins —saludó el hombre, pero al ver mi expresión de *puaj, no,* añadió con una leve sonrisa—: ¿O puedo llamarte El? Soy Li Shanfeng.

El Dominus de Shanghái.

—«El» está bien —dije llanamente.

No era de extrañar que los guardias estuvieran preparados para abalanzarse sobre mí al instante. Todos los Dominus eran magos poderosos, los mejores de sus respectivos enclaves, y los de los más importantes eran todavía más extraordinarios. No obstante, Li Shanfeng estaba a otro nivel.

Todos los alumnos del colegio conocíamos su historia: además de ser extremadamente dramática, era una parte fundamental de la historia reciente de los magos. De pequeño, había sobrevivido al ataque de un milfauces que los había obligado a abandonar el enclave de Shanghái. Se graduó en la Escolomancia como el artífice más brillante del que se tenga memoria y recibió ofertas de todos los enclaves importantes del mundo. Sin embargo, volvió a casa e hizo lo que nadie pensaba que se podía hacer: con la ayuda de un círculo de magos, se metió en el milfauces y lo destruyó para poder recuperar el enclave.

Y entonces reconstruyó su hogar, medio derruido y abandonado, y lo transformó en uno de los enclaves más poderosos del mundo. Había desarrollado unas técnicas nuevas de construcción que permitían a los enclaves modernos la construcción de estructuras mucho más grandes y complejas. La troqueladora de Pekín era, casi con toda seguridad, diseño suyo. Al igual que aquellos discos nuevos de cimentación. Todos los enclaves poderosos de occidente habían pagado una gran suma de maná y tesoros para hacerse con ellos, y él había tomado las riquezas y las había utilizado no solo para reconstruir Shanghái, sino también para respaldar a los enclaves chinos más importantes, patrocinar a decenas más y, en última instancia, obligar a que se llevara a cabo una redistribución de las plazas de la Escolomancia y así poder salvar a un número mayor de magos independientes que vivían cerca de sus propios enclaves.

No solo se trataba de una historia de éxito improbable, sino de una generosidad aún más improbable. Los enclaves grandes a menudo apoyaban a los más pequeños a cambio de su lealtad y diversos tipos de tributos, pero él había brindado más poder del que había acaparado para sí; había ayudado a otros enclaves a hacerse tan grandes como para rivalizar con el suyo. No era algo habitual entre aquellos que pertenecían a enclaves; no era algo habitual entre magos.

Salvo, por supuesto, que ahora sabía lo que había detrás. Había salvado a su enclave de un milfauces, pero luego había *creado más*. Por cada enclave que había ayudado a erigir, había arrojado otro milfauces sobre los magos indefensos y desprotegidos que carecían de un lugar donde refugiarse, y había *sabido* lo que hacía de un modo que ni siquiera el miembro de consejo más vil era consciente. Había estado en el interior de un milfauces y había sentido esa hambre infinita y devoradora que intentaba abrirse paso hasta él.

Algo de aquello debió de reflejarse en mi rostro, porque los guardias se estremecieron; no llegaron a levantar las armas, pero ganas no les faltaron.

Porque querían protegerlo: a su *héroe*. Me los quedé mirando y le dije de forma salvaje:

—No están al tanto, ¿verdad?

Shanfeng se dirigió a los dos guardias; tenían un aspecto horriblemente desdichado, pero al cabo de un momento, salieron de la tienda y nos dejaron a solas.

—No —respondió—. Resulta muy complicado contárselo a alguien que no lo sepa ya. La obligación que fuerza a guardar el secreto es muy poderosa. Lleva vinculada a los hechizos de cimentación mucho tiempo… sospecho que desde el principio.

Yo también lo sospechaba. Al fin y al cabo, no era de ese tipo de secretos que uno esperaba poder guardar *sin* magia. Quienquiera que hubiese ideado en su día aquella maravillosa forma de construir los cimientos de un enclave, había pretendido vender su hechizo al mejor postor, pero probablemente le preocupara un poco lo que los demás pensaran de su ingeniosa solución. De manera que había creado un hechizo para asegurarse de que no pudieras contárselo a nadie hasta que la otra persona aceptase la obligación de mantenerlo en secreto.

—Sería inadmisible que alguien descubriese los trapos sucios —dije.

Shanfeng asintió como si no tuviera nada que ver con él.

—La obligación también requiere que se cobre por el hechizo un precio acorde al mercado antes de poder compartirlo. Y las restricciones se extienden a cualquier mejora o modificación que se les pueda hacer. Se diseñaron para permanecer controlados. A diferencia de esos. —Señaló los sutras que llevaba colgados al pecho en su estuche protector—. Por favor, siéntate.

Él tomó asiento; yo permanecí de pie.

—¿Tenía pensado llevar a cabo alguna mejora? —dije de manera sarcástica—. Estoy segura de que podrían hacerse muchas más cosas si se añadieran unos cuantos sacrificios en masa aquí y allá.

—Veo que estás muy enfadada —dijo, demostrando que poseía la capacidad de observación de una piedra—. Tienes todo el derecho a estarlo. Pero no disponemos de demasiado tiempo. En cuanto Ophelia descubra que estoy aquí, tomará medidas. Y entonces… tendrás que tomar una decisión.

—No veo que haya demasiada diferencia entre ambos. Ella no ha creado un porrón de milfauces a base de construir enclaves —dije. Aunque aquello no era del todo cierto. El instinto me decía que él era mejor que Ophelia. No era en absoluto un maléfice. Suponía que *otros* magos habían ejecutado los

hechizos de construcción y él únicamente los había ayudado. Contra toda lógica, aquello me hizo enfadar aún más, como si hubiera algo digno en que Ophelia se hubiera manchado las manos de sangre.

—Ophelia y yo libramos la misma guerra, y llevamos haciéndolo muchos años —dijo—. Es algo que engendra similitudes… y concesiones. Me arrepiento de muchas de las cosas que he hecho. Pero de lo que más me arrepiento es de las decisiones que tomé sin disponer de información. Eso es lo que he venido a ofrecerte, si te interesa.

—¿A lo que se refiere es que quiere contarme lo horrible que es Ophelia y lo buena persona que es usted? —dije. Había acudido allí precisamente porque quería recabar información y detener a Ophelia, pero ahora casi me entraban ganas de mandarlo a paseo. Sin embargo, reprimí el impulso. ¿Qué iba a hacer si no? Podía acercarme al bando de Nueva York, hablar un rato con Ophelia, cabrearme de nuevo con ella y volver aquí, charlar con Shanfeng, enfadarme con él e ir saltando entre ambos bandos como una pelota de pingpong hasta perder los estribos y mandarlo todo a tomar por saco en un último torbellino de furia—. Pues, venga. Cuénteme algo que no sepa.

Si mi tono le molestó, no dio muestras de ello. Reflexionó durante un instante y luego dijo con voz calmada:

—Cuando me adentré en el milfauces, llevaba una armadura que había construido yo mismo mientras un círculo conformado por todas las personas a las que amaba, mi familia, mis amigos, todos los magos a los que pude convencer, se esforzaban para que esta no se desmoronase. Transcurrieron seis días antes de poder vislumbrar el núcleo del milfauces. Pero, desde luego, no me desplacé en ningún momento. Solo lo hice más pequeño. Matando a todas las personas del interior antes de que pudieran arrastrarme a su propio tormento.

Pronunció cada palabra a un ritmo pausado, como si tuviera que mantenerlas a raya. Había ocurrido hacía cincuenta años, pero los tendones del cuello se le marcaban profundamente, y todos los órganos internos del vientre se me revolvieron en solidaridad con él, pues compartía el recuerdo de aquel horror. Quería gritarle a la cara o ponerme a vomitar.

—Pero fui incapaz de hacerlo —dijo.

Me lo quedé mirando.

—¿Qué?

—Era un milfauces muy grande. Se había comido ya a mucha gente cuando irrumpió en Shanghái. A demasiadas: no podía matarlas a todas. Y a

mi círculo se le estaba acabando el maná —explicó—. Se los destruye así, ¿no? Matando a los que están dentro.

—Antes sí —dije de forma inexpresiva. Todavía intentaba asimilar la idea de que, al parecer, un círculo de magos no había sido capaz de replicar mi método—. Ahora simplemente les digo que ya están muertos.

Asintió en señal de comprensión.

—Pero seguramente eso te funciona porque ya has matado alguno de la manera difícil. Ahora te diriges a ellos siendo consciente de la certeza de su muerte. Yo no podría hacer lo mismo. Pero para aquel entonces ya había estudiado la construcción de enclaves. Conocía los desafíos que conllevaba establecer los cimientos en el vacío. Así que cuando me acerqué lo suficiente al núcleo del milfauces, comprendí lo que estaba contemplando. Los cimientos de algún otro enclave. El anhelo de un círculo de magos por crear un lugar donde sus hijos y ellos estuvieran a salvo y se fortalecieran. El hambre insaciable que nos lleva a devorar a otros hasta no dejar nada.

Supongo que tenía razón, pero ignoraba de qué servía dicho descubrimiento cuando uno llevaba seis días dentro de un milfauces y se le acababa el maná.

—¿*Qué* hizo?

—Solo encontré un modo de vencer ese anhelo —dijo, cansado, mientras el sonido de años de búsqueda le teñía la voz—. Sobrepasándolo con el nuestro. Había estado trabajando en una herramienta que servía para manifestar la voluntad de un mago, para amplificarla…

—Un editor —solté, recordando a Zixuan, que había empleado su propia versión contra mí en el gimnasio.

—Sí. Llevaba uno conmigo. No me ayudó a la hora de matar. Matar es ya muy sencillo. Pero en cuanto estuve lo bastante cerca del núcleo, pude usarlo para amplificar *nuestro* anhelo, el anhelo de todo mi círculo, por recuperar nuestro hogar. Por tener un lugar donde resguardarnos y fortalecernos. Y el círculo estaba formado por los suficientes magos como para que, con la ayuda del editor, nuestro anhelo *sustituyera* al del núcleo. Sobre este, creamos unos cimientos nuevos para Shanghái. Pero…

—El milfauces no fue destruido —dije, asqueada, al comprenderlo.

—No. Pero era mucho más pequeño. El proceso requería tanto maná como la creación de un enclave y… se extrajo dicho maná del propio milfauces. Yo me quedé fuera. Fuimos capaces de translocar lo que quedaba de la criatura antes de que pudiera engullirnos a alguno de nosotros y levantamos guardas para mantenerlo a raya. Recuperamos el enclave, que se

alzó más sólido que nunca gracias a la doble cimentación. Pero ese mismo día, mientras yo me encontraba a solas llorando, uno de mis amigos vino y me susurró que otro enclave había sido destruido. El enclave de San Diego… al otro lado del mundo.

No me había planteado antes lo raro que era que el milfauces de Bangkok se hubiese colado por las puertas de la Escolomancia en Portugal, que el milfauces de Pekín se pusiese a sobetear las puertas de Londres. Pero en cuanto dijo aquello con énfasis lo entendí de inmediato.

Shanfeng asintió al verlo en mi expresión.

—Después de la construcción de la Escolomancia, empezaron a sobrevivir más niños magos. De manera que se construyeron más enclaves. Tras la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos se erigía uno cada cinco años, y a veces cada tres. Sus vecinos los ayudaban…, a cambio de una compensación. Aunque, por supuesto, no querían que los nuevos milfauces merodearan por los alrededores, así que crearon unos enormes portales y los mandaron muy lejos. A países con pocos enclaves o donde los antiguos enclaves hubieran acabado destruidos o debilitados, y no hubiera nadie con el poder suficiente como para oponerse. Como China.

No exigí que me enseñara pruebas. Era perfectamente obvio.

—De manera que construyó los enclaves suficientes para igualar el marcador y envió a los milfauces en sentido contrario.

—He intentado llegar a acuerdos con los demás enclaves importantes para frenar el ritmo de construcción —dijo Shanfeng—. Pero es imposible. ¿Por qué un círculo de magos de Dublín, con suficiente maná ahorrado, iba a aceptar esperar y perder la vida para que otro círculo de Guangzhou pudiera crear su enclave y sobrevivir? Y a pesar de que Londres podría haber accedido a abrir sus puertas al círculo de Dublín y proporcionarles un hogar, prefirieron venderles los hechizos para que se construyeran uno propio, a cambio de varios años acumulados de maná. Maná que les hacía falta para pagar las deudas de la guerra, puesto que para protegerse habían creado cinco entradas nuevas y enviado a los milfauces a la India.

—Un momento —dije, horrorizada—. *Cada una* de las entradas…

—Sí. Por cada acceso que se crea en el vacío, debe haber unos cimientos. Y un milfauces vinculado a estos.

Caí en la cuenta de que aquella era la razón por la que Yancy y los suyos habían conseguido colarse por las antiguas puertas selladas. No era simplemente por el maná y los recuerdos. Sino porque los milfauces vinculados a las puertas de Londres seguían *ahí fuera*, zampándose a magos;

todo para evitar que los jardines de cuento de hadas de Londres se derrumbaran bajo las bombas de los nazis.

—Todos hemos construido tantos enclaves como hemos podido y tan rápido como hemos tenido oportunidad, a pesar de ser conscientes de que al final, lo que estábamos precipitando entre todos era nuestra propia destrucción —dijo Shanfeng—. Y ahora el ritmo de dicha destrucción se acelerará. Porque has matado a innumerables maleficaria y los milfauces tienen menos alimento. De manera que tendrán que cazar magos en su lugar.

Como el milfauces que había atacado las guardas deterioradas de Londres y el que había aparecido en la residencia de mi familia a las afueras de Bombay. Había tenido lugar una carrera armamentística entre los enclaves del mundo, una carrera hacia el abismo, y yo había llegado arrasando y lo había acelerado todo. Alcé las manos y me aparté el pelo de la cara, como si así fuese capaz de tomar más aire y reducir la presión que provenía del interior de mi cráneo a pesar de que a mí me pareciera producto de una fuerza externa.

—No es culpa tuya —dijo Shanfeng—. Sino nuestra. Ninguno fue capaz de encontrar el modo de parar. Debatimos, discutimos, nos engañamos unos a otros y pusimos excusas… y el número de enclaves aumentó. Así que Ophelia decidió que tenía que tomar cartas en el asunto… para obligarnos a poner fin a aquello. —Sonrió con ironía—. Al menos, para que un número *suficiente* de nosotros le pusiera fin. Ese era su objetivo.

—Con Orion —dije, comprendiendo al instante la situación: eso era lo que él quería que yo supiese. Y era consciente de que no quería oírlo, pero tampoco podía darle la espalda—. ¿Qué le hizo?

—Primero debo explicarte el principio —repuso Shanfeng—. Un milfauces sirve, fundamentalmente, para establecer un punto de armonía en el vacío, un lugar en su interior capaz de soportar la realidad material. Los cimientos son el primer fragmento básico de la realidad que le pedimos al vacío que sostenga. A parir de ahí uno puede seguir construyendo. Sin embargo, los cimientos no tienen por qué ser grandes. Pueden ser tan diminutos como un átomo. Lo único es que no podrías construir un enclave enorme encima.

—Quería un arma —dije.

—Quería un hijo —replicó Shanfeng, corrigiéndome suave aunque firmemente, negándose a aprovechar la oportunidad que le había brindado, la oportunidad de convertir a Ophelia en un monstruo, como si no quisiera que las cosas resultaran tan sencillas, ni para él ni para mí—. Un heredero, si lo

prefieres. Una mente racional consciente que llevara a cabo su objetivo, con un poder casi ilimitado para lograrlo.

Hizo una pausa, supongo que considerando la manera de contármelo, mientras yo me esforzaba por no gritarle

—Tomó un embrión y lo sacrificó para crear un milfauces diminuto —explicó—. Pero mientras que los constructores de enclaves utilizan el poder que obtienen para establecer los cimientos, ella se lo devolvió al hijo que acababa de aplastar. De esa forma los fusionó a ambos para crear el ser que se había imaginado: un mago vinculado directamente al vacío. Un mago que además era también un milfauces.

Me tragué la bilis y una oleada de horror.

—¿Cómo lo sabe? —conseguí articular, un patético y desesperado intento por desestimarlo—. ¿Acaso le hizo un croquis?

—No —dijo—. Pero tenemos infiltrados en Nueva York, al igual que ellos tendrán gente infiltrada entre los nuestros seguramente. El año en el que todos los alumnos murieron durante la graduación, nos percatamos de que alguien, o bien perteneciente al enclave de Nueva York, o bien contando con su beneplácito, había llevado a cabo *algo*. Al principio no supimos el qué. Más tarde oímos hablar del niño, del hijo de Ophelia, que era capaz de matar maleficaria a los tres años. Después de aquello, nos dedicamos en gran parte a investigar.

No quería creerle.

—Me sorprende que no crearan un milfauces humano propio —dije entre dientes—. ¿No dio con nadie capaz de digerir la idea?

—No soy ejemplo de autoridad moral y no fingiré lo contrario —repuso Shanfeng con una delicadeza horrible y decidida—. Pero sí tengo experiencia e información que Ophelia no tenía. Porque yo, al igual que tú, sí he estado en el interior de un milfauces. Por eso, en cuanto descubrí lo que Ophelia había hecho, comprendí que no había encontrado ninguna solución. Porque un milfauces jamás se queda satisfecho. No puede ser controlado. Tal y como tú misma sabrás.

Se puso en pie y abandonó la tienda, pasando junto a mí. Me entraron ganas de hacerme un ovillo o, aún mejor, de huir al otro lado del planeta. Tenía razón. Lo sabía perfectamente. Fui tras él, arrastrando cada uno de mis pasos.

Solo habíamos estado en la tienda unos cuantos minutos, apenas habíamos intercambiado unas cuantas frases, pero fuera, todo había cambiado. Aadhya, Liu y el resto de nuestro grupito seguían en lo que a mí me pareció el mismo

sitio —mirando ansiosamente en mi dirección—, pero la entrada al pozo que se había encontrado a su espalda había desaparecido. La pared de la caverna carecía de huecos. No había salida.

Y ambos bandos habían intercambiado prácticamente sus posturas. Nueva York y sus aliados habían hecho a un lado sus fortificaciones y, en su lugar, habían instalado armas ofensivas; en este lado, a mi alrededor, las armas de asedio habían quedado apartadas sin miramientos y se estaban levantando muros defensivos. Era como si todo hubiese sido un farol por ambas partes y ahora estuviesen poniéndose las auténticas cartas sobre la mesa.

—Era una trampa —dije—. Todo ha sido una trampa.

—Sí. Para todos. —Shanfeng hizo un gesto de barrido con la mano, señalando la totalidad de la cámara, a *todos* los magos—. Para Ophelia no hay bandos. Todos ansiamos lo mismo, así que nos considera enemigos a todos. Pretende intimidar y controlar a sus aliados tanto como a los que se oponen a ella. Pero sabía que tendería la trampa en cuanto yo me presentase.

—¿Y por qué ha venido?

—Porque *tú* estás aquí —respondió, de forma simple y terrible—. El, cuando descubrimos lo que Ophelia había hecho, tuvimos que tomar una decisión. Cuando decidimos *no* reaccionar, *no* seguir su camino, sabíamos que estábamos renunciando a la capacidad de detenerla. Pero también éramos conscientes de que había generado un terrible e inmenso desequilibrio en el mundo. De manera que todos estos años hemos estado observando, y esperando, que hubiera alguien que lo equilibrase todo. Estábamos muy preocupados —añadió secamente.

—Y ahí entro yo en escena, ¿no? —dije entre dientes—. ¿Qué cree exactamente que voy a *hacer* por usted?

No me hacía falta preguntar. Ya sabía lo que quería que hiciera. Quería que hiciera aquello para lo que estaba hecha, aquello que solo yo era capaz de hacer. Quería que *matara a Orion*, y lo iba a obligar a que lo *dijera*; quería que Shanfeng me mirase a los ojos y me pidiera que lo hiciera, que matara a mi amigo, para poder mandarlo a la mierda.

—Pero no se trata solo de ti —dijo Shanfeng con suavidad.

Me lo quedé mirando, desconcertada, y durante un instante de increíble estupidez, pensé que estaba dándome una pizca de esperanza, alguna otra posibilidad.

—Hay algo más…

Pero me equivocaba.

—Se trata de los dos —dijo Shanfeng—. Tú y el niño que creó Ophelia. El chico del que hemos oído hablar a nuestros hijos al salir de la Escolomancia durante los últimos cuatro años. El chico que les salvaba la vida a los demás, que no aceptaba ninguna retribución a cambio y al que le daba igual de qué enclave proviniese cada uno. Ophelia acabó engendrando… no el héroe que deseaba, sino el que se merecía.

Un repentino destello de luz al otro lado me hizo girar la cabeza: un portal horriblemente caro se había abierto. Ophelia emergió del interior y se situó en la enorme plataforma central, entre los demás líderes de los enclaves occidentales, exhibiendo un porte de perfecta serenidad. Los demás se acercaron a ella con sonrisas de bienvenida, dispuestos a cortejar a la reina; Martel iba en cabeza, con su característico semblante paternalista. Ophelia se volvió y extendió la mano a modo de invitación, mientras Orion atravesaba el portal justo después que ella.

Llevaba un atuendo que parecía sacado directamente de la artificial habitación infantil que Ophelia y Balthasar le habían montado, aunque acorde a su edad: unos caros pantalones planchados, zapatos de cuero y una camisa impecable. Lo único que no encajaba con la vestimenta eran las dos correas de reloj que llevaba en ambas muñecas, como si Ophelia hubiera creído que necesitaban un conducto más grande vinculado al depósito de maná. Pero *Orion* parecía fuera de lugar con aquella ropa: tenía los hombros rígidos por la tensión, la mandíbula apretada y las manos metidas en los bolsillos, una figura sujeta con alambre.

Hasta el último de los Dominus lo miraba con la misma expresión calculadora que los críos de la Escolomancia le habían dirigido en la biblioteca, en la cafetería y en las aulas, intentando hallar el modo de que se sentara con ellos. Y él les estaba prestando la misma atención que había prestado entonces, es decir, ninguna. Aún menos, en realidad; todos hablaban con él, los veía mover la boca, y Ophelia intentaba presentarle a todo el mundo, pero él ni siquiera se estaba mostrando obedientemente educado. Les dio la espalda a todos y se encaminó al borde de la plataforma.

Lo veía con más detalle con cada momento que pasaba: se estaban acercando. La llegada de Ophelia había constituido una señal para su bando. Ruth se había levantado de la silla plegable con las palmas orientadas hacia el suelo, concentrándose con todas sus fuerzas. Estaba *encogiendo* la cueva, acercándonos unos a otros para el enfrentamiento que claramente estaba a punto de desatarse. El combate que Nueva York creía tener ganado con su nueva e imparable arma.

—Sabíamos que tenías que existir —dijo Shanfeng, a mi lado—. Un poder que fuera capaz de equilibrar lo que ella había creado. Que tuviera la capacidad…

—*¿De matar a Orion?* —espeté, volviéndome hacia él con rabia: después de todo, no había tenido la paciencia suficiente como para esperar a que él lo dijera—. ¿De asesinar a la persona que salvó a todos vuestros hijos, a todos los que salieron de la Escolomancia…?

—Ya está muerto —repuso Shanfeng con un tono firme y suave; sin un ápice de malicia y con tanta brutalidad como si me hubiera dado una bofetada.

Me quedé inmóvil. Mis costillas conformaban una jaula alrededor de mi pecho mientras intentaba seguir respirando. No había suficiente aire en aquella caverna, ni en el mundo.

—Tenía seis años cuando el milfauces se presentó en mi casa —prosiguió Shanfeng, y las lágrimas le surcaron el rostro, acompañadas por esa horrible e insoportable expresión de solidaridad: el arma que había hallado contra mí—. Mi padre me llevaba en brazos. Mi madre iba delante, agarrando a mis hermanas de la mano. Y entonces el milfauces apareció por el pasillo que nos separaba. Mi padre se dio la vuelta y salió corriendo en dirección contraria. Vio por encima del hombro cómo las engullía. El, habría dado cualquier cosa, habría dejado que el enclave se precipitase al vacío, si hubiera podido volver a sacar a mi madre y a mis hermanas del interior. Pero no pude. Solo hay un obsequio que puedes brindarles a los que son devorados. El obsequio que solo tú puedes otorgarle.

Podía haberle propinado un puñetazo en la cara. Porque tenía razón. Orion era el héroe que Ophelia no deseaba, el héroe que había comprendido finalmente lo que ella había hecho para engendrarlo… y que se negaba a prestarse a sus planes. Alguien que se negaba a alimentar a un milfauces para que el resto de su ser continuara con vida. *Me es imposible estar bien*, me había dicho. No a menos que Ophelia pudiera deshacer lo que había hecho.

Pero no había podido. La parte de él que me amaba, que quería ser un héroe y que había pedido ayuda no podía separarse del resto. Porque aquella era la parte con la que habían alimentado a un milfauces en primera instancia, la parte que el milfauces estaba sustentando en el vacío, como un horrible acertijo en plan qué-fue-primero en el que la respuesta era que daba igual, porque al final todo iba metido en el saco.

Ophelia se había acercado a hablar con Orion con el ceño ligeramente fruncido: un atisbo de preocupación. Me imaginaba la conversación que

habían mantenido cuando él había acudido a ella. Al fin y al cabo, había sido completamente directa y sincera en aquella carta. Confiaba en él. Creía que utilizaría el poder *como era debido,* el poder por el que había llegado a semejantes extremos. Incluso había sido sincera conmigo también. Su objetivo era exactamente el que me había dicho: quería que los magos dejaran de hacer trampas, quería evitar la construcción de nuevos enclaves —y sus costes *particulares*— y quería que los que ya existían *compartieran* el poder.

Los mejores propósitos del mundo, solo que los había utilizado para justificar los peores métodos. Y cuando Orion había vuelto a casa y le había rogado que deshiciera lo que había hecho, estaba segura de que ella le había explicado muy amablemente pero con firmeza que no podía, y entonces probablemente le habría dicho que no se preocupase y que pensase en el bien común. Como si el muy capullo se hubiera parado a pensar alguna vez en su vida en otra cosa que no fuera el bien particular que tenía delante de las narices: el niño que necesitaba ayuda inmediata, el mal al que había que detener.

Supongo que no se había molestado en discutir con ella. ¿Qué sentido hubiera tenido? Ophelia no contaba con toda la información. Jamás había estado en el interior de un milfauces ni sentido cómo la criatura intentaba llegar a ella, cómo intentaba arrebatárselo todo. Era imposible darle uso a un milfauces. No se lo podía satisfacer. Jamás se hartaba. Lo único que conseguías cada vez que lo alimentabas era incrementar su hambre. Eso Ophelia no lo sabía.

Pero yo sí, al igual que Shanfeng, al igual que Orion. Así que cuando le pidió que acudiera a la caverna, que la ayudara a poner en práctica su plan para aplastar a la mitad de los enclaves del mundo y meter miedo al resto para que se sometieran sin rechistar, él la había acompañado, pero no había venido a ayudarla. Incluso mientras Ophelia hablaba con él, Orion escudriñaba el resto de la estancia, contemplando los rostros.

Buscándome.

Y cuando me vio entre la multitud, al otro lado de la caverna, lo peor fue que los hombros se le relajaron. Nuestras miradas se cruzaron y durante un único, luminoso y nítido momento, no fue anhelo lo que surcó su rostro, ni siquiera amor; para ello habría tenido que albergar algo de esperanza. Me miró a mí y solo a mí y lo único que vi fue… alivio. Alivio y confianza; el muy cabrón *confiaba* en que yo… Y entonces se relajó, como si hubiera tomado aire profundamente y se hubiera desprendido de una terrible carga. Salvo que aquello de lo que se desprendió fue… él mismo. De los exiguos

rayos de esperanza que mamá le había brindado en aquella pequeña cabaña del bosque; lo único que había podido hacer por él. El alivio se deslizó por su rostro como una máscara al caer, llevándose consigo toda emoción; y lo que dejó detrás fue el ser —el *milfauces*— que me había encontrado sentado tranquilamente en la Escolomancia al no quedarle nada más que cazar.

Pero aquí tenía un festín delante de las narices.

Ophelia frunció el ceño y extendió una mano hacia Orion, como si se hubiera percatado de que algo iba mal, y entonces se detuvo antes de tocarlo. El ser con el rostro de Orion la contempló con los ojos brillantes y vacíos, y ella retrocedió un paso. No se abalanzó sobre ella. Al fin y al cabo solo era una maga y, para colmo, una maléfice que solo empleaba malia, que no tenía ni una pizca de maná propio y que racionaba la cantidad de malia que extraía. Para un milfauces no era más que una patata frita machacada.

Pero entonces Orion miró a *Ruth* y se quedó tieso, como un perro de caza que ha olfateado una presa. La mujer tenía los ojos cerrados y las manos abiertas, la mandíbula en tensión y chorretones de sudor tiznados de rojo que la recorrían mientras llevaba a cabo su labor: un delicioso bombón, como mínimo, y, como si hubiera percibido el interés que despertaba, la mujer se sacudió, abrió los ojos y le devolvió la mirada; detuvo bruscamente lo que estaba haciendo, con el rostro congestionado de preocupación. Retrocedió un paso. Todo los magos de la plataforma de Nueva York empezaron a retroceder también; el terror borró sus expresiones petulantes al percatarse, de pronto, que había un sanguinario milfauces plantado junto a ellos, listo para zamparse la cena.

Ophelia fue la única que no se apartó de él. Puede que no lo sintiera de la misma manera o estuviera demasiado empeñada en no darse cuenta de lo que había hecho. Le dijo algo a Orion mientras señalaba la plaza, a todos los que nos hallábamos congregados en la zona de Shanghái… ¿pensando, tal vez, que estaba confundido y le hacía falta un recordatorio de quién era el enemigo? Lo ignoraba, pero el milfauces miró en nuestra dirección, dispuesto, al parecer, a aceptar la sugerencia.

Bajó de la plataforma y se dirigió hacia nosotros con un movimiento horriblemente *fluido*. Satisfecha consigo misma, suponía, Ophelia se volvió y le hizo un gesto a Ruth, que tuvo la sensatez de mirarla con cierta expresión de duda, meneando ligeramente la cabeza. Pero, después de todo, era una idea fantástica ofrecerle a Orion un menú alternativo, así que al cabo de un momento volvió a ponerse a trabajar.

Yo estaba plantada al fondo de la zona de Shanghái, con Li. Orion se acercó con paso firme hacia nosotros, incluso mientras el suelo se desplazaba como las pasarelas móviles del aeropuerto o una cinta transportadora dirigiéndose directamente a un horno incinerador. Las primeras filas del bando de Shanghái habían comenzado a lanzarle ataques por encima de sus fortificaciones, los mismos hechizos inútiles que todo el mundo había intentado lanzarme a mí y que tuvieron el mismo efecto inocuo sobre él. Cada uno de los hechizos tenía el propósito de destrozarlo, herirlo y acabar con él, pero Orion no los interceptó ni los desarticuló; no tenía que molestarse en hacerlo. Simplemente los absorbía sin descanso.

La gente retrocedía a medida que él se acercaba, extendiendo frente a ellos las defensas de forma frenética, un muro de artificios y hechizos de barrera. Se detuvo al llegar al muro y entonces… *entró en contacto* de un modo que era incapaz de describir. No era algo que fuera capaz de ver, sino que lo sentí de la misma manera que sentía la magia, el amor o la rabia. Pero a pesar de que no era visible, estaba allí, un hambre tentacular que se desplegaba y succionaba todo aquello que alcanzaba, acompañado de unos alaridos asoladores casi idénticos a unas voces humanas. Lo que se oyó después *sí* fueron voces humanas, los primeros gritos, cuando él consiguió atravesar las defensas y se apoderó de los magos que estaban más cerca, los más valientes o estúpidos que no se habían alejado lo suficiente.

Me estremecí con horror, con todos los tipos de horror que existían. Al igual que el resto. Incluso los magos del bando de Nueva York se estremecieron. Podía atisbar ligeras distorsiones en el aire que rodeaba la plataforma: los demás Dominus trataban de abrir portales. Supongo que no querían ser testigos de lo que iba a ocurrir. Pero no se abrió ningún portal. Shanfeng tenía razón. Aquella no era solo una trampa para él. Era una trampa para todos nosotros. Ophelia sí pretendía deshacerse de Shanfeng, pues era la mayor amenaza: el único mago del mundo que *podría* haber creado un arma aún más poderosa si hubiera decidido seguir sus pasos. Pero también quería que todos los miembros de enclave del mundo, incluso sus propios aliados, supieran que disponía de un arma monstruosa que estaba dispuesta a utilizar contra ellos, por lo que cuando por fin los dejara marcharse a casa, todos harían exactamente lo que ella dijera.

Me volví hacia Shanfeng desesperada, en busca de cualquier cosa, de algún modo que nos permitiera a mí, a Orion y al resto salir de aquella trampa que Ophelia nos había tendido. Él me entregó algo con ambas palmas. Una cadena de la que colgaba un disco del tamaño de un platito, con un remolino

de rayas negras y plateadas, en un marco de polvoriento acero negro: un prestamagia, solo que diez veces más grande. Percibía el poder que fluía en su interior sin necesidad de tocarlo.

—No puedo obligarte a que nos salves —dijo Shanfeng—. Solo puedo proporcionarte lo necesario para ello. Todo el maná que hemos almacenado para la construcción de un segundo colegio, sin pedir nada a cambio.

Podría habérselo lanzado a la cabeza y haberle soltado un berrido. Pero no me habría oído con todos los demás gritos, con el alboroto de los magos que intentaban salvarse. Sus escudos empezaban a desvanecerse ya en estallidos de chispas, mientras se veían arrastrados, palmo a palmo, hacia Orion.

—Ophelia alimentó a un milfauces con su propio hijo, y para fingir que no había sido así, vistió al milfauces con la piel del niño —dijo Shanfeng—. Esa es la criatura que está ahí plantada, no el chico al que amabas ni el chico que se arriesgó para salvar a otros. ¿Acaso él elegiría hacer esto?

—¡Cállese! —le gruñí, tan enfadada que de mi interior emergió un sonido conformado por muchas voces, las suficientes como para que se apartara de mí—. A usted *le da igual* lo que Orion hubiese elegido o no hacer. Le importa tan poco como a *ella*.

Le quité el disco de las manos y me di la vuelta. Lancé la evocación de rechazo sobre toda la facción, una cúpula brillante de varios centímetros de grosor con una capa de arcoíris aceitosos por toda la superficie. Los gritos se transformaron en sollozos ahogados al tiempo que la evocación empujaba a Orion hacia atrás y le apartaba los brazos.

Los magos a los que había agarrado cayeron al suelo, liberados. Se alejaron a rastras, con las manos y las rodillas temblándoles. Atravesé las filas corriendo hasta llegar a la pared de la cúpula. Tardé solo tres pasos en llegar, pues iba en la dirección del tirón de Ruth, y tanto su propósito como el mío me arrastraron casi de inmediato hasta la pared iridiscente. La cúpula cubría exactamente la mitad de la caverna, la pared curvada se encontraba alineada al milímetro con la brillante inscripción dorada del centro, **ATRÁS**, **MALICIA**, impidiéndole el paso a Orion, que estaba al otro lado.

Aunque él me miraba con los ojos brillantes y hambrientos, repletos de interés. Se acercó y apoyó las manos en la cúpula, y la superficie cedió un poco bajo la presión de sus dedos, arremolinándose. No lo detendría durante demasiado tiempo. Ya había aprendido a atravesarla una vez. Un milfauces no era un pozo de hambre irracional. Se había formado a partir del anhelo de los magos que lo habían creado, de su anhelo por vivir, de todo el arte, la astucia y la desesperación que eran capaces de reunir para alcanzar dicho objetivo.

Y Ophelia había engendrado aquel milfauces a partir del hambre desesperada que había sentido toda una promoción de la Escolomancia al intentar atravesar las puertas: se había aprovechado tanto de los marginados como de los miembros de enclave. Puede que incluso le hubieran interesado más los alumnos de enclave, que tan cerca habían estado de saborear una vida maravillosa y repleta de lujos. Les había arrebatado hasta la última gota anhelante de vida y la había vertido en el vacío a través de su hijo perfectamente inmaculado, aplastándolo y volviéndolo a reconstruir en torno al milfauces que había creado.

Y aunque Orion no volviera a aflorar, ella seguiría intentando utilizar a la criatura que había engendrado. Alimentaría al milfauces con la mitad de los magos de la caverna y después encontraría el modo de encerrarlo hasta que le hiciera falta de nuevo. Y tal vez aquello funcionara durante una buena temporada. Aquel ser la acompañaría a cualquier parte porque sabría que iba a darle de cenar. Lo tendría adiestrado en un santiamén. Y todas sus víctimas seguirían padeciendo un tormento eterno en su interior, sufrirían junto con el sacrificio original, el alma pura que había machacado y vinculado al vacío: Orion. Y la única que podía ponerle fin era yo.

No lo hice. No hice nada. Permanecí al otro lado de la cúpula, viendo cómo se abría paso, con las lágrimas surcándome el rostro y todo el poder del mundo alojado en las puntas de los dedos; salvo que no era suficiente. No bastaba para cambiar el mundo.

Las yemas de sus dedos empezaron a atravesar el hechizo; acto seguido, cerró los ojos, apoyó la cara en la cúpula y la sumergió poco a poco, mientras la superficie se separaba en torno a su nariz, sus labios y sus ojos. Y en cuanto su rostro atravesó la superficie interior, Orion abrió los ojos y me miró, *Orion* me miró y me dijo: «El, por favor», y no me pedía que lo ayudase a salir. En absoluto. Me estaba pidiendo el único regalo que podía brindarle. Y si no se lo brindaba, esa criatura atravesaría la cúpula y me devoraría a mí y a todos los que había detrás, y probablemente seguiría haciendo lo mismo de por vida, inmortal e imperecedero, hasta que llegara el lejano día en que acabase con la última gota de maná del mundo y se consumiese a sí mismo lentamente, cuando todo lo demás hubiera desaparecido.

—El —dijo Aadhya con suavidad detrás de mí, con la voz temblorosa y aterrorizada, sumida en lágrimas, pero presente; estaba allí conmigo, extendiendo la mano y apoyándomela en el hombro. Y Liu también se encontraba allí, agarrándola de la otra mano, mientras sujetaba el laúd con

lágrimas en las mejillas. Se habían acercado para no dejarme sola, a pesar de que el resto intentaba alejarse a toda costa.

Y entonces Khamis se acercó también, abriéndose paso con la misma expresión determinada que había adoptado al encararse conmigo en el colegio, y me gruñó:

—¡Hazlo! ¡Acaba con esto de una vez, idiota! ¿Qué vas a hacer si no, dejarlo así? Sería como si se lo dieras de comer tú misma a Paciencia.

Me daban ganas de darle un puñetazo; me daban ganas de estamparle un beso en señal de gratitud por la chispa de rabia que había prendido en mí, permitiéndome calcinar la desesperación con llamas abrasadoras.

—No —les dije de forma salvaje a Khamis, a Orion, a Ophelia y a Shanfeng—. *No*. *No* pienso dejarlo así. —Me invadió una claridad tan afilada y luminosa como las letras que destellaban a mis pies, la plegaria grabada en las puertas de la Escolomancia: **ATRÁS, MALICIA.**

Pero la malicia había formado parte de la Escolomancia desde el principio. Aquellas puertas se habían construido sobre otro milfauces, un milfauces que se había aferrado al colegio porque no había en el mundo un coto de caza mejor. Paciencia. Y seguía allí. Orion no había destruido a Paciencia. La Escolomancia seguía en pie. Lo que había hecho era *devorar* a Paciencia. Del mismo modo que Paciencia había devorado a Fortaleza, del mismo modo que entre ambos habían devorado el equivalente a un siglo en niños. Y todos esos niños seguían allí, seguían sufriendo y gritando. No podía dejarlos así. A ninguno de ellos.

Tenía que matar a Orion Lake.

Me pasé la cadena con el enorme prestamagia de Shanfeng por la cabeza, me eché la mochila hacia delante y saqué los sutras. Los abrí y los alcé, y dejé que el libro se elevara desde mis manos mientras los conjuros dorados brillaban. Agarré de la mano con firmeza a Liu y a Aadhya, y sentí su amor y su fuerza a través del apretón que me devolvieron.

—Agarradme —dije—. No me soltéis, por favor. —Orion casi había atravesado el escudo y yo podía percibir el terror de mis amigas; notaba los latidos acelerados de ambas en sus manos. No era justo pedirles aquello, pero lo hice de todos modos—: Por favor.

—Estamos contigo —susurró Liu, y Aadhya dijo, temblando:

—No te soltaremos.

Me apoyaron las manos en los hombros, como habían hecho cuando habíamos descendido el pozo y, al cabo de un momento, Khamis les puso las manos en los hombros a ellas, y yo noté que una chispa eléctrica me recorría.

Orion atravesó la cúpula. Esta se hizo añicos y se desmoronó como si de fragmentos de hielo se tratara, evaporándose antes incluso de tocar el suelo. Se acercó a mí, pero no retrocedí. Alargué la mano y me agarré a él en su totalidad: me aferré al hambre horrible y ardiente y a todo lo que se había construido a partir de ella, a todo lo que requería aquel combustible interminable. Al colegio que Sir Alfred Cooper Browning había erigido para salvar a los hijos de los miembros de enclave; a la ampliación que Londres había llevado a cabo para acoger a muchos más. A las muchas decenas de enclaves cuyos milfauces se habían colado en la Escolomancia en busca de alimento y habían acabado en el vientre de Paciencia y Fortaleza. Y a Orion. Al niño que Ophelia había sacrificado para intentar detener la marea creciente de maleficaria. Le dije en voz baja, con suavidad, de todo corazón:

—Ya estás muerto.

Apenas me hizo falta maná. Simplemente expresaba una verdad obvia, les estaba diciendo la verdad a todos aquellos niños devorados: a Orion y a todos los que habían entrado en la Escolomancia y no habían salido, y a las pobres víctimas sacrificadas que conformaban el núcleo de cada milfauces que Paciencia había engullido. Ya estaban muertos, y era algo horrible, injusto y agónico, pero era la verdad; y lo cierto es que el hechizo los liberó, pues el milfauces que había devorado a Orion, el milfauces que lo sostenía oyó mis palabras y reconoció que sí, por supuesto, ya estaba muerto también.

No hubo ninguna corriente de carne y podredumbre: al eficiente milfauces de Ophelia no le hacía falta conservar los cuerpos, pues ya disponía de uno mejor para sí. Pero aun así los sentí marchar, como si de una profunda exhalación se tratara. Y el maná desapareció con ellos. El maná extraído de todas aquellas vidas, que incluso ahora seguía sustentando a enclaves de todo el mundo, a la propia Escolomancia y la vida de aquel chico; se fue desvaneciendo y el cuerpo de Orion se estremeció bajo mis manos como la cubierta de un barco dando bandazos, o las olas de debajo. El suelo se estremeció de la misma manera y las puertas de bronce de la Escolomancia gimieron de forma horrible. Se oyeron gritos desde la plataforma, pues todas las grietas que Ruth había enmendado se abrieron de nuevo y se ensancharon, y toda la sala se sacudió. Las piedras cayeron desde lo alto; la caverna se había medio precipitado al vacío, ya que estaba conectada a la Escolomancia, y no soportaría el derrumbe del colegio. Orion estaba ya casi deslizándoseme entre las manos, como si intentara agarrarme a algo igual de imposible, otra clase de maravilla mágica vinculada al vacío. Pero no lo solté. Me aferré a Orion, a la Escolomancia, a los tambaleantes y distantes enclaves que no veía,

a toda la magia acumulada sobre el diminuto lugar unicelular del vacío donde había estado el milfauces.

—Ya estás muerto —dije—. Pero *quédate de todas formas*. Quédate con nosotros y *protege a todos los niños dotados de sabiduría del mundo*.

Y convertí los tres hechizos en uno solo: la terrible y letal verdad que tenía que contarle al milfauces, la anhelante súplica de los sutras para disponer de un luminoso refugio y la maravillosa mentira sobre la que se había construido la Escolomancia; vertí en el hechizo todo el maná que me había proporcionado Shanfeng, el maná ahorrado para construir un colegio que les salvara la vida a los niños. La labor que Orion había intentado hacer suya.

Repetí el encantamiento en sánscrito de los sutras, el conjuro que no significaba otra cosa más que *quédate* y entonces Liu se unió a mí y lo pronunció en chino, la versión que había usado en Pekín, y Aadhya lo repitió conmigo en inglés: *Quédate y brinda protección*, e incluso mientras lo pronunciábamos noté que más chispas me atravesaban: Miranda, Antonio, Ernán y Caterina se unieron a nuestra cadena humana por detrás de Khamis, y de pronto una sacudida nos atravesó a todos como un rayo: Li Shanfeng se había unido a la cadena por detrás de ellos.

Resollé con la descarga y volví a repetirlo: *quédate*, a pesar de que ya no me oía a mí misma, pues más voces y manos se incorporaban; todos los integrantes del bando de Shanghái se aproximaron para unirse y el poder crepitó a través de la hilera en dirección a mí. De pronto, la voz de Liesel se oyó por encima del ruido:

—¡No forméis solo una fila! ¡Acercaos y repartíos!

Se colocó junto a mí y me apoyó una mano en la espalda, otra rama de apoyo. Alfie, que estaba a su lado, alargó la mano para tocarme también mientras Sarah se aferraba a su mano libre. Al cabo de un momento, el padre de Alfie se unió también, colocándose tras él. Los magos de ambos bandos se agolpaban ahora a mi alrededor y todos repetimos juntos: *Quédate*, cada vez más y más fuerte, incluso mientras la Escolomancia y Orion se estremecían desde sus cimientos.

Cada vez me costaba más aferrarme a Orion: era como si intentara sostener su peso, y el del colegio y el de todos los demás enclaves con los que él cargaba, mientras los cimientos creados con todo el maná robado se escurrían por debajo. Sin embargo, toda la gente que se encontraba a mi espalda intentaba ayudarme, intentaba sujetarlos… y, de pronto, Ophelia y Baltasar aparecieron también. Pero no se unieron a la cadena: se aproximaron

a donde estábamos y apoyaron las manos directamente sobre Orion, junto a la mía.

Y entonces Aadhya, mi querida Aad, que fue la primera en darme una oportunidad, apretó los dientes y apoyó la mano sobre Orion también, y más personas empezaron a agarrase a ellos, distribuyendo el peso y vertiendo más maná. Todos nos aferramos a él y repetimos una y otra vez *quédate*, en todos los idiomas del mundo. Por debajo de nuestros pies, una luz dorada emergió de las grietas cada vez más grandes de las inscripciones talladas, inundándolas, recomponiéndolas, y nos envolvió a todos, cálida, llena de esperanza, al tiempo que Orion se tambaleaba hacia delante, como si volviera a afianzarse. El chico dejó escapar un grito ahogado y se acercó a mí, me agarró la cara y dijo con la voz desgarrada y rota, tomando una decisión:

—Me quedaré. El, me quedaré. —Y me besó mientras ambos llorábamos.



El taxi nos dejó a mamá y a mí frente a las puertas al final del camino de entrada, y una bandada de pajaritos verdes echaron a volar de los árboles en cuanto nos detuvimos. Esperamos hasta que el coche se hubiese alejado antes de abrir las puertas y dirigirnos juntas a la residencia, flanqueadas por los altos muros y la melodía de la selva a ambos lados. Lloviznaba un poco, pero no abrimos los paraguas; la brisa y la niebla nos resultaban agradables y nos refrescaban la piel frente al calor del ambiente. No nos apresuramos. Mamá se había vuelto más silenciosa conforme nos acercábamos, y había cerrado los ojos un par de veces en el coche para meditar durante el trayecto. No se detuvo, pero me tomó la mano casi con demasiada fuerza.

No habíamos recorrido ni la mitad del camino antes de que viéramos a mi abuela correr hacia nosotras, como si hubiera estado vigilando la carretera, esperándonos: tal vez los pájaros la habían alertado. Se detuvo a unos pocos metros, vacilante, mirándonos a mamá y a mí con lágrimas en los ojos, con los brazos medio extendidos, y entonces noté que mamá tomaba aire profundamente y lo expulsaba, desprendiéndose de forma deliberada del miedo y el dolor; acto seguido, me soltó y se acercó a ella extendiendo las

manos también. Sitabai casi saltó a su encuentro y alargó los brazos para agarrarla.

La primera noche, Sitabai y mi abuelo nos invitaron a cenar tranquilamente en su propia sala de estar; la segunda noche invitamos a unas cuantas personas más, primos segundos y terceros que apenas me sacaban unos años. El tamaño de las reuniones fue incrementándose a lo largo de nuestra visita, hasta que la última noche cenamos en el patio con toda la familia.

Mamá había estado toda la mañana hablando con Deepthi y luego se había adentrado en la selva y se había dirigido a una pequeña cascada que nos había enseñado mi abuelo y que, según él, le encantaba a papá. Se había pasado el resto del día allí y había vuelto emanando tal vez no tanta paz como de costumbre, pero sí más que antes. Me abrazó y me susurró:

—Me alegro de haber venido.

Yo aún no estaba del todo convencida, pero pensé que tendría que seguir visitándolos para asegurarme.

Había tenido que volver al menos una vez. Lo había aplazado todo lo que había podido. Había vuelto a dormir con los sutras bajo la almohada, como en el colegio. Pero esa última noche, cuando se llevaron a los niños a la cama y se recogió la mesa, me obligué por fin a sacar los sutras de su cofre y me acerqué hasta Deepthi, que estaba sentada en su rincón cubierto del patio, con la brisa susurrando a través de las paredes de rejilla.

Me senté a su lado mientras ella depositaba el libro en su regazo y lo abría por la parte de atrás, donde se encontraba el añadido que Liesel había escrito: diez páginas enteras repletas de diagramas y nuevos encantamientos. Me había pasado casi un mes trabajando en aquel añadido con ella, Liu y Aadhya; la mayor parte del tiempo dentro del enclave de Londres, invadida por la desagradable sensación de que todos sus milfauces seguían ahí fuera, en algún lugar del mundo, devorando a sus víctimas sin descanso.

«No puedo ayudarte con Múnich, pero…», le había dicho, a punto de preguntarle qué era lo que quería a cambio de haberme ayudado, y Liesel se había limitado a agitar una mano, irritada, como si no estuviera renunciando al sueño que había albergado durante años de llevar a cabo su venganza, y respondió: «Basta. Tenemos cosas más importantes que hacer, desde luego». Y el tenemos de esa frase era un plural del que *podía* formar parte con ella, después de todo.

Alfie había convencido a su padre para que nos dejara entrar a echar un vistazo a todos los cimientos de Londres, tras elaborar un plan para

sustituirlos. La primera piedra fundacional, la de la sala del consejo, situada en el corazón de aquella villa romana al fondo del enclave y labrada en piedra caliza, se había desgastado horriblemente con el paso de los siglos y los hechizos en latín estaban emborronados por los bordes; los ladrillos de la Conquista de Irlanda y de la época de los Tudor se encontraban ahora bajo la enorme biblioteca y la plaza de los niños muertos… unos niños muertos que, después de todo, eran los únicos a los que habían decidido exhibir, en vez de a todos los que habían dado su vida por mantener en pie el enclave.

La piedra fundacional más grande estaba forjada en acero y se encontraba abombada por el centro y profundamente deformada: era la que se había construido a partir de Fortaleza en 1908 para erigir sus jardines de cuento de hadas. Aquella ya no me provocaba malestar. Todos los hechizos que tenía grabados eran ya historia, se habían difuminado, como si alguien los hubiera fundido en una fragua, pero si se le echaba un vistazo de soslayo, casi podía distinguirse una sola palabra ocupando su lugar: **QUÉDATE**. Como si el hechizo dorado que habíamos lanzado todos juntos frente a las puertas de la Escolomancia hubiera recorrido la terrible sucesión de muertes interconectadas a través de Orion, Paciencia y lo que quedase de Fortaleza, y hubiera fijado los cimientos de nuevo en el vacío.

Pero además de aquellas había cinco más, las piedras fundacionales que se habían colocado apresuradamente durante la guerra. Se habían construido con menos maná, de manera que no podían sostener más que un pasillo o dos por sí solas, pero los milfauces se habían engendrado igualmente. Y *seguían* en algún lugar del mundo, devorando todavía a sus víctimas, siempre a la caza de más.

Así que Aadhya y Liesel me habían ayudado a desgranar los sutras para encontrar las frases de los hechizos donde residía el poder, aquellas preciosas frases doradas que pronunciaba mientras construía nuevos cimientos, mientras me dirigía al vacío y le pedía que se *quedase*. Y Liu había ideado una forma de ejecutar los hechizos con un coro de magos en el centro, en lugar de una sola voz. Siempre y cuando todos utilizaran exclusivamente maná en su día a día.

—Sanjay y Pallavi ya se han aprendido los conjuros —dije: dos de mis numerosos primos, que resultaron ser especialistas en conjuros en sánscrito védico—. Podrán enseñar a los demás.

Deepthi asintió con expresión triste y se acercó para acariciarme la cara.

—¿Estás satisfecha? —me preguntó con suavidad.

No respondí de inmediato. No estaba segura. Toqué los sutras de nuevo, dejé que mis dedos volvieran a acariciar el diseño familiar de la cubierta; ahora era capaz ya de dibujarlo con los ojos cerrados. Seguía siendo la labor a la que quería dedicarme, una labor que me brindaría alegría. Pero otras personas eran ahora capaces de llevarla a cabo. Y debía alegrarme. Tuve que asegurarme de que otros pudieran lanzar los hechizos, porque si yo era la única capaz, como había sido Purochana, la única maga en los últimos mil años capaz de construir enclaves de piedra dorada, cuando yo ya no estuviera… la gente volvería a las andadas. Volverían a crear milfauces. Y lo sabía con toda certeza porque estaban dispuestos a crearlos *ahora*, mientras yo seguía vivita y coleando.

Todos habían colaborado durante aquella oleada de pánico a las puertas de la Escolomancia, hasta el miembro de consejo más despiadado y egoísta del mundo, pero eso era porque se habían quedado atrapados en una caverna a punto de desplomarse sobre su cabeza y era una cuestión de autopreservación inmediata. Pero ahora…, en fin, los dirigentes de cuarenta enclaves se habían encontrado en aquella caverna con acceso ilimitado a los depósitos de maná de sus enclaves. Ignoraba cuánto maná había hecho falta para reemplazar el antiguo poder robado sobre el que se sustentaban la Escolomancia y los demás enclaves, pero sospechaba que sus arcas se encontraban, en su mayor parte, vacías. Y querían volver a llenarlas.

Literalmente a la mañana siguiente, mientras estaba sentada en el rincón más alto de los jardines de Sintra, con el polvo del semiderrumbamiento todavía adherido a la piel, Antonio y Caterina se me habían acercado con la mirada brillante y repleta de anhelo para preguntarme si estaría dispuesta a unirme a ellos como miembro fundador del consejo de un nuevo enclave que querían erigir. Pretendían construir una especie de guardería mágica, donde los magos independientes que no tuvieran familia pudieran dejar a sus hijos durante la semana y recogerlos los fines de semana y las vacaciones, cuando dispondrían de más tiempo para cuidarlos. Si la cosa iba bien, podrían montar uno en cada continente. ¡Toda una franquicia de enclaves!

Y serían capaces de hacerlo, me aseguraron, ya que los miembros del consejo de sus respectivos enclaves les habían ofrecido venderles los hechizos de construcción *a precio de saldo*.

Siguieron hablando de sus maravillosos planes durante varios minutos, sumidos en un idealismo rebosante, hasta que advirtieron mi expresión y las nubes de tormenta que se acumulaban en el cielo y se interrumpieron, vacilantes. Si se hubiera tratado de otras personas, seguramente las habría

hecho desaparecer de la faz de la Tierra con un bramido; dadas las circunstancias, les dije que fueran a preguntarles a Aadhya o a Liesel por qué aquella era una idea pésima, y ellos asintieron y se apresuraron a marcharse, dejando que me quedara allí echando humo hasta llegar a la conclusión de que mis objetivos profesionales se habían quedado obsoletos.

Si se los dejaba a su aire, los enclaves seguirían vendiendo los mismos hechizos de siempre, pues así era cómo adquirían gran parte de su maná. Y los magos del exterior seguirían comprándoselos, ya que querían construir enclaves enormes y modernos y no sabrían exactamente lo que estaban comprando —no *querrían* saberlo— hasta que ya hubieran invertido la mitad del maná que llevaban décadas generando y no pudieran recuperarlo. Y entonces tendrían que tomar la decisión que había tomado Shanfeng: dejar que sus hijos murieran a manos de los milfauces que otros enclaves habían construido o crear uno nuevo por su cuenta.

Había intentado ponerle fin a aquello con palabras, con explicaciones. Pero resultó casi imposible contarle siquiera a la gente el vínculo entre los milfauces y los enclaves. Los hechizos de obligación eran aún más horribles y poderosos de lo que habíamos creído. Los responsables de cosas como, por ejemplo, la *Revista de Estudios sobre maleficaria* o el grupo secreto de Facebook en el que participaban los magos más mayores, eran *miembros* de los consejos de diferentes enclaves, y todos habían tenido que aceptar las obligaciones antes de que se les permitiera llegar a aquellos puestos exclusivos. Y no era solo que no pudieran contárselo a nadie, sino que estaban obligados a ocultar la información. Cada vez que intentábamos publicar algo en internet, lo borraban o lo alteraban y nuestras cuentas acababan bloqueadas o eliminadas.

Y cuanto más lo intentábamos, más empeoraba la cosa. Ya iba por mi tercer móvil, pues los dos anteriores se habían escacharrado misteriosamente poco después de enviarles un mensaje masivo a varias decenas de personas. El único modo fiable de compartir la información que había encontrado era que uno de los que ya estábamos al corriente se lo dijera a otras personas cara a cara. Pero, para colmo, los demás ya habían empezado a decir que éramos unos *trolls* o unos críos con demasiada imaginación. La gente no tardaría en volver a alzar aquel reconfortante muro ante ellos mismos u otros.

También había intentado poner en práctica otro método. Les había hecho saber a todos los miembros de los consejos que se habían encontrado frente a las puertas de la Escolomancia que estaba dispuesta a reemplazar sus cimientos y que lo único que tenían que hacer era reunir el maná necesario

para ello. Y también había hecho correr la voz lo mejor que pude entre los magos independientes: les construiría un enclave nuevo de Piedra Dorada con el equivalente a unos pocos años de maná acumulado.

Hasta el momento, absolutamente nadie había aceptado la oferta. Para conseguir el maná que hacía falta para sustituir los cimientos, la mayoría de los enclaves tendrían que abrirle las puertas al triple de magos. Y los pequeños enclaves dorados solo tendrían espacio suficiente para resguardar a los niños por la noche. Había unos cuantos círculos de magos, la mayoría formados por nuestros antiguos compañeros de clase, que habían empezado a ahorrar maná. Pero todos aquellos que ya disponían de la cantidad necesaria… bueno, no les hacía demasiada gracia gastársela en un enclave dorado cuando los hechizos para construir enclaves modernos y enormes se estaban vendiendo a precios rebajadísimos.

Jamás se pondría fin a aquello. No si dejaba *a todo el mundo a su aire*. De manera que le iba tocar hacer el trabajo que yo quería llevar a cabo a otra persona, la labor de construcción que tanto me entusiasmaba, y a mí me tocaría hacer algo que no me apetecía nada, algo que solo podía hacer yo.

Porque solo una cosa obligaría a los miembros de enclave a abrir sus puertas de par en par a todos los magos independientes del mundo, a sustituir los cimientos y convertir sus enclaves en un lugar de refugio para todos. *El miedo*. El miedo que les provocaba el maléfice desconocido, el azote de los enclaves, que seguía vagando por el mundo, a punto de acabar con todos ellos. Por eso habían sustituido los cimientos en Pekín, y por eso lo habían hecho en Dubái: Porque no habían tenido alternativa. Habían tenido que compartir el espacio o ser testigos de cómo su enclave se precipitaba en la oscuridad. Y cuando las opciones eran aquellas, de pronto compartir los recursos no resultaba algo tan intolerable después de todo. Así era cómo Alfie había persuadido a Sir Richard y al resto del consejo de Londres de la acuciante necesidad de sustituir los ocho cimientos que había vinculados a los milfauces: los convenció de que había muchísimas posibilidades de que el enclave volviera a sufrir *otro* ataque.

De manera que no podía dedicarme a lo que de verdad quería, pero podía hacer que dicha labor fuera necesaria: cumpliendo la profecía de Deepthi y llevando la muerte y la destrucción a todos los enclaves del mundo. Dando caza a los milfauces vinculados a estos.

Y en cuanto me acercara *lo suficiente* a uno de ellos, en cuanto tuviera a un milfauces en el punto de mira, Deepthi y los otros cuatro miembros del clan de mi padre que habían heredado algunas de sus habilidades, *sabrían* qué

enclave se desplomaría en cuanto yo destruyese a la criatura. Y entonces avisarían al enclave, igual que habían avisado a Dubái, y además se ofrecerían a reemplazarles los cimientos antes de que fuera demasiado tarde. Del mismo modo que había hecho yo en Dubái.

Así que cada vez que diera con un milfauces, otro enclave tendría que abrir sus puertas y, uno tras otro, irían acogiendo a todos los magos que, de otra forma, habrían construido enclaves nuevos. Puede que, con el tiempo, más magos empezaran a utilizar maná exclusivamente: mi familia pensaba compartir los hechizos de los sutras sin pedir nada a cambio y seguro que otros enclaves querrían dicho poder para sí. Y cuantos más milfauces destruyese, más rápido ocurriría todo.

Deepthi seguía esperando una respuesta: ¿estaba satisfecha? Aparté la mano de los sutras y se los dejé en el regazo.

—Encontraré la manera de estarlo —dije con firmeza, y lo decía en serio. Le había dicho lo mismo a Orion: estaba viva, al igual que todos aquellos a los que quería, había salido de la Escolomancia, y nunca jamás me habría imaginado que pudiera llegar a cumplirse ni la mitad de aquello.



Así que lo siguiente que hice fue, obviamente, volver a la Escolomancia.

Me despedí de mamá en el aeropuerto: ella volvía a Gales.

—Puede que ahora tengas dos casas —me dijo, sonriendo entre lágrimas, y me dio un beso—. No tardes en volver.

Yo embarqué en un avión rumbo a Portugal después de que ella se marchara.

Los enormes carteles que rezaban **CERRADO POR REFORMAS** seguían colgando en los muros exteriores del parque del museo y unos educados guardias de semblante inexpresivo se aseguraban de que ningún mundano accediera al interior. No obstante, el estropicio de los jardines se había solventado ya en su mayor parte y las estatuas habían sido devueltas al lugar que les correspondía, ya fuera reparándolas y colocándolas de nuevo en sus rincones o convirtiéndolas otra vez en seres humanos. Se produjo un descuido en ese sentido que provocó que varias personas acabaran huyendo de las flechas por los jardines hasta que a la resuelta Diana en cuestión se la convirtió de nuevo en piedra.

El camino que conducía al colegio se encontraba temporalmente abierto, y con eso me refiero a que solo había que atravesar tres hechizos de ocultación y luego pasarse diez minutos recorriendo túneles húmedos hasta llegar a la plaza de la entrada. Sin embargo, las puertas volvían a estar colocadas en sus bisagras y el salón de grados ya casi estaba restaurado; el ruido de las labores de reparación resonaba por los huecos de mantenimiento desde las plantas superiores, donde numerosos equipos de artífices trabajaban a destajo para instalar los nuevos niveles de dormitorios, cuyo tamaño casi duplicaría el anterior. Las habitaciones iban a ser un poco más grandes también, aunque no por una cuestión de lujo: a partir de ahora se alojarían dos estudiantes en cada una.

Shanfeng y Balthasar estaban en el taller cuando subí con el ascensor, así que me acerqué para ver si necesitaban mi ayuda con alguna de las tareas pesadas; había conseguido recortar unas pocas semanas de sus estimaciones de tiempo iniciales subiendo algunas de las piezas más grandes por los huecos.

—No, creo que ya no nos vas a hacer falta —dijo Shanfeng consultando sus numerosos diagramas—. El proceso de construcción va según lo previsto. Terminaremos en septiembre.

—Y el ensayo de ayer con los nuevos hechizos de incorporación salió bien —explicó Balthasar. Acto seguido hizo una pausa y me dijo con vacilación—: La Domina Vance ha decidido jubilarse. Ophelia tomará el relevo.

No lo felicité; en su lugar, me marché hecha una furia. Ophelia había asesinado a toda una promoción de alumnos de la Escolomancia, había perpetrado un horrible sacrificio humano con su propio hijo y había estado a punto de mandarnos a todos a la porra: obviamente, lo único que podía hacerse al respecto era convertirla en Domina.

Había intentado no reconocerme a mí misma que, realmente, iba a hacer lo que Ophelia llevaba toda la vida tratando de conseguir, es decir, obligar a los enclaves a dejar de expandirse y *compartir* sus recursos con los demás. Mamá había intentado tranquilizarme al asegurarme que no era en absoluto como ella y que los métodos empleados eran tan importantes como el objetivo final, pero no me resultó de ayuda: eso ya lo sabía. Simplemente estaba cabreada. Quería que Ophelia pagase por sus actos y, en cambio, iba a verse recompensada con casi todo lo que había deseado siempre; si se arrepentía de algo de lo que había hecho, ni me había enterado, ni me iba a enterar, ya que

Deepthi había vuelto a advertirme muy seria que no fuera a Nueva York a estamparle un montón de basura en la cara.

El laberinto de aulas de seminario estaba donde siempre, es decir, en un lugar completamente diferente a donde había estado cualquiera de las otras veces que lo había atravesado intentando llegar a mi aula. Pero me provocaba una sensación distinta. La maquinaria de limpieza había sido actualizada y perfeccionada y los muros de llamas mortíferas habían llevado a cabo unas cuantas pasadas durante la puesta a punto. Incluso las manchas más antiguas habían desaparecido tras ser pasto de las llamas, y todo se veía limpio y reluciente bajo la nueva iluminación que se había instalado por todos lados: unos constructos diminutos hechos de LEDS y maná, mucho más barata que la antigua. Aunque la auténtica diferencia nada tenía que ver con las manchas.

Había odiado el colegio desde la primera vez que había pisado su interior, como si hubiera percibido desde el principio la horrible mentira que albergaba en su núcleo, la carne podrida que se extendía bajo nuestros pies. Pero aquella mentira ya no existía, había sido sustituida por la súplica que habíamos pronunciado todos juntos: *Quédate y brinda protección*. Tenía que esforzarme para odiarlo, obligándome a recordar los peores encontronazos con los mals o las veces que se habían burlado de mí en las distintas zonas.

Me encaminé hacia el gimnasio de mal humor. Estaba tan empeñada en odiar, al menos, aquel lugar que ni siquiera reparé en el pequeño digestor del tamaño de la palma de la mano que se despegó de la pared y se abalanzó hacia mi nuca. En vano, porque no había recorrido ni la mitad del camino cuando fue interceptado y se desvaneció con un chasquido. Al darme la vuelta, vi a Orion sonriéndome con suficiencia.

—Te saco ventaja.

Lo fulminé con la mirada.

—De eso nada, capullo. Te vas a pasar el resto de tu vida intentando igualar el marcador.

Se limitó a sonreírme sin inmutarse.

No entendíamos cómo seguía siendo capaz de absorber el maná de los mals ahora que su milfauces interior había desaparecido. La única explicación plausible había provenido directamente de él: se había encogido de hombros y había dicho: *Siempre he sido capaz*, un poco extrañado de que nos sorprendiera. Aquella era la clase de creencia que te permitía hacer casi cualquier cosa. Ya no era un milfauces lo que sustentaba a Orion, aunque *seguía* conectado directamente al vacío: simplemente le habíamos proporcionado un lugar nuevo y dorado donde aferrarse.

Llevaba la Escolomancia y un montón de enclaves más cargados sobre los hombros, como Atlas, salvo que él no parecía notar el peso. Por lo que a él concernía, el mundo había vuelto a ser un lugar maravilloso. El muy cenutrio ni siquiera estaba cabreado con *Ophelia*. Había tenido que dejar de hablar del tema con él. La mañana siguiente al enfrentamiento, me había dicho con toda seriedad que su madre había cometido un terrible error, que se había disculpado y le había pedido que la perdonara, y que él *la había perdonado*, y yo había estado a punto de arrancarle la piel a tiras mientras soltaba espumarajos por la boca. Yo habría considerado la posibilidad de perdonarla después de que se hubiera pasado la vida limpiando los retretes de las familias de cada uno de los niños magos a los que había asesinado, solo que en realidad no lo hubiera hecho.

Lo había obligado a venirse conmigo a Gales y pasar el tiempo que hiciera falta hablando con mamá, saliendo con su círculo y dando largos paseos por el bosque hasta haber conseguido lidiar con el trauma. Al cabo de tres días, mamá se había puesto seria conmigo y me había dicho que Orion lo había pasado mal por culpa de una razón muy concreta que yo había *solucionado* ya, que no pasaba nada porque él volviera a ser el de siempre ahora que dicha razón ya no era un problema y que tenía que dejar de insistir en que estaba traumatizado. Ah, y que, además, la que necesitaba terapia era yo. Al final, acabé pasando varias semanas en la comuna con ella antes de no poder soportarlo más y escribir a Liesel desesperada en busca de algo que hacer.

—De todas formas, ¿qué haces aquí? —añadí—. Si todavía no hay niños a los que tengas que proteger, no hace falta que te quedes merodeando como un duende.

—Me gusta estar aquí. Y fuera hace demasiado calor —dijo con suavidad, lo que era una idiotez tan grande como una catedral.

Efectivamente, fuera hacia demasiado calor, ya que era un día soleado de mediados de agosto y estábamos en Portugal, y yo había estado a punto de sufrir un golpe de calor de camino al pozo, pero aquello no constituía en absoluto una excusa para *preferir el gimnasio*. Sí, vale, en aquel momento estaba repleto de árboles enormes y antiguos que susurraban con la brisa, y un amplio arroyo atravesaba la estancia, fluyendo colina arriba y abajo, gorjeando sobre piedras grises, mientras un puentecito en forma de arco, rojo y perfecto, conducía hasta el templete. Pero ¿y qué?

Nos dirigimos a los escalones y nos sentamos juntos. Dentro, sobre la mesa, había una jarra con agua fresca, un cuenco de fruta y otro de edamames.

—¿Cuántos milfauces crees que hay ahí fuera? —dijo Orion.

Encogí un hombro. No quería darle vueltas al número. Cuando un milfauces era aniquilado, el enclave se desmoronaba, pero no sucedía lo mismo al revés. Los enclaves podían desaparecer, quedar olvidados, acabar con las entradas tapiadas y sus magos, muertos o sumergidos en el vacío. Pero el milfauces que se había engendrado no desaparecía con él. Seguían arrastrándose por el mundo, eternamente hambrientos. ¿Y cuántos enclaves se habían creado en los últimos cinco mil años, cimentados sobre gente aplastada para vincularse al vacío? Cientos, como mínimo. Y los milfauces se esconderían lo mejor que pudieran de mí.

Pero al menos contaría con ayuda. Aadhya se había llevado a Liu a su casa de Nueva Jersey para que descansara un poco más —y se pusiera las botas comiendo— antes de ponernos en marcha. Habíamos quedado en reunirnos en Ciudad del Cabo en cuanto el colegio hubiera quedado asentado. Durante el último mes había habido diecisiete avistamientos de milfauces en Sudáfrica. Jowani nos esperaba allí.

Liesel se encargaría de crear una red de contactos que nos facilitase la tarea desde Londres. O más bien dos. La primera consistiría en un censo internacional de milfauces para ayudar a los magos a evitarlos ahora que los ataques se habían vuelto más agresivos: la gente de todo el mundo le enviaría informes con la localización de los milfauces que avistaran. La segunda sería un equipo formado por un número reducido y cuidadosamente seleccionado de nuestros compañeros de clase; estarían repartidos por todo el globo y sabrían lo que estábamos haciendo en realidad. Prestarían su ayuda para que nuestro grupito de cazadores se desplazara sin problemas y sin que nadie se enterase; además se encargarían de comunicar avistamientos falsos de los milfauces que hubiera enviado al otro barrio, por si acaso alguien nos veía, además de crear confusión en torno a mis actividades de muchas otras maneras.

Un plan muy astuto, aunque estaba convencida de que el pastel se descubriría tarde o temprano. Tarde, probablemente, porque acabábamos de comprimir una década entera de disputas en quince días y la gente todavía seguía haciéndose a la idea. Incluso la mayoría de las personas que se habían unido a la cadena de maná en la caverna no acababa de entender del todo lo que habíamos hecho exactamente. Habían colaborado porque habían visto a Shanfeng ayudándonos, o a Ophelia, o porque tenían miedo de que la caverna se les cayese encima, y sobre todo se habían llevado la impresión de que

Shanghái y Nueva York habían hecho las paces y, como parte del acuerdo, habían salvado juntos la Escolomancia.

No obstante, un buen número de personas me había visto matar a un milfauces o sabían que era capaz de hacerlo, y todos los miembros de los consejos eran conscientes, después de todo, de lo que mantenía en pie a sus enclaves. En algún momento, alguien hostil sumaría dos más dos, aunque no tenía ni la menor idea de lo que haría entonces. Tal vez a Shanfeng y Ophelia les pareciera bien mi cruzada, pero era fácil estar de acuerdo cuando uno se encontraba al mando de los enclaves más poderosos del mundo. Otros miembros de enclave no estarían para nada contentos.

Les había comentado a Aad y a Liu que tal vez deberían volver a casa, pero Liu se había negado tajantemente. Lo cual habría sido comprensible si su casa hubiera sido el enclave de Pekín, pero ya no lo era. Shanfeng había llegado a un acuerdo clandestino con el nuevo consejo: Pekín había acogido a siete magos con contratos de larga duración de Shanghái —a los que todavía les quedaban varios años para ganarse la plaza y estaban dispuestos a conformarse con un poco menos de espacio— y Shanghái les había proporcionado a Liu y su familia directa una plaza en el enclave.

—¿Y Yuyan? —insistí (Liu la había añadido a la lista para la segunda red de contactos de Liesel), pero Liu se limitó a sonreírme y me dijo, con los ojos algo húmedos:

—Tal vez después de que Shanghái reemplace sus cimientos.

No podía discutírselo, ¿verdad?

Y Aadhya, tan práctica como siempre, simplemente se encogió de hombros y dijo:

—El, no soy ninguna chalada, así que no pienso pasarme la vida haciendo esto. Pero sí estoy dispuesta a dedicarle un tiempo, porque es un trabajo que merece la pena y ahora es cuando más ayuda te va a hacer falta para averiguar cómo hacerlo. De todas formas, si alguien intenta joderte utilizándonos a mí o a Liu, lo hará tanto si estamos contigo como si no. Ese fue el precio al poner nuestros nombres junto al tuyo en la pared del baño. Sin embargo —añadió con tono de broma—, te digo desde ya que lo de los albergues juveniles se ha acabado. Aquel donde nos quedamos olía como el baño de los chicos en el colegio. Si necesitas demostrar tu ascetismo, te dejaré dormir en el suelo de mi habitación de hotel.

Liesel se limitó a resoplar cuando intenté la misma estrategia con ella.

—Si te empeñas en hacer esto sola, acabarás exponiéndote en menos de tres meses, y entonces todos estaremos en el punto de mira —dijo—. Si no

estamos dispuestos a romper toda relación contigo, lo mejor es que te ayudemos mientras fortalecemos nuestras posiciones. —Lo que significaba que ella no estaba dispuesta, a pesar de ser la opción más sensata.

—Ojo, Mueller, o empezaré a pensar que te caigo bien —dije.

—Ya sabes que me caes bien —dijo con brusquedad. Lancé un profundo suspiro de desagrado y la abracé.

—Gracias —respondí—. Tú también me caes bien.

—Sí, sí, no te pongas empalagosa —se quejó ella, pero me devolvió el abrazo.

Le había dicho a Deepthi que encontraría el modo de estar satisfecha, y pensaba cumplir mi palabra. Tal vez no quisiera dedicarme a cazar milfauces, pero era un trabajo al que valía la pena dedicar mi vida. Y dentro de unos días, me pondría a ello, con la ayuda de mis amigos y aliados.

Y Orion llevaría a cabo en la Escolomancia el trabajo al que quería dedicar su vida, vigilando las puertas. Mantendría la entrada despejada, eliminaría a los aglos que se escabullían en la maquinaria de limpieza y se cepillaría alegremente a todos los mals que vinieran a comerse a los niños; y el maná que extrajera se emplearía para mantener en funcionamiento la Escolomancia. Un refugio que protegería a todos los niños dotados de sabiduría del mundo.

Orion tomó el último edamame y se estiró sobre los escalones. Se había deshecho de su impecable ropa a medida y se había puesto en cambio un atuendo que podría haber llevado en cualquier momento de los últimos cuatro años: unos pantalones cortos y una camiseta de Queen que había estrenado hacía tres días y que ya desprendía cierto tufo y tenía tres agujeros chamuscados cerca del dobladillo, obsequio de algún pobre mal con el que se hubiera cruzado.

—Cuando los críos se vayan a casa en verano, saldré a buscarte y te ayudaré a cazar —dijo—. Será divertido.

Lo dijo exactamente con el mismo tono que el muy zoquete había empleado una vez al afirmar que la Escolomancia era el mejor lugar del mundo; era como si no hubiera aprendido nada.

—No será *divertido* —dije, malhumorada—. Cazar milfauces no es para nada divertido.

—Será genial —dijo, sonriéndome, negándose a dar el brazo a torcer—. Recorreremos el mundo…

—¿Para dar caza a unos monstruos horribles? —espeté—. Sí, unas vacaciones cojonudas. Lo de irse a la playa o hacer un viaje a París es una

birria en comparación.

Su sonrisa no hizo más que ensancharse mientras yo seguía protestando; una especie de luz dorada asomó al rostro del muy capullo, que no dejaba de mirarme, y yo intenté seguir con mi perorata, pero fui incapaz: me incliné, agarré su rostro entre las manos y lo besé una y otra vez, allí, en el gimnasio de la Escolomancia, mientras los pájaros surcaban el aire, las diminutas mariposas pululaban entre las flores silvestres y el colegio nos regalaba una brisa suave y fresca, impregnada con el aroma de las flores y los melocotones.

La verdad es que no estaba nada mal.



NAOMI NOVIK es la aclamada autora de la saga **Temerario** y de las galardonadas novelas *Un cuento oscuro* y *Un mundo helado*. Es una de las fundadoras de la *Organización para las Obras Transformativas* y del *Archive of Our Own*. Vive en la ciudad de Nueva York con su familia y seis ordenadores.